





ANT
XIX
138

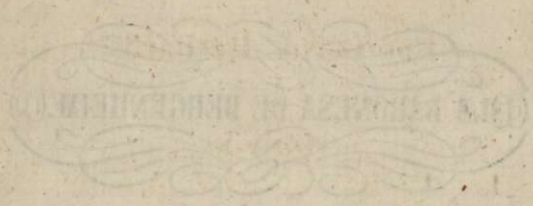






T. I.

Biblioteca económica popular.



15 cms.

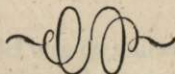
R-43.581



LA BARONESA
DE
BERGENHEIM.

Por Carlos Bernard.

—
Tomo I.



Sevilla.

IMPRESA DE FILOMENO F. DE ARJONA, EDITOR,
calle de la Torre, n.º 58½.

—
1848.

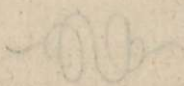
LA BARROSA

DE

BERGENTHIN.

Por Carlos Bernabé

Tomo I.



1882

IMPRESA DE FIDELIDAD Y DE AMICA, EDITOR

Calle de la Victoria, 10

1882

El incógnito.

A principios del mes de setiembre de 1832, un jóven que rayaria en los treinta años, cruzaba con paso rápido y pensativo continente uno de los valles que se extienden por la Lorena, pasada la cadena de los Vosges. Un riachuelo que despues de correr algunas leguas iba á juntarse con el Moselle, regaba este agreste sitio oprimido por dos lineas paralelas de montañas. Hacia la parte del Mediodia ensanchábanse los collados perdiendo su elevacion, é iban á igualarse con la

llanura. Magnífico en verdad era el paisaje; todo respiraba felicidad, todo abundancia; pero si se penetraba mas adelante cambiaba la escena, y la naturaleza inculta recobraba su influencia. A medida que se confundian las colinas comprimiendo el valle en un espacio mas áspero, cedia el cultivo á la resistencia de un terreno salvaje.

Desde el pie de los escarpes que ceñían con un borde de granito la anchura superior de las montañas, estendíanse los bosques hasta las orillas del rio. Unas veces era espesa confusion de matorrales, semejantes á sólidos batallones de infantería, otras veces árboles aislados sobre césped, repartidos en la pendiente de aguzadas rocas, como partidas de ligeros cazadores. Paralelo al curso del agua prolongábase un camino poco frecuentado y que trepando con las colinas, precipitándose sobre su declive, salvando todos los obstáculos seguia casi en línea recta. Hubiérasele podido comparar con esos caracteres fuertes que se proponen un término en la vida y caminan hácia él imperturbablemente. El rio, por el contrario, como esos génios dóciles y conciliadores que obedecen á la marcha de los sucesos, describia á cada paso gracioso

curbas , sucumbiendo á los menores caprichos del suelo que le servia de lecho.

A primera vista , el jóven que caminaba solo por este pintoresco pais nada de notable tenia en sus atavíos: un sombrero de paja de anchas alas, una blusa azul y un pantalon de cutí, componian toda la parte aparente de su vestido. Nadie hubiera estrañado que se le tomase por un aldeano alsacio , regresando á su pueblo por las pedregosas sendas de los bosques; pero una ojeada mas atenta desvanecia desde luego esta congettura. En el modo de llevar el traje mas sencillo, hay una porcion de particularidades que revelan infaliblemente la condicion real de una persona cualquiera que sea la apariencia con que haya querido disfrazarla. Sumamente modesta era la blusa del viagero; pero la carencia en el cuello y en las mangas de los adornos de hilo blanco ó colorado, orgullo de los petimetres campesinos, bastaba para dar á conocer que aquello era solamente un traje de capricho.

No se necesitaba grande perspicacia para descubrir que ninguna relacion habia entre el paso vivo y rápido del estrangero y las zancadas gigantescas que usan los montañeses. Su figu-

ra espresiva sin ser bella , era morena de por sí, no por el sol, como si hubiera perdido algo de la encarnadura meridional en los trabajos de una vida sedentaria que convirtiera los tonos mas vivos en una palidez mate y uniforme. Por último, era evidente que el hombre valia mas que el trage, y que este era un disfraz: al revés de la fábula, las orejas del leon asomaban por entre la piel del asno.

Eran las tres de la tarde: el cielo encapotado desde por la mañana, habia tomado por fin una fisonomía mas oscura: espesas nubes le cruzaban rápidamente de norte à sur, impelidas por un viento de mal agüero. Por esta razon el viajero, que acaba de internarse en la parte mas agreste del valle, se mostró poco propicio à admirar la hermosa vegetacion y románticos paisajes; impaciente por llegar al término de su viaje, ó temiendo la tempestad que se preparaba, comenzó à avivar el paso: pero este arranque no fue de mucha duracion. A los pocos minutos despues de atravesar una linda pradera, se halló en frente de dos caminos; el uno seguia costeando la orilla del rio, mientras el otro mas ancho y mejor construido se metia á la izquier-

da en un barrantal tortuoso.

No sabia cual de los dos caminos era el que debia seguir.

La profunda soledad de aquellos sitios daba márgen á temer que no pasaria un alma que pudiera sacarle del apuro ; empero llegó à sus oídos una vigorosa cantinela lejana. Poco á poco fuese haciendo la voz mas distinta, y permitió conocer las palabras del salmo *In exitu Israel de Ægypto*, articuladas con la mayor fuerza de pulmones por una voz tan aguda, que hubiera dado crispaciones de laringe á todos los sopranos de la ópera. Su metal vibrante, aunque cascado, resonaba tan de lleno en el silencio del valle, que habian pasado una porcion de versículos antes de haber podido distinguir al piadoso músico. Al fin, por entre los árboles que costeaban el camino de la izquierda, apareció una manada de bueyes caminando con paso grave y lento: conducíala un pastorcillo de nueve á diez años, quien interrumpía la música de vez en cuando para reunir su egército á latigazos, combinando así las faenas temporales y las espirituales, con un aplomo que hubieran envidiado personajes de mas alta importancia.

—Cual de estos dos caminos conduce á Bergenheim? le gritó el viagero cuando estuvo á corta distancia.

—Bergenaheim! repitió el muchacho dando á este nombre la acentuacion enfática de que le despojára ilegalmente la pronunciacion parisiense; y quitándose reverentemente un gorro con mas colores que el arco iris: añadió algunas palabras en gerigonza galo-germánica, absolutamente ininteligible.

—No eres francés? repuso el desconocido algo desconcertado.

El pastorcillo alzó la cabeza con orgullo y contestó:

—Francés no, soy alsacio.

Este rasgo de patriotismo muy comun en la hermosa provincia del Rhin, hizo sonreir al jóven; pero reflexionando que era indispensable un poco de pantomima, señaló uno tras otro los dos caminos.

—Este ó este, Bergenheim? dijo entonces.

El muchacho alargó silenciosamente su látigo por el lado del rio, señalando á poca distancia y á la otra orilla, un pequeño bosque tras el cual se elevaban ligeras columnas de humo.

—Diantre! murmuró el viagero, esto me disgusta mucho; si el castillo está al otro lado, cómo he de poder establecer mi emboscada?

Pareció que el pastorcillo comprendía la incertidumbre de su interlocutor, pues clavando en él sus vivos ojos azules, trazó con la punta del pié en mitad del camino, una raya sobre la cual encorvó su látigo á guisa de arco de puente; en seguida señaló de nuevo hácia la parte alta del riachuelo.

—Haces honor á tu pais, pastorcillo, exclamó el estrangero; hállanse en tí recuerdos de las pieles rojas de Fenimore Cooper. Y diciendo estas palabras, echó en el gorro del muchacho una moneda, y empezó á andar de prisa en la direccion indicada.

El alsacio quedó estupefacto contemplando la moneda de plata.

Mas el jóven no quiso continuar la marcha sin cerciorarse de la esactitud de las señas que le acababan de dar. El terreno que recorriera era un prado cubierto de árboles muy espesos, y convertido en isla por el transcurso del tiempo; cortábale en línea recta el camino que se alejaba del rio, y cuando se acercaba de nuevo,

como la madera y la cuerda del arco en su extremo, los árboles, mas claros, dejaban descubierta una perspectiva tanto mas notable cuanto menos esperada. Mientras que la vista podia seguir las sinuosidades del torrente que al cabo desaparecia en los abismos de una garganta de montañas, aparecia de pronto un espectáculo nuevo.

Un segundo valle mas pequeño que el primero se incorporaba con él en ángulo agudo, ostentando las riquezas de sus pinos siempre verdes, de sus encinas de ruidosas ramas y de su césped florido y fresco. Este conjunto componia un fondo digno del pintoresco edificio en primer término colocado, y que nuestro extranjero comenzó á contemplar con estremado interés.

Tenia una apariencia entre señorial y monástica. El cuerpo principal del edificio era un gran paralelógramo de construccion antiquísima, pero que fuera restaurado á principios del siglo XVI. Las piedras, de un granito pardusco que abundan en los Vosges y matizadas de vetas azules ó moradas, daban á la fachada un aspecto severo, mas marcado aun con la escasez de ventanas. Un tejado inmenso que sobresalia

por todos lados resguardaba los pocos huecos de los rayos indiscretos del sol, asemejándose á esa pantalla verde con que las personas de vista débil se defienden de la luz demasiado fuerte.

El triste aspecto que ofrecia este edificio desde el paraje en que el viajero lo habia divisado, era en verdad muy desfavorable para él.

Una larga calle de plátanos que comenzaba al pie del gótico edificio costaba el rio y cerraba un parque que se extendia por el lado opuesto al valle. Un puentecillo de madera unia el camino con el castillo: pero el viajero no se mostró dispuesto á aprovechar este convite mudo, muy apetecible por las gruesas gotas de lluvia que empezaban á caer. La contemplacion en que estaba era tal que fué necesario para deshacerla la brusca interpelacion de una voz áspera que pronunció detrás de él estas palabras:

—Maldito castillo! que no lo viera quemado!

Volvióse el desconocido con viveza y se halló cara á cara con un hombre que llevaba la chaqueta al hombro y un nudoso garrote recién cortado en la mano: este nuevo personaje tenia la tez morena, las facciones duras y los ojos tan hundidos en las órbitas, que daban á su fi-

sonomía una espresion falsa y perversa.

—Maldito castillo he dicho, repitió. Bien que la jaula es propósito para el pájaro.

—Parece que no sois amigo del dueño? preguntó el viajero.

—El dueño! dijo el nuevo personaje apretando fuertemente el palo: el señor baron de Bergenheim, como dicen, es rico, es noble, y yo soy un miserable carpintero. Pero si permanecéis algunos dias por acá, vereis una escena graciosa: un pobrete bailando sobre las espaldas de ese ladron.

—Ladron! exclamó el desconocido asombrado. Pues qué os ha hecho?

—Sí señor, ladron! podeis decírselo de mi parte! Pero ahora caigo, continuó el artesano, midiendo de pies á cabeza á su interlocutor, sois por ventura el carpintero que esperaban de Strasburgo! En ese caso tengo que deciros dos palabras.... al alma. Lambernier no consiente que le quiten el pan á humo de pajas, estamos!

No disgustó al jóven esta provocacion, y se apresuró á tranquilizar al obrero.

—No soy carpintero, dijo sonriéndose, ni condicio en manera alguna vuestro pan.

—En efecto, no teneis traza de haber manejado mucho el martillo. Parece que en vuestro oficio no se endurecen mucho las manos. Sois artesano como yo papa.

—Trabajais en el castillo? dijo disgustado y para mudar la conversacion el jóven á quien iban dirigidas.

—Seis meses llevaba en esa guarida: yo he tallado las maderas, y puedo decir que es de lo fino. Pero ese jabalí de Bergenheim me despidió ayer como si echàra á un perro.

—Tendria sin duda sus razones.

—Yo le daré las razones!.. Tonterías sí que tiene á todas horas! Han supuesto que hacia morisquetas á la doncella de la señora, que reñia con los criados... hato de holgazanes!.. Me prohibió poner los pies en su dominio: en él estoy ahora, que venga, que venga á echarme, y verá como le recibo. Veis este garrote? de su bosque acabo de cortarlo y no con muy buena intencion.

No hacia ya caso el jóven de su interlocutor que continuaba sus amenazas con fuerza meridional; habia vuelto los ojos al castillo y lo examinaba con inquisitorial atencion buscando señal de vida sin hallarla. Ninguna figura humana

animaba aquella casa triste y muda, todas las ventanas estaban cerradas, y solamente se interrumpía el triste silencio con los lamentables y lejanos ahullidos de una trailla de perros encerrados en el castillo.

—En hablando del lobo, del bosque sale, dijo de pronto el artesano con un tono que desmentía sus brabatas anteriores: si quereis ver á ese condenado Bergenheim, volved la cabeza. Allí.

Al mismo tiempo saltó un foso á la izquierda del sendero y se lanzó en lo espeso. El desconocido por su parte experimentó una impresion parecida al visible terror de Lambernier cuando al volverse divisó un hombre á caballo que se acercaba á galope. En lugar de aguardarle, se retiró al prado que bajaba al rio, y se escondió tras los árboles de que estaba poblado.

El baron, que no representaba treinta y tres años, tenia una de esas figuras enérgicamente bellas, cuyo tipo era muy comun en los antiguos caballeros. Sus cabellos rubios oscuros, y sus ojos azules claros, destacabanse sobre su colorada faz: su aspecto era duro, pero noble é imponente á pesar del descuido en el vestir, que es tan frecuente en los propietarios campesinos. Su eleva-

da talla tenía cierta robustéz que aumentaba su apariencia atlética. Se tenía derecho como un huso en la silla, manejaba el caballo con mano vigorosa, y lo hizo parar de pronto en el sitio que acababan de dejar libre los dos interlocutores, y con una voz que se hubiera percibido distintamente por todo un regimiento.

—Aquí, Lambernier! exclamó,

Con esta exclamacion, titubeó un momento el carpintero entre la conmocion que no podia dominar y la vergüenza de huir de un hombre solo en presencia de un testigo; al fin triunfó este último sentimiento. Volvió sin decir palabra hasta el borde del camino, con el sombrero encaquetado y apretando por precaucion el garrote que le servia de arma.

—Lambenier, añadió el dueño del castill^o con tono sereno: ayer se os ajustó la cuenta, no se os pagó todo? se os debe alguna cosa?

—No os pido nada, contestó el otro groseramente.

—En ese caso, ¿por qué venís á rondar en derredor del castillo, contra mis mandatos?

—Estoy en el camino, y nadie puede impedirme que pase.

—Estais en mi camino y salis de mi bosque, respondió el baron con la fuerza de un hombre que no consiente menoscabo en sus derechos de propiedad.

—El terreno por donde ando es mio, dijo el obrero dando un golpe en el suelo.

—Bribon, exclamó Bergenheim, fijando la atencion; parece que tambien tienes mis árboles por tuyos: ¿de dónde has cortado esa estaca?

—Vas á verlo, respondió Lambernier, acompañando esta respuesta grosera con enarbolarse el garrote.

El baron echó pie á tierra con la mayor calma, tiró la brida sobre el cuello del caballo, y se encaminó hácia su antagonista que le esperaba en guardia: sin darle tiempo para revolverse, le desarmó con una mano capaz de arrancar la estaca de su origen, y con la otra le cogió el pescuezo dándole un movimiento de rotacion imposible de resistir. Con esta indirecta, describió Lambernier una multitud de círculos en derredor de su adversario, mientras este le acompañaba con el mas vigoroso solfeo que ha calentado jamas las espaldas de un insolente. Este egercicio gimnástico terminó con un em-

bite que despues de hacer dar al carpintero la última pirueta, le envió de cabeza al foso, cuyo fondo por fortuna estaba blando con la lluvia. Coneluida la correccion, montó el baron á caballo con la mayor frescura y continuó su marcha hácia el castillo.

Nuestro jóven viagero habia presenciado toda la escena desde su escondíte y no pudo ocultar su admiracion artística hácia aquel enérgico representante de los tiempos feudales, quien sin cuidarse de los tribunales de paz ni de otras invenciones plebeyas, egercia en sus dominios plena y sumaria justicia.

—Fuego de Dios! dijo sonriéndose: si todos nuestros nobles tuvieran el puño de hierro de ese Bergenheim, Dios sabe que sucederia. Si alguna vez tengo que habérmelas con ese milor de Crotona, no elegiré ciertamente para la discusion el pugilato.

Desencadenóse por fin con fuerza la tempestad largo tiempo contenida. Cubrióse todo el valle de un cortinaje negro, y cayó la lluvia en el torrente como otro torrente nuevo: Puso el baron su caballo al galope, atravesó el puente, tomó la calle de plátanos y no tardó en desapare-

cer. Sin hacer caso de las imprecaciones de Lam-
bernier que se revolcaba en el lodo: iba el des-
conocido á buscar un abrigo menos ilusorio que
el de los árboles: pero al mismo tiempo su aten-
cion y toda su alma concentróse en el castillo:
acababa de abrirse un balcon y habia florecido u-
na jóven con un peinador color de rosa en la ne-
grusca fachada. No hay que estrañar el término
de que nos servímos, porque es imposible figu-
rarse nada mas fresco, mas suave que aquella a-
paricion á aquél tiempo. Recostándose con mue-
lle lentitud en la balaustrada, la moderna caste-
llana apoyó su rostro en una mano blanca co-
mo el armiño, y sus dedos atusaron maquinal-
mente los sedosos rizos que adornaban su frente,
mientras que con los rasgados ojos buscaba en el
fondo de las nubes los relámpagos, menos bri-
llantes que ellos.

El viagero apartó las ramas que le cubrian,
pero al mismo tiempo le deslumbró un fulgor
horrible seguido de un estrépito espantoso. Cuan-
do volvió á abrir los ojos, el castillo que creia
sepultado en el líquido elemento estaba de pie,
firme y sombrío como antes: empero la dama
del peinador rosa habia desaparecido.

2.

La tía y la sobrina.

LA habitación donde se refugiára precipitadamente la jóven asustada por el trueno, correspondía al aspecto del edificio de que componía parte. Era un vasto aposento, mas largo que ancho, é iluminado por tres balcones con balaustrada corrida. Las bovedillas y puertas eran de castaño barnizado por el tiempo, y adornadas con profusion de esculturas alegóricas. De las paredes no podremos decir nada, porque estaban ocultas bajo una de las mas hermosas co-

lecciones de retratos de familia que puede ofrecer un castillo de provincia en el siglo XIV.

El primer retrato colgado en frente de los balcones y á la derecha de la puerta era de un caballero armado de punta en blanco, y dotado de una cara medianamente feroz. Desde este formidable paladin que tenia la fecha de 1247, seguian unos cuarenta lienzos colocados por órden cronológico, y se veia algo mas que la genealogía de una familia; era la crónica animada de cinco á seis siglos, reanimada en aquellos pintorescos personajes.

El último de todos era un jóven de figura agradable, que se sonreia con negligencia: lucía una rosa en el ojal de una pelliza de paño verde con adornos de color de naranja; un porta-pliegos encarnado y con flores de lis colgaba á la altura de los botones, poco mas abajo del puño de su sable. Este traje indicaba un bullicioso oficial de húsares de la Real-Nassau. Colocado á la izquierda de la puerta, únicamente esta lo separaba de su abuelo que vivió en 1247, á quien hubiera podido dar la mano si una noche hubieran tenido el capricho los venerables retratos de aparecerse para ejecutar una de las danzas soñadas

por Hoffman. Estos dos personajes eran el alfa y el hómega de aquel libro genealógico, los anillos extremos de la cadena, la raíz mas honda en el polvo de los tiempos, y el último ramo que florece en la cuna. La fatalidad habia creado una trágica semejanza entre estas dos ecsistencias separadas por mas de cinco siglos. El caballero forrado de acero habia sido muerto en el combate de la Massoure, en la primera cruzada de S. Luis. El jóven de la sonrisa habia subido al cadalso durante la dominacion del terror, llevando en los lábios la rosa, adorno habitual de su dorman. En estos dos hombres estaba compendiada la historia de la nobleza francesa, nacida entre sangre y entre sangre muerta.

Todos los lienzos tenian marcos dorados de esquisito trabajo, y en el extremo de cada uno un escudo con una corona baronal por cimera, y por sosten dos salvages armados de mazas.

El mueblaje del salon no era indigno de los orgullosos difuntos cuyo recuerdo conservaba. Sillas de elevado respaldo, enormes poltronas del tiempo de Luis XIII, canapés mas modernos, pero cuyas formas se habian puesto en armonía con los demás muebles, guarnecian el

circuito de la estancia. La tapiceria encarnada con rosetones de mil colores, habia debido ocupar las blancas manos de dos ó tres generaciones de castellanas.

La línea de cuadros estaba cortada en un lado por una inmensa chimenea de piedra, y en frente habia una cómoda de ébano con engastes de marfil, sobre la cual se ostentaba uno de esos ricos péndulos antiguos de tan delicado trabajo. Acompañábanle dos grandes jarrones de porcelana del Japon, y todo se reproducia en un espejo antiguo, cuyos bordes estaban cortados en bisel, sin duda para hacer admirar el espesor del cristal.

Imposible fuera imaginar contraste mas raro que el de aquella habitacion gótica en que se precipitára la linda jóven del peinador color de rosa.

—Estáis loca, Clemencia, para dejar ese balcon abierto? dijo una voz cascada que salia de una inmensa poltrona colocada á un lado de la chimenea.

La persona que así deshizo el encanto de esta escena silenciosa era una mujer de sesenta á setenta años, segun la mayor é me-

nor galanteria del calculador. Tendida, mas que sentada en su sitial, era fácil adivinar que su estatura era tan larga como flaca. Estaba envuelta en un vestido de color de hoja seca y un rodete postizo de cabellos negros como el azabache, y un gorro de cintajos coronaban su frente. La cara era seca y huesuda, el esplendor de su frescura primitiva se habia convertido insensiblemente en una roseta que coloreaba la nariz y lo alto de las mejillas. Todo su semblante tenia un no sé qué de agreste, de gruñon, de ácido, como si se lavara la cara todos los dias con vinagre. Por todos cuatro lados olía á solterona, y aun en esto una ligera observacion hubiera bastado para destruir la menor duda sobre este particular.

Al calor de la lumbre estaba tendido un robusto dogo de color de café con leche, y servia de taburete á su cómoda dueña: dogo y solterona son dos ideas tan correlativas, que para adivinar el estado de la venerable dama, no habia necesidad de leer la inscripcion siguiente grabada en el collar dorado que servia de corbata al perro; *Constancia, de la señorita de Corandeuil.*

Antes de que la jóven que se habia apoyado en una silla respirando con dificultad, hubiera podido responder, recibió segunda interpelacion.

—La culpa ha sido de ese trueno horrible! dijo por fin, no habeis oido, tia?

—No estoy tan sorda aun, replicó la vieja; cierra esa ventana: no sabes que las corrientes de aire traen el trueno?

Obedeció Clemencia, y corrió las cortinas para interceptar el paso á la luz de los relámpagos que continuaban surcando el cielo: en seguida se acercó á la chimenea.

—Ya que tanto miedo tienes de los truenos, prosiguió su tia, lo cual, entreparéntesis, es bastante ridículo para un Corandeuil, qué capricho te ha dado para salir al balcon? Traes una manga del vestido chorreando. Así se cogen los costipados y luego vengan jarabes y cociamientos. Deberias ir á mudarte de vestido, á ponerte uno de mas abrigo: estar con esa ropa en este tiempo!..

—Os aseguro, tia, que no hace frio. Vuestra costumbre de tener lumbre siempre...

—La costumbre! cuando tengas mi edad ha-

rás lo que se te antoje. Bueno anda el mundo; no se hace caso de los consejos y se sale á la intemperie; llueva ó nieve, como esa loquilla de Alina, y como vuestro marido que no tiene mas juicio que su hermana, pero ellos lo pagarán. A ver, descorre esas cortinas que ya no truena, y quiero leer la gaceta.

Volvió á obedecer la jóven, y se quedó con la frente apoyada en los vidrios. Los zumbidos del trueno, cada vez mas remotos, anunciaban el término de la tormenta; pero algunos fulgores blanquecinos atravesaban todavia el horizonte.

—Tia, dijo despues de un rato, venid á mirar las rocas de Montegnny. Cuando están iluminadas por los relámpagos, parecen una série de columnas de plata, una procesion de fantasmas blancas parada encima del bosque de fresnos.

—Dale con las frases románticas, masculló entredientes la vieja sin quitar los ojos de su diario.

—No tengo en mis ideas nada de romántica, respondió Clemencia: pero me parece que una tempestad es una distraccion; y aquí, bien lo sabeis, es menester no ser muy difícil en la e-

lección de las diversiones.

—Tanto te fastidias?

—Ay, tía, de muerte. Y como si estas palabras, dichas con el corazón, dieran al traste su energía, se dejó caer sobre un sitio.

La señorita de Corandeuil se quitó los anteojos, puso el diario sobre la mesa y contempló un breve espacio el gracioso rostro de su sobrina cubierto de un velo de profunda melancolía.

—Has tenido algun disgusto con tu esposo? la preguntó en voz baja.

—Entonces no me fastidiaría; contestó Clemencia con una viveza de que se arrepintió al punto porque prosiguió con mas lentitud. No, tía, Cristian es bueno, buenísimo, me quiere mucho y es un modelo de complacencia. Ya habeis visto como me ha dejado arreglar mi habitación á mi antojo, echar abajo tabiques, abrir ventanas á pesar de lo apegado que es á todo lo viejo de la casa. No sabe que hacer para darme gusto, me mima, me...

—Tu marido, interrumpió la vieja que aborrecia las alabanzas á otro, tu marido es un Bergenheim como todos los Bergenheim pasados, presentes y futuros, inclusa tu cuñadita,

que mas traza tiene de paje revoltoso que de doncella recojida. Digno hijo de tal padre! continuó señalando al oficial de húsares; hombre mas brutal, mas insoportable, no le he visto en los dias de mi vida: en un mes tuvo tres desafios por un quítame allá esas pajas, y en Metz mató por una partida de dados al vizconde de Megrigny, tan buen mozo y que bailaba tambien! Porque quien dice Bergenhein, dice orgulloso como un pavo real, testarudo como un mulo, y colérico como un leon. Raza maldita! y esto te lo digo, Clemencia, para que escuses los defectos de tu marido, porque no hay que pensar en corregirlos. Bien que todos los hombres son iguales, y si tienes penas, te queda al menos una tia á quien puedes confiarse-las, y que no consentirá que te tiranicen: yo hablaré á tu marido.

Desde la primera palabra de esta peroracion, mas larga todavia en su original, conoció Clemencia que debia armarse de resignacion; porque todo lo que atañía á los Bergenheim daba á la solterona motivo eterno de gruñimiento: asi pues, se repantigó en su sitial como persona dispuesta á oir un discurso fastidioso, y se ocu-

pó durante la filípica en acariciar con la punta del pie la cabeza de uno de los morillos del hogar.

—Pero, tia, dijo así que pasó la oleada, no alcanzo que se os ha metido en la cabeza que Cristian me hace desgraciada; os repito que es imposible mostrarse mejor de lo que él lo hace, y que por mi parte le profeso la mayor estimación, la amistad mas verdadera.

—Corriente, Pero si es la perla de los maridos, si vivís como unas tortolitas, lo cual, entre paréntesis, no lo hubiera creído, de dónde procede ese fastidio de que te quejas, y que se va haciendo muy poco invisible? Y cuenta que es mas que fastidio, es tristeza, es pesar. Enflaqueces por dias, ahora mismo estas pálida como la cera, y á ese paso pronto infundirás miedo. Dicen que ahora es de moda la palidez: tonte-rías modernas.

Clemencia inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y prosiguió con acento melancólico...

—Sé que soy una loca y á veces me aburro de tener tan poco imperio sobre mi misma; pero mis fuerzas valen poco. Siento una fatiga, un

disgusto de todo, que no acierto á dominar. Es un aniquilamiento físico y moral sin causa conocida, y por lo mismo sin remedio. Me fastidio y padezco; estoy segura que acabaré por caer enferma. Y sin embargo no tengo motivo para estar triste, soy dichosa, debería serlo...

—No hay quien entienda á las mugeres de hoy dia. En mistiempes, en las ocasiones urgentes con un buen ataque de nervios estaba todo compuesto; pasada la crisis, se volvía á ser amable... colorete al canto y al baile. Ahora todo se vuelve languideces y cansancio, ataques de estómago... monadas y nada mas que monadas! Los hombres han dado en lo mismo, y á sus males llaman esplin! otra gracia inglesa! Buenas cosas nos vienen de Inglaterra! Clemencia, Clemencia, debes poner término á esas niñerías. En París, no parastes un momento hasta que me tragistes aquí; y eso que yo tenia las razones mas poderosas para dilatar mi partida; la casa que amueblar de nuevo, mi jaqueca, Constancia, que estaba recién purgada y no era justo poner al animalito en camino!... Pero todo fué en vano: te empeñastes, hubo que darte gusto, y ahora...

—Pero, tia, vos misma convenisteis en que era necesario reunirme con mi marido. No bastaba con haberle dejado el invierno solo aquí, mientras yo bailaba en Paris?

—Cierto que era muy justo. Pero por qué te fastidia ahora lo que tan vivamente deseabas ahora dos meses? En Paris todo el pio era por tu marido: Bergenheim por arriba: Bergenheim por abajo y á todas horas. Y me podrás decir que es lo que echas de menos, ahora que en Paris no hay bailes, ni reuniones, ni alma nacida?... acaso...

La solterona no concluyó su frase, pero concentró en la última palabra una severidad interrogativa en que estaba condensada toda la quinta esencia de hipocresía que sesenta años de celibato pueden coagular en el alma de una soltera vieja.

Clemencia miró á su tia para pedirle explicase su pensamiento.

—Eh! no te pongas tan seria, prosiguió la otra suavizando la voz. Vamos, hálame con franqueza, picarilla, has dejado en Paris alguna persona cuya memoria te haga mas fastidioso el castillo de lo que es en realidad? Alguno de tus

adoradores de este invierno...

—Qué idea, tia! acaso tengo adoradores? exclamó con viveza Clemencia pretendiendo ocultar con una sonrisa el matiz rosado que momentáneamente animó sus mejillas.

—Y cuando así fuese, querida, continuó la vieja, indulgente por curiosidad, qué mal habría? Está prohibido agradar? Siendo jóven y bonita, involuntariamente se hacen las conquistas. Con que vámos, vámos, cual es el alma en pena que gime por allá? El señor de Mauleon...

—El señor de Mauleon! exclamó la jóven soltando la carcajada. Alma ese hombre! le haceis demasiado honor. Mauleon que está hecho un bombo, que tiene cuarenta y cinco años y gasta corsé! un atrevido que en el baile se propasa á apretar los dedos de su pareja, disparándola miradas apasionadas.

—Y el jóven d' Arcenan?

—Escelente sujeto, muy fino, muy galante, muy instruido, pero tanto se ha acordado de mí como yo de él. Además, sabeis que se casa.

—El lindo Gersaut? prosiguió la solterona con la perseverancia que emplean los viejos en agotar su idea, y como si estuviera resuelta á

pasar revista á todos los hombres conocidos, hasta descubrir el secreto de su sobrina.

Esta tardó un instante en responder.

—Cómo podeis pensar en tal cosa? Un hombre de tan mala reputacion, que escribe obras que nadie se atreve á leer, comedias que no se ejecutan! No habeis oido decir á la señora de Pontivers que cualquiera muger que apreciara su reputacion no debia recibir sus visitas?

—La señora de Pontivers es una hipócrita insoportable. Mayor loca, hacer ascos de Gerfaut, porque tiene demasiado talento para hacerla caso. Yo nunca he concebido tu aversion hácia él, ni el tono altanero con que le recibias, en particular á lo último.

—Tia, nadie es dueño de sus antipatias ó de sus afecciones pero para que no os canseis mas, voy á esplicar lo que de mi situacion se me alcanza. Me fastidio porque probablemente estará en mi carácter tener necesidad de distracciones! y lo que es en este pais las distracciones son nulas. Es un cansancio involuntario que yo creo pasará muy pronto, porque la raiz del mal no está en el corazon.

Por el tono frio y algo seco con que estas pa-

labras fueron pronunciadas, comprendió la señorita de Corandeuil que su sobrina quería guardarse su secreto, si es que le tenía: no pudo menos de manifestar su mal humor pegándola con el dogo que ninguna culpa tenía, y con un acento gruñon mucho mas familiar á su voz que las zalamerías anteriores, prosiguió:

—Pues señorita, si me he equivocado, si vuestro marido os adora y le adorais, en una palabra, si ningun pesar os atormenta, vuestra conducta no tiene sentido comun. Todos esos vapores, esas monadas, esós colores quebrados son caprichos insoportables para los demas. Hay en Provenza un refran que dice: *valor de Blancas, prudencia de Pontevez, capricho de Corandeuil*. Si no ecsistiera esta divisa, fuera menester crearla para vos, porque teneis en el carácter un enigma capaz de consumir una santa. Y eso que si alguno debe conoceros soy yo que os he educado... con no poco trabajo, la verdad sea dicha, porque sois la persona mas fantástica, mas desigual, la niña mas mimada...

—Tia, interrumpió Clemencia con las mejillas animadas por bellísimos colores, tanto me habeis hablado de mis defectos, que debo cono-

cerlos; y si no me corrijo no es por culpa vuestra, que no habeis escaseado las lecciones. Si no hubiera tenido la desgracia de perder á mi madre tan temprano, no os hubiera fastidiado.

Ahogó la jóven una lágrima ardiente que asomó al párpado, y tomando un diario de encima de la mesa, le desdobló para ocultar su conmocion involuntaria, y poner término á una conversacion que se iba haciendo penosa. La solterona por su parte se caló los anteojos con dignidad, estendió á competente distancia de los ojos «la gaceta de Francia» largo tiempo olvidada, y se tendió lentamente sobre el sitial.

Por un breve espacio dominó el silencio en el vasto salon. Leia la vieja con mucha atencion al parecer; su sobrina permanecia inmóvil, con los ojos fijos en la cubierta amarilla del número de «La Moda» que la casualidad pusiera entre sus manos. Por fin, dejandose de meditaciones, ojeó el periódico con una indolencia que manifestaba el poco interés que por la lectura sentia. Pero al volver la primera hoja se le escapó un grito de sorpresa, y sus ojos se fijaron en el impreso con ávida curiosidad.

En la página primera, donde estan grabadas las armas de la duquesa de Berry, y en medio del escudo de la derecha, habia dibujado con lapiz un pájaro con una coronita de vizconde en la cabeza.

Curiosa por saber la causa de la sorpresa de su sobrina, la señorita de Corandeuil alargó la cabeza: sus ojos recorrieron la página sin encontrar nada de particular, mas al cabo, fijándose en el blason, descubrieron la añadidura con que se le habia enriquecido.

—Un gallo! exclamó! un gallo en el escudo de la señora duquesa; qué significa esto? Y no está grabado, ni litografiado: está dibujado á mano.

—No es un gallo, es un gerifalte coronado, dijo la señora de Bergenheim.

—Un gerifalte! qué sabes tú lo que es un gerifalte? yo los he visto mil veces en la halconería de vuestro abuelo, y repito que ese es un gallo, un gallo ingles: maldito bicho! Y lo que suponeis una corona, y lo que parece en efecto, es una cresta mal hecha. Pero quién se atreverá á hacer estas gracias? es preciso, es indispensable descubrir al autor de tan necia jugarreta. Haz el

favor de tirar de esa campanilla.

—En efecto, es cosa singular! dijo la baronesa de Bergenheim, llamando con una viveza como si participára, sino de la indignacion, al menos de la curiosidad de su tia.

Un criado con librea azul y encarnada entró en el salon.

—Quién ha ido á Renuremont á buscar los periódicos? preguntó la señorita de Corandeuil.

—El tio Rousselet, señorita.

—Dónde está el baron de Bergenheim?

—Jugando al billar con la señorita Alína.

—Que suba Leonardo Rousselet.

Y la señorita de Corandeuil se acomodó en el sillal con la dignidad de un canceller que va á abrir un tribunal de justicia.



2.

El tio Rousselet.

Los criados del castillo, ó con mas propiedad, de la quinta de Bergenheim, componian una familia cuyos individuos estaban muy lejos de vivir en completa armonía. El baron, explotando su hacienda por sí propio, empleaba bastante número de peones, mozos de mulas, criados de corral á quienes la librea consideraba con el mas humillante desprecio. Los villanos por su parte no se dejaban pisar por los lacayos privilegiados y los acosaban á motes, y á veces otra

cosa mas espresiva. Entre estas tribus enemigas, habia otra menos numerosa y en mas crítica situacion: eran los dos lacayos de la servidumbre de la señorita de Corandeuil. No les habia venido mal que su señora conviniese con el gran Federico en la aficion á los hombres altos y vigorosos, porquesi no, hubiérales sido imposible salir sanos y salvos de todas las bolinas en que diariamente se veian embarcados.

La cuestion de superioridad entre ambas familias, habia sido la primera manzana de discordia, envenenada despues por una multitud de quejas particulares.

Los colores siempre han dado que hacer: la librea de Bergenheim era encarnada; la de Corandeuil, verde. Habia, pues, dos banderas, y cada cual ensalzaba la suya deprimiendo la contraria: lo que solia parar en peleas de mojicones: era un combate diario y continuado.

En medio de esta guerra civil cuidadosamente oculta para los amos, vivia un personaje bastante raro. Leonardo Rousselet, el tio Rousselet era un palurdo viejo, desesperado de serlo, y que hiciera mil esfuerzos para salir de su estado sin conseguirlo. Despues de haber sido su-

cesivamente aprendiz de peluquero, sacristan, confitero, maestro de escuela, habia vuelto á los sesenta años al punto de donde habia salido.

En casa de la señora de Bergenheim no tenia empleo particular: hacía á todo, iba á los recados, cuidaba los jardines y medicinaba á los perros y á los caballos: en lo físico era un hombre de elevada estatura, tan ancho en sus vestidos como una almendra seca en su cáscara. Una inmensa casaca, que fué negra, le golpeaba con los faldones las pantorrillas envueltas en medias azules y con mas semejanza á espárragos que á piernas humanas; conformacion particular que le grangeaba una porcion de chanzonetas á las que él respondia con desdeñosa sonrisa. «Canalla! gente sin educacion» porque las pretenciones de hombre bien educado era el caballo de batalla del buen viejo.

A pesar de su confianza en sí propio no dejó de intimidarse Leonardo cuando se vió llamado á comparecer ante la persona mas temible del castillo. Resentíase su paso de esta impresion, cuando apareció á la puerta del salon, donde se mantuvo grave y silencioso como la sombra de Banquer. En presencia de

aquella facha rara se levantó Constanca la-
drando con furor y corrió á precipitarse al par-
de piernas diminutas; pero el tejido de la me-
dia, y el curado pellejo que cubria el hueso,
era bocado demasiado duro para sus dientes,
teniendo entretanto que contentarse con ladri-
dos imponentes, mientras el viejo, que hu-
biera dado un mes de su salario por poder
sacudirla un punta pié, la acariciaba con la
mano, diciendo con hipócrita falsete; pobrecita!
pobrecita! no me conoces mona?

Esta conducta cortesana tocó al corazon de
la vieja, y modicó el aire severo de que se
habia revestido.

—Silencio, Constanca, la dijo; aquí, á
mis pies. Rousselet, acercaos.

Obedeció el anciano, no dando un paso
sin una reverencia, y se cuadró en postura
militar.

—¿Sois vos el que ha ido hoy á Renu-
remont? ¿habeis hecho todos los recados que
os encargaron?

—No será imposible, reñorita, que haya
dejado algunos en la caja de los olvidos, res-
pondió el pobrete, temiendo comprometerse

con una afirmacion positiva.

—Decidnos, pues, de las que os habeis ocupado.

Leonardo se sonó, tapándose con el sombrero, como orador pulcro y columpiándose sobre las piernas.

—Comisionado para pasar á la ciudad en busca de diferentes... de diferentes objetos, llegué á Renuremont, y derecho á casa del carnicero: en primer lugar, compré cinco kilogramos de tejido de seda.

—Seda en casa del carnicero! saltó la señora de Bergenheim.

—Esto es, diez libras de lo que las gentes sin educacion llaman puerco, repuso Rousselet, pronunciando esta palabra casi inteliggible.

—Dejemos esos pormenores. Fuisteis al correo.

—Fuí al coreo, y eché las cartas de la señorita, de la señora, del señor boron, y una de la señorita Alina para el señor d' Artigues.

—Alina escribe á su primo! Lo sabias? dijo la vieja con viveza, volviendose hácia su sobrina.

—Sí por cierto: están en correspondencia seguida, contestó esta sonriéndose.

La vieja hipócrita meneó la cabeza alargando el labio inferior, y la señora de Ber-genheim, impacientada de ese interrogatorio, tomó la palabra con un tono diametralmente opuesto á la lentitud solemne de su tia.

—Rousselet, dijo, cuando os entregaron los periódicos, notasteis si las fajas estaban intactas, ó si las habian roto?

Con esta pregunta precisa, el bueno del encargado escondió la mitad de la cara entre la corbata, y se aceleró su zarandeo de piernas. Al fin contestó con visible turbacion.

—Seguramente, señora... por lo tocante á las fajas... no echo yo la culpa al administrador de correos.

—Si los periódicos estaban cerrados cuando os los entregaron, nadie mas que vos ha podido abrirlos.

Rousselet se puso tieso, y dando á su magro semblante la mayor majestad posible.

—Señora, dicho sea con perdon, Leonardo Rousselet es bien conocido. Yo soy incapaz de abrir los periódicos. Luego que se han leído en el

castillo y que se me dice que los lleve al señor cura, no digo que no: se distrae uno por el camino. Pero leer antes que los señores, Dios me libre de semejante bajeza.

La señora de Bergenheim, en quien no produjeran grande efecto las disculpas de Rousselet; meneó la cabeza con impaciencia, y dijo con imperativo tono:

—Estoy segura de que los sobres han sido quitados por vos ó por personas á quienes los habeis confiado, y esto es lo que quiero saber inmediatamente.

Rousselet abandonó su postura de senador romano, y pasándose la mano por detrás de las orejas, prosiguió con acento menos enfático.

—De vuelta me detuve en la Descabezada.

—Y qué teneis que hacer en las posadas? interrumpió la señorita de Corandeuil con voz severa. Sabeis que en esta casa no se quiere que los criados frecuenten las tabernas y parages semejantes, que solo sirven para pervertir las costumbres de las clases bajas.

—Criados! Clases bajas! vieja aristócrata! gruñó Rousselet, pero no atreviéndose á dar vuelta á su mal humor, añadió con voz melosa:

—Si la señorita hubiera hecho el camino en el mismo carruaje que yo, vería que es largo, largo y cansado en el sufrimiento. Así que me detuve en la Descabezada para limpiar el polvo de mi estómago. Entonces la señorita Reine, hija de la señora Gobillot, dueña de la posada, me pidió permiso para ver el papel amarillo, donde hay caballeros y señoras muy elegantes; quise saber el motivo, y me contestó que era para saber las modas y ver como se componian en la capital en materia de gorras, vestidos y otros perendengues: frivolidad de muger.

La señorita de Corandeuil reventaba de risa.

—La señorita Gobillot leyendo la *Moda!*.. la señorita Gobillot hablando de vestidos, de chalí y de encages. Qué te parece, Clemencia? El mejor día la vemos con sombrero de Herbaut... Ah! ah! esto es lo que se llama progreso de la civilizacion, el siglo de las luces!..

—Dime, añadió Clemencia con intencion, es la Gobillot la única que ha mirado este número de la *Moda?*.. No habia alguna otra persona en la posada?

—Señora, contestó Rousselet perseguido en sus últimas trincheras, tambien habia dos jóve-

nes tomando un pisco-labís, uno de los cuales, sea dicho con perdon, tenia mas barba que un chivo. Perdona la señora si me sirvo de expresiones tan vulgares, pero como se empeña en saberlo todo...

—Y el otro joven?

—El otro tenia la epidermis tan lisa como una señorita. En cuanto á señas particulares, cero. El fué quien tuvo el periódico mientras su compañero barbudo fumaba á la puerta.

La señora de Bergenheim desistió de hacer mas preguntas y quedóse en profunda meditacion. Fijos sus ojos en el número de la *Moda* queria estudiar los menores perfiles del bosquejo trazado, como si pudiera encontrar la revelacion del misterio. Su respiracion irregular, la animacion cada vez mas viva que coloreaba la blancura ordinaria de su tez, hubiera bastado á un ojo observador para traslucir una de esas borrascas del alma, cuya manifestacion física presenta síntomas parecidos á los de la fiebre. La pálida flor de invierno espirante bajo el peso de la nieve habia levantado la cabeza de repente y recobrado sus colores; la melancolía con que la jó-

ven luchaba en vano, habia desaparecido por encanto. En aquella organizacion delicada y embotada por grados en el espacio de dos meses, la sábia de la juventud se reproducia con radiante vigor, y donde amenazaba una languidez prócsima al marasmo, íbase á crear acaso peligros contrarios por el exceso de vida.

Un pajarillo coronado y mal dibujado, era el singular talisman que produjera esta mutacion de escena.

—Son comisionistas, dijo la vieja que tenia pretensiones de adivinarlo todo: y á alguno de ellos sin duda, se le antojó pintar ese mamarracho. Pero basta ya de este asunto. Leonardo Rousselet, habeis hecho muy mal en soltar de las manos un objeto de propiedad de vuestro amo. Por esta vez os disimulo, pero cuidado con ser mas escrupuloso en lo sucesivo: cuando paseis por delante de la posada de la señora Gobillot, direis á su hija que si le agrada la lectura de la *Moda*, en la calle de Helder, número 25 se admiten las suscripciones. Podeis retiraros.

Sin necesidad de que se lo repítieran echó Rousselet á andar hácia atrás, como el em-

bajador que se retira de una audiencia real, escoltado de Constancia que hacia de maestro de ceremonias. No habiendo calculado bien la distancia, habia entornado la puerta con sus espaldas, cuando esta se abrió de repente y una persona de estraordinaria viveza le hizo dar una vuelta al penetrar en la habitacion.

Era una jóven de corta estatura perteneciente á la familia de los Bergenheim, sin duda, por la semejanza que habia entre sus pronunciadas facciones y las de algunos de los retratos; traia un vestido de paño oscuro con larga cola, para montar á caballo. Un sombrero de fieltro gris inclinado sobre la oreja, dejaba descubierto una hermosa cabellera de rizos rubios y con el velo verde que le acompañaba, prestaba un gracioso aire masculino al lozano semblante de la gentil amazona que blandia à guisa de lanza un taco de billar.

—Clemencia, exclamó con incomparable petulancia, acabo de vencer á Cristian. De una vez he hecho palos, billa y carambola; todo lo he hecho, señorita de Corandeuil, he ganado dos partidas á Cristian, qué tal? y ya no me da mas que diez y ocho rayas por derecho. Tio Rousse-

let, he podido mas que mi hermano. Sabeis jugar al billar?

—Señorita Alina, sé un poquirritillo, contestó el doméstico sonriéndose y esforzándose por mantenerse á plomo sobre las piernas.

—Ya no haceis aqui falta, Rousselet, dijo la señorita de Corandeuil: cerrad la puerta al salir.

Asi que fue obedecida, volvióse la vieja con gravedad hácia Alina, que continuaba haciendo piruetas por la estancia y acababa de coger de la mano á su cuñada para comunicarla su infantil regocijo.

—Señorita, la dijo con voz severa, se acostumbra en el colegio donde habeis sido educada á entrar en una sala sin saludar á las personas que haya y corriendo como una loca? ni entre paletos se haria mas.

Quedóse cortada Alina y aun se ruborizó algun tanto: en vez de responder, quiso acariciar al dogo, porque sabia como Rousselet que era el medio mas seguro de ablandar el corazon de su dueña. Pero esta vez no produjo efecto la treta.

—No hay que tocar á Constancia, exclamó la vieja, como si viera algun puñal levantado sobre el objeto de su ternura, no mancheis á ese

pobre animal. Qué traeis en los dedos? qué sociedad!

Mas avergonzada, la jóven miró sus torneadas manos, algo manchadas en efecto, y que se puso á limpiar con un pañuelo.

—Ha sido en el billar, respondió á media voz, es azul del yeso con que se frota la badana para que abra la bola.

—Miren que términos! podeis guardarlos para vos, repuso la vieja, cuyo mal humor crecia con la confusion de la jóven; bonita educacion para una doncella! y ahora vais á montar á caballo. Del billar al caballo, del caballo al billar... soberbio! admirable!

—Pero si estamos en vacaciones, dijo Ali-na, con los rasgados ojos azules húmedos de lágrimas; no creo que hago mal en jugar con mi hermano, y el billar me divierte tanto! lo mismo que la equitacion: el médico dice que es un ejercicio sumamente saludable, y Cristian cree que así creceré algo mas.

Al mismo tiempo dirigió una mirada al espejo para ecsaminar si desde la última vez que se contemplára, que era bien amenudo, se había realizado la esperanza de su hermano: porque

su poca estatura era lo que mas le aburría. Pero la ojeada fué rápida como él rayo, tal era su temor de que la severa solterona hallase en este rasgo de coquetería testo para otro sermón.

—No sois sobrina mia, y no me pesa, prosiguió la señorita de Corandeuil: ya estoy demasiado vieja para emprender una educacion, ni tengo autoridad sobre vos, y sobre vuestros pasos. Ni son las que convienen á una persona bien educada; puede que tambien sea moda, pero dejando esto á un lado, vamos á otra cosa mas seria que debeis reflexionar mas detenidamente. En mi juventud, una soltera no escribia jamás como no fuera á su padre ó á su madre. Vuestras cartas al primo d' Artigues, son una inconsecuencia, no me repliqueis, son una inconsecuencia de que, por vuestro bien, deseo veros corregida.

Levantóse la señorita de Corandeuil, contenta de sí propia, porque habiendo tenido ocasion de sermonear á tres personas; podia decir como Tito: «no he perdido el dia;» y salió del salón escoltada por su dogo, despues de dirigir á la jóven una reverencia irónica á que esta no creyó necesario corresponder.

—Qué génio, Dios mío! exclamó Alina. Cristian dice que no hay que hacer caso porque todas las mugeres se vuelven lo mismo cuando no se casan. Lo que yo sé decir es qué, aunque estuviera soltera toda mi vida, no querria hacer padecer á nadie. Inconsecuente! cuando ya no sabe que decirme, la pega con el primo. Y vaya con las cartas..! En su última solamente me habla de las perdices que mata y de su trage de caza: es tan niño! Pero decidme: por qué os estais tan callada? Enfadada tambien conmigo?

Se acercó á Clemencia y quiso sentarse sobre sus rodillas: pero esta se levantó para esquivar aquella muestra de tierna familiaridad.

—Habeis ganado á Cristian, la dijo distraída, y ahora vais á montar á caballo..? Qué bien os sienta ese vestido!

—Sí? Cuánto me alegro! exclamó la loquilla corriendo al espejo á contemplar su graciosa figura: se estiró el corpiño, arregló los anchos pliegues del vestido, se compuso el velo que flotaba en desórden, se caló el sombrero todavia mas ladeado, y vuelta de lado para juzgar mejor el efecto de su traje, hizo todas aquellas monadas que las mugeres traen aprendidas al ve-

nir al mundo. En suma, que dó bastante contenta de su ecsámen, porque se sonrió consigo misma descubriendo unos pequeños dientes mas blancos que el marfil.

—Ahora me arrepiento, dijo, de no haber pedido un sombrero negro: tengo los cabellos tan claros que este gris me hace muy fea. Es verdad? Pero por Dios, Clemencia, hoy no se os puede arrancar una palabra: estais con la jaqueca?

—Algo hay de eso, contestó la señora de Bergenheim para justificar su preocupacion.

—Pues deberiais montar á caballo y venirós con nosotros al bosque: el aire libre os haria provecho. Hace un tiempo hermosísimo, y en menos de cinco minutos me comprometo á aviaros. Voy á decir á Cristian que mande ensillar vuestro caballo; ya le oigo andar por el patio: venid, venid.

Alina, asiendo á su cuñada de la mano, la condujo á otro aposento, y abrió un balcon para ver lo que pasaba fuera, donde ya sonaban los chasquidos de los látigos y las voces de muchas personas. Un criado paseaba por el patio un alazan de elevada talla, y el baron tenia

de la brida otro mas pequeño con silla de mujer, y ecsaminaba las cinchas con atencion. Al oir abrir el balcon volvió la cabeza, y saludó á Clemencia con una afectacion de caballeresca galanteria.

—¡Siempre tan recogida! la dijo.

—Alina vá á montar á Jitiana, contestó la señora de Bergenheim haciendo un esfuerzo para hablar: estoy segura de que al fin hará alguna de las tuyas.

La jóven pensionista se sonrió del temor de su cuñada.

—Alina no teme nada, replicó Bergenheim, hemos de alistarla en los húsares así que salga del convento. Vamos, Alina.

Gozosa abrazó la jovencita á la baronesa, se levantó la cola del vestido para no enredarse los pies, y echó á correr con la mayor rapidez.

Un instante despues, estaba acariciando el pescuezo de su yegua favorita.

—A caballo! dijo Cristian, sosteniendo el pie de su hermana en una mano ancha como un estribo turco, la levantó con el otro brazo y la acomodó en la silla con tanta facilidad como si hubiera sido una niña de seis años. En se—

guida montó él en su caballo de batalla y saludó otra vez á su esposa; se colocó á la derecha de Alina, dió un latigazo á Jitiana, picó espuela á la pareja rompiendo á galope, y desapareció en un momento por la calle de árboles que remataba en la puerta del patio principal.

Asi que se perdieron de vista, entró Clemen-
cia en su habitacion, tomó un chal y bajó apre-
suradamente á los jardines por una escalera se-
creta.



4.

La entrevista.

LAS habitaciones de la baronesa de Bergenheim ocupaban el piso principal de una de las alas del castillo, por la parte de occidente. En el piso bajo estaba la biblioteca, la sala del baño y algunas piezas sin destino actual. Al pie de la fachada, una pradera rodeada de árboles y cubierta de naranjos en tiestos, formaba una especie de jardín inglés, santuario de verdura reservado á la señora del castillo, y que la ofrecía en tributo todas las mañanas el perfume de

sus flores y la frescura de su sombra. A través de las cimas de los pinos y del follage de algunos tulipanes que dominaban los grupos de arbustos, podía seguir la vista las sinuosidades del río que iba á perderse en el valle.

Atravesó la pradera y abrió nuestra heroína una puerta poco conocida, y se halló al pie de los platanos á orillas del agua. Esta senda describía una curva enderredor del jardín inglés, y conducía á la entrada principal; por el otro extremo se extendía entre una doble fila de árboles gigantescos, entre el río y el parque. Por un lado, el aspecto monótono del torrente: por otro, la melancolía de los bosques, que ora se espesaban, ora hacían raro el ramaje, dando á aquellos sitios el carácter de soledad que convidaba á meditar. Iba á anochecer y el paisaje turbado momentáneamente por la tormenta, había recobrado su serenidad. Bajo el fresco dosel animado por la pasada lluvia, avanzaba Clemencia lentamente con la cabeza inclinada y cruzados los brazos sobre el pecho, envuelta en el chal de cachemira.

Tenia la baronesa de Bergenheim una de esas figuras que las otras mugeres, según su vúl-

gar manera de juzgar entre sí la belleza, califican de poco notable, pero que seducen invenciblemente á los hombres inteligentes. A primera vista, apenas parecia bonita: luego escitaba voluntaria atencion y remataba por no poderse apartar de ella los ojos ni el pensamiento.

Una armonía singular unia las facciones que hubieran podido tacharse de irregulares, consideradas aisladamente, y calmaba la espresion del conjunto, asi como un velo vaporoso dulcifica una luz demasiado brillante. Percibir el carácter dominante de aquella fisonomía era cosa casi imposible, tal era la fecundidad de matices y contrariedades. Los cabellos de un color castaño claro se redondeaban en derredor de las sienes con graciosa sencillez; al paso que las cejas, mas oscuras, daban á veces á la frente una gravedad imponente. El mismo contraste reinaba en la nariz: la corta distancia que de la boca la separaba hubiera parecido, segun la mácsima de Lavater, indicio de energía viril; pero el lábio inferior un poco mas prolongado, impregnaba su sonrisa de un deleite angelical. Deslizábanse suavemente los ojos del observador sobre aquel tinte melancólico de inmaculada pureza,

y el corte algo aguileño de sus facciones, el escesivo brillo de los ojos que, bajo las cejas negras, parecian dos diamantes engastados en jaspe, hubieran dado al conjunto un carácter demasiado poderoso, si estos mismos ojos, cuando se entrecerraban, no hubieran cambiado su reflejo deslumbrador en una mirada humedecida por inesplicable dulzura.

Un observador hubiera traslucido que ella tenía una de esas almas de rico teclado en que una mano hábil sabe hacer brotar las incomparables armonias de la pasion humana. Y sin embargo, quién sabe si se habria llevado chasco. Hay tantas mugeres que solo tienen el alma en los ojos.

En este momento, la apostura meditabunda de la señora de Bergenheim hacia mas impenetrable aun el velo misterioso que envolvía ordinariamente su fisonomía. Qué sentimiento la haria inclinar así la cabeza y daba á su paso aquella lentitud pensadora? Seria el fastidio que confesára á su tia? Mas ese cansado hábito del alma se manifiesta por síntomas parecidos á las plantas que yacen sobre las aguas estancadas. El embotamiento de los órganos del pensamien-

to, la distincion de las fibras, la soñolencia de las facciones, la atonia de la mirada caracterizan el fastidio que pasa al estado crónico. Empero, jamás los ojos de Clemencia despidieron brillo mas vivo y mas intenso, y ciertos pliegues de su frente anunciaban una escitacion de espíritu en el último periodo.

Seria melancolía? La monótona querella del torrente, el canto nocturno de las aves, los largos reflejos dorados que penetraban á través de los plátanos, los débiles aromas evocados por la tempestad, algunos lejanos rumores que aumentaban mas la calma de la soledad, todo se reunia para verter en el alma dulce tristeza: pero el murmullo del agua, la serenata de las alondras, los rayos filtrados del sol, los rumores vagos y los vagos aromas, toda aquella naturaleza elegiaca en fin no arrancaba á la señora de Bergenheim una mirada ni un suspiro. Su abstraccion era pensamiento, no recuerdo de lo pasado, sino preocupacion de lo presente.

Notábase los rayos rápidos é inteligentes que sus ojos despedian cuando los levantaba una cosa esencialmente actual, precisa y positiva; parecia la prevision de un drama próximo á re-

presentarse. El drama llegó por fin.

Así que hubo cruzado por delante del puente de madera, le atravesó un hombre vestido de una blusa y la siguió: oyendo ella detras de si el ruido de pasos precipitados, se volvió y halló á su lado al desconocido que durante la tempestad intentára en vano llamar su atencion. Por un instante reinó el silencio. El jóven, inmóvil, pugnaba por asentar su respiracion agitada. La señora de Bergenheim, con el cuerpo inclinado atrás y los ojos espantados, le consideraba con mas agitacion que sorpresa.

—Sois vos? exclamó por fin el jóven, la pérdida por tanto tiempo y que encuentro al cabo?

—Qué locura, caballero! le respondió ella en voz baja y estendiendo la mano para detenerle.

—Por piedad, no me mireis así. Dejadme que os contemple, que me cerciore que sois vos. Hace ya tanto tiempo que anhele esta ventura! y no la he pagado harto cara? Dos meses pasados lejos de vos, del cielo! Dos meses de tristeza, de pesadumbre, de desgracia! Pero os encuentro pálida: habeis sufrido tambien?

—Ahora mucho!

—Clemencia!

—Caballero Gerfaut, llamadme señora de Bergenheim, interrumpió esta con la mayor formalidad.

—¿Por qué he de desobedeceros? no sois mi señora, mi reina?

E inclinóse doblando la rodilla en señal de sumision, y quiso estrechar una mano, desde luego retirada. La señora de Bergenheim escuchaba con poca atencion las palabras que la iban dirigidas: sus miradas inquietas, errantes, registraban la espesura, se afanaban por penetrar en las menores quiebras del terreno. Gerfaut comprendió esta pantomima, y estudiando de una ojeada aquellos lugares, descubrió á poca distancia un sitio mas apropósito para aquella conversacion que la calle, en medio de la cual se encontraban. Era un hundimiento semicircular; un banco rústico que habia al pie de una gran encina y que parecia colocado espresamente para buscar allí la soledad ó hablar de amor.

Desde allí se podia ver venir el peligro, y en caso de alarma, el bosque ofrecia un asilo casi seguro. Bastante experimentado en la estrategia galante para aprovechar las ventajas de esta posicion, encaminóse el jóven á este punto sin a-

fectacion, continuando hablando, y fuera por ese instinto que en una situacion interesante nos hace seguir maquinalmente un impulso extraño, ó porque la poseyese el mismo pensamiento de prudencia, ello es que la baronesa de Bergenheim continuaba andando á su lado.

—Si pudierais comprender, la decia, lo que he sufrido no encontrandoos en Paris! Al principio me costó un trabajo inmenso descubrir donde estabais: unos decian que en Corandeuil, otros que en Italia. Al ver tan pronta partida, el cuidado con que ocultabais el lugar de vuestro retiro, creí que era de mí de quien huiriais. Oh! decidme que me he engañado: ó si es cierto que hayais podido pensar en separaros de mi, decid que esta crueldad es solo de vuestra alma, y que me perdonais por haberos seguido! Sí, me perdonais! Si os inquieto, si os atormento, no os quejeis sino de mi amor que no puedo dominar, y que me aconseja á veces los proyectos mas extravagantes: de este amor temerario, insensato, si quereis, pero verdadero.

Clemencia contestaba á este apasionado arranque sacudiendo la graciosa cabeza como un niño que oye zumbas unas avispas cuya pica-

dura teme; y como entonces llegasen delante del banco, exclamó con afectada sorpresa.

— Os equivocais, no es ese vuestro camino, debeis tomar por el puente.

Escondian estas palabras una mentírrilla palpable; porque sí el camino que habian seguido no conducia al puente, tampoco llegaba al castillo, y el error, si tal error existia, era de entrambos.

— Oidme, yo os lo suplico, respondió el amante con apasionados ojos; tengo tantas cosas que deciros! Por piedad, concededme un solo instante.

— Me obedecereis despues?

— Algunas palabras, y haré en seguida lo que dispongais.

Titubeó la jóven un instante: pero tranquilizada sin duda su conciencia por esta promesa, se sentó haciendo señal á Gerfaut para que imitára su ejemplo.

No necesitó este que lo repitieran dos veces, y se colocó hipócritamente en una punta del banco.

— Ahora hablémos con formalidad, le dijo la baronesa. Supongo que vais camino de A—

lemania ó de Suiza, y que pasando cerca de mi casa habeis querido favorecerme con una visita. Debo estar agradecida de este recuerdo de parte de un hombre tan célebre como vos, aunque traeis un poco ocultos vuestros rayos. En el campo no somos muy escrupulosos en punto á trages. Pero el vuestro es bien raro en verdad. Dónde habeis ido á buscar ese vestido y ese sombrero?

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con la alegría de una muchacha indiferente y burlona.

Gerfaut se sonrió con gracia, pero se quitó el sombrero. Sabiendo la importancia que dán las mugeres á las pequeñeces, y qué irreparable impresion puede producir en los momentos mas patéticos una corbata mal puesta ó una bota sucia, no quiso comprometer su elocuencia con un objeto ridículo. Pasóse la mano por los cabellos, alisándolos sobre su despejada frente, y contestó con dulzura.

—Harto sabeis que no voy á Alemania ni á Suiza, y que Bergenheim es el término y objeto de mi viaje.

—Podreis entonces hacerme el gusto de ma-

nifestarme con qué intenciones os habeis atrevido á dar este paso, y si habeis considerado lo extraño, lo inconsiderado, lo extravagante que es bajo todos conceptos?

—No he reflexionado, he sentido. Estaba aquí porque hay en vos un imán que lleva tras sí mi alma, y fuerza es que yo siga á mi alma. He venido porque necesitaba volver á ver esos ojos tan bellos, embriagarme con vuestra voz tan dulce; porque me es imposible vivir lejos de vos; porque vuestra presencia es tan necesaria para mi felicidad, como el aire para mi ecsistencia; en fin, porque os amo, por eso he venido. Es posible que no me comprendais, que no me perdoneis?

—No puedo creer que habéis seriamente, dijo Clemencia con mayor severidad. Qué idea teneis de mí para pensar que yo autorice conducta semejante? Y aun cuando fuera tan loca, que no lo seré jamás, qué producto sacaríais? Sabeis que es imposible que entreis en el castillo, porque no conocéis al señor de Bergenheim, y no seré yo ciertamente quien os presente á él. Y mi tia que está aquí y me persigue todo el día con sus preguntas! Dios mio! Dios mio! cuánto

*

me atormentais! qué desgraciada me haceis!

—Vuestra tia no sale nunca, por lo tanto no me verá, á no ser que sea presentado oficialmente en el castillo, en cuyo caso tampoco hay peligro.

—Y los criados que ha traido! Y los míos! Repito que es una empresa tan peligrosa como insensata, y que me matareis de miedo y de pensar.

—Aunque alguno me encontrase, cómo quereis que me reconozca en este traje? No temais nada, seré muy prudente! Por la dicha de veros alguna vez, viviré escondido en la cabaña de un leñador.

Clemencia se sonrió desdeñosamente.

—Propósitos pastoriles: pero yo pensé que esos disfraces estaban ya circunscritos al teatro. Si es que quereis poner en accion una escena de un drama para juzgar del efecto, os advierto que á mí no me hace ninguno, y que la escena me parece altamente inoportuna y ridícula: y á la verdad que para ser un hombre de talento, poeta romántico, no habeis hecho grande gasto de imaginacion. Es una imitacion clásica y de las malas. Me parece que hay algo de esto en la mitología. No se hizo pastor Apólo?

Para un amante 'no hay cosa mas temible que una muger de chispa que no ama, ¡ó que ama á medias: toda precaucion, toda prudencia es poca contra un enemigo de esta especie que, ecsigiendo toda clase de consideraciones para el combate, no guarda ninguna y pulveriza á su adversario con esa destreza, que asemeja á una coqueta cuando maltrata á su adorador, á un maligno estudiante pelando vivo á un pajarillo,

Gerfaut hacia esta refleccion filosófica contemplando à la baronesa de Bergenheim. Sentada en el banco rústico magestuosamente como una reina en su trono, brillantes los ojos, irónicos los lábios y cruzados los brazos en el chal con el altanero gesto que solia, parecia la jóven tan invulnerable como si estuviera cubierta por el escudo de Ajax, formado, si hemos de creer á Homero, de siete pieles de toro y una hoja de bronce.

De la hermosa ofendida, pasó Gerfaut la vista à sí propio tan humildemente ataviado, y sus hábitos de elegancia hicieron mas chocante este ecsámen. Figuróse inferior á su papel y casi ridículo: esta idea destruyó por un momento su presencia de ánimo, y en lugar de responder,

comenzó maquinalmente à dar vueltas al sombrero, ni mas ni menos que si fuera el tio Rousselet, Pero lejos de perjudicarle esta cortedad, le sirvió mas que lo hubiera hecho la elocuencia de Rousseau ó el aplomo de Richelieu. Reducir á tan confusa actitud á un hombre de talento, y que pasaba por muy poco tímido, no era para Clemencia un triunfo verdadero? Qué oportuna réplica, qué frase apasionada podian compararse con la lisonja de aquella frente de poeta inclinada con una espresion de tristeza?

Continuando su chanza con tono menos acerbo, añadió Clemencia:

—Veo que en lugar de refugiarse á una cámba, el dios de los versos ha bajado á una taberna. No habeis establecido vuestro cuartel general en una posada?

—Cómo lo sabeis?

—Por la singular tarjeta que enviasteis en la *Moda*. Acaso no conozco yo las armas de vuestro sello? Armas parlantes como diria mi tia.

Al escuchar estas palabras, que probablemente aludian á cartas leídas sin demasiada cólera, supuesto que se conservaba el recuerdo, Gerfaut cobró ánimo.

—Sí, contestó, estoy alojado en la Halconería; pero no puedo seguir, porque la frecuentan mucho vuestros criados. Fuerza es, pues, tomar una resolución, y voy á proponeros dos caminos; el primero, que me permitais veros aquí algunas veces; soleis salir sola, y os será harto fácil.

—Veamos el segundo camino, dijo Clemencia encogiéndose de hombros.

—Si no quereis acceder á mi primera demanda, suplicoos que persuadais á vuestra tia que está enferma y la lleveis con vos á Plombieres ó á Baden. La estacion no está muy avanzada y al menos allí podré veros.

—Dejémonos de locuras, respondió la esposa: os he escuchado con paciencia, ahora os toca á vos atender. Vais á partir inmediatamente. Id á Suiza, volved por Montauvert donde me visteis por la vez primera y cuyo recuerdo tratais de amargar. No es verdad, Octavio, que vais á obedecerme? Dadme esta prueba de vuestra estimacion, de vuestra amistad. Bien conocéis cuan imposible es otorgar lo que me pedís, y creedme, siento tener que desairaros. Despidámonos, pues: este invierno me volvereis á

ver en París. Adios!

Se levantó y le dió la mano que él tomó, pero queriendo aprovechar la conmocion que revelaba la voz de la baronesa exclamó arrebatado:

—No, no esperaré hasta el invierno la felicidad de veros. Acabo de rendiros mi voluntad: si me rechazais, solo me consultaré á mi propio: si me rechazais, Clemencia, os advierto que mañana estaré en vuestra casa, sentado en vuestra mesa, admitido en vuestro salon.

—Vos?

—Yo.

—Mañana?

—Mañana.

Y cómo habeis de componeros? le dijo con despecho.

—Es un secreto, señora, le contestó con frialdad.

Aunque su curiosidad estaba vivamente excitada, parecióle á Clemencia que no le convenia hacer mas preguntas y repuso afectando irónica indiferencia:

—Supuesto que he de tener el placer de volver á veros mañana, me permitireis que me

retire por hoy. Sabeis que estoy enferma y es poca atencion tenerme tanto tiempo entre humedad.

Alzóse un poco el vestido y estendió la pierna enseñando la chinela, sobre la cual los restos de la lluvia depositaron en efecto una porcion de perlas líquidas.

De improviso se puso Octavio de rodillas y sacando de su bolsa un pañuelo, se puso á borrar las señales de la tempestad.

Tan rápida fué su accion, que la baronesa permaneció un instante inmóvil y cortada, pero cuando sintió aprisionado su pié en la mano del hombre que acababa de hacerle una declaracion de guerra, su sorpresa cedió el puesto á un sentimiento vago de impaciencia, de cólera y de pudor. Con un movimiento veloz como el relámpago, se hizo atras retirando la pierna: mas por desgracia, el pie se fue por un lado y la chinela por otro.

Un maestro de esgrima que ve lanzado su florete á diez pasos por un reves, no experimenta mayor asombro que el que entonces sintió la baronesa de Bergenheim. Lo primero que hizo fue apoyar en el suelo el pie tan impura-

mente desnudo, mas un horror instintivo á la humedad del paraje, la indujo á levantarle en seguida y se quedó con una pierna en el aire: pero el movimiento comenzado rompió el equilibrio; viendose próxima á caer, buscó un punto de apoyo, hallándose el mas inmediato la cabeza de Octavio que seguia de rodillas. Con la presuncion ordinaria de los amantes, se juzgó con derecho de completar el socorro que al parecer le pedia, y rodeó con el brazo el talle esbelto que hacía él se doblegaba.

Incorporóse Clemencia en seguida frunciendo el gesto, recobró el equilibrio y se sostuvo en un pie solo, pareciendo al amor de Gerardo: como este parecia á punto de échar á volar, tal era la ligereza aérea de aquella actitud improvisada y graciosa.

En menos de un segundo, se apercibió la baronesa de Bergenheim de que no tendria efecto la ostentacion de magestad, y obrando ademas sobre ella la parte cómica de su posicion, no se juzgaba en estado de mantener, entre las contraidas cejas, la tormenta que habia querido concentrar. Fijóse, en sus lábios la sonrisa involuntaria que por ellos vagaba, y desarrugó la

frente como un rayo de sol que disipa una nube. Predispuesta ya á la clemencia, dijo con voz dulce:

—Volvedme mi chinela.

Contempló Gerfaut con ojos centellantes el gracioso rostro inclinado hacia él en ademán suplicante, pero de súplica infantil, sus miradas se trasladaron en seguida con aire incierto al trofeo que en las manos le quedára. La chinela, tan pequeña como la de la Cenicienta, era gris, no verde: forrada de seda color de rosa y en el conjunto tan linda, tan mona, tan coqueta, que parecía imposible que su dueña estuviera seriamente enojada porque se la examinara con detención.

—Os la volveré, dijo por fin, pero con la condicion de que me permitais ponerlosla.

—Imposible, le contestó con viveza: mejor querria dejárosla y volverme de esta suerte.

Gerfaut meneó la cabeza sonriéndose con incredulidad.

—Y el constipado? y vuestro pecho delicado? y ese innoble lodo?

Clemencia escondió precipitadamente el pie que inspeccionaba el jóven mas de lo necesario,

y con la obstinacion de niña mimada dijo:

—Pues bien, me iré á saltos; de niña saltaba muy bien y no debe haberseme olvidado todavia.

Para confirmar esta resolucion, dió dos saltitos con una gracia y una ligereza dignas de la Taglioni.

Octavio se levantó!

He tenido la dicha de veros bailar algunas veces, dijo: pero confieso que me ha sido mucho mas grato asistir á un paso de un género tan nuevo y egecutado para mi solo.

Al mismo tiempo hizo ademan de guardarse en la blusa el inocente objete del debate. Esta accion avisó á la linda bailarina que urgia una transacion.

Obligada por la necesidad á aceptar las condiciones que la imponian, quiso al menos la linda Clemencia cubrir su derrota con suficiente dignidad y salir del mal paso con los honores de la guerra.

—Volvéos á poner de rodillas, dijo con tono altivo, y calzadme, ya que lo escijís, pues tiempo es ya de que se acabe esta ridícula escena. Os creía demasiado orgulloso para re-

clamar como favor el privilegio de una camarera.

—Como favor que envidiarían los reyes, contestó Gerfaut con voz tan tierna como fuera desdenosa la de Clemencia. Dobló una rodilla en tierra, colocó sobre la otra la chinelita y aguardó la señal de la hermosa. Pero no debió agradarla tampoco el pedestal, porque con la mayor serenidad exclamó:

—Al suelo, caballero, y acabémos.

Obedeció sin replicar, después de lanzarle una mirada de tiernísima reconvención. Con faz menos irritada alargó el pie con la punta hacia abajo y le metió en la chinela. Para no faltar á los deberes de historiador verídico, añadiré que esta vez le dejó en las manos que le sujetaban mas tiempo del estrictamente necesario. Cuando Octavio concluyó, sin acelerarse, se bajó y apoyó los labios en la media calada que traspasaba una tez blanca y tersa.

—Mi marido! exclamó la baronesa de Ber-genheim oyendo de repente pisadas de caballos! y sin añadir una palabra, echó á correr hacia el castillo. Con no menor viveza se levantó Gerfaut y se escondió en el bosque. Un ruido de hojas

que oyó á pocos pasos, le inquietó en un principio temiendo algun testigo invisible de la imprudente entrevista; pero se tranquilizó con el profundo silencio que le rodeaba. Despues de dejar pasar al baron y á su hermana, atravesó el camino corriendo y desapareció por la senda tortuosa del otro lado del puente.



Los dos amigos.

A UNA legua del castillo de Bergenheim estaba situada la villa de la Halconería, en la confluencia de muchos valles, de los cuales el principal por medio de un camino poco frecuentado abría comunicacion entre la Lorena y la Alsacia alta. Esta posicion habia tenido alguna importancia en la edad media, época en que los Voges estaban plagados de partidarios de ambos paises, siempre dispuestos à comenzar la guerra como sucede siempre en las fronteras.

Sobre una roca que dominaba la villa, veíanse las ruinas del castillo que la diera su nombre, debido á las aves de rapiña, huéspedes ordinarios de sus elevados picos. En honor de la justicia debemos añadir que en todos tiempos los castellanos de la Halconería habian procurado justificar la dominacion con hábitos mas belicosos que hospitalarios; mas habia ya largo tiempo que la memoria de sus proezas feudales dormian con su raza bajo los escombros del edificio: el castillo habia perecido sin que la aldea se engrandeciera con sus ruinas: la pica y el arcabuz de los hombres de armas no fueron sustituidos ni por la vara de medir, ni por la caldera de vapor: de aldea considerable, la Halconería habia degenerado en villa mediana, y no presentaba mas de notable que las ruinas melancólicas de su castillo.

En medio de una naturaleza pintoresca era imposible imaginar nada mas miserable que las cascas que á los lados del camino se veian. Su piso único y achaparrado, la uniformidad de los techos de paja ennegrecidos por la lluvia, los estériles huertecillos que no ofrecian mas vejetacion que un cuadro de cardos y algunas plantaban—

das de judías, daban idea de la existencia mezquina de sus habitantes. Prescindiendo de la iglesia y del presbiterio, reedificados á espensas del obispo, una sola casa se habia elevado de la clase de choza, y esta era la posada de la Descabezada, que florecia entonces bajo el gobierno de la señora Gobillot, muger robusta, y que ninguna semejanza tenia con el nombre de su establecimiento.

Una gran muestra condecoraba la puerta de entrada, y justificaba el título que hubiera podido considerarse poco grato para el bello sexo. Una dama con vestido de color de rosa muy pompudo, se ocultaba enteramente el rostro con un enorme abanico, habiendo sido este capricho del pintor la causa del nombre que la posada llevaba.

A la derecha de esta singular figura estaba pintado con toda gala un riquísimo pastel; mas allá, sobre una cama de berros, nadaba una especie de monstruo marino, carpa ó sollo, trucha ó cocodrilo. No era menos succulento el lado izquierdo del cuadro: un pollo asado levantaba al cielo las patas mutiladas y rodeadas de una multitud de cangrejos, que segun el co-

lor debian estar recién cocidos.

Otros varios objetos de no menos gusto se lucian en el lienzo; pero todo era falaz, todo pintado, y sin duda la conciencia habia inducido à la posadera à colocar en uno de los descansillos de las ventanas un aparador con alámbres que dába una idea mas esacta de los recursos del establecimiento. Huevos, un mendrugo que hubiera servido á David para cargar su honda, una botella de vidrio blanco llena de líquido del mismo color, constituian el total de una comida de anacoreta, y á cuyo nivel estarian probablemente los recursos de la cocina.

Una puerta cochera conducia al patio y á las cuadras: otra, que caia bajo de la fastuosa muestra, estaba flanqueada por dos bancos de piedra, y se comunicaba directamente con la cocina, la cual, á mas de su destino especial, reunia los honores de salon de sociedad, una chimenea de campaña enorme, un horno de negra boca, dos ó tres jamones colgados al humo, una alacena llena de vistosos platos, tazas y demas vajilla, un banco y unas cuantas sillas completaban los adornos de la cocina de la posada.

Pasábase de la cocina á otra sala ocupada en

toda su longitud por una mesa permanente rodeada de bancos: las paredes estaban engalanadas con algunos cuadros de Pablo y Virginia y Guillermo Tell, y en el centro una escalera conducía al piso principal, donde había una habitación con dos camas reservadas para los huéspedes de categoría, á quienes su mala estrella llevaba á aquel mísero país.

Prestaba aquella noche la posada un aspecto de vida poco comun: los bancos de piedra de la puerta estaban ocupados por aldeanas hilando, mozos del pueblo y algunos carreteros fumando gravemente las ennegrecidas pipas.

El fuego del hogar que brillaba á través de la puerta, dejaba en la oscuridad á este grupo y concentraba su claridad sobre algunas figuras que había en el interior de la cocina. Era la señora Gobillot en persona, ataviada con una inmensa papalina y un delantal blanco encima del vestido colorado. Con aire importante pasaba del horno á la alacena y de la alacena á la chimenea. Una criada zafia desaparecía á menudo por la puerta de la pieza de comer, donde preparaba sin duda un festin de primera clase, y con la habilidad peculiar de las criadas

de mesones de aldea, hacia tres viajes para llevar dos platos, y soplabá como un fuelle, mostrando en el sudoso aplastamiento de su cara que todas las fibras de su inteligencia estaban sugetas á una presión poco frecuente.

Delante de la chimenea y en los hornillos, el hervor de tres ó cuatro cacerolas producía una armonía que hubiera calificado Hoffman de sinfonía completa. Un pollo, no de mala traza, giraba en el asador al impulso de la mano de un muchacho esperto en el oficio.

Pero los dos personajes principales de este cuadro eran sin disputa una especie de señorita aldeana y un joven sentado en frente de ella, ocupado en hacer su retrato. Por las pretensiones, por la elegancia de la muchacha se adivinaba era la hija del ama de la casa, la señorita Reine Gobillot, cuya afición á las pinturas de la Moda escitára de tal suerte la cólera de la señorita de Corandeuil. Tiesa como un huso en su taburete, mantenía una sonrisa escesivamente graciosa, y procuraba hacer resaltar ensanchando los hombros todo lo posible, la delicadeza de su talle, digno de una hurí de Mahoma.

El pintor por el contrario estaba sentado con

artístico abandono, en equilibrio en una silla y apoyados los talones en la chimenea: una levita de terciopelo oprimia su rollizo cuerpo, y un birrete de la misma tela caía sobre el lado izquierdo de la cabeza, dejando descubierto por el otro lado una hermosa cabellera castaña, aplastada y partida en la mitad de la frente. Este peinado acompañado de largos bigotes y de una barba larga y puntiaguda daban al rostro jovial y rubicundo del desconocido el aspecto de la edad media que ambicionara sin duda. El artisa viagero dibujaba en su alburn apoyado sobre las rodillas con una indiferencia que indicaba plena confianza en sus talentos. Un cigarro hábilmente sostenido en un extremo de la boca, no le impedía intercalar entre cada humarada alguna reminiscencia de melodias italianas que sabia en abundancia. A pesar de esta triple tarea, sostenia la conversacion con su modelo con el desembarazo de un hombre que, como César, hubiera dictado á cuatro secretarios á la vez.

Dell' Assiria, ai semidei
Aspirar...

Os he suplicado ya, señorita Reine, que

no frun zais la boca: eso os dà un aire Wateaud, altamente plebeyo.

—Qué, qué es lo que me da? replicó la señorita Gobillot con inquietud.

—Un aspecto á la regencia, á lo Pompadour. Teneis la boca grande, y es forzoso dejarla sus dimensiones naturales.

—Yo tengo la boca grande? exclamó Reine poniéndose encarnada de ira; miren qué gracia para un señor de Paris.

Y comprimió los lábios hasta el punto de reducirlos á la dimension de una cereza.

—Reine de mi corazon, desimpresionaos de esa manera vulgar de juzgad el arte. Conven- ceos de que no hay cosa mas admirable que una boca grande. ¿Qué significan esas boquitas diminutas como un piñon?

—Siendo así... murmuró mas aplacada la doncella y desplegó horizontalmente las riquezas de dos colorados lábios que con poco trabajo hubieran podido alargarse de una oreja á otra.

Gia viene l' oro.

Quiá vien l' argento

Masculló el artista despues de un breve rato.

—Por qué no me habeis dejado poner mi collar de oro? Asi hubiera tenido mi retrato mejor vista. A buena fé que mi amiga Sofia se hizo retratar con peine y pendientes de coral. Y está tan guapa.

—Por Dios, amiga Reine, dejadme bosquejaros á mi capricho: el artista, oh! el artista es un ser de inspiracion, de espontaneidad. Además de que teneis el busto demasiado caracterizado para ponerle adornos.

Para las bellas el adorno sobra.

—Cáspita! palabra de honor que teneis un pecho soberbio á lo Rubens. Tiene un no sé que de mórbido, de ecsuberante, de esplándido....

La señora Gobillot, muger austera, á pesar de su oficio, vigilaba con especial atencion porque ninguna espresion mal sonante ó insidiosa llegase á los oidos de su hija, lo cual no siempre era fácil. Chocáronla las últimas palabras del jóven, aunque sin comprender enteramente su sentido, y por la misma razon se le figuró husmear algun veneno secreto, mas peligroso que las descompuestas palabras de los carre-

teros. No se atrevió con todo á demostrar su descontento á un huesped de esperanzas, y se contentó con desahogar su mal humor con los que bajo sus órdenes tenia.

—Vamos, aprisa, Catalina; acabarás hoy de poner la mesa? Los cubiertos de metal de Argel, que estos señores están acostumbrados á comer con plata. Quién á lavado estos vasos? Mal año para las sucias! Pareces un perro rabioso segun temes al agua.

Cuidado con ese pollo, que le tuestas, condenado. Si voy á tí! Y estas cacerolas! todas secas, todas abandonadas... si no hay paciencia! Catalina, despacha: vamos pronto.

—Apostára, interrumpió el artista, á que Gerfaut se está burlando de mí. Decidme, señora Gobillot, estais segura de que un aficionado al arte y á lo pintoresco, que viaja á estas horas por vuestras montañas, no corre peligro de ser comido por los lobos ó desvalijado por los salteadores?

—Nuestras montañas son seguras, contestó la posadera en tono de dignidad ofendida, escepto para el buhonero que asesinaron hace seis meses y cuyo cuerpo se encontró en el barranco.

—Y para el carretero que apareció hace tres semanas en el foso, añadió Reine, los ladrones no le mataron del todo, pero lo dejaron tan mal parado que aun está en el hospital de Renuremont.

—Zapel! miren una seguridad capaz de erizar los cabellos! Por cierto que si supiera hacía donde habia dirigido sus pasos mi amigo, iria á buscarle con las pistolas.

—Aquí está Fritz, dijo la señora Gobillot, que ha encontrado un viagero que le ha dado diez sueldos porque le indicára el camino de Bergenheim. Por las señas que dá, debe ser ese caballero. Cuéntalo, Fritz.

En su gerga alsacia, contó el muchacho su encuentro de aquella tarde.

—Se habrá extraviado por el valle, dijo, meditando nuestro drama. Pero calle! No hablabais de Bergenheim? Hay por aquí algun pueblo de ese nombre?

—Es un castillo distante una legua.

—Y el castillo será del baron de Bergenheim? Un moceton rubio, con bigotes que tiran á rojos.

—El mismo, solo que el señor baron no

gasta bigote desde que dejó el servicio. Le conocéis por ventura?

—Vaya si le conozco! Le he prestado un servicio que no dejaba de tener su mérito. Y está en el castillo?

—Sí, por cierto, y también la señora.

—Hola! su mujer también. Si mal no me engaño pertenece á la familia de Corandeuil, de Provenza, es bonita?

—Tocante á eso, dijo la señorita Gobillot mordiéndose los labios, va en gustos. Para los que gusten de caras blancas como papel, no digo que no. Pero es tan flaca! De esa manera no es difícil tener buen talle y parecer elegante.

—No todo el mundo puede tener vuestras mejillas de rosa y esas formas encantadoras, dijo á media voz el pintor mirando á su modelo con aire seductor.

—Hay quien dice que es mas linda la hermana del amo, observó la señora Gobillot añadiendo por la quinta vez una salsa.

—Mamá, imposible que digais tal cosa, exclamó Reine con desdenoso mohín, la señorita Alina! una chiquilla de quince años! No le faltan colores, pero tiene los cabellos tan rubios,

que parecen colorados.

—No me habéis mal por Dios de los cabellos rojos, interrumpió el pintor: es un matiz de gusto eminentemente artístico y que era muy de moda entre los judíos.

—Entre los judíos enhorabuena, pero entre cristianos... A mi me parece que los cabellos negros...

—Siendo largos y relucientes como los vuestros, incomparables; dijo el joven continuando sus miradas amorosas. Señora Gobillot, os sería indiferente cerrar esa puerta? No se entiende uno aquí dentro. Soy un poco delicado en materia de música, y hay allí fuera dos sopranos que me echan plomo derretido en las orejas.

—Es Margarita Mottet y su hermana. Me tienen aburrida con su costumbre de venir á berrear á mi banco, pero yo aseguro que así que su padre me pague la avena que me debe, las haré irse con la música á otra parte.

Dicho esto fue la señora Gobillot á cerrar la puerta por complacer á su huesped: y así que volvió la espalda, este con osadía estampó un tierno beso en la sonrosada mejilla de Reine, quien no pensó en retirarla hasta que se hubo

consumado el delito.

El único testigo de este incidente fuera el joven galopin. Ya hacia rato que sus ojos azules no perdian de vista los bigotes y barbas del artista, ante quien estaba abstraído en profunda admiracion. Pero con este inesperado lance, su asombro creció de punto, y dejó caer la cuchara en la ceniza.

—Qué es eso? tienes ganas de irte á dormir sin cenar como te lo han prometido? dijo el joven pintor mientras que Reine procuraba serenarse. Vamos, canta algo en vez de mirarme, como si yo fuera la girafa... No tiene mala voz vuestro galopin, señorita Gobillot.

En seguida se levantó guardando el album debajo del brazo.

—Y mi retrato? exclamó la muchacha encendida todavia con el beso que recibiera.

El pintor se acercó á ella sonriéndose, y la dijo con tono misterioso:

—Cuando retrato á una bella como vos, no acabo nunca el primer dia. Si quereis darme una sesion mañana antes que se levante vuestra madre, os prometo concluir este croquis de un modo que no os ha de desagradar.

Reine, á quien estaba observando su madre, se alejó sin contestar, si bien sus ojos no tenían una espresion muy airada.

El artista tiró el cigarro y comenzó á pasear por la cocina sin hacer caso de nada y en ademán de conquistador.

—Ese condenado de Gerfaut, dijo por fin: por fuerza se lo han comido los lobos. Me reventan estos curiosos de la naturaleza que se complacen en corretear. Podíamos pensar el plan de aquel drama...

En este instante se abrió la puerta de golpe.

—Está dispuesta la cena? dijo una voz sonora.

—Oh! ya está aquí el perdido.

El es! gran Dios! mis ojos
Le vuelven á mirar...

—Hambriento y cansado como no es decible, dijo Gerfaut arrojándose sobre una silla.

—A propósito, me estaba acordando de que podíamos organizar el argumento de aquel drama...

—Por el pronto, quiero cenar y bien, señora Gobillot, á vos me encomiendo: esas montañas

me han despertado un apetito devorador.

—Dos horas hace que os esperamos, replicó la patrona dando vueltas sucesivamente á todas las cacerolas.

—Cierto, ciertísimo, dijo el artista: pasémos al comedor.

Giá la mensa é preparata.

—Cenando te explicaré mi plan. Tengo escenas soberbias. Suponte...

—Déjate de tonterías, Marillac, tengo que hablarte de un asunto muy formal.

Mientras los dos amigos se abalanzan contra los sencillos manjares de la señora Gobillot, bueno será explicar su posicion y la clase de relaciones que los unian.



6.

Octavio de Gersaut.

EL vizconde Octavio de Gersaut era uno de esos hombres de talento y de mérito, verdaderos paladines de un siglo en que la pluma mas ligera pesa mas en la balanza social que pesaba el mandoble de nuestros abuelos. Habia nacido en el mediodia de la Francia de una de esas buenas familias antiguas que ven disminuida su fortuna á medida que aumentan en cuarteles de nobleza, y cuyo nombre acaba por ser tan insignificante como cualquiera otro. Despues de hacer

sacrificios para darle una buena educacion digna de su casa, no gozaron sus padres el fruto de sus esfuerzos, y Gerfaut quedó huérfano al acabar el estudio de las leyes. Entonces abandonó la árida carrera; y una imaginacion viva y ardiente, una aficion decidida á las artes, y mas que todo, algunas relaciones con literatos, señalaron su vocacion, y le lanzaron como un globo perdido en medio de la literatura.

Sin murmurar y sin desanimarse, apuró el osado jóven hasta las heces el cáliz que ofrecian á los neófitos en la espinosa carrera de las letras, los editores, los comités y las redacciones de periódicos. Esta prueba, que para muchos acaba con el suicidio, à él solo le costó una parte de su patrimonio; y soportó esta pérdida con la conviccion de sus fuerzas para repararlas.

Tenia formado un plan, le siguió con perseverancia presentando un ejemplo manifiesto del poder irresistible que adquiere la inteligencia unida á la voluntad. Segun su creencia, la reputacion yacía en profundidades desconocidas bajo un suelo árido y pedregoso, y para alcanzarla era menester abrir una especie de pozo

artesiano. Aceptó Gerfaut tan heroica tarea: por espacio de muchos años estuvo amarrado al púlpito de noche y de día, bañada la frente de doloroso sudor que secaba la esperanza con el cabo de sus alas. Al fin la senda del infatigable trabajador penetró en el manantial subterráneo, hacia el cual tantos ánimos generosos se inclinan sedientos sin poder saciarse nunca. Brotó la gloria, y cayendo en luminosa parábola hizo brillar un nombre nuevo, cuyo esplendor costaría demasiado para no ser duradero.

En la época que hablámos habia hollado Octavio todas las espinas del campo literario, y podia elegir entre las flores espinosas, únicas que crecen en aquel terreno. Con una facilidad de talento que recordaba à veces el proteismo de Voltaire, emprendía los géneros mas opuestos. A un valor poético reconocido generalmente, reunian sus dramas ese mérito positivo que se adquiere por medio de una elegante locución en el teatro: asi que, los directores le saludaban con respeto, al paso que los colaboradores pululaban en torno suyo como las gallinas en derredor de un gallo generoso cuyo patrocinio buscan. Los directores de periódicos pagaban á

peso de oro sus artículos y folletines: los de las revistas se disputaban las primicias de un fragmento de cualquiera de sus novelas: sus obras ilustradas por los mejores artistas resplandecían en triunfo tras las vidrieras de la galería de Orleans. Gerfaut por fin había llegado á colocarse entre esa docena de escritores que se llaman así propios con justa razón los mariscales de la literatura, reconociendo por condesable á Chateaubriand.

La causa que condujera á este personaje á cien leguas de la galería de la ópera, para quitar y poner la chinela á una bella, sería uno de esos caprichos tan frecuentes como pasajeros en el ánimo de los artistas, ó uno de esos sentimientos que acaban por absorber todo el resto de la vida. Eso lo veremos en el curso de esta historia.

El otro jóven sentado en frente de Gerfaut presentaba así en lo moral como en lo físico, el contraste mas completo. Habíase declarado humildísimo servidor del gran poeta, contento con poder hacer áparecer que tenía talento, satisfecho con las migajas de la mesa del rico, esto es, con la preferencia para alguna colaboracion:

relacionado con él desde el estudio de las leyes donde habian sido compañeros de locuras mas que de estudios, se habia lanzado á su lado á la arena literaria, pero teniendo sus esfuerzos fortunas diferentes, habia descendido poco á poco del papel de rival al de escudero. Dejando aparte el talento, Marillaë era artista de pico y uñas, artista desde la punta, ó por mejor decir, desde la llanura de sus cabellos hasta la estre-
midad de las botas, que hubiera querido llevar retorcidas hacia arriba por respeto á la edad media: porque sobresalia particularmente en la parte vestimental de su estado, y poseia entre otras gracias intelectuales, los bigotes más largos de la literatura. Ya que no albergaba el arte en el cérebro, el nombre por lo menos no se le caia de la boca. Vaudevilles ó pintura: poesía ó música, de todo hacia, pareciendo á esos caballos que tan mal van con silla como tirando de un cabriolé. Con todo, á pesar de su afectación de antigüedad y su desgraciada pasión por el talento, era un excelente jóven, lleno de cualidades sólidas y muy apegado á sus amigos, en especial á Gerfaut.

—Será larga tu historia? le dijo á este cuan-

do despues de cenar los condujo Catalina al cuarto de dos camas, donde debian dormir.

—Qué te importa que sea larga ó corta, si estás condenado á oirla?

—No, es que en el primer caso, haria ponche y cargaria la pipa; en el segundo, me contentaré con un cigarro.

—Pues toma la pipa y haz ponche.

—Eh! rubíta, gritó el artista corriendo tras de Catalina, no os marcheis á ese paso, que haceis falta. No hay que temer nada, interesante Maritornes, os las hábeis con jóvenes que acostumbra respeta la virtud de las camaristas de meson. Querémos no mas que nos hagais el obsequio de traer vasos, azúcar, aguardiente, una ponchera y agua caliente.

—Ahora piden agua caliente, gritó la criada entrando asustada en la cocina: se habrán puesto malos!

—Calla, boba, lleva á esos señores lo que piden, respondió la señorita Gobillot, no conoces que quieren hacer alguna bebida al estilo de Paris?

Asi que reunieron sobre la mesa los artículos necesarios para la confeccion del ponche, ar-

rastró Marillac un sitio viejo, arrimó una silla para estirar las piernas, substituyó el casquete con su pañuelo artísticamente alado, las botas con chinelas, don del amor, y por fin, encendió una pipa de asta, de largo y retorcido tubo.

—Ahora, dijo tomando asiento, te escuchó sin pestañear, aunque haya de durar tu cuento siete dias con siete noches como la creacion.

Dió Gerfaut dos ó tres vueltas por la habitacion en actitud de orador que medita su esordio.

—No ignoras, dijo el poeta, que los hechos ejercen sobre nosotros mas ó menos influencia, segun la disposicion de espíritu en que nos encuentran. Para que concibas la importancia que ha ejercido sobre mi vida la aventura que te voy á referir, menester es que te pinte la situacion moral en que me hallaba cuando ocurrió: será una especie de preámbulo filosófico fisiológico.

—Maldicion! interrumpió Marillac, si hubieras dicho eso antes, habria pedido mas ingredientes.

—Te acuerdas, prosiguió Gerfaut, sin fijar la atencion en la chanzoneta, de la especie de

esplin que me acometió hace poco mas de un año?

—Antes del viaje á Suiza?

—Esactamente.

—Si mal no recuerdo, dijo el artista como si buscase la respuesta en la pirámide de humo que sobre su cabeza se elevaba; estabas insoporable de puro caprichoso. Me parece que fué cuando naufragó tu drama de la puerta de san Martin.

—Sí, pero podrias añadir; y nuestra pieza del Gimnasio.

—En eso me lavo las manos. Sabes que no pasó al segundo acto, y del primero ni una palabra era mia.

—Lo mismo que del segundo. Pero en fin, yo cargo con la catástrofe: fueron dos derrotas en aquel condenado mes de Agosto.

—Dos derrotas completas, prosiguió Mari-llac: quédenos el consuelo que todo fué obra de intrigas infernales. Aun me zumban los oidos: qué silbar! qué palmadas huecas!

—La verdad es, que silvaron con justicia, y que el refran dice muy bien cuando dice que, una desgracia nunca viene sola.

Ya te acordarás de Melania , de aquella niña rubia, tan hermosa, tan amante; ya te acordarás del dinero que me costó, de los cuidados paternales que le prodigué, pero á lo mejor hallé un día que el pájaro habia volado. Su decidida afición al teatro la arrastró á él; fue-se á Bélgica y hétela ahora en la senda de los aplausos, de las coronas, de las guineas....

—Y del hospital. A su salud! dijo Marillac desocupando un vaso.

—Este triple desengaño de amor propio, de dinero y de corazon, no fué la causa principal de la melancolía que me acometió: no hizomas que descubrir el mal cuyos gérmenes abrigaba mi alma, como el dolor embotado de una herida, se renueva al poner un cáustico sobre la úlcera.

En cada individuo ecsiste algun sentido dominante que se desenvuelve á costa de los demas, principalmente cuando la profesion emprendida corresponde al instinto de la naturaleza. Abrese entonces en el hombre una especie de canal que desemboca en el órgano mas ejercitado y donde todos los otros van á depositar su tributo. Condensadas de esta suerte las

potencias vitales, se producen á lo exterior y brotan con una abundancia que seria imposible si el cuerpo usara igualmente de todas sus facultades, si la existencia filtrára por todos los poros. Evitar los desperdicios parciales y concentrar la vida en un punto para aumentar su accion, solo á este precio hay talento é individualidad. En este concepto, Orígenes puede servir de tipo, ya que no de ejemplo. Nadie existe que no presente mas ó menos la prueba del sacrificio de una parte de su ser á la otra. En las razas atléticas, se estrecha la frente á medida que los hombros se ensanchan: en los hombres de pensamiento, el cérebro es el que abusa de los otros órganos, vámpiro insaciable que absorbe á veces hasta la última gota de sangre del cuerpo que le sirve de víctima! Este vámpiro fué el mio.

En los diez años que llevo escribiendo á destajo, á menudo he verificado en mí mismo de un modo físico, el fenómeno de la absorcion de los sentidos por la inteligencia. Muchas veces, las cuerdas de mi espíritu tendidas con demasiada violencia se relajaban dando apenas una armonía indistinta. Pero entonces la sustancia de

mi corazón brotaba á mi cabeza para reanimarla; los músculos de mis miembros comunicaban á las fibras del cerebro su tension galvánica. Los nervios se tornaban pensamiento, la sangre imaginación, la carne se hacía alma. Nada ha devuelto tanto mis ideas materialistas como esta transformación que yo percibía, pues era visible para mí.

Con estos experimentos fisiológicos, con el abuso del trabajo, había destruido mi salud y abreviado quizá mi vida. Llegaba á los treinta años, con la frente arrugada, pálidas las mejillas, vacío y marchitado el corazón. Por qué resultado, gran Dios! Por qué renombre tan efímero y estéril!

En la época de que te hablo, estas señales de decadencia, de aniquilamiento, adquirieron una intensidad que me venció. Francklin ha comparado el corazón á una piedra que se muele á sí misma cuando no tiene otra cosa que moler; esto mismo experimentaba yo, no en el corazón que hacía mucho tiempo que no le sentía, sino en el cerebro. Después de haber aspirado mi existencia hasta en el fondo de las venas, empezaba á agotar sus propios manantiales. Sus

fibras distendidas asemejaban á un arpa sumergida en el agua y sorda á los dedos que la solicitan. El cráneo endurecido se cerraba á esa evaporacion de la inteligencia que poco antes ecsalaba sin cesar. Combatian las facultades todas de mi alma: mi voluntad oprimia á mi imaginacion, empero esta, permanecia muda, parecida á un guerrero sugeto bajo la rodilla de su adversario que prefiere morir antes que pedir merced. Horas enteras pasaba sentado, oprimiéndome la frente con las manos para hacer brotar una de esas Minervas que yo habia soñado; empero mi frente era de roca, y yo no tenia el hacha de Mercurio.

El hábito de escribir habia llegado á darme una facilidad de estilo, una habilidad de crear, de que conservaba aun una práctica mecánica, pero nada mas. En vano buscaba un pensamiento en medio de aquella fraseología redundante y hueca. Bajo un exterior mas ó menos brillante, el arte verdadero se habia extinguido: mi talento era un cadáver en traje de baile.

La derrota de mis dos comedias me advirtió de que era juzgado como yo me juzgaba á mí mismo, y de repente me asaltó una idea horri-

ble: mi vida de artista habia concluido: era hombre muerto en una palabra: y para pintarte mi situacion de una manera trivial pero ecsaeta, habia vaciado mi saco.

No puedo espresarte el abatimiento que esta revelacion me causó. La infidelidad de Melania, que en cualquier otra circunstancia me hubiera sido casi indiferente, acabó de rematarme. No fué mi corazon el que sufrió, sino una vanidad mas irritada con recientes desengaños. Triste desenlace de tantos proyectos de gloria, de tantos sueños ambiciosos! A los treinta años, me hallaba sin poder para ser amado de una griseta.

Una mañana entró el médico á visitarme.

—«Vuestro pulso está agitado, dijo despues de un momento de ecsàmen: pero la fiebre está mas en la imaginacion que en la sangre.»

Espliquéle mi estado que por momentos se iba haciendo mas insoportable. Aunque poco afecto á la medicina tenia confianza en él, y sabia que era hombre de buen consejo.

—«Trabajais demasiado, repusomeneando la cabeza. El trabajo continuo del cérebro origina al fin una escitacion extraordinaria, un embotamiento que inutiliza los mejores talentos. Esa

torpeza que experimentais en los órganos del pensamiento indica que necesita reposo. Es un consejo que os dá la naturaleza, un consejo que siempre conviene escuchar. Cuando hay sueño, es preciso acostarse, el que está cansado tiene que detenerse. A vos os hace falta el reposo del espíritu. Salid al campo, adoptad un régimen sano y refrigerante; legumbres, carnes de aves, leche por la mañana, poco vino y sobre todo nada de café. Haced un ejercicio moderado, la caza amenudo: despojaos de toda idea enfa dosa y leed el *Museo de las familias* ó el *Almacén pintoresco*. Si tropezais con alguna aldeanilla fresca, graciosa y que se labe las manos, no temais emprender una pasión platónica. Este régimen hará en vuestro cérebro el efecto de una cataplasma emoliente, y antes de seis meses le habrá restituido á un estado normal.»

—«Seis meses! exclamé: doctor asesino, deidme entonces que me deje crecer las barbas y las uñas como Nabucodonosor. Seis meses! Ni seis semanas, ni seis dias. No sabeis cuanto aborrezco el campo, la caza y las pastoras. En nombre del cielo suministradme otro remedio.

—«Tenemos la homeopatía, dijo sonriendo—

se, la enfermedad de moda!»

—«Pues doctor, me decido por la homeopatía!»

—«Ya conocéis el fundamento del sistema: *Similia Similibus*! Si teneis calentura, buscaos otra calentura: Por lo que á vos concierne, estais un poco gastado como lo estamos todos en esta Babilonia: recurrid, pues, como remedio á los escesos que á ese estado os condujeron. Vuestro organismo fatigado por las pasiones, experimenta una postracion general: acometed una buena pasión que os galvanice, que abráse vuestra sangre, que distienda vuestros nervios. Homeopatizaos moralmente. Podreis curaros, podreis morir, en esto yo no me meto...»

—Chusco está el doctor, exclamé así que se hubo marchado. No parece sino que las pasiones son como los cinco sueldos del Judío errante, que bástaba meterse la mano en el bolsillo para sacar uno siempre.

Sin embargo, la idea me habia chocado. Era muy juicioso ciertamente el consejo de Lablan-chai: pero no podia dominar mi aversion á la *bella natura*, al *farniente* pastoral. Sacrificar seis meses de mi existencia á un porvenir incierto

me parecia imposible, y asi me decidí por el segundo medio.

Héteme en acecho de una pasion, esplorándome por todas partes para tantear por donde seria mas sensible el epidermis al remedio que pensaba aplicarme. Primero pensé en el amor, pero sin poder contener una sonrisa melancólica. Teniamos de muy antiguo arregladas nuestras cuentas y vivia con él en una paz parecida á la de la tumba. Habia amado tanto! Habia prodigado con una especie de frenesí el tesoro de ternura que la naturaleza depositára en mí. Mi boca habia absorbido el encantado cáliz desde los sutiles perfumes que sobrenadan en la superficie, hasta las amargas heces que encubre el fondo: ademas habia escrito tanto sobre esta pasion, habia casado tantas doncellitas en el vaudeville, seducido tantas bellas pescadoras en mis dramas, que las creaciones quiméricas de mi imaginacion habian consumido el poco fuego que sobreviviera á las fogosas realidades de mi juventud.

Ecsiste entre el artista y el auditorio impresionado por su obra una simpatía llena de reacciones, y cuya seduccion es irresistible. Cuan-

tas veces en el teatro escondido en un palco cuando se representaba una de mis producciones, me he embriagado con las sensaciones que causaba. Aquellas mugeres que ornaban la sala como una guirnalda de flores, aquellas mugeres radiantes con su belleza, con su rango, con su lujo; aquellas mugeres no pertenecian en aquel momento á sus maridos, á sus amantes, á sí propias, me pertenecian á mí solo.

Yo era quien deshacía con el fuego de mi pasión al hielo de esos caractéres desdeñosos ó indiferentes, y quizá derramaba en lo mas íntimo de sus corazones el torrente de lava que el mio desbordaba. De mi brotaban como de un astro fecundo rayos penetrantes, cuyo contacto hacia estremecer á las mas heladas, palpar á las mas coquetas. Y cuando se agitaba el blanco seno casi desnudo, cuando se teñian las mejillas de brillante púrpura, cuando lágrimas ahogadas se manifestaban sin rebozo, los magnéticos destellos de mi inteligencia se esparcian cual brisa perfumada para aspirar con amor tantas delicias. Mi aliento, como la brisa de la tarde, habia acariciado todas aquellas flores divinas, y sus cálices entreabiertos ecsalaban mil delicio-

sos perfumes que mi orgullo saboreaba. Mas ahí! hartó he espiado los deleites de estas estrañas pasiones con el aniquilamiento á que su abuso me redujo.

Era, pues, el amor para mí un cadáver cuyas cenizas es inútilmente remover. Quedaba la ambicion, pasion egoista, pero fuerte y digna. Sentia dentro de mí su gérmen desenvuelto para arriesgar su aborto, usando de él preciosamente. Arrastrarme para medrar me parecia cosa vergonzosa. Y si el amor me parecia cosa pasada, la ambicion era solo su porvenir.

El juego! Me he salvado! esclamé cuando se me ocurrió esta idea! este es el bálsamo que necesito. Si no hace efecto, és que estoy enteramente petrificado, y ya no me queda otro recurso que arrojarme al Sena. En efecto, el juego era una pasion de que mis sentidos estaban vírgenes. Siempre me habia parecido el asesino de la inteligencia, y habia huido de sus sensaciones embrutecedoras aunque sin conocer su influencia.

En el curso de anatomía moral que yo siguiera, como debe hacer todo escritor deseoso de estudiar la naturaleza antes de pintarla, ha-

bia penetrado alguna vez en esos antros donde se asesina el reposo y el honor de las familias. Allí habia visto ojos animados de un ardor fébril, frentes surcadas de tan profundas arrugas, lábios tan atrozmente crispados, tan cadavéricos, que me inspiró un horror involuntario el ídolo de aquellas cavernas.

En cinco minutos tuve mi plan dispuesto. Pedí 20,000 francos á mi banquero, y entré en la casa de juego mas innoble que pude hallar á la mano. Habíame propuesto no levantar la sesión hasta despues de ganar 100,000 francos ó de perder la totalidad de mi puesta. En el primer caso tomaba la posta para Cherbourg: allí me embarcaba para la Habana, para la China, para el Indostan, para cualquier parte que estuviera muy lejos de París. Fumaba ya en pipa en las chozas de las Pielles rojas: me adormecía á la sombra de los plátanos de Haiti; cazaba el tigre en los bosques de Mysore; usaba de elefantes por caballos, negros por criados, bayaderas por queridas; abismábame por fin en cuerpo y alma en los goces desconocidos de otro emisferio.

Si perdía, tal vez la mala suerte despertára

en mí la necesidad de repararla y la afición al juego: cierto que entonces corría gran peligro de arruinarme, pero destruida mi fortuna, sobrevenían los apuros con sus exigencias inspiradoras. Casi deseaba perder porque me parecía que el viento de la adversidad escondía el germen que de nuevo había de fecundar mi talento. Mi proyecto me pareció admirable, de todos modos había ganancia segura.

Púseme, pues, á jugar con grave serenidad: había combinado una martingala con cuyo auxilio gané en una hora sesenta y cinco mil francos, pero como había resuelto no salirme sin cien mil, continué...

—Merecias, interrumpió Marillac con voz de trueno, ser ahorcado, descuartizado, quemado vivo. Sesenta y cinco mil francos de ganancia en una hora y seguir jugando!

—Ya te he dicho que quería cien mil, continué; al cabo de dos horas y cuarenta y dos minutos, mi ganancia había vuelto á las garras de los banqueros, escoltada de mis veinte billetes de banco.

—Asesino! gritó otra vez el artista: qué abominable martingala! Corriste por supuesto por

dinero?... También lo perdiste!

—Eran las seis y media: me fuí á comer muy tranquilamente al café de París, y de allí marché á los *Italianos* á oír á Rubini. Ay amigo mío! cantó como un ángel. De vuelta á casa, hice ecsámen de conciencia: estaba tan embotado como antes del experimento. No habia surgido la emocion anhelada: ni siquiera tenia sentimiento ó cólera por la pérdida de mi dinero. «Vayan al infierno el médico y su sistema! dije medio dormido: mañana habrá que ensayar otra cosa.»

Al dia siguiente á las siete de la tarde marchaba en posta por el camino de Lyon. Ocho dias despues me paseaba sobre el lago de Ginebra. Tenia gran deseo de visitar la Suiza y me parecia no poder escoger ocasion mas favorable. Esperaba que el aire agitado de las montañas, las brisas apacibles de los lagos, comunicarían á mi alma algo de su festiva serenidad. Pero hay en la agitada vida de París un no sé qué de destructor que concluye por agotar las sensaciones de una esfera mas dulce.

«Oh! el arroyo de la calle de Bac!» exclamé con madama de Staël desde lo alto del terra-

plen de Coppet. El espectáculo de la naturaleza no interesa sino á las almas contemplativas y religiosas. La mia, no era ni lo uno ni lo otro. Mi costumbre de analizar y de observar, me hacian encontrar mas atractivos en una fisonomía caracterizada que en el mas pintoresco paisaje; preferia el pensamiento á los goces perezosos del éstasis, la naturaleza de carne y de alma, á la de la tierra y de cielo, la sangre de la pasion humana al éter de la atmósfera mas pura.

Encontré en Ginebra un ingles tan insensible y tan entumecido como yo. Hicimos comunidad de nuestro esplan y nos fastidiábamos á duo. Recorrimos al Oberland, los pequeños cantones y Valais. Las mas veces embozados en nuestras capas en el fondo del carruage y durmiendo al atravesar los mas bellos panoramas con una emulacion de indiferencia sin igual.

De Valais nos dirigimos hácia Mont Blanc, y una tarde llegamos á Chamounix...

—Has estudiado las costumbres de los paisanos de Valais? interrumpió repentinamente Marillac, llenando segunda vez su pipa.

—Se encuentran entre ellos caracteres bastante ridículos.

—Creo que pudiera sacarse algun partido para un drama.

—Déjate de drama, y hazme el favor de escuchar, porque ahora llego á lo mas interesante de mi narracion.

—¡Alabado sea Dios! dijo el artista dejando escapar una gran bocanada de humo.



Los ventisqueros.

—**A**L dia siguiente por la mañana el ingles se hizo servir el té en su cama, y se volvió del lado de la pared cuando le hice la proposicion de que fuésemos al lago de los hielos. Por esta vez la imitacion de Alfieri me pareció digna de mí, y dejando á mi flemático compañero envuelto entre la sábana, me dirigí á Montanvert.

La mañana era magnífica: un sol puro deslizándose sobre toda aquella cadena de montañas, cuya blanca cima resaltaba sobre el verde

entapizado de su base, hacia brillar sus crestas salientes como si fuera de bruñido acero.

Una niebla densa cubría el fondo del valle; mas allá, y en medio de sus negros abetos, las cascadas se deshacían en una lluvia de brillantes perlas; en fin, sobre el azul subido del cielo las cimas cubiertas de eternas nieves y las agujas de granito se dibujaban con una precisión admirable.

La suave transparencia de la atmósfera presentaba á la admirada vista los ricos detalles de aquel conjunto colosal con sus mas vivos colores.

Pequeñas carabanas de viajeros unos á pie, otros caminando sobre mulas, costeaban las orillas del Arve, ó bien se agrupaban al pie de la montaña. Desde lejos se les hubiera comparado á una bandada de hormigas, y este contraste del hombre con la naturaleza daba á conocer completamente las inmensas proporciones del paisaje. Volviendo á mí, yo me hallaba solo, ni aun habia tomado un guia, siendo esta peregrinacion demasiado frecuentada para temer extraviarse. Contra toda mi costumbre, me encontraba de buen humor, y experimentaba una

elasticidad de cuerpo y de espíritu que hacia mucho tiempo me era desconocida. Púseme, pues, á escalar valerosamente el áspero sendero que conduce á aquel mar de hielos, ayudado de un largo baston que habia tomado en la posada.

A cada paso que daba sentia respirar con un nuevo placer el aire puro de la mañana. Contemplaba vagamente los diferentes contraste del sol brillante y de las nieblas, y las sinuosidades del camino, que ya se elevaba casi vertical, ya seguia nivelado costeando el abismo abierto bajo su izquierda. A cada momento parecian estrecharse las plateadas corrientes del Arve y del Aveyron, mientras que los aguzados picos de las cimas se dibujaban con mas claridad y viveza. A veces el ruido de una avalancha se percibia á lo lejos como un trueno que se repetia de eco en eco. Delante de mí una alegre comitiva de estudiantes alemanes respondia al ruido de los ventisqueros con un coro del Obéron. Negligentemente abandonado à estas impresiones, experimentaba una sensacion de bienestar, un placer de vida que se manifestaba de un modo pueril. En mi camino, cuando el sen-



dero no era muy escarpado me entretenía en arrojar mi baston armado de una punta de hierro contra los árboles que le bordeaban, y me acuerdo que quedaba muy satisfecho cuando conseguia clavarlo, lo que debo confesar sin embargo, no sucedia muy á menudo.

Entretenido en esta inocente diversion me acercaba à la region donde principiaba el reinado de las plantas de los Alpes. De repente ví bajo mis pies una alfombra esmaltada de *rhododendrons*: bajo el negro follage de los abetos, estas flores semejantes á las adelfas producían un efecto admirable. Con un arrebató juvenil dejé el sendero para llegar á ellas mas pronto, y cuando hube cojido un ramillete arrojé victoriosamente mi baston al aire como lo habian hecho los alegres estudiantes, mis compañeros de viaje, y dí un grito de alegría. Un grito de espanto respondió al mio. Mi baston habia en su direccion atravesado el sendero en un sitio que hacia este un recodo. En el mismo momento ví asomar la cabeza de una mula, cuyas orejas se aguzaron de espanto, despues el resto del cuerpo y sobre él una mujer inclinada y prócsima á caer en el precipicio. El terror me dejó inmó-

vil. Todo socorro era imposible á causa de la estrechez del camino, y la vida de la estrangera se hallaba á merced de su sangre fria y de la inteligencia de su cabalgadura.

Al fin la mula pareció recobrase del susto y volvió á ponerse en marcha, bajando sin embargo la cabeza como si aun oyese silvar en sus orejas la terrible javalina. Yo me arrojé precipitadamente de la roca en que estaba, y cojiendo al animal por la brida acabé de sacarla de la terrible situacion en que se hallaba.

En seguida dirigí algunas escusas á la persona cuya vida acababa de comprometer por mi imprudencia. Era jóven y bien formada; un vestido de seda negro cubría elegantemente su esbelto talle: un sombrerillo de paja iba atado á la silla, y largos y rizados cabellos castaños, mecidos por el aire de la mañana flotaban deceminados sobre sus pálidas mejillas. Al escuchar mi voz abrió los ojos que el terror la habia hecho cerrar maquinalmente, y me parecieron los mas hermosos que habia visto en toda mi vida.

La jóven miró al precipicio, y volvió la cabeza estremeciendose. Sus ojos en seguida se

dirigieron á mí y al ramillete. El terror de su fisonomía se cambió al momento en una expresión de curiosidad infantil.

—«Bonitas flores! exclamó con una voz dulce y sonora: caballero, son por ventura *rhododendrons*?»

Yo la presenté mi ramillete sin responder; pero como dudase en tomarle.

—«Si rehusais, la dije, el aceptarle, creeré que no me perdonais.»

Durante este corto diálogo, las personas de su comitiva se reunieron con nosotros. Había entre ellas dos mujeres, cuatro hombres á caballo y muchos guías. Al oír *rhododendrons* un corpulento caballero, vestido con afectación y que desde luego calificué por un adorador de la bella estrangera, saltó de su mula y subió como pudo la escarpada cuesta para buscar las flores que la jóven parecía desear; pero en el mismo momento en que volvía jadeando y abrumado con el peso de un enorme ramo, esta ya había tomado el mío.

—«Gracias, señor de Mauleon, le dijo con un tono algo burlon; ofrecedlo á esas señoras. Y despues saludándome con un ligero movimien-

to de cabeza sacudió á su montura, que volvió á ponerse en marcha. Todos la siguieron, y el caballero al pasar me dirigió una mirada casi impertinente: pero no quise incomodarme por una mirada mas ó menos. Cuando la cabalgata hubo pasado fuí á recoger mi baston, que hallé clavado en un grueso tronco de abeto, y seguí subiendo con los ojos fijos en la linda amazona, que caminaba delante de mí con los cabellos ondulantes y mi ramillete en la mano.

Algunos minutos despues me hallaba en el pabellon de Montanvert, donde se habia reunido bastante gente, entre cuyo número habia muchos ingleses. En un rincon de la única habitacion que sirve de comedor y punto de reunion, el viajero positivo sentado á la mesa, se preparaba á las diversiones con un trozo de salchichon de Bologne y una botella de vino de Montmeriant: verdadero antípoda del viajero sentimental que sobre la yerba, abriendo su pecho al aire de los Alpes, busca con vista contemplativa los fresales que florecen al borde de los hielos y todo el conjunto de bellezas del paisaje.

En cuanto á mí, debo confesar que el espec-

táculo que se ofrecia ante mis ojos me interesaba mucho menos que la jóven estrangera que en este momento bajaba con la ligereza de una sílfide por un estrecho sendero cubierto de piedras de granito.

No sé qué misterioso instinto me ligaba á aquella muger. Habia visto muchas mas bonitas, que no habian causado en mí la mas ligera impresion ; y sin embargo aquella me habia interesado desde que la ví. La singularidad de nuestro primer encuentro motivaba sin duda esta impresion. Sentia una estraña complacencia de que hubiese conservado mi ramillete; le tenia cogido con una mano y se apoyaba con la otra en un baston como el mio, arma indispensable para aquella expedicion.

El señor de Mauleon quiso aprovecharse de su mision de caballero acompañante para darle el brazo; pero á la primera quebradura del camino hizo alto, sin manifestar deseo de seguir mas adelante. La jóven parecia experimentar un malicioso placer al contemplar la prudente determinacion de su rollizo acompañante y en vez de escuchar los consejos que le daba, se puso á correr sobre la nieve, atravesando, ayudada de

su baston, las quebraduras de que estaba surcada.

No sin alguna inquietud admiraba yo su ligereza y aturdimiento, cuando la ví detenerse repentinamente. Por una especie de instinto corrí hácia ella. Una profundidad enorme se abria á sus pies: delante de aquel espantoso abismo se habia quedado inmóvil, con los brazos estendidos hácia delante en actitud de horror, los ojos brillantes de deseo y de espanto, y fascinada como el pájaro que va á precipitarse en la boca de una serpiente. Conocia yo el efecto irresistible de esta magnética fascinacion de los abismos sobre ciertos temperamentos nerviosos. La cogí por el brazo, y el estremecimiento que la produjo mi accion la hizo dejar escapar de sus manos el baston y el ramillete, que rodaron hasta el fondo del abismo, donde despertaron un eco semejante al ruido de un terremoto.

Quise llevarla con sus compañeros de viaje; pero á los pocos pasos sentí que se desmayaba, estaba pálida, y sus hermosos ojos se habian cerrado. La cogí entonces de la cintura volviéndola hácia el norte; la fresca brisa azotando su

rostro, le volvió el color, y sus ojos se entrebrieron. No sé que ternura repentina se apoderó de mí en aquel momento: estreché contra mi corazón aquel cuerpo encantador que se me abandonaba sin resistencia. Bajo aquel firmamento de un azul virginal, en medio de aquellas sublimes montañas que sostenían el cielo, semejante á las columnas de un templo, entre las dos muertes á que tan próxima había estado aquella criatura angelical, mi corazón se abrió, una conmoción eléctrica circuló por todos mis nervios; conocí que la amaba, y se lo dije.

Quedó ella un memento apoyada contra mi pecho, sus lánguidas miradas fijas en las mías, sin responderme, y tal vez sin entenderme. Los gritos de las personas que la llamaban y de las que algunas venían ya á su encuentro, rompieron el encanto. Por un movimiento simultáneo se separó de mí, y yo le ofrecí el brazo como si estuviésemos en una sala de baile y la quisiera por pareja para una contradanza; ella le tomó, pero no pude vanagloriarme mucho de este favor porque las rodillas se negaban á sostenerla. Las mas pequeñas quebraduras que antes había atravesado casi sin advertirlas, le inspiraban en-

tonces un horror que yo adivinaba por el estremecimiento de su brazo comunicado al mio. Me ví obligado á hacer rodeos á cada paso para evitarlas y alargar el camino, cosa de que me guardé muy bien de quejarme. Conocia que llegado el término de mi camino, el mundo, ese otro mar de hielo, iba á arrebatármela para siempre tal vez. Marchábamos, pues, silenciosamente, ó bien dejando escapar algunas palabras indiferentes con un mútuo embarazo. Cuando llegamos donde estaban las personas que le esperaban, la dije al dejar su brazo:

—«Habeis arrojado mis flores, sucederá lo mismo con mi recuerdo?»

Me miró, pero no dijo ni una sola palabra. Sin embargo, aquella mirada era para mí satisfactoria en extremo. La saludé respetuosamente y subí al pabellon, mientras ella contaba á sus amigas su aventura, de la que creia yo con fundamento que no diria todos los detalles.

Casi todos los viajeros que visitan à Chamounix se asemejan á una Oentre admiraciones. Hay allí una obligacion precisa de contemplacion admirativa y un deber de embotamiento: cada uno deja su parte de exclamacion, de a-

sombro, de cuya inspiracion la naturaleza es el testo inevitable. No hay comerciante de paños que no obligue á su conyuge á admirar la naturaleza, ni farmacéutico que no eleve la frente con orgullo byromiense, ni un consejero que no arquee las cejas á imitacion de Diderot. El libro de los viajeros está lleno de frases de todos estos caballeros sobre el poder de sus sensaciones, la ecsaltacion de su espíritu, y el sentimiento de su pequeñez delante de la magnificencia de la naturaleza.

Cosa digna de transmitirse á la posteridad! un guantero de la calle de Quincampoix se cree mas pequeño que Mont-Blanc!!

Yo esperaba ver en el libro el nombre de la jóven viajera, y mi esperanza no salió fallida. Bien pronto ví al robusto caballero de Mauleon ocupado en grabar pausadamente su nombre en caracteres dignos de Mr. Prudhomme; los otros individuos dejaron tambien el suyo y la jóven fué la última. Cuando se hubo alejado me acerqué y tomando el libro con ademan indiferente, leí en el último renglon estas palabras escritas con elegante letra inglesa:

«La baronesa de Bergenheim.»

—La baronesa de Bergenheim! exclamó Marillac, ya no sigas mas, y te dispenso de la continuacion de tu historia. Por esta razon en lugar de visitar las orillas del Rhin, como habiamos convenido en Paris, me has hecho dejar el camino de Strasburgo con pretesto de recorrer á pie los pintorescos sitios de los Vosges. Es una accion indigna el abusar de ese modo de la inocencia de un amigo. Y yo que me dejé conducir...

—Espera, interrumpió Gerfaut, aun no he concluido. Fuma, y escucha.

Seguí á la baronesa de Bergenheim hasta Génova: habia ido allí con su tia y se habia aprovechado de la ocasion que la ofrecia este viaje para ver á Mont-Blanc. Al dia siguiente de su vuelta partió para Paris sin que yo la hubiese vuelto á encontrar, pero su nombre me era conocido.

Quedéme, pues en Génova entregado á una sensacion tan nueva como estraña. Su accion se dirigió desde luego al cérebro. Tomé la pluma con un arrebató semejante á un esceso de rabia. En menos de cuatro dias concluí dos actos del drama que entonces estaba haciendo. El fuego

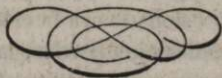
de la inspiracion se agitaba en mis arterias, corría con mi sangre, se condensaba en mi frente como si hubiese querido romperla para salir mas pronto. Mi mano empero no bastaba al torrente de la imaginacion, y me veía forzado á escribir en geroglíficos. Adios, los negros ensueños de esplin, y las meditaciones á lo Werther. El cielo estaba azulado, el aire puro, la vida alegre y feliz. Mi talento no habia muerto aun.

Cuando este primer arrebató se hubo pasado, la imágen de la baronesa de Bergenheim que apenas habia visto durante este tiempo, volvió á mi imaginacion bajo una forma menos vaporosa; me complacia en recordar hasta las mas pequeñas circunstancias de nuestro encuentro, los menores detalles de sus facciones, el conjunto de su traje, su modo de andar, todo queria traerlo á mi imaginacion. Lo que mas que todo me habia impresionado era la estremada dulzura de sus rasgados ojos pardos, la vibracion de su voz, un olor vago de heliótropo, que perfumaba sus cabellos, y en fin, el recuerdo de haber tenido aquel delicado cuerpo oprimido contra mi pecho. Procuraba muchas veces obligar á mi imaginacion á renovar esta última escena

*

y no podia menos de reir de mi preocupacion, digna de un enamorado de quince años.

Estaba tan convencido de mi imposibilidad en amar, que la idea de una seria pasion no me se pasó siquiera por la imaginacion. Pero al fin ocupándome mas de dia en dia la memoria de la bella viagera, me sometí á un análisis escrupuloso; busqué el sitio que ocupára este sentimiento, y le encontré en el corazon, que se agitaba como un hombre enterrado vivo, y que procura salir de su tumba. En vista de esta nueva regeneracion lo pasado no aparecia á mis ojos sino como una sombra en el fondo de un abismo. Me volví hácia el porvenir con la fé del musulman que se arrodilla mirando al Oriente.



8.

Tentativas.

VINE á Paris, y desde luego fuí á buscar á Casorans, que conoce el barrio de San Germain desde Dam hasta Berseba.

—«La señora de Bergenheim, me dijo, es una mujer á la moda: no muy bonita, de bastante talento y muy amable. Es una de nuestras coquetas, con diez y seis cuarteles de nobleza y veinticuatro quilates de virtud, que traen siempre al retortero una infinidad de adoradores, sin que por eso se pueda decir nada de ella.»

«Ella debe pasar el invierno en casa de su tía la señorita de Corandeuil, una de las mas feas y mas malas viejas solteronas de la calle de Varennes.»

«El marido es un buen hombre, que desde la revolucion de julio vive en sus tierras; corta sus leñas y mata sus javalíes sin inquietarse en lo mas mínimo por su muger.»

Me nombró en seguida las casas que estas señoras visitaban con mas frecuencia, y me dejó diciéndome con aire burlon:

—«Guárdate bien de poner á prueba tus seducciones con la jóven baronesa, porque saldrias con las manos en la cabeza. Esta observacion de una lengua tan viperína como la de Casorans me dejó satisfecho. Seguramente la plaza no estaba tomada, empero no por eso era inconquistable.»

Antes de la vuelta de la señora de Bergenheim principié á frecuentar las casas de que mi amigo me habia hablado. Mi posicion en el barrio de San Germain es singular, pero buena. Respecto á mis obras soy tenido, es cierto, por un ateo ó un jacobino; pero dejando aparte esto, me encuentran bastante bien. Además, como se sabe que no he querido admitir ciertos cargos

que me ofrecia el actual gobierno, y que he reusado el año pasado la cruz de honor, todo es casi una compensacion y me lava de mis crímenes. Por otra parte, aquí yo no soy Gerfaut, soy el vizconde de Gerfaut. Con tus ideas plebeyas tú no podràs comprender...

—Cómo es eso! dijo Marillac saltando sobre su asiento: plebeyo, yo plebeyo! tienes ganas de que mañana nos vayamos á levantar la tapa de los sesos antes del desayuno? Soy artista, entiendes?

—No te enfades por eso, yo queria decir que en ciertos círculos el título de vizconde ha conservado un poder de seducccion que puede ser no comprendieras tú con tus ideas democráticas, con esas ideas artísticas, pero plebeyas, del año de gracia de 1832.

—Vaya en hora buena.

—A los ojos de las mugeres el nombre de vizconde es una recomendacion. Hay en este título un no sé qué de grandeza y de orgullo, que sienta maravillosamente á un jóven elegante.

Soy, pues, en el barrio de san Germain, primero, vizconde, y luego hombre de talento, co-

mo dicen todos mis aduladores. Mezclo mis obras con mis pergaminos, y envuelvo mi talento en mi título, como una píldora algo amarga se envuelve en un polvo dulce, y he aquí mi receta.

Y ahora que hablo de nobleza vuelvo á mi narracion. Ojeando un dia por casualidad el artículo de mi familia en el diccionario de Sain-Allais, encontré que en 1369 uno de mis antepasados, Cristóbal de Gerfaut, se habia casado con la señorita Yolanda de Corandeuil.

—«Oh! dije yo, mi antepasado tenia singular nombre: pero no importa, vais ahora, abuelo mio, á servirme de escala de abordage.

Algunos dias despues iba yo á casa de la marquesa Chameillan, una de las mas cristianas casas del barrio. Cuando voy á ella estoy acostumbrado á producir la misma sensacion que causaria Belcebú si pusiese sus pies en uno de los salones del paraiso. Esta vez produje mi efecto acostumbrado. Cuando me anunciaron observé una cierta ondulacion de cabezas en los grupos de las jóvenes que se hablaban al oido, las miradas se fijaron en mí, y entre aquellos bellos ojos ví dos mas bellos que todos los de-

mas: estos eran los de la encantadora viagera de Montanvert.

Cambié con ella una rápida mirada; despues de haber saludado á la dueña de la casa me mezclé en los círculos de los hombres, y pregunté á un ex-par sobre no sé qué cuestion política; evitando mirar de nuevo al sitio donde se hallaba la señora de Bergenheim.

Un momento despues la señora de Chameillon vino á ofrecer al ex-par cartas para el *Whist*, empero este se escusó, diciendo que tenia que marcharse.

—«No me atrevo á deciros que hagais la partida de la señorita de Corandeuil, me dijo volviéndose hácia mí, porque conozco mis verdaderos intereses, y no quiero privar á estas damas del placer de vuestra compañía, desterrándoos á una mesa de juego.»

Tomé la carta que se me ofrecia con tal viveza, que debió hacerla suponer que durante mi viaje me habia vuelto un jugador consumado.

La señorita de Corandeuil era en efecto tan fea como me habia dicho Casorans; pero aunque hubiera sido mas espantosa que las brujas

de Macheth, estaba decidído á hacer su conquista. Yo era su compañero, y jugaba con una atencion increible. Nunca he deseado tanto el ganar como aquella noche, y gracias al cielo lo conseguí. Sabia que á la vieja le inspiraba un profundo horror la pérdida de su dinero. Asi es que me dijo con aire casi gracioso.

—«Yo haría con vos una alianza ofensiva y defensiva.»

—«La Alianza ya está hecha, señorita, la dije cogiendo al bote la pelota.»

—«Cómo, caballero! repuso levantando la cabeza con un aire de dignidad.»

—«Señorita, la dije, tengo el honor de pertenecer á vuestra familia, algo remotamente es verdad, y esto es lo que me ha hecho hablar de alianza entre nosotros. En 1569 uno de mis antepasados, Cristóbal de Gerfaut, capitan de arcabuceros del rey Càrlos IX, casó con la señorita Yolanda de Corandeuil.»

—«Yolanda es en efecto un nombre de mi familia, repuso la vieja con la sonrisa mas dulce que era compatible con su feo rostro. Tengo un placer en reconocer como pariente á un hombre como vos.»

—»Podrá mi título de pariente autorizarme á presentaros mis respetos en vuestra casa?»

La señorita de Corandeuil me concedió en los términos mas políticos el permiso de visitarla. Mi atencion no estaba tan enteramente ocupada por nuestro diálogo, que no pudiese observar en un espejo, el interés con que la señora de Bergenheim escuchaba nuestra conversacion; pero me guardé muy bien de volverme, y la dejé marchar sin dirigirla siquiera una segunda mirada.

Tres dias despues iba yo á hacer mi primera visita. La señora de Bergenheim recibió mi saludo como mujer prevenida. Nos miramos segunda vez, y nada mas. Aprovechándome despues de un sin número de visitas que tenia, me puse á observar, como práctico en la materia, el terreno en que habia puesto mis pies.

Antes de retirarme ya habia tenido lugar para conocer la verdad de las observaciones de Casorans. Entre todas las personas que allí habia, no noté mas que dos pretendientes: El señor de Mauleon que me importaba muy poco, y el señor de Arzenac que al primer golpe de vista podia aparecer mas peligroso, gracias á

sus cien mil libras de renta. Arzenac hombre por otro lado de calidad, gozaba en el mundo de una de las mas bonitas posiciones que pudieran desearse: él no era inferior ni à su nombre ni á su fortuna; irrepreensible en sus costumbres como en sus modales, bástante instruido; de una política esmerada aunque reservado; conociendo por líneas el terreno sobre que andaba, y haciendo gastos enormes en obsequio de las damas, era la flor, el núcleo donde se concentraba la sociedad de la señorita de Corandeuil. A pesar de todas sus ventajas, un atento ecsámen me dió á conocer que su situacion era desesperada. La señora de Bergenheim le recibia bien, demasiado bien. Yo le veia con disgusto à su lado en el bosque de Bolonia: él era su pareja favorita de galop, en que era consumado. Pero nada mas.

Veia que Clemencia no amaba á nadie, pero sabia yo que

No hay muger inconquistable
Si el amor no la preserva.

Así es que, la que resiste á nueve amantes
suele sucumbir á un décimo.

No se trataba mas que de ser este décimo.

La señora de Bergenheim no hacia mas que tres años que estaba casada; su marido jóven y de buena presencia, pasaba por modelo de buenos maridos; si la última consideracion era de poca importancia, la primera era de gran peso. Ella tenia talento y observacion. En fin, muger á la moda, cortejada de todo el mundo y envidiada de todas las mugeres, se hallaba bajo la vigilancia especial de las devotas, de las viejas, de las bellezas retiradas, y en una palabra, de todo ese enjambre femenino, cuyos ojos, bocas y orejas parecen tener mision espresa de destrozár los corazones sensibles, velando por la conservacion de las buenas costumbres.

Esta reunion de dificultades de la que no dejé escapar ninguna, hacian arrugar mi frente, como si me hallase ocupado de resolver en un momento todas las proposiciones de Euclides. *Ella me amará!* estas palabras me acosaban sin cesar; pero con qué medios contaba para conseguir mi objeto?

Estaba lejos el paraíso de Montanvert, donde habia podido en menos tiempo que se necesita para bailar una contradanza, esponerla á la

muerte, salvarla en seguida y decirla finalmente: Yo os amo! En los salones, la pasión no tiene esa franqueza ni puede tener aquel carácter dramático. Al resplandor de la luz artificial se secan las flores; la atmósfera de los bailes opri-me el corazón tan pronto en dilatarse en el aire puro de la montaña: en Montanvert éramos Octavio y Clemencia, pero en París la baronesa de Bergenheim y el vizconde de Gerfaut. Era, pues, preciso ir por el camino ordinario, comenzar la novela desde su primer página sin saber como preparar el prólogo.

Cuál debía, pues, de ser mi plan de campaña?

Me haré el amable? Arcenac se había abrogado este papel y le llenaba con una superioridad que quitaba toda esperanza de una rivalidad terrible.

Quedan el sistema apasionado, el amor ardiente, devorador. Hay mugeres sobre quien los suspiros arrancados del fondo del pecho, unas cejas fruncidas de una manera fantástica y unos ojos de los que solo se vé lo blanco, y que parecen decir: ámame, pues te amo, producen un efecto prodigioso. Yo mismo había experimen-

tado la fuerza de esta fascinacion, ensayándola con una inocente y rubia criatura que se encontraba estasiada con tener por amante un Raul barba azul. Pero los ángulos de la boca de Clemencia un poco inclinados hácia abajo anunciaban una espresion de ironía que hubiera desconcertado al mismo Otelo. Pasé sucesivamente en revista todos los caminos que pueden conducir á un amante al logro de sus deseos; recapacité todos los métodos mas ó menos probables de seduccion.

Cuando hube concluido me encontré poco mas ó menos lo mismo que antes.

Vayan al diablo los sistemas! esclamé! á qué me canso en estudiar un papel de libertino mientras que mi corazon me dicta el de amante? Vale mas sentir que analizar. Siga quien quiera la escuela de Lovelace; en cuanto á mí, me basta el amar, y esto es lo esencial para poder agradar.

Durante estas reflexiones, la baronesa de Bergenheim se habia puesto en guardia y habia hecho por su parte los preparativos de defensa. Sorprendida por mi reserva que contrastaba tanto con la conducta que habia observado en

nuestro primer encuentro, su inteligencia femenina habia adivinado un plan que se proponia desconcertar. Estaba descubierto en parte, pero yo tenia sobre ella la ventaja de haberla á mi vez descubierto enteramente.

No pude menos de sonreir al notar su traidora coqueteria cuando me decidí à seguir libremente las inspiraciones del corazon en lugar de los cálculos del talento. Con la especie de brillo que me daba una reputacion, bien ó mal adquirida, dejábase conocer que yo le parecia una conquista de algun valor, una víctima á la cual no se la podian prodigar demasiado los favores para llevarla al altar del sacrificio. La primera cadena que puso en mi cuello, fue á costa de Mauleon, de Arcenac *et tuti quanti*, sin que yo tuviese necesidad de la mas pequeña insinuacion para este licenciamiento general. Conocí que queria concentrar contra mí todas las fuerzas de seduccion para no dejarme medio alguno de salvacion; dejaba pasar las liebres para correr tras el ciervo. Esta conducta me sorprendió al principio, y despues se la perdoné cuando un ecsámen mas atento me dió á conocer mejor el carácter de aquella mujer adora-

ble. En ella la coquetería no era un vicio del corazón, sino la diversion de un alma desocupada.

La baronesa de Bergenheim era, pues, coqueta con una ingenuidad y una confianza sin igual. No habiendo amado jamás, ni aun á su mismo marido, creía que su pequeña estrategia era un derecho de su estado adquirido el día de su boda, lo mismo que los diamantes y las cachemiras. Se conocía en ella por una infinidad de circunstancias que solo un amante puede apreciar, un no sé qué que decía: «Yo no he amado jamás.» Yo así lo creí: era tan dichoso con esta creencia!

Sabes que el invierno último la tristeza y el fastidio eran de etiqueta en ciertas clases de la sociedad, cubiertas de luto por la revolucion de julio; las reuniones eran contadas; no había ni bailes, ni grandes tertulias. Apenas era permitido bailar al compas de un piano, y eso como en reunion de familia. Una vez instalado en casa de la señorita de Corandeuil, esta circunstancia me favorecía en lugar de dañarme, proporcionándome mas ocasiones de ver á Clemencia en una especie de intimidad.

Aprovechándome de su coquetería, mi pasión fué bien pronto un mútuo convenio. Ella me escuchaba riendo y burlándose: pero en fin me dejaba el derecho de hablar. Habia concluido por recibir mis cartas, cosa que me costó el poner en práctica una infinidad de estratagemas. Era, pues, escuchado y leído; yo me contentaba con eso.

Un dia la encontré pensativa. Durante el corto momento en que la pude hablar, conocí que no me respondia con su alegría acostumbrada; la espresion de sus ojos habia variado. Al hablarme, su voz tenia una indefinible languidez que penetraba hasta el fondo de mi alma. Jamás me habia mirado con aquellos ojos ni hablado con aquella voz.

Aquel dia conocí que me amaba.

Volví á mi casa con el corazon rebosando de alegría porque yo tambien la amaba con una ternura de que no me hubiera creído capaz poco tiempo antes. Al conocer la violencia del sentimiento de que estaba penetrado, no pude menos de indignarme contra los que pretenden que no hay amor como el primero, como si el verdadero momento de comprender una pasión

en toda su inmensidad y en sus mas minuciosas circunstancias, no fuese en la época en que la vida no es un sueño, en que el hombre no la vé ni delante ni detrás de sí, pero que la siente y disfruta en toda su estension, porque sabe cuán fugitivo es este período que eleva todas las facultades al apogeo de su fuerza.

Cuando volví á ver á Clemencia la encontré enteramente cambiada; una gravedad glacial, una seriedad imperturbable, un orgullo irónico y desdeñoso habian reemplazado al encantador abandono conque antes me habia recibido. A pesar de mi determinacion de amar con sencillez, me era imposible volver á aquella feliz edad en que el enojo del ídolo que se adora inspira desde luego la idea de un suicidio.

Yo no podia separarme ni de mi edad, ni de mi experiencia. Mi corazon estaba rejuvenecido, pero mi cabeza habia permanecido decrepita. En vez de desesperarme por este cambio repentino, me alegré, pues hacia mucho tiempo que le esperaba y le deseaba. Necesario es arrostrar el crudo invierno para poder admirar el brillante sol de la primavera.

Ahora, dije entre mí, la coquetería ha sido

derrotada hasta en sus últimas trincheras. Han visto que el fuego estaba bien sostenido y se retiran á la plaza para ocuparse de la defensa y no del ataque. Pasámos, pues, del período de las sonrisas, de las dulces miradas, de las semi-declaraciones, al de la severidad, al período furibundo para entrar en el de los remordimientos y en el de la desesperacion. Estoy seguro que en aquel momento llamaba en su socorro todo el ejército de reserva; desde este dia van á entrar en liga el deber, la fidelidad conyugal, el honor y otra porcion de bellos sentimientos. Al primer asalto todos estos batallones van á hacer una furiosa salida, si llego á derrotarlos y plantar mi bandera en las entradas de la plaza se reunirá la vanguardia, y hará llover sobre mi cabeza como en un fuego graneado, la virtud, la religion, el cielo y el infierno.

—Sí, todo un terremoto conyugal, dijo Marillac.

—Calculé el poder y la duracion aprocsimativa de estos diferentes medios de defensa, todo estaba reducido á una cuestion de tiempo, asi para el marido como con respecto al confesor. Merecia ser derrotado por mi presuncion, y lo

fuí. La señora de Bergenheim, sin querer arriesgar un combate permaneció en su reserva sistemática con una prudencia increíble en su carácter. Durante la conclusion del invierno, no encontré una sola ocasion de hablarla sin testigo. No entraba en el salon de su tia, sino cuando habia ya bastante jente; y en todas partes donde podia encontrarla la veia defendida por una triple muralla de mugeres, por entre la que me era imposible dirigirle la palabra. En fin, hacia una resistencia desesperada, y sin embargo yo estaba seguro de que me amaba. Veia sus mejillas palidecer insensiblemente; parecia haber huido de sus ojos el sueño, y á veces los sorprendía fijos sobre mí cuando ella creia no ser vista.

Habia sido coqueta é indiferente, y ahora era amante, pero amante virtuosa. Yo entretanto me daba á todos los diablos.

La primavera habia vuelto. Una tarde iba yo á casa de la señorita de Corandeuil, que hacia algunos dias se hallaba enferma. Sin embargo, fuí recibido, sin duda por algun olvido del criado. Al entrar en la sala ví á la baronesa de Bergenheim; estaba sola y bordando sentada en

un divan. Las cortinillas apenas dejaban penetrar una escasa luz en la habitacion. Se levantó al oirme anunciar, y con un jesto me indicó que me sentase, lo que hizo ella tambien, pero en vez de obedecerla, me arrojé á sus pies y la cogí las manos, que no procuró retirar. Me hubiera sido imposible principiar á hablar de otro modo que diciéndola: «Yo te amo!» Oh! estoy seguro de que mis palabras penetraron hasta el fondo de su alma, porque yo sentia que abrasaban la mia al dejarlas escapar. Me escuchó sin interrumpirme, sin responderme, y en un estado de completa estupefaccion. Cuando la supliqué que me respondiese, cuando imploré una sola palabra, pero una palabra del corazon, retiró una de sus manos y la puso sobre mi frente, apartándola con un ademan tan propio en las mugeres. Me miró así largo tiempo; sus ojos se escondian bajo sus hermosos párpados y su languidez era tan penetrante, que yo mismo me ví impulsado á cerrar los mios no pudiendo soportarla.

La fascinacion de aquella mirada, el roce de su mano sobre mis cabellos, me sumergieron en un éstasis de placer tan dulce, que hu-

biera deseado morir en aquel momento.

Un estremecimiento repentino que la hizo conmover, me volvió de él. Al abrir los ojos, ví su rostro bañado en lágrimas: se habia retirado hácia atras y su mano procuraba separarme de ella. Me levanté con violencia, me senté á su lado y la cogí entre mis brazos.

—«No es verdad que soy muy desgraciada? dijo y se dejó caer sobre mi pecho prorrumpiendo en ahogados sollozos.»

—«La señora condesa de Pontivers» anunció el criado, al que yo hubiera ahogado de muy buena gana, lo mismo que á la maldita Condesa.

.
No me fué posible ver mas en Paris á la señora de Bergenheim. Al dia siguiente me ví obligado á marchar á Burdeos por ese maldito proceso que sabes. Tres semanas despues volví, pero la baronesa habia marchado. He sabido por fin que se hallaba aquí, y he venido. Esto es todo...

Bien podrás figurarte que no te he contado esta larga historia solo por el placer de hacerte velar hasta la una de la mañana. Te he querido explicar que se trata de una cosa seria,

para que no me rehuses lo que te voy á pedir.

—Ya te veo venir, dijo Marillac con un aire pensativo.

—Tú conoces al baron; pues bien, mañana vas á verle. Te invitará á pasar algunos dias en su casa; te quedarás á comer. Allí verás á la señorita de Corandeuil; delante de la cual pronunciarás mi nombre, hablando de nuestros viajes, y antes de que llegue la noche, mi venerable prima, me habrá enviado una invitacion para que vaya á verla.

—Cualquier otro servicio quisiera hacerte mejor que el presente, respondió el artista paseándose á largos pasos. Bien conozco que los celibatarios deben esgrimirse en contra de los maridos, pero esto no quita para que yo pueda tener algun remordimiento de conciencia. Sabes que he salvado la vida á Bergenheim!

—No tengas cuidado... Hasta ahora no hay gran peligro. Todo ello no me vendrá á producir en último resultado, mas que el placer de contrariar á esa cruel que me ha desafiado hoy. Estamos convenidos?

—Puesto que así lo quieres... Pero cuando hayamos concluido nuestra visita, nos aplicaré—

mos á nuestro drama, ó harémos la *Casta Susana*, ópera en tres actos. Porque, amigo mio, con tu pasión descuidas el arte de un modo cruel.

—La *Casta Susana* y toda la Biblia en *vau-deville*, si así lo quieres. Ea, pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.



9.

La revolucion de julio.

EERAN las tres de la tarde; el salon del casti-
llo de Bergenheim ofrecia el mismo aspecto , la
misma fisonomía que de costumbre. La señora
de Corandeuil delante de la chimenea estaba
estendída sobre un gran sillón, teniendo á Cons-
tancia á sus pies, y leyendo, segun costumbre,
los periódicos que acababan de llegar. La baro-
nesa de Bergenheim en el balcon, parecia muy
ocupada de una labor de tapiceria que tenia so-
bre sus rodillas; pero la lentitud de sus movi-

mientos y las equivocaciones que cometia á cada paso, indicaban bien á las claras que su imaginacion estaba muy léjos de las flores del bordado. Acababa de hacer una flor de lis, de un hermoso color negro, que hacia un singular contraste con las demás, cuando entró un criado y dijo:

—Señora, aquí hay una persona que pregunta por el señor baron.

—Qué, no está el señor de Bergenheim en casa? respondió la señorita de Corandeuil.

—Señorita acaba de salir á caballo con la señorita Alina.

—Y quién es esa persona que pregunta por el baron?

—Es un caballero; pero no le he preguntado su nombre.

—Hacedle entrar.

A las primeras palabras del criado, Clemencia se había levantado dejando á un lado su labor: hizo un movimiento para marcharse, pero despues de un instante de refleccion volvió á sentarse y á coger su bordado con nuevo ardor como indiferente en apariencia à la escena que iba á tener lugar.

—El señor de Marillac, anunció el lacayo

abriendo segunda vez la puerta.

Clemencia arrojó una rápida ojeada sobre el individuo que acababa de entrar.

Después de haberse asegurado si seguía sin novedad su peinado á la Périnet, el artista entró en el salón distendiendo su pecho cuanto su respiración le permitía para hacer más visible la estrechez de su cintura. Ceñido, á punto de reventar, en una diminuta levita de viaje y balanceando con elegancia su sombrero de color de tórtola colocado al extremo de su flexible brazo, saludó respetuosamente á las dos señoras y quedó plantado en seguida como un retrato de Van Dyck.

Al aspecto de aquella figura, cuyo rostro estaba escondido entre unas formidables barbas, Constancia experimentó un terror involuntario que sobrepujo al instinto de su indiferente carácter. En lugar de saltar, según su costumbre, á las piernas del reciénvenido, se refugió gruniendo bajo el sillón de su ama: esta al principio experimentó si nó el terror, al menos una parte del disgusto de su medrosa compañera: entre sus numerosas antipatías, la señorita de Corandeuil aborrecía la barba. Sentimiento co-

mun á todas las viejas, que no pueden tolerar los bigotes porque los hombres no los llevaban en 1780.

Los ojos de Marillac se detuvieron involuntariamente sobre los cuadros y otros detalles pintorescos de aquella habitacion, que merecia la atencion de un artista; pero conoció que el momento no era el mas oportuno para entregarse á una contemplacion artística, y que debia dejar á los muertos por los vivos.

—Señoras, debo antes de todo pedir os perdon de haber entrado sin tener el honor de ser presentado. Esperaba encontrar aquí al señor de Bergenheim con quien tengo íntimas relaciones.

—Los amigos de mi marido no necesitan la formalidad de una presentacion para ser bien recibidos, respondió Clemencia. El señor de Bergenheim no tardará en volver.

Y con ademan gracioso le indicó que se sentara.

—Vuestro nombre no me es desconocido, caballero, dijo á su vez la señorita de Coran-deuil que habia conseguido calmar la agitacion de Constanca. Recuerdo habérselo oido pronun-

ciar al señor de Bergenheim.

—Hemos estados juntos en el colegio de Enrique IV, aunque yo tengo algunos años menos que Cristian.

La baronesa de Bergenheim, despues de un momento de reflexion, repuso:

—No hay entre vosotros dos mas que una amistad de colegio? No sois vos, caballero, quién ha salvado la vida á mi marido en 1830?

Marillac hizo un jesto afirmativo y despues se sentó. Era una toma de posesion cuyo derecho era incontestable. La misma señora de Corrandeuil no podia menos de acoger con benevolencia al salvador de su sobrino, aunque hubiese tenido unos bigotes mas largos que los de aquel shah de Persia que se ataba los suyos por detras del cuello.

Despues de algunos mútuos cumplimientos, la señora de Bergenheim con la amabilidad de una dueña de casa que procura buscar las conversaciones mas propias para entretener á las personas que recibe, repuso:

—Mi marido que jamás le gusta hablar de sí, nunca ha querido contarnos las circunstancias de la desgraciada aventura en que corrió

tan gran peligro. Tendriais la bondad de satisfacer nuestra curiosidad sobre este punto?

Entre otras pretensiones, Marillac tenia la de contar los sucesos con viveza de colorido, como él mismo decia. Aquellas palabras resonaron en sus oidos tan melodiosamente como la súplica de una romanza en los de una jóven que se hace rogar cuando está deseando lucir su voz.

—Señoras, dijo cruzando las piernas y recostándose sobre un brazo de su sillón: esto sucedió en 28 de julio, los desastrosos decretos habian producido su efecto; el volcan que...

—Caballero, perdonad si os interrumpo, dijo la señorita de Corandeuil; segun mi parecer y el de otros muchos, los decretos fueron útiles y aun necesarios: la única falta de Cárlos X fué la de no haber tenido 50,000 hombres al rededor de Paris para sostenerlos. No soy mas que una muger, caballero, pero si yo hubiese entonces tenido bajo mis órdenes veinte cañones sobre los muelles y otros tantos en los baluartes, yo os aseguro que vuestra bandera tricolor jamás hubiera flotado en las Tullerías.

—Hola! dijo entredientes el artista mirando á la vieja con un aire de admiracion, pero cono-

ció que el republicanismo no estaba allí en moda. Pensando por otro lado en la comision de que estaba encargado, no titubeó en cargar su conciencia con una concesion de principios, y obrando diplomáticamente:

—Señorita, respondió, llamo desastrosos á los decretos, atendiendo á su resultado.

—En cuanto á esto estamos enteramente acordos, dijo la señorita de Corandeuil volviendo á recobrar su serenidad.

—El volcan abierto bajo nuestras plantas prosiguió Marillac, preludiaba con sus bramidos aterradores la ardiente lava que debía vomitar en breve. Lo agitacion del pueblo era estremada. Algunas reyertas con la tropa habian estallado en diferentes puntos. Estaba yo en el baluarte Poissoniere donde me habia desayunado, y contemplaba como artista la escena dramática de que era teatro. Multitud de hombres con los brazos desnudos, y mugeres frenéticas arrancaban el empedrado, ó echaban abajo los árboles: acababan de volcar un ómnibus, y hacinában allí cabrioles, muebles y toneles; todo servia de defensa, el ruido de los árboles que venian abajo; los golpes de las piquetas sobre las piedras,

mí confusas voces que se dejaban oír como si fuesen una sola, la marsellesa cantada en coros, un fuego graneado que se percibía hácia la calle de Saint-Denis, formaban una armonía terrible, tempestuosa, en cuya comparacion la tempestad de Beethoum hubiera parecido el canto de un ruiseñor.

Yo escuchaba con un solemne recogimiento aquel ruido sordo del pueblo mordiendo su cadena y prócsimo á romperla, cuando mis ojos se detuvieron por casualidad en un entre-suelo que estaba delante de mí. Un hombre como de unos sesenta años con los cabellos grises y una cara fresca y rolliza, estaba sentado delante de una mesita redonda envuelto en una bata de seda de color pardo. La ventana estaba abierta de par en par, y yo le veía como un retrato de cuerpo entero. Sobre la mesa había una gran taza de café con leche en la que empapaba unas tostadas mientras que leía un diario. Os pido que me dispenseis estos detalles, pero la costumbre de escribir...

—Nada de eso, caballero, vuestra narracion nos interesa mucho, dijo la señora de Bergenheim.

—Un perrillo como el vuestro se habia puesto de manos contra el balcon, donde se apoyaba. Miraba con mucha curiosidad la revolucion de julio, mientras que su dueño, abismado en su lectura y en su café, permanecia indiferente á todo lo que pasaba, como si hubiese estado en Pekin.

—«Oh! tranquilidad de una alma cándida y pura, exclamé yo á la vista de aquel cuadro interior digno de Greuze! oh! dulce filosofía! oh! serenidad patriarcal!! dentro de pocos instantes va tal vez á correr la sangre á torrentes, y ese buen viejo saborea su café con un corazon tranquilo. Me parece estar viendo un corderillo saltando sobre un volcan.»

Marillac gustaba mucho de los volcanes, y no dejaba escapar la ocasion de hacer estallar uno al fin de cada período.

—De repente una conmocion de terror se apoderó de la muchedumbre, se atropellan, se precipitan y en un momento queda desierto el baluarte. Las plumas que ondulaban en los chacós, las banderolas rojas y blancas flotando sobre las lanzas, que ví asomar al traves de los árboles del lado del Panorama, me dieron á co-

nocer la causa de aquel pánico terror. Un escuadron de lanceros venia á la carga. ¿Habeis visto por casualidad, señoras, una carga de lanceros?

—No, respondieron ambas á la vez.

—Es una cosa horrible. Figuraos una legion de diablos corriendo en fila á todo galope apuntando aquí y allí con lanzas, cuyos aguzados hierros tienen diez y ocho pulgadas de largo, y tendreis un verdadero traslado. Podeis creer que no soy cobarde; pero no os ocultaré que en aquel momento participé de la impresion que habia producido sobre el populacho la llegada de aquellos señores. Apenas tuve el tiempo necesario para escaparme. Nunca olvidaré la figura de uno de aquellos endiablados, que puso cerca de mi rostro la punta de una lanza, capaz por su longitud de atravesar seis hombres á la vez como la de Rolando el furioso. Debo confesar que en aquel momento esperimenté una emocion... terrible... Los *ajinns* habian pasado.

—Los qué?... interrumpió la señorita de Courandeuil, poco familiarizada con los nombres orientales.

—Perdonad, es una reminiscencia. Los lan-

ceros habian pasado, y se precipitaban como una avalancha por la bajada del baluarte cerca de la puerta de Saint-Denis. Un rezagado á cien pasos de los demas, galopaba haciendo el molinete con su lanza; de repente se oyó un tiro, el lancero vaciló primero hacia atrás, luego hacia adelante, y concluyó por caer sobre el cuello de su caballo que siguió galopando; un momento despues se escurrió de la silla cayendo de cabeza y con un pie metido en el estribo; el caballo seguia su marcha arrastrando al jinete y á la lanza que una correa tenia sujeta á su brazo.

—Eso es horroroso, dijo Clemencia juntando las manos.

Muy contento del efecto de su narracion prosiguió Marillac:

—Yo miraba desde las boardillas hasta las ventanas de las cuevas para descubrir el sitio de donde habia salido el tiro, cuando al llevar mis ojos á derecha y á izquierda, vi salir una pequeña humareda de las persianas del entresuelo que se habian cerrado á la llegada de los lanceros.

—«Diablo! exclamé yo, será tal vez el buen

viejo de la bata quien se divierte en tirar á los lanceros de la guardia como si fueran conejos de un coto?»

—Las persianas se abrieron. El viejo siguió algun tiempo con la vista y con un aire risueño al caballo que se alejaba, arrastrando el cuerpo de su ginete; despues se volvió á sentar, y continuó su desayuno.

—De ese modo ha sido asesinada la guardia real por los héroes de vuestras gloriosas jornadas, exclamó la señorita de Corandeuil con indignacion.

—Habiendo pasado la carga, volvió la muchedumbre mas ecsaltada y mas alborotada. Se construian barricadas con una rapidez prodigiosa; habia dos bastante próximas, cerca del sitio en que yo me hallaba. Ví saltar de repente por cima de la primera un hombre á caballo. Reconocí en él á un oficial encargado sin duda de algun despacho del estado mayor. En medio de los gritos del populacho, de las piedras que le arrojaban y de los palos que tiraban á las patas del caballo, continuaba su camino con el sable en la vaina y el semblante tranquilo y altanero.

Llegado á la segunda barricada, detuvo

su caballo para salvarla igualmente. En aquel momento ví volverse á cerrar la ventana del cuarto entresuelo. Ah! viejo maldito! exclamé. El tiro ahogó mi voz; el caballo de Cristian, que acababa de saltar cayó muerto, la bala habia atravesado su cabeza.

—Era el pobre Fiel, que habia yo regalado á tu marido, dijo la señorita de Corandeuil que siempre gustaba del sentimentalismo en los nombres con que nominaba á los animales de su pertenencia.

—Verdaderamente merecia ese nombre por que la pobre bestia murió por su señor á quien estaba destinado el golpe. Un sin número de esas desarropadas figuras que los días de bullanga salen de la tierra, se precipitaron dando horribles gritos de alegría sobre el oficial que habia quedado tendido en el suelo. Corrí hasta él, juntamente con otros jóvenes que no querian asesinar á un hombre indefenso. Al acercarme, reconocí á Cristian: tenia la pierna derecha cogida debajo del caballo y con la mano izquierda procuraba sacar el sable de la vaina. Arrebaté-
sele de las manos y grité con una voz de trueno:

—«Al primero que se acerque le paso de parte á parte.»

—Acompañé mis palabras con unas cuantas vueltas de molinete que tuvieron por un momento á raya á aquellos perros rabiosos.

Los jóvenes que estaban conmigo siguieron mi ejemplo. El uno cogía una piqueta, otros palos de las ramas arrancadas y otros, en fin, procuraban desembarazar de debajo del caballo á Bergenheim. La muchedumbre pululaba al rededor, y sus gritos se aumentaban con el número:

—«Abajo las ordenanzas! Esos son gendarmes disfrazados! Asesinarlos! Mueran los espías.»

—El peligro era inminente, y conocí que un solo rasgo patriótico podría sacarnos de él. Salté sobre Fiel y grité cuanto pude:

—«Abajo Carlos X! abajo el ministerio! abajo Polignac! abajo las ordenanzas!»

—«Abajo! ahulló aquella bandada de lobos.»

—Ya conocereis, señoras, que esta era la torta para cerrar la boca del cancerbero.

—«Todos somos ciudadanos, continué, todos somos franceses, y nunca mancharémos nues—

tras manos en la sangre de uno de nuestros hermanos indefensos. No hay enemigos despues de la victoria, este oficial, obedeciendo á las órdenes de su gefe, ha cumplido con su deber; hagamos el nuestro, muriendo si necesario fuere, por la patria y la conservacion de nuestros derechos. Viva la Carta!»

—«Viva la Carta! Volvieron á gritar todos.»

—«Verdaderamente que seria una accion indigna de nosotros, dijeron muchos de los presentes.»

—«Gracias, Marillac, me dijo Bergenheim, à quien yo habia cogido de la mano para sacarle de allí, aprovechando el efecto de mi arenga; pero no me apreteis tanto, porque me parece que tengo roto el brazo derecho: sin esto, solamente os pediría que me volviéseis mi sable para enseñar á esa canalla que un Bergenheim no se deja asesinar tan facilmente.»

Presentacion de Gersaut.

EN aquel memento fué interrumpida la narracion de Marillac por un ruido de confusas voces y de pasos precipitados. La puerta se abrió repentinamente, y Alina se precipitó en el salon con su impetuosidad acostumbrada.

—Qué ha sucedido? exclamó la señora de Bergenheim corriendo hácia su cuñada, cuyo traje de montar y sombrero estaban manchados de barro.

—No es nada, respondió la jóven con voz

entrecortada: es que Jitiana me ha querido arrojar al agua... Sabeis donde está Rousselet... Dicen que es necesario sangrarle, y no creo que haya nadie sino él que lo pueda.

—Está herido mi marido? dijo Clemencia palideciendo.

—No, es un caballero que no conozco; sino es por él me traen ahogada, Dios mio! no encuentran á Rousselet?

Alina volvió á salir con la mas viva agitación. Todo el mundo la siguió y corrieron á las ventanas que daban al patio, donde se oia la sonora voz de Bergenheim que daba órdenes aquí y allí. Muchos criados habian acudido á las voces: uno de ellos tenia á Jitiana por la brida, cubierta de sudor y de barro, y trémula como un caballo que acaba de cometer una mala accion. Sobre un banco de piedra, un jóven enjugaba con un pañuelo de la India, la sangre que corria de su frente. Aquel jóven era el vizconde de Gerfaut.

Al verle Clemencia se apoyó contra la ventana, y Marillac bajó precipitadamente.

El viejo Rousselet, á quien habian encontrado por fin en la cocina, se adelantó magestuosa-

mente teniendo en la mano un trozo de una tortilla.

—Llegad con mil legiones de demonios! gritó Bergenheim. Ahí teneis á ese caballero á quien esa endiablada yegua ha arrojado contra un árbol, y que ha recibido un gran golpe en la cabeza. No seria conveniente el sangrarle?

El anciano observó al herido.

—Una lijera flebotomía le sería muy útil para detener la estravacacion de la sangre en la region frontal, respondió el nuevo Hipócrates, llamando en su socorro todas las palabras técnicas que habia aprendido cuando era enfermero.

—Teneis seguridad de hacer bien la sangría?

—Me contentaré con haceros observar que he sangrado la semana pasada á Perdreau, y hace un mes á Mascareau, sin que se hayan quejado de mí.

—Pardiez! ya lo creo, dijo riendo el caballero, cómo se han de quejar si los dos han reventado.

—Es que yo no soy ni Perdreau, ni Mascareau, dijo riéndose el herido.

Rousselet se erguió con altanería como des-

deñándose en responder á la crítica y á la desconfianza.

—Caballero, prosiguió Gerfaut dirigiéndose al baron, os causa demasiada inquietud este arañazo, venga una toalla y un poco de agua, que es todo cuanto necesito. Ciertamente que debo tener una singular figura para estar delante de las señoras que están en aquel balcon.

—Calla, es el señor de Gerfaut, gritó la señorita de Corandeuil en quien se habian fijado los ojos del herido.

Octavio saludó con un aire gracioso. Su mirada pasó desde la vieja solterona á Clemencia que parecia no tener la fuerza suficiente para dejar la ventana en que se habia apoyado. El señor de Bergenheim despues de haber saludado en pocas palabras á Marillac, conoció que los socorros de la cirugía estaban demas, y condujo á los dos amigos á su habitacion, donde el herido debia encontrar cuanto necesitaba.

—Para qué diablos habia necesidad de enviarme como un embajador, si tenias pensada una entrada tan dramática? dijo Marillac al oido de su amigo.

—Silencio, respondió este apretándole la

mano, todavía no está hecho todo.

Durante este tiempo Clemencia y su tía habían conducido á Alina á su cuarto.

—Nos direis por fin qué significa todo esto? dijo la señorita de Corandeuil mientras que la jóven se mudaba de vestido.

—Cristian solo tiene la culpa, respondió Alina. Galopábamos á lo largo del rio, cuando Jitiana se espantó de la rama de un árbol. «No tengas cuidado,» me gritaba mi hermano. Yo en verdad no tenia miedo ninguno, pero como él vió que mi caballo se iba á desbocar, espoleó el suyo para alcanzarme. Jitiana oyéndole correr detras de sí, dejó el camino y dió á correr hácia el rio. Entonces principié á temer. Figuraos, Clemencia, que yo saltaba á cada bote tan pronto sobre la silla como sobre el cuello, y como sobre la grupa. Aquello era terrible. Quise desenredar mis pies del estribo, como Cristian me habia dicho, pero Jitiana tropezó con un tronco de un árbol, y ambos vinimos rodando al suelo. Un caballero que yo no habia visto, y que parecia haber salido de la tierra, me arrebató de encima de la silla en que habia quedado enredada no sé cómo, pero la maldíta yegua le arro-

jó contra un árbol mientras me ayudaba á levantarme, y cuando yo le pude ver, su rostro estaba cubierto de sangre. Llegó entonces Cristian, y asegurado de que yo no habia recibido daño alguno, corrió detrás de Jitiana, á la que castigó de un modo cruel. Yo quise pedirle gracias, pero no me escuchaba. En seguida volvimos al castillo; y puesto que ese caballero no está gravemente herido, veo que mi pobre vestido es el que ha padecido mas.

Al decir estas palabras, la jóven tomó su traje de montar de la silla en que lo habia dejado, y no pudo comprimir un grito de desesperacion á la vista de un enorme desgarron.

—Dios mio! exclamó enseñandosele á su muñada, y sin poder articular mas palabra dejóse caer sobre un sitio.

La señorita de Corandeuil tomó á su vez el vestido y le miró con el golpe de vista egercitado de una persona que ha hecho un estudio particular de los desastres del tocador y de los medios de repararlos.

—Es en el vuelo, dijo, y metiéndole un paño, quedará como nuevo.

Alina se convenció de que el mal no era ir-

remediable, y la serenidad volvió á aparecer en su rostro.

Al entrar en el salon, las tres mugeres encontraron al barón y sus dos huéspedes hablando amigablemente al rededor del fuego. Gerfaut tenia la frente vendada con una cinta de tafetan negro que le daba una semejanza con el dios de amor con su venda levantada... El brillo de sus ojos indicaba empero que la ceguera no era lo que habia de comun entre los dos. Despues de los primeros cumplimientos, la señorita de Corandeuil, fiel observadora de la mas estricta etiqueta, y que pensaba que Jitiana no era un buen maestro de ceremonias entre su sobrino y el señor de Gerfaut, se adelantó hácia este último, para hacer una presentacion en regla.

—No creo, dijo, que el señor de Bergenheim haya tenido hasta hoy el honor de veros. Permitidme que os presente, baron, al señor vizconde de Gerfaut, que es uno de mis parientes.

Cuando la señora de Corandeuil estaba de buen humor, trataba á Gerfaut de primo en razon de su alianza en 1569. En aquel momento

el jóven experimentó una profunda gratitud por aquella generosidad.

—Este caballero se presenta tambien por sí mismo, dijo Cristian con una franqueza militar, que vuestra recomendacion, querida tia, á pesar del respeto que se merece, no podria añadir nada á mi reconocimiento. Sin el señor de Gerfaut, ahí teneis á esa loquilla que hubiéramos tenido que buscar ahora en el fondo del rio.

Al decir estas palabras pasó su brazo al redor del cuello de su hermana y la besó en la frente, mientras que Alina se levantaba sobre las puntas de sus pies, para que su cabeza llegase hasta los lábios de su hermano.

—Si esos caballeros, repuso, quieren sacrificarnos los placeres de la *Descabezada*, asi como la amabilidad de la señorita Gobillot, y establecer aqui su cuartel general. Aqui podrán tambien como, en otra parte, entregarse á sus estudios pintorescos y románticos, porque yo supongo, Marillac, que seguireis siendo un infatigable emborronador de papel.

—A decir la verdad, respondió el jóven, el arte me ocupa bastante.

—En cuanto á mí, jamás he podido llegar á

dibujar una nariz que no se pareciese á una oreja y vice-versa. Sin el buenó de Bariguiér, que se tomaba la molestia de revisar mis dibujos, mi reputacion artística corria gran peligro en Saint-Cyr. Por lo demas, caballeros, cuando os canseis de las artes os llevaré á matar javalíes, que vale tanto como eso. Sois cazador, señor de Gerfaut?

—Me gusta mucho la caza, respondió el amante.

La conversacion continuó sobre cosas indiferentes. Cuando el baron habló de la instalacion de los amigos en aquella casa, Octavio habia dirigido una rápida mirada á la señora de Bergenheim, como pidiendo una tácita aprobacion, pero se engañó. El aire sombrío de Clemencia le desconcertó. Todas sus atenciones se dirigieron entonces á la señorita de Corandeuil y Alina, que escuchaba con gran placer al que miraba como su libertador, porque el peligro que habia corrido por ella halagaba su corazon.

Despues de la comida la señorita de Corandeuil, propuso una partida de whist al señor de Gerfaut, cuyo talento en el juego le habia de-

jado un grato recuerdo, y Cristian y su hermana completaron la partida, mientras que Clemencia, volviendo á coger su labor, escuchaba con aire distraído la conversacion de Marillac. Este último, aunque procuró amenizarla con sus mas brillantes perífrases y sus términos mas escogidos, no consiguió fijar la atencion de su pareja. Asi es que al cabo de una hora estaba convencido de que la señora de Bergenheim no pasaba de ser una muger de un talento muy vulgar, y poco digna de la pasion que habia inspirado á su amigo.

—Seguramente me gusta mas la Gobillot. Es preciso que mañana vaya á hacerla una visita.

El vizconde de Gersaut, á quien habia divertido muy poco la partida, y ofendido de recibimiento de Clemencia, que sobrepujaba á cuanto pudiera haberse imaginado de su carácter caprichoso, hizo un profundo saludo á la jóven mirándola de una manera que queria decir:

—Estoy aquí mal que os pese; permaneceré cuanto quiera y me amareis á vuestro pesar.

La señora de Bergenheim respondió á esta

mirada con otra en que el amante mas fátuo podia leer:

—Haced lo que querais: tengo tanta indiferencia por vuestro amor como desprecio hácia vuestra presuncion.

Este fué el último tiro de aquella primera escaramuza.



11.

Zozobras.

HAY mugeres á quien bastaba, segun dicen, una hora de sueño.

Un organismo espiritual, irritable y nervioso, les da una fuerza admirable. Cuando alguna fuerte impresion infiltra las aguas corrosivas en los filones de esos corazones irritables, va destilando gota á gota hasta que socaba en el fondo de sus abismos, un lago tempestuoso; cuando los choques repetidos de una pasión han agitado su frente, una vibracion infinita se es-

tiende y se prolonga al través de sus mas escondidos repliegues, conmoviendo á su paso un sin número de pensamientos que están prontos á desbordar á la menor señal de alarma. Entonces en el silencio de la noche, en la calma de la soledad, extraños ensueños hacen palidecer las rosadas mejillas. En vano la frente que se abraza busca la frescura de la blanca almohada; la almohada se calienta sin que el ardor disminuya. Es inútil que la mano quiera detener los latidos del corazon que respira una vida mas activa.

Bajo la fuerza que las comprime, las pulsaciones chocan como las de una neurisma. En vano la imaginacion busca ideas que la narcoticen, esas ideas que combaten el sentimiento; un pensamiento fijo, tenaz, disipa todos los demas, como un águila dispersa una bandada de pájaros para hacerse dueña de su presa. Y se rezan las oraciones de costumbre y se invoca á la Virgen y al ángel de la guarda que vela al lado de las jóvenes para alejarlas de las seducciones del demonio. Pero la oracion está solo en los lábios, la Virgen está sorda y el ángel duerme!

Desde su entrada en el mundo, la señora de

Bergenheim, habia conservado aun en el campo la costumbre de acostarse muy tarde.

Cuando en fin entregaba su cuerpo al descanso, el ópio de alguna nueva novela ó alguna revista de moda le traia el sueño que parecia huir de sus ojos. Esta perniciosa costumbre de que todo marido debiera procurar la proscripcion, habia concluido por hacer prevalecer en aquella casa el sistema de division de dormitorios. Cristian, como caballero campesino, se levantaba al rayar del dia; en esta hora, marchaba á la caza, visitaba algunos bosques, é iba á velar sobre los operarios empleados en diversos puntos de sus dominios. No volvia regularmente hasta la hora de comer, y casi no veia á Clemencia mas que en el intévalo de la comida á la cena; despues de la cual, fatigado de las ocupaciones que forman la diversion de un propietario de provincia, se apresuraba á tomar el descanso del justo. Ambos esposos habian encontrado medio, bajo el mismo techo, de aislarse viviendo á diferentes horas; la noche del uno era casi el dia del otro.

Al observar la precipitacion con que aquella noche la señora de Bergenheim abrevió los

preliminares de su trage de dormir, se hubiera creído que experimentaba los preludios de un sueño poco acostumbrado. Pero cuando se hubo tendido en el lecho con la cabeza cubierta con su brazo, como un cisne cobija el cuello debajo de sus alas, y casi en la actitud de la Magdalena del Corregio, hubiera sido fácil adivinar á la vista de sus ojos brillantes con una vida febril, que habia buscado la soledad de su habitacion para entregarse mas libremente á una meditacion profunda.

Su imaginacion reprodujo sucesivamente con una admirable precision los mas insignificantes acontecimientos de aquel dia, y respecto de los que solo un gran esfuerzo de su parte la habia hecho parecer indiferente. Se presentó á sus ojos el rostro de Gerfaut cubierto de sangre, y el recuerdo de la penosa sensacion que habia experimentado á su vista, hizo latir su corazon con una violencia estraña.

En seguida recordó como le habia encontrado en el salon, al lado de su marido, sentado sobre el mismo sillón que ella acababa de dejar. Esta circunstancia, al parecer insignificante, la habia sorprendido: veia en ella una prueba de

simpática inteligencia, de esa especie de don de segunda vista que Octavio poseía á sus ojos, y que era su mas terrible arma. Segun ella, debió adivinar que aquel era su sillón, y apoderóse de él como quisiera apoderarse de ella misma.

Por la primera vez Clemencia veia reunidos al hombre á quien pertenecia su cuerpo y á aquel á quien pertenecia su corazón, porque en una de esas transacciones de conciencia cuyo secreto conocen únicamente las mugeres, habia llegado á raciocinar de este modo: «Puesto que yo estoy segura de no pertenecer nunca sino al señor de Bergenheim, Octavio puede muy bien ser mio.» Silogismo heterodoxo sin duda, cuyas dos proposiciones conciliaba ella con una sutileza increíble.

Un instante de pudor la habia hecho siempre temer este encuentro que la mas consumada coqueta no mira sin inquietud. Entre su marido y un amante una mujer se encuentra como una planta que está cubierta de hielo mientras que un rayo del sol procura darle animación. La fisonomía triste, celosa y aun tranquila é indiferente de un esposo tiene un no sé qué de

opresor: así es que no gusta amar bajo el fuego de unos ojos que parecen arrojar á cada mirada el puñal de Malatesta, y cuya paz encierra aun una cosa mas terrible; porque todo celoso parece tirano, y la tiranía inclina á la sublevacion; pero un marido confiado tiene el aspecto de una víctima degollada durante el sueño, é inspira su misma tranquilidad mas destrozadores remordimientos.

La union de aquellos dos hombres indujo á Clemencia á una comparacion en que parecia salir ganando Cristian. Octavio Gerfaut, no tenia de notable mas que un aire de inteligencia y de espiritualismo; tenia el pensamiento en los ojos y la figura en su sonrisa, pero en sus facciones regulares no habia hermosura alguna; su fisonomía tenia siempre una especie de fatiga, peculiar de las personas que han vivido mucho en poco tiempo, y que le hacia aparecer de mas edad que el baron, aunque tuviese algunos años menos. El otro al contrario, debia á su hercúlea constitucion, fortificada por la vida saludable del campo, una apariencia de florida juventud que realzaba la nobleza regular de sus facciones. Era, pues, muy superior á su rival.

Con toda la virtud de que era capaz su alma, Clemencia ecsajeró la superioridad de su marido sobre su amante. No pudiendo encontrar à este necio é insignificante, queria persuadirse de que era feo. En fin, pasó en revista todas las bellas cualidades de Bergenheim y todos los defectos de Gerfaut. Cuando se agotaron los esfuerzos de admiracion y de entusiasmo, se volvió del otro lado con un repentino movimiento, hundió su cabeza en la almohada, y exclamó sollozando.

—No, no le puedo amar!

Lloró amargamente durante algun tiempo. Acordándose de la antigua severidad de conciencia, respecto á las mugeres cuya conducta daba lugar á la murmuracion, procuró agotar contra sí toda la dureza de su juicio, se consideró aun mas culpable que todas, porque su debilidad le pareció imperdonable. Se encontraba indigna y despreciable, y deseaba morir para escapar á la vergüenza que pesaba sobre su frente y á los remordimientos que desgarraban su alma.

Cuántas dolorosas lágrimas nublan del mismo modo cada noche, ojos que no debieran ver

terlas sino de felicidad! Qué tristes dramas pasan en el fondo de una alcoba solitaria!

Cuando la señora de Bergenheim hubo dado libre curso à sus lágrimas y sollozos, cuando ahogó en convulsivos suspiros el dolor de una pasión que no podía arrancar de su pecho, tomó una resolución desesperada. En el modo conque Gerfaut habia afirmado su posición en aquella casa desde el primer día, conoció que era verdaderamente dueño del terreno. Se comparaba á un general sitiado que vé al enemigo sobre sus posiciones.

—Pues bien; me encerraré en la ciudadela, dijo, y puesto que ese hombre se ha apoderado de la sala, permaneceré en mi cuarto, verémos si se atreve á penetrar hasta aquí.

Al levantar la cabeza con aire de desafío no pudo menos de dirigir una mirada hácia los ángulos de aquella habitacion, alumbrada apenas por una lamparilla. Quedóse inmóvil, escuchó con inquietud un momento y miró fijamente como si los negros ojos de Octavio hubiesen debido brillar en la oscuridad. Cuando se hubo asegurado de que todo estaba tranquilo y que solo los latidos de su corazón turbaban el silencio

de aquel recinto continuó su plan de defensa.

Acordó quedarse en cama el dia siguiente so pretesto de una indisposicion , y permanecer asi hasta que el enemigo se batiese en retirada; se hizo á sí misma un solemne juramento de ser firme, y procuró en seguida rezar un rato. Eran las dos de la noche. Durante algun tiempo, la completa inmóvilidad de Clemencia hubiera hecho creer que estaba dormida, pero no era así, porque de repente se levantó, encendió una vela en la lamparilla, echó los cerrojos á las puertas y fué en seguida á las ventanas: entre dos de ellas la pared se adelantaba mucho por su espesor. Un retrato del duque de Burdeos cubria aquella parte, le levantó y apretó un boton escondido en un roseton de las labores que adornaban las paredes, se abrió una puerta oculta que tapaba una alacena dentro de la que habia una caja: abrió Clemencia aquella caja misteriosa, y despues de haber sacado de ella un paquete de cartas, volvió á su lecho con la ansiedad de un avaro que vá à contar su tesoro.

Era acaso un crimen respirar un momento el aire embalsamado del amor al través de las rejas del calabozo en que acababa de encerrarse

por un solemne juramento? Lógica admirable de los amorosos corazones que se hacen sufrir para creerse menos culpables, y visten un cilicio para que cada palpitation encuentre un dolor que se la perdone.

En paz consigo misma se puso á leer. Languidamente estendida, con la frente apoyada sobre su mano, sacaba una despues de otra las cartas que se habia metido en el pecho. Bebia con los ojos y con el alma el veneno de aquellas frases abrasadoras; respiraba con arrebatos aquella pasion ecsaltada, y se bañaba en aquel mágico y tempestuoso mar del que cada gota era una caricia, cada ola un arrebato de placer. Y cuando uno de esos invencibles gritos de la pasion, despertaba todos los ecos de la ternura, cuando una de esas palabras que corren por las venas como un calor-frio llamaba en el santuario mas secreto de su alma se recostaba cerrando los ojos y oprimiendo contra sus labios el frio papel que le abrasaba. En aquellos momentos, las cartas sobre el corazon, eran la mano de Octavio; la carta que llevaba á sus labios era un beso de Octavio; ella le llamaba, y se entregaba á él toda entera diciendo con voz es-

pirante. «Yo te amo: tuya soy!»

.....

Cuando Alina entró por la mañana en la habitación de su cuñada, no tenía esta que fingirse mala, pues las sensaciones de aquella noche de infortunio habían hecho palidecer sus mejillas y alterar sus facciones: era difícil encontrar mas singular contraste que el que ofrecían los ojos de las dos jóvenes en aquel momento. La baronesa de Bergenheim, estendida en su lecho inmóvil y pálida como las sábanas en que estaba envuelta, parecía á Julieta dormida sobre su tumba. Alina, con las mejillas sonrosadas, viva, juguetona, era el reverso de la medalla.

Al contemplar aquellas apacibles y dulces facciones, aquella vida llena de porvenir, Clemencia pudo apenas ahogar un doloroso suspiro. Este suspiro era un recuerdo de su pasada inocencia.

—Estais mala? dijo Alina con inquietud, y sentándose en el borde de la cama.

Clemencia hizo un esfuerzo para sonreír.

—Dadme gracias por mi falta de salud, pues ella os va á poner en el goce de todos los honores de dueña de casa; yo no podré bajar á co-

mer. Ya sabeis que á mi tia le molestan sumamente estas funciones.

Alina hizo un gesto de disgusto semejante al que haría un subteniente que se encontrara de repente investido del mando de una division, y no se encontrase capaz de ello.

—Si creyese que hablais seriamente os aseguro que ahora mismo iba á meterme en la cama.

—Algun dia tendreis que ser la dueña de una casa, y es necesario acostumbrarse antes á este empleo. La ocasion que se os presenta no puede ser mejor y teniendo á mi tia por consejera, estad segura que saldreis con lucimiento.

Estas palabras no habian sido dichas sin malicia porque sabia que Alina gustaba poco de la señorita de Corandeuil.

—Os suplico que por hoy no esteis mala. Eso será un poco de jaqueca, venid á dar una vuelta por el jardin y el aire la disipará, estoy segura de ello, y entonces...

—Y entonces no me verá obligada á hacer los honores de la mesa, no es esto lo que queriais decir? Egoista!

—Es que tengo miedo del señor de Ger-

faut, dijo Alina bajando la voz.

Al oír pronunciar aquel nombre, la baronesa quedó un momento silenciosa.

—Qué os ha hecho ese jóven? dijo al fin. Sois una ingrata en tenerle miedo despues del servicio que os ha prestado.

—No; os juro que no soy ingrata, respondió la niña con viveza. Nunca olvidaré que le debo la vida. Pero tiene unos ojos negros tan penetrantes que parecen leer en el fondo del alma, y luego es un hombre de tanto talento! Temo decir alguna cosa delante de él de miedo de que se burle de mí. Sabeis que siempre hablo mucho; pues bien, cuando me hallo con él apenas me atrevo á abrir la boca...

¡Hay hombres cuya mirada hace una impresion!

Clemencia bajó los ojos sin decir una palabra.

—Su amigo, continuó Alina, no me causa ningun miedo á pesar de sus grandes bigotes. Decidme, no os causa miedo tambien el señor de Gerfaut?

—Ninguno, respondió la baronesa de Ber-genheim, procurando sonreir; pero ¡qué her-

mosa estais! prosiguió mudando de conversacion. Cómo tan adornada á las nueve de la mañana, y peinada como si fueseis á un baile?

—¡Seguramente!.. Sabeis lo que me ha dicho vuestra tia?

—Alguna pulla maliciosa?

—Me ha dicho que las cintas azules estaban mal con el color de mis cabellos. Es verdad eso?

—Ya sabeis que mi tia se complace en contrariaros. Vuestros cabellos están muy bien asi; solamente que Justina os pone el peinado demasiado alto; debiera recogerlos mas hácia las sienes en lugar de ensortijarlos de ese modo. Acercaos.

Alina se arrodilló delante de la cama de Clemencia que se puso á arreglar segun su gusto la obra de la doncella.

—Se revelan como si fueran cerdas, dijo la niña, viendo el trabajo que le costaba á su cuñada el atarle sus cabellos. Además de que el pelo rizado no se pude sujetar por debajo de la oreja. Gerfaut me ha dicho que de este modo estaba muy bien.

—El señor de Gerfaut ha dicho que le gustaban los cabellos rizados?

—Cuidado, que me los arrancais! Sí, los cabellos rizados y los ojos azules. Esto lo decía mirando á una vírgen de Cárlos Dolci que está en vuestro gabinete. El señor de Gerfaut dice que mis ojos se le parecen mucho.

La baronesa de Bergenheim retiró su mano con tal viveza, que arrancó como una media docena de cabellos á su cuñada, y se cubrió hasta la barba debajo de la ropa.

—Oh! el señor de Gerfaut sabe decir muy galantes cumplimientos, dijo, y vos estais muy contenta de pareceros á la vírgen de Cárlos Dolci, no es verdad?

—Es tan bonita!.. y ademàs es la vírgen... Ah! oigo la voz del señor de Gerfaut en el jardín.

La niña corrió á la ventana en donde tapada con la cortina podia observar sin ser vista lo que pasaba fuera.

—Está con Cristian, repuso. Ahora entran en la biblioteca. Si viérais qué bonita gorra lleva el señor de Gerfaut!

—Verdaderamente está enamorada, dijo entre sí la señora de Bergenheim con un movimiento pronunciado de mal humor, y cerró los

ojos como si hubiese querido dormir.

Gerfaut acababa de pagar el tributo al amor de la propiedad, monomanía habitual de los propietarios del campo, de la que nadie puede sustraerse. Qué infortunado joven yendo á gustar por un día la vida campestre en una posesion, no ha sido arrastrado cruelmente de planta en planta y de la cascada al estanque, haciéndole volver cansado y lleno de lodo?

—No tengais cuidado por eso, en el campo no se gastan cumplimientos, decia Bergenheim. Pero él no conocia que si un esposo está dispensado de compostura y elegancia al lado de su linda mitad, que no para en ello la atencion; con respecto à un adorador es mucho menos tolerante. En general los maridos no guardan consideracion alguna con los celibatarios.

—Oh! raza de propietarios agrícolas! vosotros sois la base de la sociedad, porque el suelo es vuestro, vosotros nos alimentais, nos vetís, nos calentais por nuestro dinero: sois dignos de la pública estimacion, de la consideracion del gobierno; pero que Dios nos libre de vuestra compañía!

Gerfaut iba recapacitando esta oracion jacu-

latoria, y siguiendo á su huésped que so pretesto de hacerle admirar las bellezas del paisaje (este es siempre el lazo) le hacia atravesar por entre las lechugas de la huerta. Pero callaba, porque conocia que no todas son rosas en la senda del amor: Octavio se conducia como práctico, escuchaba con paciencia las prolijas esplicaciones de Bergenhim, se internaba en los plantíos, encontraba verdes todos los prados; los frutales cargados de frutas, el granito de las rocas mas admirable que el de los Alpes, y al llegar á la cuestion de vinos hizo una hábil maniobra, pues que entendia bien la materia, habiendo conservado una pequeña posesion cerca de Burdeos. En fin, fraternizaban como Glaucó y Diómedes, aunque Gerfaut esperaba hacer el papel del griego, que, segun Homero, recibió en recompensa de una mala coraza de hierro, una armadura de oro de un precio inestimable.

Al entrar en la habitacion de su muger, cuya indisposicion le habian anunciado, dijo Cristian:

—Este Gerfaut parece un bello jóven; y me gustaria quisiese permanecer algun tiempo con nosotros. Lástima es que estés indispuesta,

porque es buen músico lo mismo que Marillae, y podriais cantar juntos. Haz un esfuerzo, y procura bajar á comer.

Un instante despues llegó la señorita de Corrandeuil con aire misterioso, y se sentó en un sillón en frente de la cama.

—Sin duda creereis engañarme, dijo, con respecto al motivo de vuestra indisposicion. Veo muy bien que quereis hacer un feo al señor de Gerfaut porque no le podeis sufrir. Me parece, sin embargo, que un aliado de vuestra familia debiera esperar de vos mejor acogida, sobre todo cuando sabeis la estimacion que le profeso. Esta es una ridiculez inaudita, y tendré al fin que hablar de ello á vuestro marido; veremos si su intervencion es mas poderosa que la mia.

—No hagais tal cosa, querida tia, interrumpió Clemencia procurando cojerla la mano.

—Si quereis que todo quede entre nosotras, procurad que hoy mismo se disipe esa jaqueca. Adios.

—Esto es horrible! es una persecucion continua, exclamó la señora de Bergenheim, volviendo á recostarse en la cama cuando hubo sa-

lido la vieja. Todo el mundo se une contra mí; Alina, mi tia, mi marido, sin saber que me harán volver loca. Esto no podrá quedar así.

Clemencia tiró del cordon de una campanilla.

—Justina, no dejeis entrar á nadie bajo ningun pretesto, ni vos misma entrareis antes de que yo llame; quiero dormir.

Justina obedeció. En cuanto hubo salido, su señora se levantó, se puso un vestido con una precipitacion que se asemejaba á la cólera; se sentó en seguida al eseritorio, y se puso á escribir. La última palabra del último renglon, fué terminada por un rasgo horizontal tan enérgicamente trazado como la rúbrica de Napoleon.



Marillac y Gersaut.

AQUELLA noche Gersaut, al entrar en su habitación, dejó apenas un candelero que tenía en la mano, y sacando del bolsillo de su chaleco un papel de una dimension microscópica, le llevó apasionadamente á sus lábios antes de abrirle; sus ojos se fijaron desde luego sobre el rasgo final que decia: *Adios!*

—Hum... dijo el amante, cuya eesaltacion fue visiblemente disminuida al leer aquella palabra.

Leyó de un golpe de vista el contenido, y luego volvió á leer sílaba por sílaba analizando el sentido natural y figurado de las menores expresiones como un rabino que comenta la Biblia, y descifró hasta los menores rasgos con la paciencia de un devorador de geroglíficos para sacar de ellos hasta la mas escondidas intenciones; luego la estrujó en sus manos y se puso á pasear á grandes pasos por la habitacion, dejando escapar de tiempo en tiempo algunas exclamaciones á las cuales el diccionario de la lengua no ha dado aun cabida, porque todos los amantes se asemejan á los *lazaroni* que besan los pies de san Genaro cuando se conduce bien, pero que le llenan de improperios cuando tienen queja de él, y le amenazan con arrojarle al mar con una cuerda al cuello. Por lo demas las mugeres son muy indulgentes y escusan casi siempre las piedras que la cólera de un amante arroja contra su estatua, diciendo con la indolente sonrisa del emperador romano: «A mí no me hacen daño!»

En medio de este parasismo de furor amoroso, dos ó tres golpes sonaron en el tabique.

—Estás componiendo algo? preguntó una

voz semejante á la de un ventrílocuo; allá voy yo, espera un poco.

Los amigos siempre juntos.

Un momento despues Marillac, en chinelas, con un pañuelo atado á la cabeza, teniendo en una mano un candelero y en la otra su pipa, apareció en el dintel de la puerta y quedó allí parado con una admiracion contemplativa.

—Estás admirable, magnífico, terrible. Me haces recordar á Kean en el Otelo.

Have you pray 'd to night, des alemona?

Gerfaut le miró sin responderle y arrugando la frente.

—Yo apuesto á que estás en la última escena de nuestro tercer acto, dijo el artista dejando el candelero sobre la chimenea; y segun parece debe ser altamente trágica. Espera! me siento con númen y si quieres nos pondremos á devorar papel como dos boas. Hay campanilla? Ah! sí. He aquí el cordon, voy á decir que me hagan un bol de ponche bien cargado. O si no,

mejor será que yo mismo baje por él, yo me las entiendo bien con Mariana, y además en casa de Bergenheim hay libertad, *libertas*. El ponche es mi musa, como el café era la de Voltaire.

—Marillac, dijo su amigo viéndole pronto á salir.

El artista volvió con docilidad.

—Vas á hacerme el favor de marcharte á tu habitacion. Trabaja ó duerme, que será lo mejor. Necesito estar solo.

—Por todos los santos del cielo! dices eso como si meditáras un atentado contra tu ilustre persona! Nos vamos á suicidar? Veámos si tienes algun arma escondída, algún pomo de veneno. El veneno de los Borgias! maldicion... Esa sustancia blanca que hay en ese azucarero, es por ventura arsénico disfrazado de género colonial?

—Déjate de chanzas, dijo Gerfaut, mientras que su amigo registraba todos los rincones de la habitacion, y puesto que no quieres marcharte, voy á darte un consejo: si crees que te he traído aquí para que te conduzcas como lo has hecho hasta ahora, te engañas...

—Pues qué es lo que hago yo?

—Me dejas toda la mañana entregado á ese

Bergenheim que me ha hecho contar, uno por uno, todos los árboles del parque y todos los peces de su estanque. Esta noche, cuando esa bruja de Eudor ha propuesto su infernal whis, al que parece estoy diariamente condenado, te has negado bajo pretexto de ignorancia, y eso que juegas lo mismo que yo; me fastidia un whis á franco el tanto.

—Y te parece que á mí me divierte?

—Eso lo debes hacer por un amigo, fuera de que tú tienes un dulce interés en sufrir esas pequeñas incomodidades. Te se figura que yo no te he observado? Pero en fin, qué es lo que has hecho en todo el día?

Marillac, respondió mirandose á un espejo:

—Querido amigo, cada uno por sí y Dios para todos. Tú, por ejemplo, te entregas á las pasiones de alto rango, y necesitas mugeres con armas. Las perlas de tu linda baronesa te vuelven loco, la calidad te ofusca, y haces el amor á lo aristócrata; sea enhorabuena. En cuanto á mí sigo otro sistema, soy en amor lo mismo que en política: estoy por las instituciones republicanas.

—Qué es lo que dices?

—Déjame hablar: Yo quiero el voto universal en concurso de todos los ciudadanos, las elecciones generales, bases estensas, el gobierno popular, y en fin, libertad patriótica completa. Esto significa hablando de mugeres que yo las llevo á todas en el corazon, que no encuentro en ellas ninguna distincion de clases, y que proscribo toda categoría. Artículo primero de mi carta: Todas las mugeres son iguales delante del amor con tal que sean jóvenes, bonitas, amables, bien hechas, sobre todo, y no muy delgadas.

—Y la igualdad?

—Tanto peor. Aplicando mi sistema eminentemente constitucional y liberal, voy cogiendo todas las flores que quieran dejarse segar por mí, sin encontrar las unas menos frescas ni menos perfumadas que las otras por ser nobles ó plebellas. Así es que en este momento estoy enteramente ocupado por un sentimiento amoroso de la clase ínfima.

Pastora alegre y sencilla
Tú reinas...

—Cállate, maldito; la habitacion de la señorita de Corandeuil está aquí al lado.

—Te diré, puesto que es necesario darte parte de mis acciones, que antes de comer fui al parque á sacar algunas vistas. El amor al arte! A la hora de comer lo hice perfectamente, gracias á Bergenheim, pues se vive en su casa de una manera real. En seguida mandé ensillar un caballo, y en un golpe me encontré en la halconería en donde he presentado mis respetos á la señorita Reine Gobillot.

—Hola!

—Todos no participan de tu gusto por las princesas que os hacen correr cien leguas por seguir las, sin ofrecer siquiera un solo beso sobre su nevado guante. Estas intrigas dignas de la Clelia no son de mi gusto.

Yo soy sargento
valiente...

—Quieres hacer el favor de callarte? Si la vieja tia llega á oír tus voces desde su cuarto, vamos á ser enemigos de muerte.

Zitto zitto, piano piano
Senza, strepito é rumore.

Repuso Marillac poniendo un dedo sobre sus lábios. Cuando dabas el brazo á la señora de Bergenheim para llevarla al salon despues de la cena, me parece haber visto un entrelazamiento de manos. Sabes que tengo un golpe de vista seguro. Ha deslizado un papel en tu mano, tan cierto como me llamo Marillac.

Gerfaut acercó á la llama de una vela el billete que tenia en la mano. El papel se inflamó y en un momento no quedaron de él, sino negras cenizas que cayeron en menudo polvo sobre la chimenea.

—Qué, lo quemas! Haces mal, dijo el artista: yo lo guardo todo, cartas y cabellos. Cuando sea viejo haré encuadernar las unas para mis lecturas de noche, y haré con los otros un cuadro alegórico que colgaré delante de mi escritorio para tener siempre delante de los ojos un recuerdo de mi vida pasada. Te aseguro que habrá de todos colores: desde los de Camila Hautier, mi primera pasion, que eran rizados y rubios, hasta estos. Al decir estas palabras sacó

del bolsillo un papel, de donde desenvolvió una larga trenza de cabellos negros como el ébano.

—Es por ventura á Jitiana á quien has arrancado esas crines!

—Verdad es que podrian ser algo mas suaves, repuso Marillac con indiferencia, y estrujó entre sus manos el bucle como si se hubiera tratado de una tela, de cuya finura quisiese asegurarse. Confiesa al menos que el color es igual, y que el número compensa la calidad. Esa pobre Reine me ha dado, á fé mia, suficiente material para hacer un estandarte de Pachá. He conocido á una jóven que nunca daba á su amante mas de siete cabellos, y que al cabo de tres años tuvo que comprar un añadido. Yo siempre principio por el pelo. En general las mugeres gustan de estas niñerías, y cuando han dado una trenza se tiene una cadena para echársela al cuello, y que las arrastra infaliblemente donde deseamos.

Queriendo juntar la accion á las palabras y esplicar el modo con que arrojaba el nudo al cuello de las jóvenes, Marillac tomó con las dos manos la negra trenza, y la hizo pasar al rededor de la vela; pero el movimiento estuvo tan

mal calculado que la llama prendió en los cabellos.

—Mal agüero, exclamó Gerfant, que no pudo menos de reir al ver el semblante descontento de su amigo.

—Hoy es el día de los autos de fé, dijo el artista dejándose caer negligentemente en un sofá; pero no importa, si Reine quiere verlos la diré que los he devorado á fuerza de besos. Oh! un amante peligroso! Estoy seguro que esta idea halagará su corazón. En verdad que al volver esta tarde venia pensando en un Vaudeville sobre el asunto de mis amores.

Voy á decirte el asunto. Escena primera. Al levantar el telon se ve un grupo de segadores.

—Quieres dejarme en paz y acostarte?

—Coro de segadores:

La pura aurora
Que se colora...

—Si no te callas te tiro á la cabeza esa garrafa de agua.

—Nunca te he visto de tan mal humor. Parece que la divinidad te ha tratado de un modo cruel.

—De una manera indigna, exclamó el amante, cuya cólera habia animado este recuerdo. Este billete que acabo de quemar era una licencia absoluta, la mas insolente que pueda imaginarse. Esa muger es un mónstruo.

—¡Un mónstruo! ¿Tu ángel es un mónstruo? dijo Marillac, pudiendo apenas contener una carcajada.

—Mi ángel!.. es un diablo en figura humana. Es un...

—Qué, ¿no la quieres?

—La odio, la aborrezco, me causa horror. Ríe, si quieres, cuanto te dé gana.

Al decir estas palabras, dió un terrible puñetazo sobre la mesa.

—Te olvidas de que la señorita de Corandeuil está aquí al lado? dijo Marillac con tono burlon.

—Escucha, Marillac: tu sistema, con respecto al bello sexo es vulgar, grosero, tribal: tus conquistas populares, tus bellas de coloradas mejillas, tus aldeanas á quienes arrebatas cabellos suficientes para llenar un jergon, todo esto forma una galantería del mas ínfimo grado; es extravagante, repugnante si se quiere, y á pesar de todo tienes razon, y eres al lado mio uno de

los siete sábios de la Grecia.

—Oh!... eso es demasiado. Pero en fin, tú no eres amado?

—Asi fuera como dices! porque si no fuese amado hoy, tendria la esperanza de serlo mañana. Pero te engañas, no es esto lo que me desespera.

—Pues me parece que hasta ahora no se muestra muy amorosa contigo.

—Sabes tú distinguir por ventura el amor del alma del amor corporal? Hablas lo mismo que un estudiante fanfarron. En cuanto à mí, conozco que es muy difícil el hacerse amar. Todas las mugeres de elevado rango están defendidas por una triple cubierta de hielo, entre las cuales hay algunas tan tenaces que todo el fuego de las hogueras del diablo no bastaria á deshacerlas. Ellas le llaman virtud, y yo esclavitud social. Pero qué importa el nombre si el resultado es el mismo?

—Pero en fin, estás bien seguro de que te ama Clemencia? dijo Marillac apoyando la palabra *te ama* con una sonrisa maliciosa.

—Segurísimo, repuso Octavio. Porqué me lo preguntas?

—Es que quisiera iluminarte sobre el asunto. Y si supieras que prefiere á o tro... qué harías?

Gerfaut le miró con aire desdeñoso.

—Escucha, dijo, acabas de oirme blasfemar y maldecir y lo has tomado todo por moneda corriente. Y sabes la razon? Te la diré. Conociendo mi temperamento, sentia una necesidad de encolerizarme para desahogar el peso que sentia sobre mi corazon. Si no hubiera empleado este infalible remedio, la contrariedad que me ha hecho experimentar su billete me hubiera tenido toda la noche en un continuo ataque de nervios: no hubiera dormido; cuando no duermó mi cara se pone lívida y los ojos con ojeras.

—Presumido!

—¡Necio!

—¿Cómo necio?

—No conoces la razon que tengo para querer dormir? Es porque deseo no aparecer delante de su vista con la figura de Lázaro. Bastaba esto solo para animar su crueldad. Me guardaré muy bien de hacerla ver que su último ataque me ha desalojado. De buena gana alquilaria pa-

ra mañana por la mañana tu insensible rostro de Alderman aunque me costara cien francos.

—Mil gracias, yo no soy una careta. Por otro lado, eso no prueba que ella te ame, y me mantengo en lo dicho.

—Querido Marillac, durante el acceso de cólera habré dicho cosas que juzgas con poca exactitud. Ahora que estoy tranquilo y que mi remedio ha vuelto el sistema nervioso á su estado normal, te voy á explicar mi posicion verdadera. Esta mujer es mi Galeta. Vas á decir que la alegoría es del tiempo del diluvio, pero en fin, es mi historia. Aun no he acabado de romper el mármol con que la virtud, la educacion, los miramientos, el deber, las preocupaciones y todo lo que quieras, cubren la carne de mi estatua; pero me acerco al fin, y llegaré á él. Su desesperada resistencia es la mayor prueba de mis adelantos. Del no al si hay un terrible paso para una muger. Mi Galatea al presente tiene miedo de todo; del mundo, de mí, de su marido, de sí misma, del cielo, del infierno... No te gustan á tí las mugeres tímidas?... Ella amar á otro! nunca. Está escrito que será mia. Qué dices tú á esto?

—Nada, puesto que estás tan seguro de ella.

—Mas seguro que de mí mismo. Pero ahora quiero saber lo que tu piensas.

—Dejemos por hay el asunto. Es una sospecha, una cosa que hoy me han dicho, pero que aun no está bien probada:

—No adivino enigmas, dijo Octavio con tono de mal humor.

—Mañana hablarémos.

—Como quieras, repuse el amante con una indiferencia tal vez afectada. Si quieres hacer conmigo el papel de lago, te prevengo que estoy poco dispuesto á los celos.

—Te repito que mañana aclararé el asunto; cualquiera que sea el resultado de mis investigaciones, te prometo decir la verdad.

—Bien, bien... Tengo para mañana que pedirte otro favor. Yo procuraré decidir á las señoras á dar un paseo por el parque: la señorita de Corandeuil no irá probablemente; es necesario que tú te apoderes de Bergenheim y su hermana y te adelantes insensiblemente para facilitarme una conversacion con esa cruel, porque me ha dicho que en manera alguna consentiria en verme à solas.

—No hay mas que un pequeño inconveniente, y es, que mañana vienen á comer veinte personas, y que tendrá todos los momentos ocupados en sus deberes de ama de casa.

—Ah! por vida de!... no me acordaba, exclamó Gerfaut levantándose con tal precipitacion que tiró hácia atrás la silla.

—Te olvidas de que la señorita de Corandeuil duerme aquí al lado?

—El mismo Satanas se mezcla en todos mis negocios, repuso el amante paseándose á largos pasos, y sin atender á la observacion de su amigo. Ea pues, ahora los dados están á su favor. Hoy y mañana serán la batalla de Ligny, pero pasado mañana cuidado con Waterloo!

—Buenas noches, mylord Wellington, dijo Marillac levantándose y cogiendo su candelero.

—Buenas noches, Iago. Ah! crees inquietarme con tus palabras misteriosas y tus reticencias de melodrama, pero te equivocas de medio á medio.

—Hasta mañana! hasta mañana! respondió el artista.

Este secreto
Se aclarará.

13.

El contrato.

AL día siguiente antes de que la mayor parte de los individuos del castillo hubieran pensado en dejar el lecho, un hombre solo y á caballo salia de las cuadras del parque. Estaba envuelto hasta la barba en una gran levita forrada y guarnecida de pieles, porque el frío de la mañana se dejaba sentir con alguna demasía. Tomó el camino de la Halconería galopando durante tres cuartos de hora sobre un poderoso alazan. Hubiera sido difícil decidir cual era lo mas

digno de admiracion, si las piernas del infatigable animal ó los pulmones del caballero que durante la rápida carrera egecutó sin tomar descanso toda la obertura del Guillermo Tell.

El paseante matutino, que debe haber sido conocido por esta proeza musical, terminó su concierto deteniéndose en una de las entradas que hacia el terreno en el rio, cerca de la Halconería. Despues de haber reconocido bien el campo para horientarse, dejó el camino y se metió en la derecha en medio de los árboles. Echó pie á tierra, ató el caballo á una de las ramas de encina, conforme á la costumbre universal de los amantes, y sacó en seguida de su bolsillo un hermoso reloj de Breguet.

—Las ocho y diez minutos, dijo, y no ha venido aun: parece que los relojes de la Halconería no van muy arreglados.

A la cita yo llego la primera,
Rambaud, Rambaud...

Vió que era necesario esperar, y principió á pasearse fumando un hermoso cigarro como paliativo de su mal humor, pero á poco rato volvió á sacar el reloj.

—Las ocho y veinte minutos! Hasta qué hora pensará tenerme de planton? Seguramente que hago un papel... pero no sabe con quién se las ha. Las ocho y media! Si dentro de cinco minutos no viene, voy á la Halconería y armo la de San Quintin con toda la porcelana de la Descabezada:

Crudele, perche finora
Far mi languir cosí?

En qué podría entretenerme para pasar el tiempo? Si hiciese algo de la escena seis de nuestro segundo acto! Escena seis: Valory, Gustavo, señora de Casteleon. Se arregla el desafio entre los dos rivales: la señora de Castaleon, que no sospecha nada, los encuentra en el salon: coqueteria de su parte: furor concentrado de Gustavo. Leamos desde la entrada de la dama, para llegar al momento en que Gustavo no pudiéndose contener mas, dice: *Señora, él ó yo?* y ella responde: *Ni uno ni otro.* Respuesta noble y orgullosa: cortarémos aqui la escena, así queda bien. Estando sentados los personajes en semicírculo delante del apuntador como en el Gimnasio; aunque por otro lado un diálogo en

pie es mas propio de la pasion, dejando en juego los brazos y las piernas. Las piernas, sobre todo, desempeñan hoy dia un gran papel en las pasiones. Diantre! Si es Anatolio el que hace de Gustavo, cómo ecsigir de él que diga: *Señora él ó yó?* empaquetado en su sillón?

Sacó del bolsillo una cartera que servia de album y cuyas páginas estaban cubiertas de croquis, de escritos y de algunas composiciones magistrales: una verdadera Babel artística encuadrada en tafilete verde: afiló un lápiz que llevaba en ella, y cuando hubo concluido se sentó al pie de un árbol y escribió con una hermosa letra bastarda en lo alto de una página: escena sesta, la señara de Casteleon, Gustavo, Valory.

Despues apoyó los codos sobre sus rodillas y su frente sobre las manos, quedando abismado en una profunda meditacion: á poco rato levantó la cabeza y miró alternativamente al cielo, á los árboles y al caballo. Cuando hubo de este modo pedido inspiracion al cielo y tierra, á la naturaleza muerta y viva, acercó en fin el lápiz al papel, diciendo:

—Yo soy como madama Staël, necesito

la primera palabra, y permaneceré así hasta el día del juicio si no me la dan. Qué le harémos decir á esta mujer para que entre en escena? *Buenos dias, caballeros*; y á qué conduce esto? Seguramente á... *Señora tengo el honor... tenemos el honor...* perfectamente, esto marcha bien. Si ese belitre de Gerfaut no estuviese tan exclusivamente ocupado por su maldita pasion, pondria esto en buen camino, quien va ahora á sacar de él una palabra razonable? Casi me alegraria de saber que la baronesita se burlase de él y de demostrarselo matemáticamente: esto era hacerle un servicio, por que con que continúe así medio año es un hombre perdido para el arte... cuándo vendrá esa loquilla de Reine? Pero dejémos eso á un lado. Estaba pues diciendo la señora Casteleon: *buenos dias, señores...* *Aun aquí! muy bien: estoy encantada de veros...* Pues señor, está visto, no puedo pasar de aquí; creo que es el aire el que me distrae! Me es imposible concentrar mi imaginacion que se escapa del cerebro como si este fuese una criba. Dicen que Cluck hacia llevar su piano y unas cuantas botellas de vino á una selva... Tal vez esto le inspiraria. Pero en verdad, creo que mas le inspirára el vino que el

paisaje. Pero , mil bombas , que es esto?

Levantó la cabeza sintiéndola inundada de una lluvia de tierra. Este movimiento le fué tan fatal que sus ojos recibieron una parte de la libacion destinada á los cabellos. Cerrólos con un ponoso escozor despues de haber distinguido por encima de su cabeza el rostro de la señorita Gobillot, fresco y sonrosado como el de un querubin y adornado de cintas y encages.

—Qué significa esto? exclamó Marillac frotándose los ojos: hace una hora que estoy aguardandoos, ¿y ahora venís y dejarme ciego? Si sois una golondrina, tened entendido que yo no soy Tobías.

—¿Os enfadais por un puñado de tierra? dijo Reine poniéndose de un color aun mas subido.

—Es que me escuece como si fuera mostaza, respondió el artista con un tono mas dulce, porque conoció lo ridículo de su cólera: puesto que vos me habeis hecho mal, venid al menos á repararle: dicen que soplando en los ojos , se quita.

—No, no, me voy. No quiero estar donde me ponen mala cara.

El artista guardo su álbum, y se levantó precipitadamente viendo que la muchacha se disponia á marchar, la pasó la mano descaradamente al rededor de la cintura, y la obligó, mitad de grado, mitad por fuerza, á sentarse á su lado.

—Está húmeda la yerba y mancharé mi vestido, dijo ella por última resistencia.

El amante estendió su pañuelo á manera de tapiz.

—Y ahora, querida Reine, decidme, ¿cómo habeis tardado tanto? sabeis que hace mas de una hora que me estoy dando á todos los diablos, y arrancandome el pelo de rabia?

—Felizmente los polvos los han vuelto á arreglar, respondió ella mirando maliciosamente á Marillac.

—Picarilla! dijo este riendo, bien que sus ojos aparentasen haber llorado; y procuró darla un beso en castigo, segun el principio de represalias que en amor son menos odiosas que en la guerra.

—Ya sabeis, Marillac, lo que habeis prometido.

—Amaros siempre, encantadora criatura,

dijo con la voz de un cocodrilo que suspira para atraer su presa.

Reine bajó los ojos por costumbre, y obediendo al instinto femenino que manda variar la conversacion, despues de una confesion demasiado directa, sin perjuicio de volver á ella por otro camino.

—Qué es lo que haciais, dijo, cuando yo he llegado? Estábais tan ocupado, que ni siquiera oisteis mis pasos. Estendiais los brazos, y os dabais en la frente con el puño cerrado en tanto que deciais no sé qué cosa.

—Estaba pensando en vos.

—Pero para esto no era necesario golpearos la cabeza. Deberiais haceros daño.

—Mujer adorable! exclamó el artista con una voz apasionada, y abriendo como un basilisco sus ojos, encarnados aun.

—Ay Dios mio! me causais miedo. Yo me voy.

—Qué, me dejais, Reine de mi corazon? no, no; es imposible.

No, no, primero perderé la vida
que abandonar tan celestial amor.

—Callad, si os oyésen... puedo pasar a alguien, y entonces... Si vieseis cuánto miedo he tenido hasta llegar aquí! He dicho á mamá que iba al molino que es de mi tío; pero ese pícaro de Lambernier me ha visto al entrar en el bosque, y este no es el camino del molino. Y con tal que no me haya seguido... porque sino, estaba fresca!

—Direis que habeis venido á cojer fresas ó avellanas. Y quién es ese Lambernier?

—Ya le conoceis. El del molino... No le habeis visto en casa el otro día?

—Ah! sí, sí; no es el que han despedido del castillo?

—Justamente; y han hecho muy bien, porque era un holgazan.

—Ese es el que os hablaba de la señora de Bergenheim. Ayer nos interrumpió vuestra madre cuando me contábais lo que os habia dicho. Con que seguid ahora.

—Oh! todo eran mentiras, estoy segura de ello. Es necesario no creer todo lo que se cuenta.

—Pero en fin, que era lo que os decia?

—Y qué os interesa á vos lo que dicen de la señora baronesa? preguntó la jóven con des-

pecho incomodada de que Marillac no se ocupase de ella exclusivamente.

—Es solo mera curiosidad. No os decia que si descubria al baron todo cuanto sabia, le daria este mucho dinero por su silencio?

—Preguntádselo á él si lo quereis saber. Porqué no os habeis quedado en vuestra casa si solo venís aquí á hablarme de la baronesa? Sois por ventura su amante?

—Yo no quiero á nadie sino á vos. Que el diablo te lleve! dijo entre sí, ahora va á tener celos. Cómo le haré hablar? Estoy bien seguro de que todas son calumnias de Lambernier, repuso en alta voz.

—Asi lo creo. En todo el pais es conocido como una mala lengua que espia todo cuanto se hace, para hablar luego á diestro y siniestro. Y con tal que no hable nada de mi encuentro...

—La señora de Bergenheim está fuera del alcance de los tiros de la calumnia.

Reine se mordió los labios sin responder.

—Tiene demasiadas buenas prendas para que pueda dársele crédito á las hablillas.

—En cuanto á eso, entre las damas de Paris las hay hipócritas como en todas partes.

—Bien! ya estamos en la cuestion, pensó Marillac. Es una muger tan buena! tan bonita! tan amable!

—Dios mio! decid que la amais, dijo Reine separándose con desden. Una gran señora que tiene coche y lacayos con galones, es una hermosa conquista! Mientras que una jóven aldeana que no posee mas que su virtud...

—Una virtud que da una cita á los tres dias y en un bosque! pensó el artista.

—No sereis el primero que la ha galanteado.

—Todo eso no son mas que mentiras.

—Sí, mentiras! pues yo os digo que no, Lambernier, no es embustero...

—Lambernier no es embustero, repitió como un eco una voz aspera que parecia salir del tronco del árbol, donde estaban recostados los dos amantes. Quién dice que Lambernier es un embustero?

Al mismo tiempo el carpintero en persona salió detrás del árbol donde estaba escondido hacía un momento, é intervino súbitamente en la escena como el *Deus ex maquina* de las tragedias romanas. Con su chaqueta parda echada

al hombre, según tenía de costumbre, y encasquetado el sombrero de las alas anchas, fué á plantarse frente á frente de la atónita pareja, fijando alternativamente en cada uno de sus interlocutores sus ojos hundidos y malignos, dejando escapar un sardónico gruñido.

Reine dió un grito como si se le hubiera aparecido Satanás: Marillac se levantó de un brinco y empuñó su látigo.

—Atrevido, insolente, exclamó con su voz de bajo: seguid vuestro camino.

—No hay camino que valga, respondió el artesano con un tono que justificaba el epíteto conque le honrara: estamos à campo raso, y tengo tanto derecho para pararme como vos.

—Si no te vuelves inmediatamente, repuso el artista encendido en cólera, verás cuántas son cinco.

—Toma! tres y dos, dijo Lambernier con sorna, y alargando la cabeza. Valiente cuidado se me dá de vuestras amenazas: porque vos sois un señorito y yo un artesano, pensais meterme miedo? pues habeis de saber que á mí me impone eso bien poco...

No pudo concluir su frase: un latigazo le

cruzó el rostro desde la oreja derecha á la punta de la nariz, obligándole á retroceder mas de tres pasos.

—Fuego de Dios, exclamó; que me hagan tajadas si no me las pagais todas juntas!

Tiró sobre la yerba su sombrero y chaqueta, se escupió en las manos, frotándoselas en seguida, y se plantó en la posicion de un atleta dispuestó á luchar.

A tan amenazadora demostracion, la señorita Gobillot que se habia levantado asustada, lanzó varios chillidos inarticulados; pero en lugar de arrojarle entre los combatientes, como las Sabinas, echó á correr á escape por la verde alfombra.

Aunque las armas de entrambos adversarios no parecian suficientes para ensangrentar el césped, tenia su continente un aspecto marcial que hubiera hecho honor á antiguos paladines. Lambertier, recogido el cuerpo, segun todas las reglas del pugilato, con los puños á la altura de los hombros, ofrecia una semejanza vaga con un gato montés en el acto de saltar sobre su presa. El artista por su parte, echado atrás el cuerpo, tendida la pierna y escondida la parte inferior

de la cara en el cuello de la levita, observaba sereno todos los movimientos de su contrario. Cuando vió venir al otro con el puño enarbolado, alzó tambien el brazo y le aplicó al lado izquierdo un segundo latigazo tan vigoroso, que el artesano tocó otra vez retirada, estregándose los ojos y ruiendo como una fiera:

—Mil rayos! ya no veo claro: pero aun cuando fuera el diablo, me las habia de pagar.

Echó mano al bolsillo del pantalon, sacó uno de esos grandes compases de hierro que usan los carpinteros, y asiendole por el centro, se halló armado de una especie de puñal de dos puntas que blandió con ademan amenazador.

Al ver esto, dió Marillac dos pasos hácia atrás, se pasó el látigo á la mano izquierda, y armándose de su puñal corto, se puso en actitud de defensa.

—Amigo, dijo sin turbarse, mi aguja es mas corta que la vuestra, pero pincha mejor. Si os acercais un paso, si levanteis la mano, os sangro como á un cerdo.

Lambernier no las tuvo todas consigo, y ec-saló en palabras la rabia que en su pecho se habian concentrado.

—Vaya, vaya, dijo Marillac; marchaos à trabajar y dejadme en paz. Ahí teneis dos napoleones para refrescar: lavaos los ojos con un buen vaso de vino, que es remedio eficaz.

Frunció el ceño Lambernier, y sus ojos espidieron una mirada maligna y rencorosa. Titubeó al pronto sobre la resolucion que debia tomar, pero al cabo de algunos instantes de reflexion, pudo mas la prudencia que la cólera; cerró el compás, y se lo guardó en el bolsillo. Sin embargo rechazó el dinero que el otro le ofrecia.

—Sois generoso, dijo con amarga sonrisa: diez franzos por dos latigazos? Personas conozco que á ese precio tendrian todo el dia puesta la mejilla, pero yo á nadie pido nada: me batí en julio.

Poco deseoso el artista de prolongar semejante diálogo, se encaminó á desatar su caballo; pero al mismo tiempo se le ocurrió una idea repentina y se detuvo.

—Escuchadme, Lambernier, dijo: siento haberos hecho daño, y quisiera reparar mi ligereza. Me han dicho que os habian despedido del castillo contra vuestra voluntad: yo tengo algu-

na confianza con el señor de Bergenheim; que-
reis que le hable por vos?

Habíase quedado el carpintero inmóvil mi-
rando á su adversario con ojos de odio reconcen-
trado; pero su fisonomía mudó de espresion y se
tornó impasible y helada al verse interpelado de
nuevo. Antes de responder meneó dos ó tres
veces la cabeza.

—Como no seais el diablo, dijo, yo os desa-
fío á que le hagais al baron decir sí, toda vez
que ha dicho nó. Me han echado como un per-
ro, y allá verémos como queda este negocio.
Todo ha sido por chismes y enredos: pero tam-
poco á mí me falta algo que contar.

—Y por qué motivo os han despedido? pro-
siguió Marillac: sois un trabajador diestro. He
visto algunas obras vuestras: otras quedaban
pendientes y deben haber sido graves las razo-
nes para no emplearos en un momento en que
se os debe necesitar.

—Han dicho que hacia el amor á la donce-
lla, y la señora se ha empeñado en despadirme.
Era dueña de hacerlo, verdad? como yo lo soy
de hacer que se arrepienta.

—Y cómo podreis conseguirlo? replicó el

artista, cuya curiosidad no satisfecha por Reine, iba subiendo de punto: ¿qué podeis tener que ver con la señora baronesa?

—Porque es una señora, y yo un cualquiera? Eso no importa, y con dos palabritas que yo la dijera al oído, estoy cierto que me daría mas luises de oro que monedas de veinte sueldos he ganado desde que trabajo en el castillo.

—De verás? pues yo en vuestro lugar, no tardaría mucho en decir esas palabritas.

—Para que me despidan á trancazos esos endiablados lacayos? Cá! no señor: tengo yo acá dentro mis ideas, y... allá veremos.

El carpintero acompañó sus palabras con una risita sardónica que le era peculiar.

—Lambertier, dijo el artista con seriedad, ya me han hablado de ciertas espresiones aventuradas que se os han escapado en estos últimos días. Sabeis que las leyes tienen un castigo para los que inventan calumnias?

—Y es una calumnia cuando se prueba lo que se dice?

—¿Qué es lo que podeis probar? exclamó Marillac.

—¡Naranjas! bien lo sabeis, que el señor ba-

ron... No acabó de explicarse; pero completó su idea con un ademán grosero bien inteligible.

—Eso probareis?

—Delante de la justicia, si fuera necesario.

—Delante de la justicia poco sacariais en limpio; pero si quereis no volver á hablar de eso y darme á mí solo esa prueba que decís, os doy por ella diez napoleones.

Lambernier miró fijamente al artista.

—Calle! necesitais una en la corte y otra en el campo; una casada y otra soltera! dijo con un tono de brutal ironía: sabe la pobre Reine que está á medias?

—Qué quereis decir? Oh! sois mas ladino que yo.

Miráronse los dos hombres en silencio, tratando mutuamente de adivinar sus pensamientos, que penetraron muy imperfectamente, pero qué á nosotros nos es posible explicar de una manera mas clara.

—Este es otro amante de la baronesa, pensó Lambernier con la insolencia cínica de su carácter, si le digo le que sé, dejo en buenas manos mi venganza, sin necesidad de esponerme.

—No es tonto este tunante, dijo para sí Ma-

rillac por otro lado: pero es vengativo y es forzoso que se esplique.

—Diez napoleones no se encuentran á puntapiés, prosiguió pensando el carpintero: está dicho, añadió en voz alta! me contareis ese dinero dentro de una semana.

—Me probareis... lo que habeis dicho, respondió Marillac titubeando y algo avergonzado del papel que representaba. Bah! dijo entre sí para tranquilizar su conciencia: si este tuno sabe algo que pueda comprometerla, mas vale que sea yo quien compre su secreto que cualquiera otro. No abusaré ciertamente, y tal vez pueda servir á esa muger. No es obligacion de todo caballero sacrificarse en defensa de la belleza imprudente y amenazada?

—Os daré la prueba que yo no vendo gato por liebre, dijo el carpintero.

—Cuando?

—Acudid el lunes á las cuatro á la entrada del bosque.

—Donde acaba el parque?

—Sí, mas acá de la roca grande.

—No faltaré. Hasta entonces no despegareis vuestros lábios sobre el particular.

—Por supuesto toda mi mercancía es para vos.

—Aquí teneis la señal del contrato, respondió el artista. Y le alargó las dos monedas de plata que aun tenia en la mano: esta vez no las rehusó Lambernier.

—El lunes, á las cuatro!

—Sin falta! dijo Marillac montando á caballo y partiéndolo al trote largo.

—Diez francos hoy y diez napoleones el lunes, quedó Lambernier diciendo, mientras el ginete se alejaba: muy necio hubiera sido el que rehusase. Pero con esto no me paga los latigazos, y así que hayamos ajustado la cuenta del castillo, verémos como se ajusta la suya.

Dicho esto emprendió lentamente el camino de la Halconería.



14.

Un poeta enamorado.

LAS visitas, anunciadas de antemano en la conversacion de los amigos, madrugaron bastante segun es costumbre en el campo donde se almuerza temprano. Desde su habitacion, donde estaba recogido como Aquiles en su tienda, vió Gerfaut desfilar sucesivamente media docena de berlinas, cabriolés y carretelas descubiertas que conducian cuando menos el número anunciado por Marillac. Poco á poco se dividió la sociedad en grupos por los jardines. Cuatro ó

cinco muchachas guiadas por Alina, corrieron á apoderarse de un columpio que pusieron en movimiento algunos jóvenes condescendientes, entre los que Octavio distinguió pronto á su Píades. En el ínterin, la señora de Bergenheim hacía los honores de la casa á las madres y ó las esposas, que calificando aquella diversion de estemporánea para su edad, preferían un pacífico paseo bajo la arboleda del parque. Cristian, por otro lado, explicaba planes de mejoras á algunos sujetos de fisonomía industrial, que le escuchaban con interés, al parecer contando con la revancha. Otros tres ó cuatro por fin habían tomado posesion del billar, al paso que la parte venerable de la sociedad se había quedado en el salón en compañía de la señorita de Corandeuil.

—Puedes prestarme un pantalon blanco? exclamó Marillac de pronto, entrando en la habitacion de su amigo á la primera campanada que llamaba á almorzar.

Un enorme manchon verde en una rodilla hacía supérflua toda explicacion sobre la necesidad de este cambio de traje.

—No pierdas el tiempo, dijo Gersaut abriendo un cajon de su cómoda. ¿Y cual de esas be-

llezas provinciales ha tenido el honor de verte á sus pies?

—Ese maldito columpio ha tenido la culpa! Por mi afan de agradar!.. hay, amigo, tu sistema de egoismo es el verdadero. A propósito, la señora de Bergenheim me preguntó hace poco con cierto tonillo si estabas enfermo, y si no bajarías á almorzar.

—Ironía!

—Algo de eso me ha parecido. Esa muger sabe sonreirse de una manera que hace temblar, y no porque yo sea mas tímido que cualquier otro, pero mejor querria hacer solo un vau-deville en tres actos, que tener que dirigirla una declaracion, si la viera esa terrible sonrisa en los lábios. Tiene un modo de estirar el lábio inferior... Uf! sabes que estás muy flaco? me permitirás que abra la cintura de tu pantalón? No voy á poder moverme de puro apretado?

—Y el secreto que tenias que revelarme? interrumpió Octavio sin dar marcadas muestras de curiosidad.

Marillac se revistió de seriedad para mirar á su amigo, y luego se echó á reir aunque con al-

guna dificultad.

—Dejémos para mañana los negocios serios: hoy lo esencial es ser amable. La señora de Bergenheim me ha preguntado si tendria inconveniente en que cantáramos juntos; y yo he accedido, por supuesto, tanto por tí como por mí. Me parece que los indígenas de este valle no habrán oido el duo de *Mosé* con los gorgéos á la Tamburini.

Palpito á quello aspetto
geme nel suo dolor.

—Te parece que cantemos este, ó el del *Barbero*?

—Lo que te dé la gana, con tal que no empieces á romperme la cabeza.

—Callaré como un muerto pero vamos á almorzar.

.
Distan ya mucho los tiempos en que Paris y las provincias formaban dos regiones casi extrañas unas para otras, y en que un jovenzuelo del Limousin recién desembarcado en Palais-Royal, estaba espuesto á ser recibido como el señor de Pourceaugnac. Hoy, á merced de la rapidez de

comunicaciones, de las importaciones de toda especie que llegan del centro á la circunferencia sin haber tenido tiempo para marchitarse en el camino, Paris y el resto de la Francia son no mas que un cuerpo inmenso animado por las mismas opiniones, ataviado con las mismas modas, celebrando los mismos chistes y revolucio-
nándose con las mismas barricadas.

Las costumbres provinciales han perdido casi enteramente su fisonomia particular, y en todas parte es igual un salon de sociedad. Sin embargo, alguna escepcion suele presentarse en el campo. Las necesidades de vecindad imponen condiciones de que no puede safarse la señora mas exclusiva, y la sociedad convidada al castillo ofrecia un ejemplo de esas reuniones heterogéneas, de que una duquesa puede tener á su derecha á un alcalde de aldea, y la dama mas elegante á un rollizo juez de paz que imagina ser muy amable empeñándose en achispar á su vecina.

Las relaciones frecuentes del señor de Bergenheim con muchos dueños de las fábricas de las cercanias, compradores natos de sus cortes de bosque, habian establecido entre ellos un

trato fino, aunque reservado.

La señora de Bergenheim habia llegado á ap-
percibirse del genio quisquilloso de muchos de
sus vecinos, de su facilidad en picarse, y habia
por lo tanto adoptado el partido de reunir, por
medio de convites generales, á las personas que
debía recibir, con el objeto de salir de una vez
del fastidio de estos cumplimientos. El día de
que vamos hablando era uno de estos de reunion
general.

En medio de todas aquellas mugeres mas en-
galanadas que elegantes, de aquellas jóvenes
de robustos y colorados brazos, de aquellos se-
ñores presumidos y necios engalanados con sus
corbatas blancas: Gerfaut, desazonado ya con el
chasco de la víspera, sintiose sofocado por un
acrecentamiento de mal humor. En la mesa le
tocó estar colocado entre dos damas que agota-
ran en sus trages todos los colores del espectro so-
lar, y cuya coqueteria respectiva estaba sobre
escitada con la procsidad del célebre escritor.
Pero sus monadas eran inútiles; el objeto de e-
llas se condujo con un despego que afortunada-
mente pasó por melancolía romántica, lo cual
acabó de interesar en su favor á su vecina de la

izquierda: rubia, rechoncha y apasionada, según se decia por lord Byron, pretension que es muy general en todas las mugeres gordas.

A escepcion del saludo de entrada, Octavio no habia honrado á la señora baronesa de Ber-genheim con una sola muestra de atencion: como hastiado, tomaba con paciencia los placeres de aquel dia, abusando hasta del privilegio de génio caprichoso que todos conceden á un talento indisputable. Clemencia, por el contrario, estaba mas amable, mas risueña que nunca. A ninguno de sus fastidiosos convidados habia dejado de dirigir algunas palabras afectuosas; con todas aquellas mugeres vulgares ó presumidas habia hallado medio de ser amable y obsequiosa: parecia que la dominaba un deseo particular de ser aquel dia mas seductora aun que de costumbre, y que el sombrío continente de su amante aumentaba su buen humor, la infundia mas viveza, promovia en fin una resurreccion de su antigua coquetería.

Una lluvia repentina, que comenzó mientras tomaban el café, hacia impracticable todo proyecto de diversion por el parque. Gerfaut reparó á poco en un coloquio bastante animado entre

la señora de Bergenheim que, no sabia cómo divertir á sus huéspedes el resto de la tarde, y Marillac, que con su entrometimiento acostumbrado se habia constituido en maestro de ceremonias.

Un momento despues, se abrieron de par en par las puertas del salon para dar paso á un enorme piano conducido por tres criados. A su vista, se estremecieron de placer las muchachas, al paso que Octavio, apoyado en un ángulo de la chimenea, desocupaba su taza de café con una traza cada vez mas melancólica.

—Chico, vino á decirle el artista, quien desde la aparicion del piano no habia cesado de dar vueltas acá y allá recogiendo una docena de partituras; parece que vamos á cantar el duo de *Mosé*. Ahí están dos ó tres colegialas que raban porque las oigan, y ya conoces que es justo que nos sacrifiquemos por animarlas. Además, un duo de hombres es de rigor para romper un concierto.

—Un concierto! Dios nos la depare buena! exclamó Gerfaut mas aburrido.

—Cinco ó seis piezas no mas, y en seguida se bailará. Ya estoy comprometido con tu *Diva*:

si quieres una contradanza, y no tienes, como es costumbre, número reservado, no te descuides en pedírsela, porque andan por ahí cuatro ó cinco mozalbetes con unas ganas... Despues de nuestro duocantaré el trio de la *dama blanca*, con esas dos señoritas de los ojos redondos y vestidos color de melocoton... Me parece que al fin del primer solo voy á aventurar un gran punto de órgano! Si sale bien, es soberbio!

—La señora pregunta por vos; vino á decirle un criado.

—*Dolce, soave amor*, murmuró entredientes el artista acudiendo á la invitacion, y esforzandose por recordar el punto de órgano que consideraba como uno de los mas bellos florones de su corona musical.

Asi que todo el mundo se hubo sentado, se puso al piano la baronesa de Bergenheim escoltada por Marillac. Eligió el artista una de las partituras, la acomodó sobre el púpitre, tosió, escupió, y se colocó del modo que le pareció de mas efecto para lucir su lujosa cabellera, y dirigió una seña de inteligencia para que viniese á acompañarle Gerfaut, que continuaba sombrío y aislado en el ángulo de la chimenea.

—Abusamos demasiado de vuestra complacencia, caballero, le dijo á este la señora de Bergenheim cuando acudió á la seña: y teclando distraida, fijó en él sus rasgados ojos. Era la primera mirada que en todo el dia le consagraba: fuera arranque de coquetería, ó que la tristeza de su amante la ablandase el corazon, fuera en fin que se arrepintiera de su billete de la víspera, es menester confesar que la espresion de esta mirada nada tenia de severa.

Inclinóse Octavio y pronunciò algunas palabras tan friamente corteses como si hablara con una muger de sesenta años; la señora de Bergenheim bajó la cabeza sonriendo con desden, y comenzó fuertemente el acompañamiento del duo.

Dió principio el concierto. Gerfaut tenia una voz de tenor dulce y vibrante; la manejaba habilmente, esquivando los pasages peligrosos, sorteando las dificultades que juzgaba superiores á sus medios de ejecucion, cantando, en una palabra, con la prudencia de un aficionado que no puede consagrar cuatro horas diarias á ensayar escalas acromáticas. Cantó no solo con una sencillez que parecia negligencia, y aun substituyó con una suspension mas que modesta, el rasgo bas-

tante complicado del final.

Clemencia, para quien cantára otras veces con mas alma, vió con despecho esta afectacion de indiferencia, porque hay momentos en que todo ofende; parecíala que en su casa, en su salon, hubiera debido Octavio esforzarse mas en atencion á ella, cualesquiera que fueran sus disgustos particulares; se creyó injuriada, y apuntó esta nueva ofensa en el interminable libro por partida doble que una muger cosagra siempre á las menores acciones del hombre que la hace la corte.

Marillac, por el contrario, agradeci6 mucho á su amigo esta frialdad de ejecucion, porque vió en ella un medio de brillar á sus espensas. Era demasiado conocida la superioridad de Octavio para que no aprovecharse con afán la ocasion de aventajarle: asi que, comenzó su solo *é il ciel per noi sereno* con esfuerzos insólitos de laringe, acentuando tan enérgicamente como un calabré y mugiendo las notas graves como si cantára en un tonel. Esceptuando cierta desigualdad y desafinamiento que rara vez faltan á los cantores de salon, no escapó mal de la primera parte. Al llegar al punto de órgano final,

hinchó de aire su pecho, como si tuviera el encargo de poner en movimiento todos los molinos de la provincia, y se lanzó con magestuosa furia: las cuarenta primeras notas rodaron y giraron sin accidente notable: pero en los últimos grados de la bajada, faltaron á un tiempo al cantor respiracion y voz, se debilitó el *la*, se ahogó el *sol*, el *fa* fué parecido al susurro de un abejorro y el *mi*... Dios le guarde!

El punto de órgano tuvo cierta semejanza con esas escaleras góticas que en el piso superior ostentan una conservacion casi completa, pero que la base minada por el tiempo deja una solución de continuidad entre el suelo y el último escalon.

La señora de Bergenheim, esperando la conclusion del peligroso trino, no se acordó de dar el acorde final: el único sonido que se escuchó fué el roce de la barba del dilettante, cuyo mentor en vano acudiera á buscar voz en las profundidades de su corbata de raso, acompañado del benévolo aplauso de una vieja sorda, que habia juzgado del mérito de la ejecucion por las contorsiones desesperadas del cantante.

—¡Maldita garganta! murmuró el artista.

colorado como la grana.

El resto del duo concluyó sin novedad y con general satisfaccion.

—Señora, ese piano está medio tono mas bajo que el diapason, dijo el cantor picado.

—Es verdad, respondió Clemencia sin poder contener una sonrisa; tengo tan poca voz, que necesito poner el piano para mí. Bien podeis perdonar mi egoismo, porque habeis cantado como un ángel.

Inclinóse Marillac, medio consolado con este cumplimiento; pero pensando para sus adentros que el primer deber de toda ama de casa era tener un piano que estuviese á tono, y no es- poner á un bajo á comprometer su reputacion delante de cuarenta personas.

—Mandais algo mas, señora? preguntó Gerfaut acercandose á la baronesa de Bergenheim con la sonrisa en los lábios, pero una sonrisa de pura cortesania.

—Temeria cansar vuestra amabilidad, le contestó con una voz en que se traslucía su secreto descontento.

El poeta la saludó en silencio y se alejó.

Entonces Clemencia, á ruegos de todos, can-

tó una romanza con mas gusto que floreos, con mas método que espresion. Parecía que los glaciales gestos de Octavio influian en ella á pesar de sus esfuerzos para mantenerse en el tono de buen humor con que comenzara. Insensiblemente una opresion singular ajitó su pecho y apudó su voz; una ó dos veces temió que le faltase del todo. Cuando concluyó, le parecieron tan insoportables los cumplimientos y aplausos que le fueron prodigados, que con dificultad reprimió el deseo de zafarse de ellos. Indignada de su flaqueza, no pudo menos de lanzar una mirada hácia donde estaba Octavio, pero no tropezó con los ojos de su amante, ocupado entonces en conversar con Alina.

—Ay! pensó despechada, quizá hice mal en escribirle de aquella manera: pero si me amaba, cómo se ha resignado tan fácilmente á obedecerme?

Una muger en un salon se asemeja á un soldado en la brecha: la abnegacion es el primero de sus deberes: y por mucho que sufra, debe presentar al dolor la frente serena que el guerrero ofrece al peligro, y quedar si es necesario, en el sitio, con la muerte en el corazon, pero la

sonrisa en los labios. Por obedecer à esta ley del mundo, tornó al piano la señora de Bergenheim, despues de una breve interrupcion, con el objeto de acompañar á tres ó cuatro muchachas, codiciosas de lucir la cantinela que llevaba cuatro ó cinco meses de estudio. Marillac, como soldado prudente, habia ido al comedor á fortalecerse con un vaso de ron, y reparó en el trio de la *dama blanca* su pequeño percance: por último, para terminar el concierto, de cuya especie Dios nos libre, fué conducida Alina al piano; la pobre y aturdida niña cantó con una voz trémula, y no muy afinada, una balada de colegio, revisada y corregida como las ediciones *ad usum Delphini*. La palabra *amor* habia sido sustituida en la letra por la de *amistad*, y para reparar la ligera falta de prosodia, la sílaba superabundante se fundia en un arrastre que hubiera espeluznado la peluquita rubia de Boileau. Pero los colegios tienen un sistema de versificación aparte, en el cual, primero que dejar pasar una espresion peligrosa, la virtud tuerce el cuello á la poesía.

Acabado el concierto, se bailó, y Gersaut fué á conyidar á Alina. Ora quisiera combatir

sus negros humores, ora fuese por esa bondad de alma que comprende las emociones de las demas y las compadece, empezó à hablar con afectuoso interés á la doncella, ruborizada todavia de los aplausos. Entre todos sus talentos, poseia Octavio en grado eminente el arte de modular su conversacion con arreglo al estado, edad ò carácter de sus interlocutores, y segun el objeto á donde tendia. Diferente de la mayor parte de los artistas que llevan al mundo las preocupaciones del gabinete y conservan una individualidad generalmente mas escéntrica que elegante; en un salon era hombre de sociedad ante todas cosas. Profundo con las personas formales, descarado con los bromistas, cortesano como un caballero del antiguo régimen con las señoras mayores, sucesivamente insinuante, fino ó frenético con las hermosas, para quienes nadie sabia como él preparar un jarabe mas perfumado y seductivo: poseia para el uso de las señoritas una especie de gerigonza benigna y reservada, pudorosa y cándida, en que la madre mas austera nada habria encontrado que reprender. El poeta ligeramente inmoral, el dramaturgo que amontonaba en sus obras el incesto y el adulterio, ha-

llaba en estas ocurrencias espresiones mitad acibar, mitad miel, que saboreaban sin el menor recelo las mas lindas inocencias de quince años.

Escuchaba Alina con un placer, que no procuraba disimular, las palabras de su pareja, y la elasticidad de sus pasos, una especie de temblor que la asemejaba á una flor agitada por la brisa, la poesia que su sensacion interna comunicaba á la sencilla gracia de su apostura, revelaba el encanto con que su alma se prestaba á aquella conferencia. Cada vez que sus ojos tropezaban con los de Octavio, se bajaban por un instinto de pudor, pero en aquellos momentos se avivaba su esplendor bajos los entornados párpados. Cada palabra, la mas indiferente, resonaba en sus oidos dulce y melodiosa, cada contacto de mano le parecia una declaracion. A diez y seis años es el seco un cómplice tan poderoso de todos los sentimientos que surgen en el corazon de una doncella! En este período de la adolescencia que media entre el blanco velo de la primera comunión y la blanca canastilla de boda, un deseo vago un presentimiento confuso del objeto real de la vida, una atracción invencible hacia el iman ignora-

do, prestan á veces á la mas ingénua algo de la embriaguez de Erigona.

Al reparar como con cada palabra que salia de su boca se embellecia aquella rosa fresca é inocente, esperimentó Gerfaut un sentimiento de melancolía.

—Me amaría, pensó, como quiero ser amado, con todos sus pensamientos, con todos sus deseos, con toda su alma. Yo seria para ella la llama que abrasa y el sol que fecunda: se arro-
dillaría ante mi amor como ante un altar, al paso que esa coqueta...

Volvióse hácia la señora de Bergenheim que bailaba con Marillac, y halló sus miradas fijas en él. Rápida fué, descontenta, imperiosa la ojeada que recibió, y que significaba claramente: «Os prohibo hablarla de esa manera.»

Por el pronto no estaba muy dispuesto Octavio á la obediencia, y en prueba desplegó con Alina todos los recursos de su amabilidad.

A poco rato recibio, no directamente, sino por el intermedio de un espejo, confidente tantas veces indiscreto, otra mirada mas airada, mas amenazadora que la primera.

—Magnífico, dijo entre sí, acompañando á

su asiento á la muchacha, celítos tenemos. Esto ya varia. Ahora se por donde flaquea la muralla, y á donde deben dirijirse los asaltos.

Ningun otro incidente particular ocurrió aquel dia. Por la noche quedó reducida la sociedad á los huespedes ordinarios del castillo, y todo volvió á tomar su aspecto acostumbrado. A la hora de retirarse, entró Octavio en su habitacion talareando una cavatina italiana con unos ademanes de buen humor que sorprendieron á su amigo.

—Que me hagan académico si comprendo una pizca de tu conducta, le dijo este: todo el dia sombrío y taciturno como un héroe de drama furibundo, y ahora mas alegre que Falitaff: os habeis reconciliado?

—Estamos mas reñidos que nunca.

—Y eso te divierte?

—Estraordinariamente.

—Ya! jugais al gana-pierde?

—Poco menos: veo que nada consigo con mis buenos sentimientos, y pienso conducirme de hoy mas de una manera tan aborrecible, que obligue á adorarme á esa caprichosa criatura.

—Cáscaras! en fin, ello es un sistema como

cualquier otro. Son tan raras las mugeres! Ya conociste á Paulina, la que luego se casó con aquel notario... Pues sabes á qué debí su correspondencia? Echate á pensar; pero no te fijes en ninguna de mis numerosas cualidades morales, intelectuales ó física: nada, amigo mio, lo debí á un bastonazo!

—A un bastonazo!

—Sí, yendo de paseo sacudí el polvo á un cierto sugeto que nos miraba de reojo. Despues me confesó que esta accion la habia penetrado el corazon. ¡Oh mugeres! seco engañoso! como dice Fígaro.

—Las mugeres, prosiguió Octavio, se asemejan al reloj cuyo movimiento es una reaccion continúa; luego que ha ido á la derecha, se vá á la izquierda para volver á la derecha y asi siempre. Supon la virtud á un lado, la pasion á otro y el balancin femenino entre ambas cosas, se puede apostar á que despues de haber sacudido á la derecha de una manera violenta, volverá no menos enérgicamente á la izquierda, porque cuando mas larga ha sido la vibracion, mas juego queda á la contraria. La muger cae desde el templo en brazos de su amante, ó se hace Sor

Luisa de la Misericordia, despues de haber tendido sobre sus rodillas la cabeza de Luis XIV. Y cómo no hemos de adorar á estas locas sublimes? La mia, mas que todas, se aferra ahora de la árida roca del deber: pero yo la arrancaré, vive Dios! Y para acelerar la reaccion del péndulo, voy á poner á guisa de contrapeso un tormentillo que hubiera debido emplear antes.

—¿Pero porqué la háces padecer, si crees que te ama?

—Por qué? Porque ella sin duda lo quiere así. Te imaginas que yo la atormento por diversion? que gozo con ver en sus mejillas la palidez del insomnio, con hallar señales de llanto en sus ojos? La amo, amigo mio, sufro sus penas y lloro sus lágrimas. Pero la amo sobre todo. Y si para llegar hasta ella, solamente me deja abierto un camino lleno de espinas y guijarros, ¿he de retroceder porque arrastrándola conmigo la espongo á que se hiera sus delicados pies? oh! yo se los curaré con mis besos!

—Está visto, es como la mujer de Sganarell, que gustaba de que la pegasen?

—Eh! todo lo haces grotesco.

—Mira, yo no estoy enamorado: soy artista,

no es culpa mia tener alguna chispa. Y tú, por tu calidad de amante dócil, estás decidido á obedecer? pegarás?

—Moralmente.

—Haces muy bien. La ciencia del amor se parece á aquellas muestras antiguas que decian: *Aquí se peina á gusto de los parroquianos*. Si ese ángel tiene el gusto que la tires del cabello, peínala á su capricho.

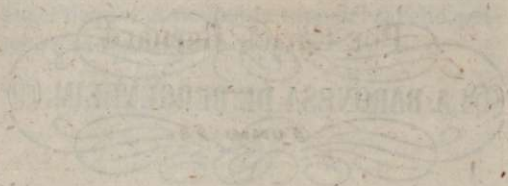
FIN DEL TOMO PRIMERO.



T. II.

Biblioteca económica popular.

THE
BANK OF
AMERICA
AND
THE
BANK OF
THE
UNITED STATES



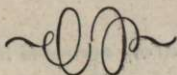
REPRESENTATIVE OF THE
UNITED STATES

WASHINGTON
D.C.

LA BARONESA
DE
BERGENHEIM.

Por Carlos Bernard.

Tomo II.



Señal.
Cádiz.

IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA, EDITOR,
calle de la Torre, n.º 58½.

1849.

LA BARONZA

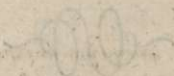
DE

BERGHEIM.

Por Carlos Bernard

Traducido del alemán

Tomo II



En la presente obra se trata de la historia de la
ciudad de Bergheim, desde su fundación hasta
el presente. Se describe su desarrollo urbano,
económico y social, así como su importancia
en la región. Se detallan los hechos más
relevantes de su historia, desde la época
medieval hasta la actualidad. Se incluye
una descripción de su geografía, su clima,
su agricultura y su industria. Se menciona
también su cultura, sus costumbres y sus
festividades. La obra está dividida en
capítulos que abarcan diferentes aspectos
de la vida de la ciudad. Se incluye un
apéndice con datos estadísticos y una
bibliografía de las fuentes consultadas.

1.

Un poco de filosofía.

EL matrimonio! *invencion mirífica!* decia Ravelais. Entre muchísimos otros de sus fenómenos, es un hecho admirable el aplomo con que la mayor parte de los hombres saltan á este santuario, à pie juntillas, como si se tratara del templo de Liliput. Al ver el arrojó de estos señores, cualquiera diria que hacer á una muger dichosa y recibir de ella la propia felicidad, es la cosa mas fácil del mundo, y sin embargo, qué problema tan complicado y tan terrible!

No se trata aquí de esas uniones à cuyo frente se lee desde la primera ojeada: *fatalidad!* de esos caballeros de Moncada que se venden y encanallan por pagar sus deudas; de esos viejos *caducos venerables y celosos* que se casan, como Ruy Gomez, con una mano con la bella, y con la otra con la muerte: no se trata en fin de todas esas incongruencias de edad, de clase, de educacion, de fortuna, gérmenes infalibles de discordia y de calamidad: como nuestro propósito es pintar una de esas alianzas que á las ventajas ordinariamente apetecidas, unen todavía condiciones particulares de felicidad, una de esas alianzas denominadas bodas de conveniencia, solo nos ocuparemos de la clase á que ésta pertenece: clase escogida y privilegiada, guardia de honor del matrimonio, por decirlo así.

Pero aun esta categoria escogida que parece encomendada à especial proteccion divina, cuantos escollos tiene que temer! Fuerza es hacer justicia á quien corresponda: cuando el navio conyugal zozobra, generalmente son los hombres la causa del naufragio, porque no comprenden que el matrimonio es una ciencia por lo menos tan difícil como el arte náutico, y no menos nece-

sario su conocimiento cuando se piensa en exponerse sobre un océano mas fecundo en peligros que el cabo de las tempestades.

De diez hombres apenas hay uno que sepa casarse. Por supuesto, se advierte que aquí no se trata de la cuestion de intereses en que el mayor número se manifiesta maestro aprobado en punto á cálculos y avaricia. Por ciencia entendemos ese espíritu de conducta, esa penetracion clara, esa esperiencia de la vida que enseñan en todo á aprovechar el punto esacto y la hora favorable. En el mundo, parte de los hombres se casan demasiado pronto, otra parte mayor demasiado tarde, y una pequeña, pero dichosa porcion, en tiempo oportuno: lo cual divide el género marital en tres especies como las uvas: agraces, maduras y en conserva.

Los agraces conyugales, que principalmente se recogen en provincia, se componen de esos jovencitos, hijos de familia, cuyos padres tratan de establecerlos cuanto antes. El uno es hijo único y hay grandes deseos de perpetuar la casta. Otro tiene una madre virtuosa por profesion, que teme por su vástago el hálito envenenado del siglo, y busca un asilo donde resguardar,

al abrigo de la tempestad, las alas de su inocente pajarillo. Para todos hay gran porcion de prudentísimas razones.

Se busca, se inquiere, se toman informes, y luego que el consejo de familia ha hallado una heredera que llena las condiciones del programa, da principio por amaestrar al pimpollo. Menester es confesar que la juventud actual, extraordinariamente formal y positiva, es bastante fácil de engatusar sobre el punto de matrimonios de conveniencia, con tal que la preferida no tenga la nariz remangada, las piernas tuer-tas ó el espinazo torcido, y aun à veces, à pesar de estos defectillos, el negocio, porque no es otra cosa, se concluye sin dificultad. Estipúlanse las condiciones de una y otra parte con la mas escrupulosa atencion: la boda se hace con fausto, las visitas son lujosas, los recíprocos obsequios impregnados de buen gusto y elegancia. Concluido todo, lánzase en el mar de la vida la interesante pareja, en tanto que una voz paternal murmura á los oídos del marido una amonestacion, que en realidad no viene á significar otra cosa que, «ahora componeos como podais.»

Ahora bien: ¿qué se puede exigir de un mo-
zalvete que no sabe mas de la vida que lo que la
prudencia paterna le ha permitido ver por un a-
gujero de una cortina. Toda ciencia necesita ser
aprendida. Para quien no las estudia en su tiem-
po, son las mugeres algo mas difíciles de com-
prender que el sanscrito ó el hebreo y las lenguas
de fuego de los apóstoles, son el último astro que
ilumina la frente de los maridos.

Los escollos en que pueden varar los hom-
bres que se casan demasiado pronto ó demasiado
tarde, son innumerables. Y no especificaremos
las razones que en esta idea apoyamos: baste de-
cir que con uno que falte, la armonia se destru-
ye, ¡y es tan fácil que falte uno!

Hay una clase de matrimonio de convenien-
cia que al parecer deberían estar esentos de cier-
tos percances y destinados por el contrario para
un feliz porvenir por la mayor conformidad de
edad, de educacion y de carácter. En el primer
término de estos enlaces privilegiados debia co-
locarse el del baron Cristian de Bergenheim, y
Clemencia de Corandeuil. El tio mas puntilloso,
la parienta mas ecsigente, no hubieran podido
atrapar el menor pretesto de crítica. Edades,

clase, riqueza, prendas físicas, todo parecía apareado por la casualidad. La primera entrevista se verificó en un baile del embajador de Rusia. El señor de Bergenheim, ayudante del ministro de la guerra, asistió de uniforme, tanto por etiqueta, como por un cálculo de vanidad bien entendido: el frac de oficial de estado mayor sentaba bien á su elevada estatura y atléticas formas. Realmente Cristian era un gallardo militar, y Clemencia no halló en qué motivar una negativa. No era tan dichosa con la vida que en casa de su tia llevaba para que no deseara mudar de estado, y como la mayor parte de las muchachas, consintió en ser señora para dejar de ser señorita: dijo sí, por no decir no.

Cristian por su parte se contentó tambien: creyó que agradaba mucho á Clemencia porque ella le gustaba infinitamente; y luego, que nunca se le habia pasado por la imaginacion que pudiera dejar de ser amado un capitan de estado mayor, con treinta años, buena figura, un formidable bigote rubio, cinco pies y ocho pulgadas, y un puño capaz de derribar de un sablazo la cabeza de un buey.

Pero en tres años que llevaba de matrimonio,

Bergenheim no conocia ni remotamente el carácter de Clemencia. A los pocos meses, dijo para sus adentros que era fria, por no decir insensible. Este descubrimiento, así como hubiera podido ofender su vanidad, le inspiró por el contrario el mas profundo respeto: insensiblemente esta reserva se apoderó de él tambien, porque el amor es un fuego, cuyo calor se amortigua por falta de alimento, y el enfriamiento es pronto cuando la llama tiene mas superficie que profundidad, cuando el cuerpo ama mas que el alma.

La revolucion de 1830, que cortó la carrera militar de Cristian, añadió pretextos de ausencia momentánea, de separacion material á la especie de tibieza que ya tenian las relaciones de entrambos esposos.

Despues de admitida su dimision, fijó su residencia en su castillo de los Vosges que le inspiraba la predileccion hereditaria de su familia. Su carácter estaba en perfecta armonía con esta mansion, porque en otros tiempos hubiera sido un tipo completo de aquellos honrados hidalgos de provincia, reñidos con la corte, apegados á su autoridad y á sus dominios. Sin embargo, su ge-

nerosidad no podia exigir que su esposa participase de sus gustos campestres y solitarios. La confianza sin limites que en ella tenia, su lealtad, que no podia suponer el mal, ni temerle de ante-mano, un carácter poco celoso, contribuian á que dejara á Clemencia en la mas absoluta libertad. Vivía ella á su antojo en Bergenheim ó en París con su tia, sin que jamás se le hubiera ocurrido á su marido concebir sombra de una inquietud. Y en efecto, que hubiera podido temer? qué tenia que achacarle? No la colmaba de bondades y atenciones? No la dejaba dueña de su fortuna, libre para ejecutar todos sus deseos, para satisfacer sus menores caprichos? Vivía, pues, en la fé del contrato de boda, con una confianza y lealtad dignas de los antiguos tiempos.

Por la opinion general, la señora de Bergenheim era una muger dichosa, para quien la virtud debia ser tan fácil que no se la podia atribuir el mérito de tenerla. A los ojos de muchos la felicidad es tener un palco en la ópera, un carruaje elegante y un marido que pague las cuentas sin chistar.

Con esto y cien mil francos en diamantes,

una muger no tiene derecho para afligirse y apurarse. Y sin embargo, hay pobres criaturas que se ahogan en esta felicidad, como si se hallasen debajo de las terribles chapas de plomo de que habla el Dante: luchan inquietas y palpitantes entre el deber y el deseo: parecida á una paloma esclava contemplando tristemente la region prohibida, donde tanto desearia posarse: porque al echarles una cadena al pie, la ley no ha cubierto sus ojos de una venda, y la naturaleza les ha dado alas; y si las alas rompen la cadena, desdichadas de ella! El mundo no perdona jamás al corazon que columbra las felicidades que ignora: por espiacion de una hora de paraiso tiene su martirio implacable, como las llamas eternas.



2.

Reunion de familia.

EN el combate que una muger sostiene contra el amor, llega casi siempre un momento en que se ve precisada á llamar á la mentira en apoyo del deber. La baronesa de Bergenheim habia entrado en este período temible, durante el cual la virtud, dudosa de sus propias fuerzas, no se avergüenza de emplear recursos peculiares de pasiones menos leales. Mientras Octavio, como hombre experimentado, buscaba un aucsiliar en los celos, ella meditaba un plan



de defensa fundado igualmente en la astucia. Para quitar á su amante toda esperanza, fingió una ternura repentina á su marido, y á pesar de los secretos remordimientos de su corazon, persistió por espacio de dos dias en este papel, cuya falsedad espiaba por la noche con sus lágrimas. Cristian acogió la virtuosa coqueteria de su muger con el afan y agradecimiento de un marido que encuentra mas amor del que tiene por costumbre; y Gerfaut por otra parte, que adivinó la intencion de esta pérfida maniobra, se ecsaltó furiosamente, deseando con empeño una ocasion de estallar.

Una noche, à escepcion de Alina retirada en su habitacion por efecto de una reprimenda de la señorita de Corandeuil, estaban todos reünidos en el salon de los retratos. Tendida en su gran sitial, no manifestaba la vieja grandes ganas de emprender su cotidiana é inevitable partida de whist. Marillac, apoyado el codo en una mesa redonda, bosquejaba indiferente algunas de esas caricaturas políticas introducidas por el *Charivari*, y que mas que á nadie agradan al partido legitimista: Cristian, sentado junto á su muger, y apretándola la mano con cariñosa familiaridad,

pasaba despóticamente de un asunto á otro, mostrando en sus arranques la jactancia del hombre dichoso que considera su ventura como prueba de superioridad. Retirado en un rincon, miraba Gerfaut á la señora de Bergenheim venturosa con atender á las palabras mas indiferentes de su esposo. Insensiblemente tomó la discusion por testo la añeja querella del romanticismo. Bergenheim era clásico rabioso, como lo son naturalmente los hidalgos campesinos por un espíritu de amor á la propiedad, y prefieren los autores antiguos á los escritores modernos, en razon de que sus bibliotecas están mucho mas surtidas de obras viejas que de libros nuevos. Por esta causa inmolaba el baron sin piedad á Victor Hugo y Alejandro Dumas, que no había leído por supuesto, ante el altar de Racine y de Corneille. de quienes difícilmente hubiera sabido citar media docena de versos, si bien poseia dos ó tres ediciones de sus obras. Marillac defendia con encarnizamiento la causa de la literatura contemporánea, que trataba como cuestion personal, y hacia llover, à guisa de balas rojas, sobre los reductos clásicos, una profusion de sarcasmos, en que no faltaba algun chiste.

—Los dioses cayeron ya del Olimpo, ¿y por qué no han de caer del Parnaso? dijo el artista con ademan triunfante. Por mas que os obstineis, Bergenheim, vuestra oposicion caduca no prevalecerá contra el instinto del siglo. El porvenir es nuestro, nosotros somos los pontífices de la religion nueva: no es verdad, Gersaut?

Estas palabras originaron un grave movimiento de cabeza de parte de la señorita de Corrandeuil.

—Una religion nueva, dijo, si fuera justificada esa pretension, solo seriais culpables de heregia, y aunque yo no me dejase coger en el lazo, podria comprender que génios elevados, que corazones entusiastas fuesen seducidos por las promesas de una utopia falaz; pero no alcanzais, señores, hasta qué punto os haceis ilusion? Esa que llamais religion es la negacion mas absoluta de los principios religiosos, es la impiedad en su forma mas desoladora, adornada de cierta hipocresía sentimental, que ni siquiera tiene valor para proclamar francamente sus principios.

—Yo os juro, señorita, respondió Marillac, que soy religioso cada tres dias por lo menos, en lo cual siempre llevo alguna ventaja: hay tantos

cristianos que no lo son nada mas que el domingo!

—El materialismo, el materialismo, respondió la vieja, es el fundamento de la literatura moderna. Todas las creencias, todas, han desaparecido: ni siquiera en el amor se cree; y sino decidme, señor de Gerfaut, seria yo injusta si os acusase de ateismo en amor?

Arrastrado por uno de esos fogosos impulsos á que no resisten los hombres de imaginacion, se levantó Octavio:

—No desmentiré semejante acusacion, exclamó. Sí, es una cosa triste por cierto, y solo las personas pusilánimes se asustan de la verdad: la realidad reside no mas que en los objetos materiales: qué es el resto sino decepciones y quimeras? Toda poesía es sueño, toda espiritualizacion falsa. Dicen que el talento vivifica, falso; el talento mata. El pensamiento es el que corrompe la sensacion y crea un sufrimiento donde sin él habria un verdadero placer. El pensamiento, don maldito!

¿Da uno ó pide pensamiento á la rosa que aspira?

¿Y por qué no se ha de amar de la misma suerte?

¿La muger, aunque no se considerara sino como una vejetacion mejor organizada, no seria la reina de las creaciones? ¿Y por qué no se ha de gozar de su perfume inclinándose á ella, dejándola en la tierra donde nació y donde vive? ¿Por qué arrancar de su tallo esa flor tan fresca, y secarla en nuestras manos elevándola hasta las nubes? ¿Y por qué se hace de una criatura débil y frágil un ser superior á todas las glorias, una cosa para la que no tiene nombre nuestro entusiasmo y le parece indigno y vulgar el de ángel? Ángel! sí, lo es sin duda, pero ángel de la tierra, no del cielo; ángel de carne, no de luz! A fuerza de amar, amamos mal. Orgullosos en todo, gastados para todo, buscamos en el amor un altar donde pueda humillarse nuestro orgullo, y nuestro desden enternecerse.

Buscamos una muger, y recogiendo todo nuestro talento, nuestra pasion, nuestra juventud, nuestro entusiasmo, todas las potencias del alma, todas las riquezas del corazon, arrojámos la copiosa ofrenda ante el ídolo como la capa que Raleigh tendió delante de Isabel, diciendo á aquella muger. «Pasad, mi reina: hollad con vuestros pies adorados el alma de vuestro esclavo»

vo.» Decidme, ¿no os parece un loco este hombre? porque, despues que la reina hubo pasado, qué quedó en la capa? lodo.

Acompañó Gerfaut este apóstrofe con tan fulminante mirada, que la que era objeto de él sintió heladas sus venas y retiró la mano que su marido estrechaba: á poco se levantó y fué á sentarse al otro lado de la mesa, con el pretesto de acercarse á la luz para trabajar, pero en realidad sin mas fin que alejarse de Cristian. Clemencia contaba con el enejo de su amante, pero no con su desprecio: careció de fuerzas para soportar el suplicio; y la ternura conyugal, á duras penas resucitada, se deshizo en polvo al primer arranque de la indignacion de Octavio.

La señorita de Corandeuil habia acogido con indulgencia las veementes palabras del vizconde, porque su refinado orgullo la obligaba á separar su causa de las demas mugeres.

—Segun eso, dijo, pretendeis que si hoy se pinta la pasion bajo colores falsos ó vulgares, la falta es de los modelos y no de los artistas.

—Habeis adivinado mi pensamiento, replicó Gerfaut en tono de ironía: dónde están los ángeles cuyo retrato pedís?

—En los sueños de nosotros los poetas, dijo Marillac sentimentalmente.

—Pues entonces referidnos vuestros sueños, en vez de copiar una realidad que no podeis hacer poética; puesto que la creéis ilusoria.

Esta salida inocente del baron hizo sonreír á Gerfaut con amargura.

—Contaría mal mis sueños, respondió, porque el primer beneficio del que despierta es el olvido, y hoy estoy despierto. Y sin embargo, recuerdo que un dia me dejé sorprender por un sueño que ya se ha desvanecido, pero cuya luminosa huella brilla todavia á mis ojos. Bajo bella y seductora apariencia habia columbrado el mas rico tesoro que puede ofrecer la tierra al corazon del hombre; habíame parecido descubrir un alma; esa esencia divina, profunda como el mar, ardiente como la llama, pura como el aire, gloriosa como el cielo, infinita como el espacio, inmortal como la eternidad; era para mí otro universo de que debia ser rey; intenté la conquista de este mundo nuevo con toda fé, con toda resolucion; pero menos dichoso que Colon, hallé el naufragio en lugar del triunfo.

Al oir la confesion que su amante hacia de

su derrota, Clemencia, vivamente enternecida, le dirigió una mirada para desmentirle: en seguida bajó la cabeza, porque sintió inundado su rostro de un sudor ardiente.

Cuando se retiró á su estancia, corrió Gerfaut al balcon. Desde allí podia descubrir la habitacion del baron, donde reinó largo rato amenazadora oscuridad. Esplicar las angustias, los temores, la cólera que el amante espermentó en esta hora, contar los proyectos estravagantes ó furiosos que su imaginacion concibió, no enseñaria nada á los que han pasado por este trance, y seria incomprensible para los demás. Al cabo se escapó de sus lábios un grito de victoria al divisar una luz inesperada que iluminó de pronto los balcones de donde no apartára sus miradas.

—Está sola, dijo para sí: no ha tenido valor para mentir hasta el fin; seguramente el cielo nos protege, porque en la ecesasperacion que me aqueja, los hubiera asesinado á entrambos.

5.

Los dos amantes.

POR espacio de muchos dias siguió Gerfaut con implacable perseverancia una linea uniforme de conducta. La muger mas ecsigente hubiera debido quedar satisfecha de la política con que trataba á la señora de Bergenheim, si bien no se le traslucia el mas leve deseo de una esplicacion. Estudiaba tan escrupulosamente sus miradas, sus ademanes, sus palabras que hubiera sido imposible descubrir la mas ligera diferencia entre su trato con la señorita de Corandeuil y

con Clemencia. Sus atenciones escogidas, sus muestras de amabilidad estaban reservadas para Alina. Con todo, para este juego hacía uso de toda su destreza, pues sabía que á pesar de su propension á los celos, jamás creería la señora de Bergenheim un abandono tan repentino, descubriendo al fin el objeto de la treta.

Renunciando á todo ataque directo, trabajó con mas cuidado para fortificar su posición. Redobló su actividad para abrir la trinchera que habia establecido en derredor de la tia y del marido, segun el principio del arte militar que manda apoderarse de las líneas exteriores de una plaza fuerte, antes de dar su ataque formal á las murallas.

Así, en cierto modo, llegaba de rechazo á Clemencia la pasión de Octavio. A cada instante sabía alguna circunstancia nueva de este ataque cauteloso que no podia contrarrestar.

—El señor de Gersaut me ha prometido pasar aquí quince dias lo menos, venia á decirle su tia, con tono burlon.

—Gersaut es sumamente servicial, decia por otro lado su marido; se estraña de que no haya mandado hacer un árbol genealógico para el sa-

Ion. Dice que es un complemento indispensable para la coleccion de mis retratos de familia, y se ha empeñado absolutamente en hacérmelo. Segun dice tu tia, está muy versado en el blason. Creerás que ha pasado toda la mañana en la biblioteca revolviendo papeles? Celébro esta circunstancia que le detendrá algo mas, porque ese excelente muchacho Marillac, que tiene una letra soberbia, se ha ofrecido á poner en limpio el cuadro é iluminar los escudos. Y, á propósito, me parece que estás demasiado seria con ese pobre Gerfaut?

La desventurada baronesa procuraba en estos casos mudar de conversacion: pero entonces la inspiraba su marido una antipatía muy parecida á aversion. Porque la falta de inteligencia es uno de los defectos que menos perdonan las mugeres, y gratuitamente convierten en crimen la confianza que se adormece en la fé de su honor y de la ceguedad que no adivina en ellas la posibilidad de una caida.

La peor recibida de todos era Alina: la señora de Bergenheim apenas podia disimular el mal humor que le causaba el regocijo de su cuñada cada vez que se trataba de Octavio. La

conducta diplomática de este dió sus frutos, se cumplieron sus previsiones con una esactitud que probaba la infalibilidad de su cálculo.

Meditaba Clemencia, y de idea en idea, por consecuencias muy lógicas, segun el corazon, aunque no tanto para la cabeza, llegaba inevitablemente al fin de cada refleccion al punto á donde su amante habia querido conducirla. El deseo de una esplicacion con él, que al principio no se atrevia á confesarse así misma por un sentimiento de orgullo, adquiria diariamente tanta intensidad que ni el mismo Octavio podia desear una conferencia con mas ardor. Echaba menos los trasportes de su apasionada ternura, y se acusaba de su dureza, mas que lo hiciera de su debilidad. Instantes tenia en que su pesar le aconsejaba pasos tan imprudentes, tan temerarias locuras, que se asustaba de sus propios pensamientos. La antipatía hácia todo lo que no era él, aumentabase de tal suerte que los mas sencillos deberes de familia le parecian odiosos é insufribles. Figurábase que todas las personas que la rodeaban eran otros tantos enemigos que la separaban de la felicidad: porque la felicidad era Octavio; la felicidad era oir su voz dulce y pe-

netrante; su felicidad era leer sus cartas donde la pasión mas entusiasta adquiria seducciones nuevas; pero esta felicidad en palabras, en cartas, en miradas, todo lo habia perdido!

Al cuarto dia, halló este suplicio superior á sus fuerzas.

—Voy á volverme loca, pensó: mañana le hablaré!

Casi en el momento mismo, decia Gerfaut para sí, «de mañana no pasa de tener una entrevista con ella.» De este modo por una simpatía singular, á pesar de la separacion estaban acordados dos corazones. Pero lo que para Clemencia era impulso irresistible, no era en su amante sino una determinacion dimanada de un cálculo matemático, por decirlo así. Con el auxilio de ese don de segunda vista que en amor poseen los hombres inteligentes, habia seguido matiz por matiz las apasionadas variaciones del alma de la señora de Bergenheim: sin necesidad de una palabra, y á pesar del velo con que cuidaba de disfrazarse, no habia perdido el amante uno solo de los sufrimientos que le acongojában en aquel espacio de tiempo. Juzgábala ya suficientemente abatida para aventurar un paso pe-

ligroso hasta entonces, y con el egoismo peculiar de todos los hombres, aun de los mas enamorados, aguardaba su rendimiento de su propio pesar.

El dia siguiente era el dia señalado para una batida de caza, dispuesta con unos cuantos vecinos. De madrugada se pusieron en camino Bergenheim y Marillac, seguidos de ojeadores y de perros, y Gerfaut no quiso acompañarlos, disculpándose con un artículo que debia concluir para la *Revista de Paris*. Así que hubo almorzado, se retiró à su aposento para dar apariencia de verdad à la excusa que habia empleado: aunque en realidad solo queria aprovechar la primera ocasion favorable ó provocarla con una ausencia momentánea.

Largo rato llevaba ocupado en cortar una pluma, delante del balcon que caia al jardin, cuando descubrió en la reja del piso bajo las dos patas y el hocico de Constancia, y à poco el robusto dogo saltó al suelo para calentarse al sol.

—La dueña acababa de retirarse à su santuario, pensó Gerfaut, seguro de que era tan imposible ver à Constancia sin su señora, como à san Roque sin el perro.

Un instante despues vió pasear mano á mano por el jardín y muy desocupadas á Justina y á la doncella de la Corandeuil, y por último aun no habia escrito media llana cuando vió en frente del balcon á Alina resguardada con un sombrero de paja y con una regadera en la mano. Un criado le acercaba el agua, y la pobre niña se dedicó de todo corazon á su faena de regar las plantas.

—Ecsaminémos ahora, dijo Gersaut, el estado de la plaza.

Bajó, atravesó el portal, luego una estrecha galeria, y llegó á la puerta de la biblioteca. Gracias al árbol genealógico, de cuya formacion se habia encargado, poseia una llave de esta sala, cerrada ordinariamente con el objeto de alejar de Alina la tentacion de leer algunas novelas, cuyo nombre solo bastaba para que estuviesen proscritas en masa por la vieja.

Entró Gersaut, pero en lugar de dedicarse á su tarea geneológica, volvió á cerrar su puerta, y fué con cuidado á abrir otra mas pepueña y muy disimulada con una estanteria fingida. Esta puerta habia escitado vivamente la curiosidad de Gersaut la primera vez que la descubriera: despues de abrirla con precausion se halló en un

estrecho pasadizo, en cuyo extremo una escalera de caracol conducía al piso superior. Un gato codicioso de cojer un pajarillo, no anda con mas silencio que él para subir aquella escalera, y entrar en un gabinete lleno de armarios y alumbrado por una sola puerta-vidriera cubierta con una cortina de muselina. Esta puerta daba á una habitacion que precedia al gabinete y alcoba de la señora de Bergenheim.

Las persianas corridas y encima una tupida cortina dejaban penetrar tan poca luz, que á través de la muselina de la puerta-vidriera necesitó Octavio habituarse á aquella oscuridad antes de distinguir claramente á la señora de Bergenheim. Estaba la baronesa reclinada en un divan y con un libro en la mano. Creyó al pronto que dormía; pero se convenció de que se habia equivocado al ver el brillo de sus ojos clavados en la cornisa.

—No duerme, no lee, luego piensa en mí, dijo con sublime lógica.

Despues de un momento de contemplacion viendo que la baronesa permanecia inmóvil, intentó Gerfaut abrir poco á poco, con el fin de prevenirsu entrada; pero apenas iba á poner por

obra su idea, cuando se abrió de repente la puerta de la sala. Un torrente de luz inundó la habitación, y se presentó Alina con su regadera en la mano.

Detúvose un instante la muchacha, porque creyó que su cuñada dormía: mas viendo que la miraba Clemencia con ojos centellantes, entró y la dijo con su argentina voz:

—Todas mis flores están tan guapas, vengo á regar las vuestras.

Nada contestó la señora de Bergenheim: contrajéronse ligeramente sus cejas, en tanto que seguía con la vista á la linda jardinera. Este síntoma casi imperceptible unido á la expresión de sus ojos presagiaban borrasca, y con efecto unas pocas gotas de agua que mancharon el suelo, la sirvieron de pretesto, y Gersaut en medio de su ardiente amor no pudo menos de recordar al lobo de la fábula acusando al cordeiro de que le enturbiaba el agua; cuando oyó esclamar con impaciencia á la señora de sus pensamientos: «Dejad en paz esas flores: no necesitan de riego. No estais viendo como poneis el suelo?»

Volvióse Alina, miró un momento á su her-

mana, y soltando la regadera se lanzó de un salto al divan como el gatillo que acaba de recibir una garrada de su madre y se cree suficientemente autorizado para jugar con ella. Quiso levantarse la señora de Bergenheim para evitar tan imprevisto ataque: pero antes de ponerse en pie fue derribada otra vez sobre los almohadones por la muchacha que la tenia cogida entrambas manos y la besaba con ardor.

—Válgame Dios, que mala sois de algunos dias acá, dijo Alina sujetando victoriosamente á su contraria. Quereis imitar á vuestra tia? Ahora no haceis mas que regañar. Y qué he hecho, yo? por qué estais enfadada conmigo? No me quereis ya?

Estas preguntas hechas con acento cariñoso causaron á Clemencia una especie de remordimiento del arranque de celos que no podia dominar. Para espiarle, besó á su cuñada en la frente con unas apariencias de cariño que satisficieron á esta.

—Qué leiais? dijo la jovencita recogiendo el libro que en su lucha cayéra al suelo; *Nuestra Señora de Paris*: qué bonita debe ser! Me lo quereis prestar? oh! decid que sí.

—Ya sabeis que mi tia no consiente que leais novelas.

—Por hacerme rabiar y no por otra cosa. Os parece acaso que tiene razón? Habré de ser siempre una tonta y pasar la vida leyendo historia y geografía? Como si no supiera ya que Luis XIII era hijo de Enrique IV, y que ha habido en Francia ochenta y seis departamentos. Vos bien leeis novelas; y no lo hariais si estuviera mal hecho?

Sin querer enredarse en una de esas controversias que el buen sentido altamente lógico de los niños hace extraordinariamente difíciles, respondió Clemencia con una autoridad que pusiera término á la discusion.

—Cuándo esteis casada, hareis lo que gustéis. Hasta tanto, fuerza os es conformaros, por lo concerniente á vuestra educacion, con lo que dispongan las personas que se interesan por vos.

—Todas mis amigas, respondió Alina picada, tienen parientes que se interesan por ellas tanto por lo menos como mi tia por mí, y no por eso las impiden leer.

Ahí está Clara Saponay que ha leído todo el Walter Scott, Malek Adel, Eugenio y Matilde...

qué sé yo? Gessner... Las cartas familiares... en fin, todo, todo lo ha leído. Pero yo me he tenido que contentar con Numa Pompilio y Pablo y Virginia. No es esto bien ridículo?

—Vaya, no os enfadeis, tomad de la biblioteca un tomo de Walter Scott; pero que no lo sepa mi tia.

Formulado este acto de capitulación con que pretendia Clemencia reparar su arranque de mal humor, Alina, regocijada, dió à correr hacia la puerta-vidriera. Apenas tuvo tiempo Geraut para dejar su puesto de observacion y esconderse entre dos armarios, pero la muchacha, sin reparar en nada bajó la escalera saltando, y subió á los pocos instantes con los apetecidos libros en la mano.

—*Warverley ó la Escocia sesenta años hace*, dijo leyendo el título por entero: he cogido el primero, porque espero que me lo presteis todos, no es verdad? Clara dice que no importa que una señorita lea á Walter Scott y que le es muy divertido.

—Verémos, segun os porteis, contestó Clemencia sonriéndose; pero cuidado con mi tia, porque yo seria entonces la culpada.

—No hay miedo, voy á esconderlos en mi cuarto.

Llegó hasta la puerta, se detuvo y volvió otra vez atrás!

—Parece, dijo, que el señor de Gerfaut ha trabajado hoy en la biblioteca, porque hay encima de la mesa un monton de libroles. Es mucha amabilidad el hacer esa genealogía, verdad? Y nos pondrá á nosotras? Bien que en esas cosas no entran las mugeres: vuestra tia por lo menos de seguro que no, porque no es de la familia.

El nombre de Gerfaut atrajo de nuevo la nube que en la frente de Clemencia se disipara.

—No sé mas que vos, la contestó con alguna sequedad.

—En el salon no hay mas que retratos de hombres, lo cual seguramente no es muy político que digámos. Mejor quisiera conocer los retratos de mis abuelas, y mas divertido sería ver todos los trages que se usaban en aquellos tiempos, que no esas barbazas que meten miedo.—

Pero en los árboles genealógicos no pondrán à las señoritas, continuó pensativa.

—Es menester preguntarselo al señor de Gerfaut: segun sus deseos de agradaros, no os

dejará mal seguramente, respondió Clemencia con una sonrisa casi irónica.

—De veras? dijo Alina sencillamente, yo nunca me atreveria á preguntarle semejante cosa.

—Todavía le teneis miedo?

—Un poquillo, respondió la doncella bajando los ojos ruborizada.

Este síntoma despertó en la baronesa de Bergenheim casi todo el mal humor contra el que habia querido luchar, y añadió con un tono de punzante zumba:

—Os ha escrito el primo d' Artigues?

—La señorita de Bergenheim alzó los ojos y la miró un momento como distraida.

—No sé, dijo por fin.

—Cómo! ¿no sabeis si habeis recibido carta de vuestro primo? repuso Clemencia sonriéndose con afectacion.

—Ah! Alfonso, no, digo sí, pero hace ya tanto tiempo...

—Qué fria é indiferente estais ya con el pobre Alfonso! ¿No os acordais ya de cuanto llorasteis su partida al año pasado, cómo os enfadasteis con vuestro hermano que se chanceaba de

vuestra afliccion, y que jurasteis no tener otro marido que vuestro jóven primo?

—Era una tonta, y Cristian tenia razon. Alfonso, que apenas me lleva un año! Linda pareja haríamos! Sé que no soy muy juiciosa, con que preciso es que mi marido lo sea por los dos. Cristian tiene nueve años mas que vos.

—Os parecen demasiados? dijo la señorita de Bergenheim con intencion.

—Al contrario.

—Qué edad querriais que tuviese vuestro marido.

—Yo... unos treinta años, respondió la muchacha despues de titubear.

—La edad del señor de Gerfaut?

Miráronse un instante en silencio las dos mugeres. Desde el sitio donde estaba escondido Octavio, oyente y móvil de aquella conversacion, reparó en la espresion de dulzura que animaba á los ojos de Clemencia como si quisiera provocar una confianza completa. La colegialase dejó cojer en el lazo.

—Algo os podria contar si me prometierais no repetírselo á nadie.

—A quién quereis que hable? Sabeis que

soy discreta con vuestros secretillos.

—Es que acaso sea un gran secreto, repuso Alina.

—Vaya, sentaos y contadme ese gran secreto.

Estrechó Clemencia las manos de su cuñada y la hizo un asiento á su lado en el divan.

—Ya sabeis, dijo la otra, que Cristian me ha ofrecido un reloj como el vuestro, porque ya no me gusta el mio. Ayer, paseándonos, me quejé de que no hubiera cumplido su palabra. Sabeis lo que me respondió? Verdad es que lo decia riendo. «Cuando seas vizcondesa de Gerfaut, te le dará tu marido.»

—Bah! Vuestro hermano ha querido chancarse: cómo, sois tan niña que no lo conozcais?

—Niña! dijo Alina levantándose picada: sé lo que he visto. Anoche hablaron juntos en el salon, y estoy segura que era de mí.

Soltó la carcajada la señora de Bergenheim aumentando el despécho de su cuñada, menos dispuesta que nunca á consentir que la tratasen de niña.

—Pobre Alina; dijo la baronesa. Si hablaban del quinto retrato del salon, cuyo original no ha

podido encontrar el señor de Gerfaut en los manuscritos.

La pobre colegiala bajó la cabeza como una niña que ve á su maligna hermana soplar su castillo de naipes.

—Cómo lo sabeis? dijo al cabo de un instante de refleccion. Estábais sentada al piano, y no era muy fácil oír de una punta lo que se decia en la otra.

Esta vez le tocó á Clemencia bajar la cabeza, porque se figuró que su cuñada adivinaba esa sutileza de órganos, esa atencion continua con que bajo aparente indiferencia, no perdía una sola de las palabras de Octavio. Según costumbre, quiso disfrazar su turbacion, aumentando la ironía.

—En efecto, dijo, es probable que me engañe. Y qué día debemos saludaros como vizcondesa de Gerfaut?

—Yo soy una tonta en deciros lo que pienso, pues luego os burlais de mí; qué culpa tengo yo que mi hermano me haya hablado del asunto?

—Me parece que no necesitábais que os hablase para pensarlo mucho.

—En algo he de pensar.

—Sí, pero hay que mirar un poco lo que se piensa: no está bien que una señorita se ocupe tanto de un hombre, contestó Clemencia con un acento de severidad digno de la familia de los Corandeuil.

—Yo creí que siempre estaría mejor en una señorita que en una señora.

Esta réplica imprevista é impensada, hizo perder la palabra á la señora de Bergenheim, y se quedó cortada delante de la muchacha, como un estudiante delante del pedagogo que acaba de administrarle una vigorosa reprimenda.

—De dónde saca esas ocurrencias esta ser-pientilla? pensó Gerfaut azorado.

Viendo que su cuñada no respondía, convirtió Alina el silencio de confusion en mal humor, y se enfadó también.

—Hoy estais muy mala, dijo; adios, no quiero ya vuestros libros.

Tiró sobre el divan los tomos del célebre Walter Scott, cogió su regadera sin cuidarse de si mojaba el suelo y desapareció, cerrando la puerta con estrépito.

La señora de Bergenheim, sombría y meditabunda, se quedó inmóvil como si la reflec-

sion de la muchacha la hubiera convertido en estatua.

—Entraré, decia para sí Octavio con la mano en el picaporte. Con sus inocentadas, no deja de perjudicarme esa chiquilla. Ahora seguramente bogará á toda vela por el borrascoso mar del remordimiento, y á no dudarlo esos dos capullos de rosa que mira tan fijamente le parecen los ojos de su marido.

Antes de que cesara la irresolucion del poeta, levantóse la baronesa de pronto y salió cerrando la puerta con no menor estrépito que su cuñada.

Maldiciendo con todo su corazon los colegios, las colegialas y los corazones de diez y seis años, tornó Gerfaut á dejar la escalera del gabinete para volverse á la biblioteca. Despues de pasearse largo rato por delante de los diccionarios y pergaminos desparramados sobre la mesa, salió y se retiró á su habitacion. Cuando pasaba cerca de la sala, hirió sus oídos una tumultuosa armonía, mas en medio de aquellas notas graves, locas, apasionadas, de efecto terrible á veces, traslució Gerfaut por la limpieza de ejecucion y la brillante elegancia de algunos pasages,

que aquella improvisacion no podia ser obra de los dedos poco ejercitados de Alina. No se le ocultó que el piano estaba sirviendo de intérprete á la señora de Bergenheim y que á él confiaba con esplosion las contradictorias sensaciones que la estaban atormentando: porque para el corazon privado de otro corazon donde poder derramar su regocijo y su pena, la música es un amigo que escucha y que responde. Bajo los dedos que le interrogan, recibe el instrumento la presion del alma acongojada y se anima para consolarla. El aliento del dolor que vaga por el teclado, despierta una armonía que la arrulla y adormece ó la distrae por medio de una ecsaltacion pasagera.

Gerfaut escuchó en silencio con la frente apoyada en la puerta del salon. A cada frase, á cada modulacion, su espíritu guiado por un maravilloso instinto de simpatía, se identificaba con el sentimiento que queria revelar. Halló en los acordes graves, roncós, lúgubres, prolongados como si quisiera la ejecutante embriagarse con su disonancia, las punzantes voces del arrepentimiento que se encarniza en el alma estrujándola con sus ardorosas garras. Un alarido de

notas mas contenidas y no tan recargadas, sordo en un principio, elevándose insensiblemente y rematando en un torrente furioso, espresó las dudas, los temores, la tortura de los celos. Tambien esto era sufrir, pero un sufrir que se ecsalta, no que se devora: era el corazon herido dejando sangrar la úlcera, y no el corazon sofocado por una mano de hierro sin poder respirar para gemir. Al cabo fué cediendo su furor de ejecucion convirtiéndose an una série de modulaciones cada vez mas dulces y serenas, asi como el Ródano despues de arrancarse de las rocas del Valais, remata en el pacífico Léman. Por un breve espacio anduvo errante la imaginacion de Clemencia sin fijarse en ninguna, hasta que con voz quejumbrosa y lastimera entonó la tiernísima cancion del Sauce.

Muchísimas veces la habia oido cantar Octavio, pero nunca con aquella espresion: no era de estrañar, en sociedad cantaba Clemencia con los lábios, ahogando los impulsos de su alma, ahora lo hacia con el corazon. A la tercera estrofa, cuando supuso Gerfaut que debia haberse ecsaltado con la espresion de su canto, con el perfume de amor melancólico, de apasionado

desengaño que cesala aquella deliciosa cancion, entró quedito el poeta juzgando favorable el momento, empero turbado como un amante novel.

La primera persona con que tropezó fué la señorita de Corandeuil, tendida en su poltrona, caidos cabeza y brazos y formando, à guisa de acompañamiento, una melodía nasal. Los anteojos de la vieja que colgaban de sus rizos, habian alterado su simetría: la Gaceta de Francia estaba sobre el lomo de la perrita tendida á los pies segun costumbre.

—Bruja maldital dijo para sí Gerfaut. Hoy pesa sobre mí una maldicion. Pero viendo que ambas alimañas, esto es, perra y vieja dormian profundamente, cerró la puerta sin ruido y atravesó el salon andando de puntillas.

La señora de Bergenheim habia dejado de cantar, pero sus dedos continuaban modulando vagamente el motivo de la cancion. Observando el paso circunspecto de Octavio, se inclinó á mirar á su tia cuyo sueño no habia reparado, y como nadie sabe dormir de una manera muy imponente, el perfil de la vieja tenia un aspecto grotesco á cuya influencia no pudo resistir Cle-

mencia. La gana de reir fué por el pronto mas fuerte que el respeto de la melancolía, y al sentarse miró Clemencia involuntariamente á Octavio que se reia tambien. Aunque esta entrada nada tenia de sentimental, no dejó el jóven de aprovecharse, y un instante despues estaba sentado en un taburete detrás del piano y á cortísima distancia de la señora de Bergenheim.

—Cómo, es posible dormir cuando vos cantais?

Este fué el ecsordio. La retórica no podia ser mas vulgar: bien que la elocuencia consistia, mas que en las palabras, en la espresion. El movimiento desembarazado, rápido aunque discreto con que Octavio tomára asienio, la elegante precision de sus ademanes, anunciaban notable despejo para la especie de conversacion que se preparaba. Si las palabras eran de estudiante, el acento y desenvoltura revelaban al maestro.

La primera idea de Clemencia fué levantarse y salir del salon, pero una fuerza invencible le sujetó en la silla. Al ver chispear cerca de sí aquella mirada negra y penetrante que en algunos dias no la fuera propicia: al oir vibrar, dulce como un suspiro, la voz que amaba, sintió

latir su seno, anublarse sus pupilas: no se creyó bastante dueña de sus ojos para fijarlos en Octavio y hubo de apartarlos, aparentando que contemplaba à la vieja.

—Tengo un talento particular para conciliar el sueño á mi tia, dijo con un gracejo harto desmentido por mil circunstancias, si me empeñara, dormiría hasta la noche: en cesando de tocar, la despertará el silencio.

—Oh! por piedad, os ruego que toqueis: no la despertéis nunca, respondió Gerfaut.

Fuera porque tampoco ella tuviese grandes deseos de que su tia despertase, ó porque deseara evitar una conversacion que la turbaba de antemano, despues de desearla con tanto ardor, fuera en fin porque quisiese disfrutar en silencio la ventura de ser amada todavia, porque desde que estaba á su lado, los menores gestos de Octavio equivalian á una declaracion, lo cierto es que la señora de Bergenheim empezó á preludear el wals del duque de Reischstadt, marcando solamente la primera medida del acompañamiento para indicar á su amante donde debia colocar los dedos.

Comenzó el wals, y dos manos quedaban de-

socupadas, precisamente las que estaban inmediatas: ¿qué habian de hacer dos manos desocupadas y vecinas, cuando la una pertenece á enamorado atrevido, y la otra á una muger que despues de maltratar largo tiempo á su amante se halla harta de severidad?

Antes de concluir la primera parte, los dedos blancos y delicados de la clave de *sol*, quedaron aprisionados en los de la clave de *fá*, sin que esto perjudicase al efecto de la pieza, porque la vieja proseguia durmiendo.

Un momento despues, imprimió Octavio sus lábios en aquella mano trémula, como si quisiera infiltrar su alma en la tibia y perfumada tez. Dos veces intentó desacirse la baronesa porque sentia circular por sus venas el estremecimiento de aquella caricia, pero dos veces la faltaron las fuerzas y su tentativa se convirtió en una presión contra los lábios tenaces que se imaginaba clavados en su corazon. Urgente iba siendo que despertase la vieja, pero dormia mejor que nunca porque continuaba el wals, y aunque en el canto habia una ligera indecision, en cambio la mano izquierda sonaba las notas graves con una energía capaz de metamorfosear á la seño-

rita de Corandeuil en otra hermosa durmiente.

Cuando Octavio estuvo satisfecho de acariciar aquella mano que ya no le disputaban, levantó la cabeza para invocar un favor nuevo; porque un amante nunca es como el mar á quien se dijo: no pasarás de ahí! Esta vez ya no apartó los ojos la señora de Bergenheim, pero después de mirar un instante á Octavio, como deben mirar los ángeles, le dijo con una coquetería llena de seducción.

—Y Alina?

La contemplacion muda que contestó á esta pregunta encerraba un mentís tan elocuente, que se hacia superflua toda explicacion. Al verse amado, dió gracias Gerfaut al ardid que le habia proporcionado la dicha de que disfrutaba: su sonrisa reveló el secreto de su máquiavélico plan, fué comprendido y perdonado. Ya no mediaban entre ellos dudas, ni temores, ni combates: hartos esfuerzos habian necesitado para desunirse y de comun acuerdo volvian á reconciliarse. Ya no necesitaban una explicacion del pasado sufrir porque el sufrir no ecsistia, y habian penetrado en ese paraíso del amor, cuyo éxtasis se hace mas delicioso aun con el recuer-

do de distinguidos sinsabores. Largo espacio permanecieron en silencio, dichosos con verse, con estar juntos, solos, porque la vieja dormia á pierna suelta, respirar el mismo aire, sentir latir acordes sus corazones, embriagarse de ternura al compás de aquella música cada vez mas confusa é incierta, y temerosos de que se desvanecieran con solo una palabra los encantos inefables de aquella felicidad.

Habiase concluido el wals, y sin embargo, dormia la Corandeuil. Ningun ruido resonaba; parecia que el sueño aletargaba tambien á los amantes, inmóviles y unidos como dos ángeles en oracion. Pero el encanto se deshizo con un estrépito espantoso, semejante á la trompeta que ha de convocar á los culpables al juicio final.



4.

Un marido á lo antiguo.

HABEIS visto en una serena tarde de octubre una pareja de palomas cerniéndose sobre las encinas de un bosque deshojadas por otoño? semejante á dos aéreos esquifes sujetos con invisibles amarras, su vuelo es dulce y silencioso, sus alas se bañan con delicia en el aire que las sostiene, y el instinto que las guia presta á todos sus movimientos un aspecto de gracia muelle. Mas de repente, escondido tras de alguna encina un cazador apunta á las aves con seguridad y las

hiere à entrambas en medio de su gozo y su ternura. Si por ventura no eres cazador, lector amigo, puede que te inspiren alguna lástima estas pobres avecillas que caen mutiladas y sangrientas.

Una bala que hubiera herido del mismo modo á nuestros amantes, no les hubiera parecido tan cruel como la sensacion causada por aquel espantoso estrépito. Estremeci6se Clemencia de pies á cabeza y se recogió en su silla helada de terror: Gerfaut se levantó no menos turbado que ella: la señorita de Corandeuil, arrancada súbitamente de su pacífico sueño, se puso en pie de golpe como esas figuras fantásticas que saltan de una caja de tabaco.

Abrióse una de las hojas de la puerta situada en frente de los balcones: asomó en el hueco la boca de una corneta de caza y la tocata de la muerte del lobo hizo retemblar los ecos del salon con una fuerza que probaba que el músico bien hubiera podido luchar con Rolando en Roncesvalles. El drama se convertia en paródia, y una segunda peripecia cambió la pantomima y los sentimientos de los personajes. Volvió á caer la vieja sobre su silla tapándose los oídos y pa-

taleando; pero en vano pretendió manifestar su indignacion de viva voz, sus palabras se perdieron en la confusion del terrible instrumento. Clemencia se aplió los dedos á los oidos como su tia: ya se ve, algo habia de hacer; Gerfaut soltó la carcajada alegremente como si le pareciera admirable la broma, porque la colorada faz del señor de Bergenheim acababa de sustituir á la corneta y reia cen unas ganas que inspiraba desços de acompañarle.

—Ah! ah! ah! no contábais con esta parte de acompañamiento, dijo el baron cuando pasó algo de su primer acceso de buen humor: es este el artículo de la *Revista de Paris* que teniais que escribir? Y pensais que os deje cantar duos italianos con la señora, mientras yo me voy á correr los bosques? Vizconde no soy un marido tan bonachon. Éa, ea, media vuelta á la derecha y hacedme el obsequio de una escopeta para que salgamos á echar un par de liebres antes de comer.

—Bergenheim... Bergenheim... exclamó la vieja cuando su conmocion pudo permitirle que hablase; esto ha sido una falta... una groseria... modales de soldado, de caribe: tengo la cabeza

destrozada, y de seguro antes de un cuarto de hora jaqueca al canto. Esas gracias son buenas para gagnápiros.

—Eh! no os acordeis de la jaqueca, tia, respondió Cristian, cuyo buen humor rayaba mas alto que otras veces; si estais mas fresca que un capullo de rosa... y Constanica tendrá para comer cabezas de liebres en abundancia.

En este momento, otro alboroto no menos estrépitoso que el primero, resonó en el patio: los acentos roncós y desentonados de una bocina de caza, tocada evidentemente por un aficionado muy novicio, hacian el acompañamiento de los ladridos confusos y variados de una numerosa trailla; y todo esto interpolado con carcajadas, latigazos y clamores de todo género. En medio de este bullicio, distinguióse de pronto un alarido mas penetrante que todos los demas, un grito de angustia y desesperacion.

—Constancia! exclamó la señorita de Corandeuil asustada: precipitóse hacia los balcones de la antesala y todo el mundo la siguió.

El espectáculo que el patio presentaba era tan animado como pintoresco. Marillac, de pie en un banco, soplabá como un triton, en una

trompa á la Dampierre, ensayandose en el wals de *Roberto el diablo* de un modo mas infernal todavia, que aquel con que le escribió el autor. A sus pies siete ú ocho cazadores y otros tantos criados alentaban con sus gritos á la numerosa trailla compuesta de mas de cuarenta valientes perros, animosos para la caza como ellos solos, pero como ellos solos tambien alborotadores y pendencieros.

En medio de esta horda sin fé ni ley, habia caido la infortunada Constancia, despues de atravesar la antesala, la escalera, el portal, perseguida siempre por el eco de la corneta de Cristian que producia en sus nervios el efecto del cuerno de Artolfo. Bien fuese que la querella entre Corandeuil y Bergenheim hubiese alcanzado aun á la gente canina, ó fuera á instigacion de los lacayos, quienes desde el mas grande al mas pequeño detestaban cordialmente al animal, lo cierto es que se vió lanzado en un momento como si fuera un gamo, atropellado, volteado, mordido por los cuarenta foragidos de cuatro patas que parecian resueltos á llevarse cada cual, á guisa de trofeo, un pedazo de su vestimenta color de café con leche.

El personaje que mas se divertia con este deplorable espectáculo era indudablemente el tío Rousselet. Estregábase las manos con regocijo, y su boca hendida articulaba un silbido provocador que alentaba á los asesinos en su crimen casi tanto como la clarinada de Marillac.

—Constancia! volvió á gritar la señorita de Corandeuil, helada de espanto al ver á su dogatendida en medio de sus enemigos, y semejante á un esqueleto de caballo roído por los lobos.

Este grito no hizo efecto en la parte animal de los actores de aquella escena, pero produjo en los lacayos y aun en una parte de los cazadores la misma espresion que el terrible clamor de Aquiles en los Troyanos á orillas del Escamandro: cesaron los ahullidos, muchos de los espectadores procuraron escurrirse prudentemente, el picador empezó á llamar á latigazos á sus subordinados; y Rousselet, mas político que todos los demás, se arrojó intrépidamente á la cohorte, lanzando á derecha é izquierda vigorosos puñetazos, y asió en sus brazos á la perrilla casi desmayada, sin cuidarse de los faldo-nes que dejaba á la encarnizada trailla.

Cuando vió la vieja á sus pies al objeto de su

ternura, cubierto de lodo, salpicado de sangre y ecsalando gemidos ahogados que la parecieron el estertor de la muerte, desplomóse sobre una silla sin decir una palabra.

—Largo de aquí, dijo por lo bajo Bergenheim á su huésped asiéndole del brazo.

Gerfaut tendió una mirada en derredor buscando á la señora de Bergenheim: pero no la encontró. Sin apurarse por la desesperacion de su tia, Clemencia se refugió á su habitacion, porque conocia la necesidad de estar sola para calmar su conmocion, ó acaso para gozar en paz de ella por segunda vez. Por lo tanto, Octavio se resignó á seguir á su compañero, cuya retirada tenia todas las trazas de una verdadera derrota. En menos de medio minuto, cazadores y perros dejaron desierto el patio, y se alejaron rápidamente por la calle de plátanos, camino del bosque, en bulliciosa algazara, charlando y cantando alegremente. Solamente Gerfaut se arrastraba á su pesar á retaguardia, desmintiendo de esta suerte la pasion por la caza de que en su principio hiciera alarde.

En la actualidad la energía de sus sensaciones podia mas que el disimulo ecsigido por la

prudencia, y que en él era ya hábito.

Para ponerse al nivel de sus compañeros hubiera necesitado una perfeccion de hipocresía, de que se juzgaba incapaz á pesar de todos sus esfuerzos. Cuando uno se ha elevado en alas de la fé, de la poesía ó del amor hácia esas regiones que todavía no son el cielo, pero que se acercan, y desde donde ya se escuchan sus conciertos, columbrando sus esplendores, el menor ruido de la tierra forma una disonancia que desgarrá todas las fibras del alma.

A los pocos minutos, los ladridos de los perros, las chanzonetas de los cazadores, el zumbido del viento en los bosques y susurro de las hojas, y mas que todo el inagotable gracejo de Bergenheim, habian promovido en Gerfaut tan completo fastidio, que se pintó á las claras en su rostro. Esta espresion lúgubre chocó al baron, quien por naturaleza era el hombre menos observador del mundo.

—Qué cara de entierro teneis? dijo á su huésped riendo: pareceis un ciervo perseguido. En verdad que me arrepiento de haberos arrancado de casa: la compañía de las bellas os era mas agradable.

—Tendreis celos si os digo que es así? respondió Octavio haciendo un esfuerzo para acomodarse al tono de zumba de su interlocutor.

—Celos? no por vida mia: y no porque no seais digno de causar recelos á un pobre marido. Pero los celos no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

—Sois filósofo! dijo el amante con una sonrisa algo forzada.

—Mi filosofía es sumamente sencilla. Respeto demasiado á mi muger para sospechar de ella, y me quiero tambien á mi mismo lo suficiente para no atormentarme de antemano por una desgracia imaginaria.—Cuando llegára á suceder esta desgracia, tendria tiempo de sobra para ocuparme de ella. Era negocio pronto concluido.

—Qué negocio? preguntó Marillac interrumpiendo un coro que ejecutaba solo y aflojando el paso para terciar en la conversacion.

—Un nogocio bien tonto, querido, con el que aun no teneis que ver nada, vos ni vuestro amigo Gerfaut, ni espero que yo tampoco, aunque estoy en la categoria espuesta. Hablamos de infortunio conyugal.

—Mucho habria que decir sobre el particular, observó Marillac en tono sentencioso mirando á su amigo de reojo: es materia que daria para escribir tomos enteros. En cuanto al modo de verlo cada uno tiene su sistema y su plan de conducta.

—Y cual seria el vuestro, picaron? repuso Cristian: seriais un marido tan cruel como inmoral solteron sois? Porque infaliblemente á lo uno sigue lo otro. Ea, veamos, ¿cuál seria vuestro sistema?

—Estais equivocado, Bergenheim: mis carabanas de soltero me han dispuesto escencialmente á la indulgencia. *Debilis caro* que Shakespear ha traducido: *Franlty the name is Woman!*

—Soy poco fuerte en el latin, y en el inglés, no lo he sabido nunca. Con que, qué quiere decir?

—Quiere decir, que si yo fuera casado y me engañara mi muger, tomaria mi partido prudentemente, en atencion á la reconocida debilidad de ese secso encantador.

—Cosas de soltero, amigo mio, y vos, Gerfaut?

—Confieso, respondió este algo turbado, que no he reflexionado mucho ese punto. Y luego, como yo creo en la virtud de las mugeres...

—Bah! mirad que ahora no están aquí las señoras, y es pérdida vuestra galantería. En caso de desgracia, qué haríais?

—Me parece que diría con Lanoue:

«El necio chilla, el tonto llora, el hombre de honor engañado se aleja y calla.

—En parte soy de la opinion de Lanoue: solo que yo intercalaría una pequeña variacion diciendo: *se aleja, se venga y calla.*

Segunda ojeada de inteligencia de Marillac à su amigo.

—*Per Bacco!* dijo en seguida: sois un esposo veneciano!

—Eh! respondió Bergenheim, digo que mataría á mi muger, al quidam, y puede que á mí mismo por remate! Hoia! Sultan, por ahí! Al-halí!

Diciendo estas palabras, de un salto gigantesco salvó un foso que separaba el camino por donde iban los tres amigos, de un llano adonde habian entrado los otros cazadores.

—Qué opinas? murmuró el artista al oido de

Octavio con dramático acento.

En vez de contestar, hizo el amante un movimiento de labios intraducible, pero que significaba:

—No me importa nada.

Mientras Marillac saltaba el foso, vió su amigo al otro extremo del llano á la señora de Bergenheim que paseaba lentamente por la calle de plátanos. Un momento despues, desapareció detrás de unos arbustos, sin que ninguno de los otros cazadores la hubiera columbrado.

—Cuidado con caer, dijo el artista: el piso está muy escurridizo.

Esta advertencia fué perjudicial á Gerfaut, quien al saltar tropezó en una raiz y cayó.

—Os habeis herido? dijo Bergenheim.

Octavio se levantó haciendo esfuerzos para andar, pero vióse en la precision de apoyarse en su escopeta.

—Me parece que me he torcido un pie, dijo, y se llevó la mano al punto designado como si espermentára un vivísimo dolor.

—Diantre! puede que sea una dislocacion, observó el baron volviendo pies atrás: sentaos. Creeis que podreis andar?

—Sí, pero temo que la caza me fastigue demasiado: voy á retirarme.

—Quereis que hagan una parihuela para conduciros?

—Os burlais? no soy tan endeble. Volveré paso á pasito, y tomaré un baño de pies.

—Apóyate en mí, yo te acompañaré, dijo el artista ofreciéndole el brazo.

—Gracias, no te necesito, respondió Octavio: vete con mil de á caballo! añadió por lo bajo.

—*Capisco!* repuso en el mismo tono Marillac apretándole el brazo. Oh! sí, sí, no puedo permitir que te vuelvas solo. Bergenheim, continuad vuestro paseo, una torcedura no vale la pena con tal que respete el gáznate y el estómago.

Miró Cristian alternativamente á sus huéspedes y al grupo que estaba ya al otro extremo del llano. Hubo un momento en que la caridad cristiana luchó con su pasión por la caza; pero esta venció al fin: y como vió que Gerfaut, aunque cojeando algo, estaba realmente en disposición de andar y mucho mas con el auxilio de su amigo:

—No os olvideis de meter el pie en agua, le

dijo, y llamad á Rousselet: es muy práctico en dislocaciones.

Tranquilizada su conciencia con esta recomendacion, se alejó para seguir el alcance de sus compañeros, mientras los dos amigos desahacian lentamente lo andado.

—Soberbio marido! exclamó Marillac soltando el trapo á reir: y pensaba amedrentarnos! estos bonachones de maridos tienen unas ocurrencias! Por supuesto, la torcedura es ardid? entiendo, entiendo.

—Vas á hacerme el obsequio de dejarme en paz asi que lleguemos al soto, respondió Gerfaut sin olvidar la cojera: seguirás derecho tu camino, ò desfilarás por la izquierda, como gustes; el único lado prohibido es el derecho.

—*Sufficit*. Serás servido.

—No vuelvas al castillo, porque debe aparecer que estamos juntos. Si te vuelves con los cazadores, dile á Bergenheim que me has dejado sentade al pie de un árbol, y que se me ha pasado lo agudo del dolor. Mucho mejor hubiera sido que no me hubieras acompañado conforme yo queria.

—Tenia mis razones para desear salir de las

garras de Cristian. Hoy es lunes, y á las cuatro tengo una cita en que tu estas mas interesado que yo. Ahora bien, ¿quieres escuchar un buen censejo?

—Escucharle, sí; de seguirle, no respondo.

—O raza de amantes! exclamó el artista ec-saltado; raza loca, absurda, endiablada, impía y sacrilega!

—Qué mas?

—Qué mas? te digo que todo esto va á acabar con puñales.

—Bah! ya no hay puñales.

—Sabes que ese rabioso de Bergenheim, con su cara de pascua y sus risotadas, tiene á su cargo tres ó cuatro muertes hechas por bagatelas?

—Requiescant in pace.

—Mira no tenga que mandar entonar un *De profundis* por tí tambien. Es él escelente espapachin, es escelente tirador: un hombre, en fin, completo.

—Bueno, si llego á tener un lance con él, nos batirémos con arsénico.

—Mala ocasion de chanzas. Te digo que si nota algo, no se andará en chiquitas: te mata lo

mismo que al conejo que ahora persigue.

—Podrias buscar comparaciones menos humillantes para mí, respondió Gerfaut sonriendo, prescidiendo de lo que ecsajerás. Todas esas grandes reputaciones de matachines suelen desmentirse en un encuentro formal; esto no es quitar su mérito á Bergenheim, pues le creo muy sólido y muy real.

—Es indudable, es un verdadero leon del Atlas! por eso me parece una estravagancia venir á atacarle en su jaula, y tirarle de la melena. En horabuena que te enamores de su muger, que le hagas la córté mientras él esté á cien leguas; pero pouterle al alcance de su garra, no es amor, es demencia. Es muy capaz de asesinarte, y ofrecer á su muger tu corazon estofado.

—Hombre, al menos seria una muerte pintoresca y nada vulgar.

—Que aproveche. No te envidio la espectativa; mírale, hombre, mírale bien, no tiene trazas de un Goliat?

Sobresalia en efectó la hercúlea figura de Cristian sobre todas las de los otros cazadores y á pesar de la distancia, se oyó resonar el metal de su voz, vigoroso como toda su persona, aun-

que sin poderse distinguir sus palabras.

—Marillac, no comprendes los encantos del peligro, el atractivo que las dificultades dan al placer? Las manzanas del jardín de las Hespérides debían ser mil veces mas sabrosas que las del árbol de la ciencia, guardadas como estaban por un dragon. No sé si es vejez precoz del alma, si mi gusto embotado necesita estimulantes que reaviven el amor, pero te confieso que esa vigorosa figura de Cristian produce en mi drama un efecto que por cuanto tiene el mundo no quisiera destruir: es la sombra que hace aparecer mas viva la luz. Desde que estoy aquí, le he estudiado y le conozco como si me hubiera criado con él. Estoy cierto que á la primera sospecha me matará, si puede, y siento un interés particular en saber que está espuesta mi vida. Todas esas pasiones parisienses son cargantes de puro pacíficas. Es moneda tan corriente! Cómo quieres que resista uno el sueño en brazos de una dicha que le arrulle con la monotonía de una nodriza? Para movimiento no hay como el mar: el cielo sobre la cabeza, el abismo á los pies.

—Estás loco?

—Casi agradezco á Bergenheim que sea como es. Da grima ver un marido débil ó sandio: pero á este le estimo ultrajándole, y amo mas á Clemencia.

—Si no te burlas eres de lo mas estúpido que ha nacido! Tú, materialista y apegado á la vida, gozar con tener la espada de Damocles sobre la cabeza! Y á eso llamas felicidad? á eso vivir? Majadero.

—Ya estamos en el soto, respondió Gersaut soltando el brazo del artista y dejando de co-
jear; ya no pueden vernos: con que basta de fic-
cion. Ya sabes lo que has de decir si vuelves á
buscarlos: que me dejastes al pie de un árbol.

Esto dicho, se echó al hombro la escopeta
que hasta entonces le sirviera de apoyo, y se
internó en la espesura por el lado del rio.



3.

El rico de la bella.

AL extremo de la calle de plátanos formaba la orilla un plano inclinado parecido al en que estaba edificado el castillo, pero mucho mas cortado y sin desmontar en parte. Para evitar este paso impracticable para carruajes, el camino que conducia á lo alto del valle revolvía á la derecha para seguir una senda mas igual. A orillas del agua no habia mas que un estrechísimo sendero cubierto por la sombra de los sauces y cortado en su principio por un enorme

trozo de roca tapizado de musgo, defensa natural que el tiempo despeñara desde lo alto de la montaña para cerrar el paso.

No era, sin embargo, insuperable este obstáculo: mas para salvarle se necesitaba la firme planta y la cabeza inaccesible al vértigo, porque el menor traspie precipitaba al torpe en el río, cuya rapidez estaba en relacion de su profundidad.

Desde la roca se podia llegar á lo alto del escarpe por medio de unos escalones de piedra mas apropósito para cabras que para hombres, ó volviendo á bajar por el otro lado, seguir el camino del río momentáneamente interrumpido. En este último caso, á distancia de sesenta pasos, se llegaba á un sitio, donde la orilla bajaba otra vez, donde el torrente se ensanchaba sobre un fondo de arenas y de fango que asomaba acá y allá formando islotes cubiertos de zarzales. Este sitio era el vado usual para los que teniendo que pasar de una orilla á otra, querian ahorrarse el bajar hasta el puente del castillo.

Al lado de la roca de que hablamos y hácia la parte de los plátanos, la base de la especie

de muralla contra la cual estaba apoyada como un poste, formaba una escavacion bastante profunda: la corriente habia tropezado con piedra blanda y su incesante violencia habia llegado á ahondarla. Era una gruta natural formada por el agua, pero que la tierra por su parte se habia encargado de embellecer. Por delante, un enorme sauce habia echado raices á algunas toesas del suelo en una endidura de la roca, y dejaba caer sus melancólicas ramas que flotaban en el agua. Cuando iba el sol á quebrantar sus rayos sobre el verde cortinaje, penetrando acá y allá á través de la oscuridad alguna luz, cuando el viento azotando las copas de los bosques, elevaba sus tímidas armonías, cuando el rio elevaba su monótono murmullo, un concierto singular de luz lejana, de tibia frescura, de melodias vagas y sentidas, prestaba á aquel santuario un extraordinario encanto de soledad y de melancolía.

Hacia algunos instantes que la señora de Bergenheim estaba sentada á orillas de la gruta en un banco formado por la base de la roca. Con una varita que maquinalmente arrancára en el camino, trazaba sobre la arena fina y brillante

fantásticos dibujos que borraba en seguida cuidadosamente con el pie. Sin duda estos geroglíficos, inesplicables para cualquiera persona, significaban algo á sus ojos: sin duda su imaginacion infundia pensamiento á aquellas líneas confusas, y temia que el menor vestigio olvidado por acaso revelase el secreto.

Cuando amamos, la naturaleza entera ama con nosotros, se hace cómplice de nuestros menores pensamientos: recibe las eternas confidencias de nuestro ánimo y se reviste de vida humana para escuchar y responder. Entonces adquiere la imaginacion facultades inauditas: destruye las formas del mundo exterior para echarlas en un molde nuevo: presta inteligencia á la materia mas inerte y la crea á imágen de su deseo, como Dios creó el hombre á su propia imágen.

Estaba Clemencia abismada en uno de esos éxtasis que destruyen el tiempo y la distancia y durante los cuales la vista del alma percibe una imágen ausente con tanta fidelidad como teniéndola delante. Las fibras de su corazon, cuya vibracion paralizára la llegada de Cristian, habian recobrado su apasionada agitacion. Se

hallaba sola, y á sus solas reproducia la entrevista del salon: oia de nuevo el p rfido wals: sentia el calor del aliento de su amante, recibia esa mirada magnética que jamás habia podido soportar sin turbarse, y al llegar á esta parte de su sueño, habia degenerado en realidad, porque Octavio, sentado al par de ella sin que le hubiese oido llegar, habia renovado la escena del piano.

No experimentó miedo porque no era una impresion nueva, era la encarnacion de un sentimiento preexistente, era su pensamiento hecho hombre. Habia llegado su espíritu gradualmente   ese punto de exaltacion que hace imperceptible el paso del sueño   la vida. Le pareció que siempre habia estado all  Octavio, que aquel era su puesto; en un momento no pens  en nada. Pero muy pronto recobró la razon: levantóse sobrecogida y se alejó algun trecho, quedándose clavada con los ojos bajos y las mejillas cubiertas de rubor.

—Por qué me temeis?  no sabeis que soy digno de amaros? la dijo con voz conmovida. Y sin pretender detenerla, ni acercarse   ella, se puso de rodillas con un movimiento lleno de

gracia y de tristura.

Cuando una muger no ha reconocido oficialmente como derecho el favor sorprendido en un instante de arrebató, descender de sus brazos á sus pies, es contravenir á la ley que hace axioma de amor el dicho de Danton: y generalmente esta falta tiene un resultado fatal. Gerfaut lo sabia esto perfectamente por que pocos jóvenes habrán estudiado tan detenidamente los mas insignificantes pormenores del arte que Ovidio consagró con una poética especial. Pero sabia al mismo tiempo que sí, en circunstancias ordinarias deben seguirse las reglas generales, suele presentarse á veces tal caso escepcional, tal situacion que es indispensable el olvido de los principios habituales. En la actitud asustada de la bella, por el rubor de sus mejillas, por el súbito chispeo que advirtió á través de los entornados párpados, dedujo que se preparaba una reaccion de rigorismo, y tuvo miedo porque sabia que las mugeres, poseidas del remordimiento, castigan siempre al amante por via de espioncion por ellas propias.

—Si dejó cobrar fuerzas á esta virtud, pensó, soy hombre perdido por algun tiempo.

Y le parecia demasiado dulce su posicion para comprometerla con una imprudente temeridad. Tranquilizar á la blanca paloma de mirada de águila para quitarla de la cabeza el capricho de volarse otra vez, era un rasgo de política no menos que de buen gusto. Hizo una de esas juiciosas retiradas que serian una fuga para un general mediano, pero con las que un capitan hábil conquista un título de gloria como si fuera una victoria real. Abandonó el peligroso terreno en que habia acampado, antes de que le arrojasen á viva fuerza, y del mas apasionado arretrato se revistió, por medio de una diestra transicion, del mas sumiso continente. Y cuando alzó Clemencia los airados ojos, en vez de un atrevido que castigar, halló un amante respetuoso: buscaba un enemigo insolente, vió un esclavo suplicante.

Respiraba tan lisonjera humildad la actitud de Octavio, tan inquieta ternura su acento, que se sintió desarmada y se disipó en su freute la tormenta sin que el rayo acompañase al relámpago. Un sentimiento de inefable ventura experimentó en ser así comprendida y obedecida antes de mandar, porque no adivinó el maquiave-

lismo oculto bajo esta adoracion: solo vió la estimacion á su persona, el respeto á su pudor, una delicadeza hermana de la suya: una coqueta mas hábil hubiera temido un lazo oculto. No pudo contener un arranque de agradecimiento hacia el que tambien sabia amar y la sacrificaba con seductora modestia las ecsigencias de su propia pasion. Aun pensó (tienen las mugeres á veces ideas tan estrañas!) que concederle una recompensa por esa bella conducta seria una medida de alta prudencia; así le alentaría á continuar por el buen camino, y le haria aficionarse á la ternura moderada y virtuosa en cuya peligrosa utopia meditára alguna vez. Acercóse á Octavio, le asió de la mano para levantarlo y se sentó la primera para invitarle á que la imitase. Cuando se hubo vuelto á colocar á su lado, estrechó dulcemente la mano que no habia soltado y buscó las miradas de su amante con apaciguados ojos, diciéndole con aquella voz profunda y penetrante que tienen las mugeres algunas veces.

—Amigo!..

Hay palabras muy sencillas, vulgares si se quiere, pero que en caso de necesidad recobran todo el lujo de su significacion primitiva. Las

mugéres en particular poseen el secreto de estas espresiones ricas bajo una forma modesta, apasionadas en su reserva, y tanto mas poderosas cuanto menos se aprecia su valor real. En la posicion de Clemencia, el lenguaje era apurado: habia pocas frases que no encerrasen peligro. Conciliar la pasion efervescente de su amante con la dignidad de su propia virtud, de modo que la una quedase sin mancha y la otra sin herida: trocar esta gruta oscura y llena de emboscadas en una de esas mansiones de asilo donde espiran los deseos rebeldes y los malos antojos: realzar su trono de reina, pero de reina indulgente; poner unísonos dos corazones, tal era su empresa, empresa poco fácil y hacedera. Los sentimientos enérgicos son irritables siempre. La mas ligera muestra de frialdad ó de descontento hubiera ofendido la susceptibilidad de Octavio, y viviren paz con él habia dejenerado en una necesidad, á la que Clemencia hubiera sacrificado algo mas de lo que se atrevia á confesar. Marchaba entre dos escollos y para no caer, para no ser cruel negando demasiado, ó imprudente condecendiendo mucho, se necesitaba maravillosa habilidad, un tacto tan esquisito como prudente. ¿Pero no tie-

nen las mugeres ciencia infusa de todo lo que es bueno y oportuno? ¿hay en la vida un abismo sobre el que no se ciernan jugando, cuando quieren desplegar esa inteligencia sutil de que natura los dotára?

Amigo! este fué el talisman encargado de conjurar los peligros de tan crítica situacion. Todo se encerraba en esta palabra, el perdon de lo pasado y la norma para el porvenir, la confesion de la ternura mas íntima, y la salvaguardia contra su esceso; era un don y una súplica á la par. Parece que decia: venid, salgamos de esta atmósfera ardiente en que quereis aprisionarme, sus vapores enturbian la blancura de mi ropage, su llama marchita las flores de mi corona, su olor envenenado impregna en el alma funesta languidez. No está bien que el ángel descienda al hombre, el hombre es quien debe elevarse hasta el ángel; y no pretendais hacerme caer; seria una desgracia para mí, porque pertenezco al cielo, y perderle seria mas que morir, la virtud es una patria cuyo destierro no se soporta: seria una desgracia para vos, porque sé que sois mio y mi dolor lo seria vuestro. No me corteis las alas, pero asíos de mi mano y seguidme, volaré por vos, os con

duciré por las bellas regiones donde la pasión se ennoblece, donde el corazón se diviniza. Allí es permitido amar porque la pureza santifica la ternura y habéis de saber que en el amor hay crimen y virtud, así como en el incienso perfume y ceniza. Cuando están abrasados el vaso del altar y el corazón del hombre, para el cielo la virtud y el perfume, para la tierra el crimen y la ceniza. Arrojad, pues, á los vientos esas cenizas de vuestro amor, para que yo pueda venir á vos sin mancharme. Vuestra pasión es el mar, cuyas olas devoran y no sacian: la mía es un lago de aguas límpidas y dulces, donde se puede vogar sin temor de naufragio: vuestra pasión es el carbon que se apaga después de causar el incendio, la mía es la estrella del firmamento, cuyo resplandor alumbra y no quema. Ya veis como yo poseo la verdadera ciencia, escuchadme y obedeced si quereis que os ame, y seré yo dichosa con poder amaros!

Esta era la frase con que la mirada y la voz de la señora de Bergenheim enriqueciera una palabra, única pero fecunda: Gerfaut la comprendió desde luego: atravesó los menores pliegues de aquel velo á medio levantar: le pedían

la paz, pero una paz tan buena! Aceptó el tratado sin discutir las condiciones, se inclinó ante el ramo de oliva pero al tiempo mismo que respondia con las espresiones mas dulces, con las protestas mas sumisas, su espíritu calculaba con una claridad, con una prontitud inconcebibles las ventajas y las contras del trato. Sus palabras eran de un amante de quince años, sus reflexiones de un diplomático de cincuenta.

—Amigo! pensaba: si por cierto: no disputaré sobre palabras: con tal que se reconozca el hecho, qué importa el color de la bandera? Amigo! provisionalmente no es mal nombre, es un camino cubierto, excelente á falta de otro mejor. Y es tan dulce esa palabra pronunciada por un acento de sirena, cuando al mismo tiempo los ojos dicen, amante.

Enarboló, pues, el pacífico pabellon, ahogó sus tentadoras sensaciones y desplegando la energía que le era habitual, alcanzó el más alto grado de heroismo, la retirada para asegurar el triunfo.

Entonces en aquella gruta misteriosa, pasó entre los dos amantes una escena marcada con tan delicados pormenores, con tan suaves suti-

lezas, que para su pintura haria falta el toque del Corregio, la precision analítica de Gerardo Dow, fundidos en el vapor aéreo que baña algunas de las composiciones de Girodet. La jóven de tan esquisita inteligencia, y el elegante escritor llegaron insensiblemente á través de las floridas cuestas de una deliciosa conferencia, á las regiones del platonismo mas etéreo. Vertió la virtud en su amor una gota divina para cambiarle en brebaje de inmortalidad: la copa se hizo cáliz.

—¿Me amarás siempre así? preguntó Octavio.

—¡Siempre! suspiró Clemencia.

—¿Serás el alma de mi alma, el ángel de mi cielo?

—Seré vuestra hermana, le dijo con la mas dulce sonrisa y rozando con la mano la mejilla de su amante.

Esta caricia le hizo asomar á Octavio los colores y apartar los ojos con meditabundo ademán.

—Probablemente soy, pensó entre sí, el mayor necio que ha ecsistido desde Hipólito y José.

En efecto, si algunos de sus amigos hubieran podido verle en aquel instante, la carcajada general le habría ensordecido. Gerfaut, el elegante entre los artistas, el despreocupado entre los poetas, metamorfoseado en uno de esos ministros alemanes que Augusto Lafontaine nos ha pintado tan rendidos y bonachones! El Gerfaut, armado de pico y garras, trocado en paloma sin mancha! Esta extraordinaria transformación tenia un lado risible que à él mismo le chocó, y para librarse de sus propias burlas, para rescatarse de su virtud, estuvo á punto de olvidar la táctica que habia adoptado y retirarse con la mayor frescura del reino de los ángeles.

Al sentir cerca de su mejilla la mano de su querida, al ver tan inmediato aquel rostro divino, aquellos espresivos ojos, un pensamiento engañoso penetró sordamente hasta el fondo de su alma. Quedóse silencioso y distraido en la apariencia, pero en realidad muy atento á una voz tentadora parecida à la que Mefistófeles usaba con Margarita, y que le murmuraba al oído muy quedito:

«Etais seguro, cándido amante, de no ser algo mas ridículo de lo que conviene á vuestros

antecedentes y carácter? El pacífico laurel de Escipion el africano, turbará por ventura vuestro sueño? Estais haciendo méritos para el premio de Monthion? Pues os basta que envíeis la nota de la conversacion actual, que digais que la compañera era una de las mugeres mas bonitas del reino, y estais seguro de ser coronado. Qué capricho de escalar el cielo cuando hoy se os brinda tan próspera la tierra, cuando esta gruta es tan bella, tan perfumado el aire que se respira!»

«Vaya, vaya, que sois un necio ó un loco: un loco en perder una ocasion que no volverá á presentarse; un necio en creer como palabras evangélicas toda esa jerga que acabais de oir y de decir. Ni vais de buena fé, ni probablemente tampoco esa señora: tan ciega le creéis? No pretendais volar, andad como todo el mundo y mas apriesa ireis; porque teneis piernas, no alas. Esta noche soñareis, acaso murais mañana, conque vivid hoy.»

—En qué estais pensando? dijo la señora de Bergenheim sorprendida del silencio y ademan distraido de Octavio.

—No la diré lo que pienso, harto ridículo

debo parecerla ya.

—Respondedme cuando os digo que me habéis, repuso ella con el acento despótico de una muger amada, segura de su imperio y contenta con ejercerle.

Pero él desobedeció también. En vez de contestar como la otra ecsgia, la dirigió una mirada fija, escrutadora. Pensaba hallar sin duda en las facciones de Clemencia un reflejo de sus propios pensamientos: la señora de Ber-genheim experimentó la influencia magnética de esta mirada que se clavaba como un puñal en esas regiones desconocidas que son el santuario donde reside la inteligencia. En aquel momento no hubiera acertado á tener un secreto para su amante, porque le parecia que aquellos centellantes ojos escudriñaban su corazón, le registraban fibra por fibra, pliegue por pliegue.

—No me mireis así, le dijo, ó ya no me gustarán vuestros ojos.

Con este movimiento, su capota de raso, que no tenia atadas las cintas, se escurrió arrastrando en su caída el peine que recogia sus hermosísimos cabellos castaños, y que cayeron en desór-

den sobre sus hombros. Habiéndose desplegado algunos rizos sobre el pecho de Octavio, pasó por detrás de la encantadora cabeza para acercar sus labios á toda aquella cabellera sedosa y perfumada, y su boca se sepultó en ella como en un ramo de flores. Ciñó al mismo tiempo dulcemente la delicada cintura, pero dueño de si propio aun en aquellos momentos, no intentó un abrazo mas apasionado. Sujetaba su brazo á Clemencia de un modo tan insensible que ella podia creerse libre, y libre la queria en efecto. El breviario de los cortesanos consiste en tres cosas; pedir, recibir y tomar; lo mismo es el de los amantes. Pedir es muy dulce, tomar tiene el atractivo que siempre lleva consigo el fruto prohibido, pero recibir es la verdadera felicidad. Esto era lo que anhelaba Octavio.

La oscuridad de la gruta iba haciéndose cada vez mas misteriosa. Se acercaba el anoche-
cer, el sol tocaba ya en el horizonte, sus rayos que hasta entonces se filtráran, por decirlo así, á traves de las ramas del sauce lloron, se habian retirado, y su pálida reflejo apenas doraba la cima de la roca. El ruido se iba estinguiendo al par que la luz: la brisa de los bosques se hacia

mas débil, mas suave el murmullo del torrente. Completa hubiera sido la calma si los lejanos ladridos de la trailla, no hubiesen llevado un recuerdo del mundo exterior á aquel sitio donde todo invitaba á olvidarlo. Pero este mismo ruido era una razon de seguridad, anunciando el progresivo alejamiento de las voces, que los cazadores se retiraban cada vez mas y con ellos el peligro.

—Clemencia! dijo Octavio con una voz que atestiguaba el vencimiento de su filosofía analítica.

La señora de Bergenheim alzó la cabeza y le miró un instante con inciertos ojos, como si despertàra de un sueño.

—Qué fuerte late vuestro corazon, pobre amigo mio! le dijo.

Y apoyó su frente de nuevo con la gracia de un niño que quiere adormecerse en el seno de su madre:

Pero la violencia de la conmocion de Octavio fué mas fuerte que el cálculo ó la reserva: asió á Clemencia en sus brazos con estremada pasion, y exclamó con acento apenas inteligibles;

—Esta amistad es demasiado cruel! Dime

que muera si es que no quieres amarme.

Estas palabras la perturbaron; tuvo miedo, y tan inminente era el peligro, que reflexionarle un solo instante hubiera hecho sucumbir. Quiso desacirse de aquellos brazos que le parecían un aro de hierro: no pudiendo conseguirlo, se dejó caer de rodillas é imploró con muda súplica la piedad de su amante: porque ni tenía voz para rogar, ni fuerza para combatir. Al verla así prosternada, un sentimiento nuevo de desconfianza é ironía atormentó á Octavio. No era la vez primera que le pedían merced: sabía lo que esto solía tener de pantomima, y como algunas mugeres cuidan de dar la mayor dignidad á la muerte de su virtud, á semejanza de los gladiadores romanos: esta idea le atravesó el corazón: tal vez se hubiera resignado á ver á Clemencia fría siempre, indiferente, desdeñosa; pero hallarla sagaz é hipócrita era una decepción que no se juzgó capaz de perdonarla. Por efecto de una de esas raras injusticias en que abundan las imaginaciones ardientes, la hizo un crimen de antemano por su flaqueza: conoció que la amaría menos, si ella le amaba demasiado. Acosado como estaba por los mas ardientes deseos, la quiso

ver serena y virtuosa.

—Si carece de fuerza, dijo para sí, no es mas que una muger como todas, y en ese caso no vale el año de mi vida que la he consagrado!

Pero estudiando la espresion de aquel rostro, cuya inocencia respiraba la pasion mas verdadera, contemplando la combinacion de enternecimiento involuntario y de púdico terror, aquel deseo real de virtud sobrenadando enmedio de aquella tormenta de enervantes sensaciones, al ver en fin aquella casta flor que un viento de amor inclinaba à sus pies, esperiméntó remordimiento á la par que regocijo. Se avergonzó de simismo, de su desconfianza, de su triste experiencia, de esa incredulidad fatal dispuesta siempre á marchitar las rosas mas suaves. Por reaccion saboreó una de las sensaciones mas raras en la vida de un hombre de mundo: creyó la inocencia de su amada. Calló el escepticismo volteriano, su alma entera se puso en adoracion ante Clemencia, y arrojó lejos de sí el escalpelo escudriñador: no es un puñal el escalpelo?

Por efecto de un sentimiento natural en las mugeres, en quienes el ademan es siempre mas

elocuente que la palabra. La señora de Bergenheim se habia quedado de rodillas á pesar de haber pasado el peligro que la inspirára esta actitud. Suspensa su alma de las palabras de Octavio, embargada con la dicha de amar, no se cuidaba de las horas que pasaban, de la oscuridad que venia, del peligro que cada instante podia ocasionar. Los lejanos ecos de la bocina la despertaron por fin anticipándola un aviso prudente.

Se levantó y se recogió los cabellos con inquieta precipitacion.

—Me negareis todavía un rizo en memoria de esta hora celestial? la dijo Octavio deteniéndola dulcemente de la mano cuando ella iba á ponerse el peine.

—Le necesitáis para acordaros? respondióle la bella lanzándole una mirada que no era reconvencion ni desden.

—El recuerdo en mi corazon, los cabellos sobre él! Es indigno el siglo en que vivimos. No puedo envanecerme con vuestros colores á los ojos de todos, y sin embargo, quisiera llevar una señal de mi servidumbre.

Soltóse ella de nuevo el cabello, pero no su-

po cómo componerse para la ejecucion de su agasajo.

—Como no los corte con los dientes! dijo con hechicera sonrisa mostrando la doble fila de perlas.

Octavio sacó del bolsillo un puñalito de cortante acero.

—¿Para qué llevais siempre ese puñal? preguntó la hermosa con voz alterada: me aqueja un terror involuntario al veros de esa suerte armado.

—Nada temais, dijo Gerfaut sin responder á esta pregunta: respetaré la trenza que os sirve de corona: sé donde debo cortar, y aunque la ambicion es grande, la mano será discreta.

No confió mucho la señora de Bergenheim en esta moderacion, y temió dejar su hermosa cabellera á merced de su amante: así que, cojió el puñal y cortó por su mano un ricito que le ofreció con amorosa sonrisa.

En este momento sonaron mas cercanos los ecos de la corneta de caza.

—Es preciso separarnos ya! exclamó Clemencia. Digámonos adios.

Se despidieron espresivamente, y Gerfaut

permaneció un rato en el mismo sitio anonadado, abatido por ese aniquilamiento que el alma experimenta siempre que ha desparramado en vivas sensaciones una gran sensibilidad ó de energía. Sacudiendo por fin su meditación languidez, trepó la roca, pero á los pocos pasos se detuvo, asustado como si hubiera visto aparecer algun venenoso reptil.

En lo alto de la escala abierta en la roca, entre los arbustos y zarzales, habia descubierto á Bergenheim, inmóvil y encorbado, en la actitud de un hombre que trata de ocultarse para observar mejor. No miraba el baron en aquel momento hácia donde aparecia Gerfaut, y este no pudo adivinar si era el objeto del espionaje, ó si la disposicion del terreno permitia divisar á la baronesa de Bergenheim, que debia ir entonces por los plátanos. Incierto de lo que debiera hacer, se quedó inmóvil tambien, recostado en la roca que con un pico le guarecia de los ojos del baron en caso de que ya no le hubiera atisbado.

6.

Revelación de Lambernier.

ALGUNOS minutos antes de que el reloj del castillo diera las cuatro, había salvado un hombre el foso que servía de muralla al parque, en lo alto del valle. Lambernier, porque él era el que tan puntual acudía en cumplimiento de su promesa, empezó por dirigirse hacia el ángulo del bosque que indicara á Marillac; pero después de haber andado algun trecho, se vió obligado á retroceder. La caza, cuyo estrépito oyera antes de entrar en el parque, venia entonces hacia su la-

do, porque la liebre, recién echada, quería ganar las alturas, que por instinto natural sabia le daban facilidad para escapar. Vió el provenzal que continuando, iba derecho á caer en medio de los cazadores; y á pesar de su insolencia, temia demasiado al baron para esponerse de nuevo á la correccion que ya le impusiera. Deshizo, pues, lo andado, y dando un rodeo, se bajó hácia el rio, acechando una ocasion de volver al parage de la cita, cuando la cacería se hubiese alejado.

Habia llegado Lambernier á la pradera poblada de árboles que coronaba la roca, cuando al desembocar en medio de un cuadro, donde se acababa de hacer un desmonte, vió venir dos hombres apresurados; encontró que en aquel paraje le causó una impresion sumamente desagradable. Era el cochero de la señorita de Corrandeuil, uno de los mas rollizos Automedoneos que han oprimido jamás el pescante de un landó ó una berlina. Avanzaba con las manos resguardadas en la casaca, torcido el casquete, severo el ceño, como de hombre encargado de evacuar alguna accion importante. A su lado, Leonardo Roussolet, manoteaba con calor, re-

mangandose los faldones de su gigantesca casa, no poco lacerada por los dientes de la trailla.

Al verlos, quiso Lambernier esconderse, pero le paró una interpelacion amenazadora.

—Gran bribon, le gritó el cochero con voz tonante: alto y de frente! Si tomas el trote, empuendo á galope trás de tí.

—Qué me quereis? yo nada tengo que ver con vosotros, respondió el artesano con un tono de mal humor.

—Pues yo tengo que ver contigo, replicó el robusto criado plantándose delante y columpiándose alternativamente sobre el talon y sobre la punta de los pies. Acercaos, Rousselet: os habeis quedado clavado, remolon.

—Canario, yo no tengo las piernas de vuestras bestias, respondió el viejo que llegó sofocado y se quitó su sombrero para enjugarse la frente.

—Qué significa esto de venirme á asaltar como dos asesinos en medio de un bosque? preguntó Lambernier previendo que este ecsordio originaria alguna escena en que le tocasse un papel poco agradable.

—Esto significa, dijo el cochero; primero,

que Rousselet no hace falta; yo basto y sobro para castigar á un pillo como tú; segundo, que vas á recibir una leccion en dos tiempos y cuatro movimientos.

En seguida se caló el casquete, y levantó los puños de las mangas para dejar mas libertad de accion á sus enormes manazas.

Habianse parado los tres hombres en un sitio donde el año anterior quemaron carbon.

El terreno, que habia conservado un color negruzco, estaba mas llano que el resto, y parecia muy favorable para un desafío á puñetazos ó de cualquier cosa. Al ver los belicosos preparativos del cochero, quitóse Lambernier sombrero y casaca, poniéndose resueltamente delante de su adversario, apesar de la manifiesta desproporecion de fuerzas. Pero antes de que comenzaran las hostilidades, avanzó Rousselet, estendió entre ellos su prolongado brazo, como la maza de un heraldo de armas, y tomó la palabra con grave solemnidad.

—No creo, dijo, que vayais á desquijararos simultâneamente, accion propia solamente de gentes sin educacion: os esplicareis amistosamente para ver si la cosa es suceptible de arre-

glo. Asi nos componíamos cuando yo servia al ilustre emperador.

—La esplicacion dijo el cochero, es que este bergante no pierde una ocacion de zaherirme á mí y á mis caballos, y yo he hecho juramento de patalearle la primera vez que se me pusiese delante. Con que, tio Rousselet, por la derecha conversion; ahora veremos si me llama pepino: puede que el pepino le pegue de lo lindo.

—Si os habeis servido de tan baja espresion, observó Leonardo dirigiendose al provenzal, estais en falta y debeis dar una excusa como se estilaba entre personas de educacion.

—¡Es falso! dijo Lambernier: además de que todo el mundo llama así á los domésticos de Courandeuil, á causa de su uniforme.

—No digistes el domingo en la descabezada, delante del tejero y de Perico, el del molino, que todos los criados del castillo no eran mas que un atajo de holgazanes y perdidos, y que si alguno te miraba con malos ojos, le medirias las costillas con la regla?

—Si habeis dicho *mediria*, es una falta de decoro, observó otra vez Rousselet.

—Que se guarde de mi Perico, masculló el

artesano apretando los puños.

—¿Es justo que unos miserables insulten á unas personas como nosotros? dijo el lacayo con tono imponente. ¿Y no has dicho tambien que cuando llevaba á la señorita á misa, parecia un sapo verde sobre el pescante? ¿no lo has dicho?

—Toma! todo por gana de chanza sobre el color de la librea. Tambien llaman á los otros salmonetes y cangrejos.

—Los cangrejos, son los cangrejos, respondió el cochero con voz imperativa: si eso les pica, dientes tienen para defenderse, pero yo no consentiré que se ataque mi honor ó el de mis bestias, llamandoles rocines, como tu has hecho, tunante! No has dicho asi mismo que yo enviaba á Remiremont sacos de avena á vender, y que el ganado iba enlaqueciendo? Tio Rousselet, ¿puede darse infamia semejante? ¿atreverse á decir que atento á la vida de mi ganado! dí que no lo has dicho trapalon! y que si yo tenia francachelas en el cuarto de Mariana, y que por eso no comia apenas á la mesa; como si el tio Rousselet no supiera que estoy á dieta, con motivo de mi debilidad de estómago.

Al decir esto, el criado montado en cólera

dió un enorme puñetazo en su pecho, mas ancho que el de sus caballos.

—Lambernier, dijo Rousselet frunciendo los labios en ademan de disgusto, es menester confesar que para un hombre bien educado habeis tenido ocurrencias muy impúdicas.

—Decir que me como la avena de mis bestias? exclamó el cochero ecsasperado.

—No, debí decir que te la bebias, respondió Lambernier con su descaro habitual.

—Rousselet, quitaos de en medio, exclamó el rollizo Faetonte al escuchar este nuevo insulto. Pero como el bueno del aldeano no se apartase con la prisa suficiente para dejarle el campo libre, le asió del brazo y le obligó á hacer una pirueta que lo envió á sentarse á diez pasos de distancia.

Un personaje nuevo acudió á complicar la escena, interviniendo sino como actor al menos como espectador muy atento. Si hubieran sospechado su presencia entrambos campeones, habrian aplazado su querella para otra ocasion mas oportuna, por grande que fuese su cólera actual, pues el espectador era nada menos que el baron en persona, conducido á aquel paraje

por casualidad. Al reparar en el terceto que gesticulaba con la mayor animacion, y luego que oyó algunas palabras de la disputa, no se le ocultó que se estaba preparando una de las escenas mas borrascosas. Hacía tiempo que deseaba poner freno al belicoso carácter de los criados del castillo, y no le pesó de cojer uno infraganti para hacer un ejemplar, castigando al mismo tiempo la insolencia de Lambernier. En vez de presentarse, se paró y permaneció oculto en la espesura, pronto á manifestarse para el desenlace.

Al ver al gigante venir sobre sí con el puño enarbolado, dió el provenzal un salto de lado, como el tigre que siente una pata del elefante sobre su cabeza.

El golpe del cochero fué al aire, pero con tanta fuerza que tropezó; Lambernier, aprovechando esta coyuntura, se arrojó sobre su adversario y tal embite le dió que le hizo caer de rodillas, asestándole en seguida media docena de puñetazos sobre la cabeza, como si diera en un yunque, y esforzándose por acabar de derribarle!

A no haber tenido el cochero la caja cerebral

tan dura como un casco de coracero, Dios sabe lo que le habria resultado: pero por su fortuna tenia una de esas escelentes cabezas bretonas, acostumbradas á romper los palos que con ellas traban relaciones. Esceptuando un ligero aturdimiento, salió sano y salvo del peligro, y lejos de perder su presencia de ánimo en tan desventajosa posicion, se apoyó con la mano izquierda en el suelo y con la derecha enlazó las dos piernas del contrario, quién á pesar de su resistencia quedó tendido de espaldas delante de su enemigo. Sujetándole éste con sus nervudas manos, le apoyó en el pecho una rodilla atlética, se sacó el casquete hundido hasta los ojos por los golpes, y se aprestó á proceder á un acto pleno de justicia.

—Hola! querias pillarme descuidado, decia, pues ahora lo veremos. Voy á pagarte los atrasos, y aun llevarás algo adelantado para enseñarte un poco de política francesa. Tómá, este por lo de pepino: este por lo de rocines; éste por las comidas de hurtadillas.

Sacudiendo y zahiriendo á la par á su adversario, á la manera de los héroes de Homero, acompañaba cada *toma* con un puñetazo digno

de la mano de Goliath. Al tercero, corria la sangre, alternada con rugidos de la boca del provenzal, que forcejeaba como un búfalo ahogado por una boa; pero al fin consiguió meter la mano en el bolsillo de su pantalon.

—Ah! tunante, me has muerto! ahulló de repente el cochero cayendo hacia atrás.

Lambernier se levantó en seguida, y sin cuidarse de su contrario, que acabó por caer de rodillas llevando la mano á la cadera izquierda, cogió su sombrero y su casaca y emprendió la fuga. Al grito de su camarada, Rousselet, que se habia estado prudentemente separado, quiso contener al artesano; pero este le blandió delante de sus ojos su compás de hierro, ya teñido en sangre, y lo hizo con tan feroz mirada, que el pobre viejo le dejó el paso libre y franco.

Bergenheim que vió este imprevisto y trágico desenlace, saltó de su escondite para correr al alcance del asesino. Por la direccion que le vió tomar juzgó que iría hacia el vado del rio, y como práctico en el terreno, supuso que siguiendo el sendero en que se hallaba, infaliblemente le saldria al encuentro. Como lo pensó lo puso por obra y echó á correr con la escopeta al

hombro. Pronto llegó á una plataforma descubierta, orillas del escarpe que dijimos, y á la misma entrada de la escalera abierta en la roca. Era el único sitio por donde el fugitivo podia salir del parque, y Cristian, para mayor seguridad, se agachó detras de unas breñas, en cuyo momento fué cuando Gerfaut, colocado á unos cuarenta pasos debajo de él, le atisbó sin adivinar el motivo de esta actitud.

Bergenheim habia calculado bien, porque á poco oyó un ruido parecido al que hace el jabalí que destroza cuantos estorbos halla al paso. Un momento despues apareció Lambernier, desalentado y feroz, con el rostro ensangrentado por los golpes que habia recibido. Se paró un instante para cobrar aliento, limpió y guardó el compás, se enjugó la sangre que de boca y narices le brotaba, y despues de ponerse la casaca avanzó á paso redoblado por el sendero.

—Alto ahí! exclamó el baron levantándose de pronto y cerrándole el paso.

El obrero saltó hácia atrás de terror: sacó por segunda vez su compás, é hizo un movimiento desesperado para arrojarle sobre este nuevo adversario.

En vista de tan amenazadora pantomima, montó Cristian la escopeta, y apuntó con tanta esactitud y sangre fria como si estuviera enseñando á unos reclutas la carga de once voces.

—Suelta las armas, gritó con su voz de mando, ó te tumbo como un conejo.

El provenzal escaló un grito ronco al ver tan cerca los dos cañones dispuestos á hacerle añicos el cráneo: seguro de que no le quedaba ningun medio de huir ni de oponer la mas leve resistencia, apretó convulsivamente el compás y le tiró con rabia delante de Bergenheim.

—Ahora, dijo este, vas á echar á andar delante de mí hácia el castillo, si te apartas un solo paso de la senda, puedes contarte por muerto. Con que, media vuelta! marchen!

Diciendo estas palabras y sin perder de vista al carpintero, se bajó y recogió el compás.

—Señor baron, el cochero es quien me ha provocado; yo no he hecho mas que defenderme, masculló Lambernier palideciendo.

—Bien, bien, eso luego lo veremos. Adelantel!

—Quereis entregarme á la justicia? Tan criminal soy?

—Habrá un pícaro menos, exclamó Cristian rechazando con tédio al artesano que se habia arrodillado á sus pies.

—Tengo tres hijos, señor baron, tres hijos, repitió con voz angustiada.

—Quereis andar? repuso imperiosamente el baron, haciendo con la escopeta ademán de sacudirle.

Lambernier se levantò despechado, el terror que respiraban sus fácciones, se convirtió en una espresion de firmeza que participaba de ódio y de ironía.

—Bien, exclamó, marchémos! pero acordaos de lo que voy á deciros: si me entregais á la justicia, sereis el primero que se arrepienta de haberlo hecho. Si aparezco ante un tribunal, contaré alguna cosa que quizá me comprárais á cualquier precio. El domingo dieron una cencerada á Joaquin y á su muger, cuidado no hagan con vos otro tanto, señor baron.

Estas palabras eran una alusion grosera á un percance conyugal que los habitantes de la Halconeria celebraron estrepitosamente.

Bergenheim miró fijamente al provenzal.

—Qué significa esa insolencia?

—Si me prometeis soltarme, os diré lo que sé: si me entregais à los gendarmes, repito que os habeis de arrepentir mas de una vez por no haberme escuchado hoy.

—Algun cuento para ganar tiempo: no importa, habla, ya te escucho.

El artesano dirigió á Cristian una ojeada de desconfianza.

—Dadme vuestra palabra de honor de dejarme ir despues.

—Si no lo hago, no quedas en libertad para repetir tu historia? respondió el baron, quien á pesar de su involuntaria curiosidad, no queria empeñar su palabra con un tuno cuyo objeto sin duda era engañarle para escapar despues.

Esta observacion convenció á Lambernier: miró á todos lados para ver si se acercaba alguien, pero reinaba el mas completo silencio: al parecer ningun ser viviente asistia à aquella escena, ni podia sorprender el secreto, porque Gerfaut estaba enteramente invisible para los interlocutores: ni él tampoco podia divisarlos, y únicamente alcanzaba alguna vez á percibir las voces aunque no podia distinguir el sentido de sus palabras.

Apoyado en su escopeta, esperaba Cristian que el otro empezase su relacion, y fijaba en él sus ojos claros y penetrantes, en los que instintivamente chispeaba una amenaza vaga. Lambertier arrostró esta mirada, sin bajar los párpados, y con una firmeza muy parecida á insolencia.

—Sabeis, señor baron, dijo, que cuando se hicieron algunas reformas en las habitaciones de la señora, yo fuí el encargado. Cuando levanté la madera vieja, ví que la pared que mediaba entre los balcones estaba construida en escuadra movable y pregunté á la señora si queria que clavase el tablero como los demás, ó si prefería que se abriese, con lo cual quedaria un armario. Me dijo que le dejase abierto por medio de un resorte secreto. Hice, pues, el tablero con goznes escondidos, y un bontoncito no menos disimulado que para abrir basta empujarle despues de revolver á la derecha.

Este ecsordio interesó vivamente á Cristian.

—Os acordareis, señor baron, de que entonces estabais en Nancy para asistir al jurado, y que la habitacion de la señora se compuso durante vuestra ausencia. Como yo solo habia tra-

bajado, yo solo supe que el tablero no estaba clavado.

—Y qué? preguntó el baron con impaciencia.

—Qué? respondió Lambernier con indiferencia, que si de resultas de este maldito encuentro con el cochero, se me hace comparecer delante de la justicia, no me costaría nada en decir, para vengarme, lo que ví en el tal armario aun no hace un mes.

—Concluye tu historia, dijo Bergenheim apretando maquinalmente el cañon de la escopeta.

—Justina la doncella me habia llevado al aposento de la señora para poner unas cortinas, pero como me hacian falta clavos, salió á buscarlos. Tentóme la curiosidad de ver qué tal andaba el resorte y le toqué, hallando dentro un paquetito de cartas: no dejó de chocarme que la señora eligiese aquel sitio para guardar cartas, y desde luego se me metió en la cabeza que queria ocultarlas de vuestra vista.

Bergenheim interrumpió á su interlocutor con una mirada furibunda, pero se contuvo y le hizo señas para que continuase.

—Ya andaban diciendo que tratabais de despedirme, y yo no sé como fué, pero me pareció que podia serme útil el tener una de sus cartas, y cojí la primera quo se me vino á las manos teniendo apenas tiempo para cerrar, porque la doncella se acercaba ya.

—¿Y qué? ¿qué tienen que ver esas cartas con la justicia? preguntó Cristian conmovido á pesar de sus esfuerzos para aparecer sereno.

—Oh! nada, contestó el carpintero descaradamente: pero creí que no os haría gracia que se supiera que la señora tenia un amante.

Bergenheim se estremeció como si le bubiera acometido un frio mortal, su mano, alzándose sobre el acusador, soltó el fusil.

Con un movimiento tan rápido como el pensamiento, se bajó Lambernier y se apoderó del arma, pero ni tiempo tuvo para hacer uso de ella, si tal era su intencion; cojido del pescuezo con un furor que hacia imposible toda resistencia, medio ahogado entre dos manos de hierro, apenas le quedaron fuerzas para tirar la escopeta.

—La carta! la carta! le dijo Cristian con voz trémula pero muy baja, y acercó su rostro al

del carpintero, como si temiera que una ráfaga de aire interpuesta entre los dos se apoderase de sus palabras para llevárselas y repetirlas.

—Soltadme antes... no puedo respirar... masculló el obrero amoratado y que tenía los ojos tan saltones como si los dedos de su adversario hubieran sido una cuerda.

Dominada la violencia de sus sensaciones, accedió éste á la súplica casi ininteligible: soltaron sus manos el cuello del contrario, asiéndole no obstante por los faldones de la casaca, para impedirle toda probabilidad de evadirse sin quitarle la facultad de hablar.

—La carta! repitió en seguida con acento aun mas conmovido.

Aturdido del sacudimiento que acababa de sufrir é imposibilitado de reflexionar con su prudencia habitual, Lambernier obedeció maquinalmente la orden: registró sus bolsillos y al cabo sacó del chaleco un papelito doblado, diciendo atónito:

—Este es el papelucho: vale diez luises como seis blancas.

Apoderóse Cristian del papel con avidez, le desplegó con los dientes, porque no podía ser—

virse de las manos sin dejar en libertad á su prisionero. Era una de esas cartas que todos los dias se distribuyen en Parisen grande abundancia y con notable perjuicio de los derechos de correos. La pequeñez de la forma á que se le habia reducido con multiplicados pliegues indicaba que habia sido conducida á su destino por uno de esos mil y un medios que burlan la policía de los salones. Quien sabe si por un acuerdo mutuo habria pasado de un guante amarillo á un guante blanco en mitad de una cadena inglesa: quien sabe si se habria introducido fraudulentamente en la punta de un pañuelo ó en uno de esos traidores manguitos de marta ó armiño. Era un billete como todos los billetes de este género, sin forma, sin sello, sin dirección: no difería de la inmensa mayoría de los demás sino por la elocuencia sencilla y natural del estilo. Protestas ardientes, dulces y tiernas; esos diamantes de palabras que solo se encuentran para la muger amada; mil alusiones, en fin, ininteligibles, para otro que para los corresponsales, anunciaban un amor que tenia mucho que desear, pero tambien no poco que esperar.

La letra era enteramente desconocida para

Bergenheim, pero el nombre de Clemencia, repetido muchas veces, no permitia dudar que el billete era para su muger: acabada la lectura, se le guardó con aparente tranquilidad y miró luego fijamente al provenzal inmóvil.

—Os habeis equivocado, Lambernier, le dijo; es una carta mia antes de casarme. Hizo un esfuerzo para sonreirse, pero los músculos de sus labios se negaron á esta mentira, y algunas gotas de sudor frio humedecieron la raiz de sus cabellos.

Aunque aparentando indiferencia, habia observado el carpintero la alteracion de las facciones del baron durante la lectura. Una sagacidad irónica al par que grosera le persuadió de que podria aprovechar la ecsactitud de sus observaciones: creyó que era llegado el momento de recobrar la ventaja y dictar la ley, demostrando que conocia muy bien la importancia del secreto que acababa de revelar. Asi es que contestó con una mirada de inteligencia crédula y burlesca.

—Pues mucho debeis haber cambiado la letra; porque yo tengo encargos vuestros escritos de un modo que se parecen á esas como un hue-

vo á una castaña.

Quiso Cristian responder y no supo: se contrajeron sus cejas y se juntaron insensiblemente como si un fuego interno crispase la piel por ellas cubierta.

Sin inquietarse por este síntoma que anunciaba próxima borrasca, prosiguió Lambernier con mayor descaro:

—Cuando dije que la carta valia diez luises, queria hablar de un indiferente, y estoy seguro que no faltaria quien me los aprontase; pero el señor baron tiene demasiada penetracion para no conocer el valor de un secreto como este. Y yo no intento ponerle precio, pero como por el pronto me hallo apurado de recursos, si tengo que huir por lo del cochero...

No pudo concluir: Bergénheim, cogiéndole con empuñaduras por la mitad del cuerpo, le hizo describir un semi-circulo horizontal sin tocar el suelo, y le tiró de rodillas al borde de la senda, cuyos escalones bajaban casi á pico á lo largo de la roca. Vió de repente Lambernier reflejarse su desencajada faz en el rio que corría cincuenta pies mas abajo: el color negruzco del agua atestiguaba su profundidad, y era tan

rápida la corriente, que su superficie rota á la vista en una infinidad de hilos ondeantes, parecia una inmensa y tendida cabellera.

Este espectáculo y el sentir entre sus hombros una rodilla poderosa que le acercaba al abismo, hizo lanzar al caido un grito de espanto sus manos se agarraron convulsivamente á la crecida yerba y á las raices que yacian diseminadas, y luchó con todo su vigor para retroceder á terreno mas seguro. Despues de dos ó tres tentativas inútiles, quedó enteramente tendido, casi la mitad del cuerpo fuera, y sin mas amparo para evadir una caida mortal que el socorro de Bergenheim, cuya mano le contenia y le impedia levantarse.

—Has dicho á alguno una sola palabra de ésta materia? le preguntó el baron sosteniéndose en el tronco de un rosal inclinado hacia el rio, y poniéndose á plomo en el peligroso terreno que habia elegido para terreno de su discusion.

—A nadie!... mil bombas... la cabeza se me vá, respondió el carpintero, y cerró los ojos de aturdido por la sangre que su postura le agolpaba al cérebro; imaginaba que el rio subía, que

las hambrientas olas se abrían á centenares para devorarle.

—Ya ves que si haces un movimiento, eres hombre muerto, repuso el baron apretándole mas.

—Mas quiero que me entregueis á los gendarmes y no diré nada de las cartas: tan seguro como hay un Dios, que no digo nada. Pero no me solteis, tenedme bien y no me solteis: ¡que me escurro, santa madre de Dios!

Cristian, aferrándose al arbusto que tenia inmediato, se incorporó y levantó en seguida á Lambernier: pues él no hubiera podido hacerlo por sí mismo segun lo aturdido que estaba. Cuando estuvo en pie, dió dos ó tres traspieses y se le fueron las piernas como si estuviera borracho.

Miróle el baron en silencio, pero le miró de modo que la espresion de sus ojos bastaba para acabar de aterrar á cualquier hombre.

—Vete, le dijo por fin, sal del pais inmediatamente, tiempo tienes para emprender la fuga antes de que se haga pesquisa alguna. Pero ten presente que si llegas á decir á alma viviente una palabra de lo que me has contado, sabré buscarte aunque sea en el cabo del mundo, y

en este caso, ay de tí!

—Lo juro por la santísima Virgen y por todos los santos... murmuró Lambernier, hecho de pronto ferviente católico de resultas del peligro que acababa de correr.

Cristian le señaló con el dedo la escalera de piedra.

—Este es tu camino: pasa el vado, atraviesa el bosque de fresnos y penetra en el Alsasia. Si te conduces bien, aseguraré tu suerte. Pero no lo echés en olvido: á la menor indiscrecion, cuéntate con los muertos.

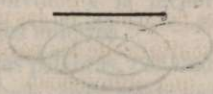
Dichas estas palabras, con uno de esos movimientos nerviosos, cuyo efecto no calculan siempre los hombres de vigor extraordinario, le empujó hácia el sendero indicado. Lambernier, cuyas fuerzas se agotáran del todo en las luchas que acababa de sostener, y á quien costaba trabajo tenerse en pie, perdió el equilibrio con este sacudimiento tan duro como inesperado. Tropezó en el primer escalon, se volvió para sostenerse, y al cabo cayó de cabeza por la pendiente casi vertical: fuése escurriendo por la roca lentamente: se aferró á una mata que brotára en una hendidura de la piedra; pero tenía el

brazo roto por dos partes, y hubo de soltarla ec-
salando el postrer alarido de dolor y de deses-
peracion; dió dos vueltas mas, y fué à caer al
torrente, que le arrastró al fondo como una ma-
sa privada ya de vida.



7.

El convite.



EL comedor del castillo era uno de los aposentos que respetaron el gusto moderno y el génio innovador de la baronesa de Bergenheim. Esta habitacion, sita en el piso bajo con rejas al patio, podia servir de apéndice al salon de los retratos. El mismo estilo en los adornos, la misma fisonomía pomposa y opaca, las mismas bovedillas de castaño. Pero aunque el aspecto de las dos salas ofrecia á primera vista una analogía patente, los adornos estaban en una oposicion no

menos manifiesta. Los retratos de familia del piso principal estaban sustituidos en el bajo por una coleccion de astas de ciervos y de venados, interpoladas con bocinas, cuchillos de monte, escopetas y trofeos de caza de todo género. En los dias de ceremonia, las cornamentas hacian de candelabros, y cada una tenia su historia particular, referente à alguna caceria célebre y fielmente trasmitida de generacion en generacion. Cuando todos estaban encendidos, reflejabase su claridad con las mas estrañas variantes en los haces de armas, en las gigantescas bocinas, en las esculturas de las paredes, dando á la sala entera una iluminacion tan pintoresca como original.

Una chimenea de granito gris, pulido como el mármol, formaba en frente de las rejas un saliente de mas de cinco pies, guarnecida de ladrillos por la parte inferior para precaver las probabilidades de un incendio.

Estaban los convidados sentados al rededor de una enorme mesa, y los goces ordinarios, aumentados por un dia de fatiga, absorbian demasiado su atencion para dejarles pensar en otra cosa. Estaban la mayor parte abismados en

las delicias de un banquete mas sólido que delicado. Ninguna de las señoras del castillo asistia á la francachela: esta costumbre, imitada del inglés, habia sido justamente admitida por la baronesa para los banquetes que seguian á las partidas de caza de su marido. En estos dias se ahorra de asistir á la mesa, ya porque la pareciese fastidioso presidir sesiones interminables, en que no tenian entrada otras discusiones que las tretas de la liebre, la muerte del gamo y los altos hechos de la trailla, ya porque quisiese dejar con su ausencia plena libertad á caballeros mas hábiles en echar una perdiz ó en vaciar una botella que en hacer la corte á una señora. Y no debia pesarles; llegando agoviados de fatiga, calados de sudor ó de lluvia, muertos de hambre y en un desórden tan grande de trage como de estómago, debian de echar muy de menos el yugo de la etiqueta que impone á los mas descarados la presencia de un ama de casa.

Habia llegado el banquete al período que no tiene nombre esacto en el lenguaje gastronómico, y durante el cual las disposiciones metódicas y las sábias teorías del maestra sala son violadas á cada paso por los caprichos revoluciona-

rios de los convidados: habian servido los postres sin que los intermedios hubiesen desaparecido. Otros platos mas sólidos permanecian aun firmes como inespugnables reductos, á pesar de los reiterados asaltos que les daban uno ó dos comedores atrasados.

Se asemejaba la comida á una carrera cuando á la última vuelta, los caballos están diseminados, á distancias irregulares, segun el vigor de las piernas. Así mismo, los convidados se habian esgrimido con diente desigual, obrando cada uno con arreglo al ardor ó tenacidad de su apetito, combinado con la capacidad del estómago. La mayoría necesitaba ya el aliciente del Roquefort ó de la pera de San German, y otro tanto sucedia con la bebida. Algunos sóbrios, por gusto ó necesidad, proseguian mezclando con agua el vino comun del primer servicio, pero los mas saboreaban el vino de Burdeos y del Rhin.

Entre los mas servientes prosélitos se contaba Marillac, que se distinguia en primer término, luciendo los animados ojos y las mejillas mas iluminadas que de ordinario. Sentado entre el rollizo notario y otro amigo que con su ejemplo y continuas provocaciones hubiera sido

capaz de emborrachar á un obispo, vaciaba vasos tras de vasos, con estrepitoso acompañamiento de carcajadas, de chistes y de ocurrencias de todo género. Por momentos se le iba calentando la cabeza, y no era el único que se dejaba arrastrar por la resvaladiza pendiente hácia el abismo de la embriaguez. En todos los ángulos de la mesa reinaba una báquica emulacion que presagiaba para el fin de la sesion escenas propias de una orgia.

En medio de aquel alegre desórden, dos figuras se aislaban de la impresion general, y formaban un singular contraste con el francorregocijo de los demas. En el centro de la mesa desempeñaba el baron los deberes de amo de casa, con una especie de ecsaltacion nerviosa que podia pasar por complacencia de buena ley á los ojos de sus huéspedes, inhábiles para estudiar su fisonomía: pero un observador sereno, pronto hubiera arrancado la máscara y conocidos los violentos esfuerzos que hacia para ocultar un horrible padecer. De vez en cuando, á la mitad de una frase ó de una carcajada, se paraba de pronto, se le aflojaban los músculos de la cara como si se hubiera roto el resorte que los movia:

tornábase sombría, salvage la espresion de sus miradas: se arrellanaba en la silla, y permanecía inmóvil sin hacer caso de los que le rodeaban, y agitado por una pesadilla misteriosa. No menos súbitamente despertaba de sus lúgubres ensueños, se estremecía con convulsivo esfuerzo y tomaba parte en la conversacion de una manera cortada, incoherente: alentaba el buen humor de sus huéspedes, los escitaba á báquicas locuras y les daba el ejemplo; pero el mismo pensamiento misterioso volvía á reflejarse en su semblante con siniestro fulgor y caía de nuevo en el suplicio de una meditacion que debía ser espantosa á juzgar por los síntomas exteriores.

Entre los convidados, uno solo, sentado casi en frente de Bergenheim, poseía al parecer el secreto de su preocupacion, y estudiaba sus síntomas con una atencion disimulada, pero profunda. Gerfaut, lo observaba con un interés marcado! sus facciones estaban alteradas, surcada su frente de arrugas pensativas ó dolorosas. Entre la inquietud de su observacion y la negra distraccion de Cristian, no dejaba de advertirse una especie de complicidad. Sin saberlo este último, atormentaba á aquellos dos hombres

un mismo pensamiento semejante à la serpiente de Laocoonte, que sujeta con sus pliegues una de sus víctimas, mientras clava los dientes en la otra.

—Cuando se levantó la liebre, dijo uno de los convidados, viejezuelo de cabellos grises y mejillas rubicundas, corrí à esperarla al otro lado: ya me esperaba yo que saliese sana y salva de vuestras manos, porque no parece sino que teneis escrito en vuestra escopeta: *No matarás!*

—Já! já! já! exclamó Marillac: defendeos, señor notario, en guardia!

—Señor de Camier, contestó sin picarse el cazador interpelado, no tengo la pretension de igualarme á vos. Yo no me atrevo con las reses que vos despachasteis en la última cacería.

Esta respuesta aludía á una equivocación que le hiciera matar un ternero creyendole un gamo, y el recuerdo del lance avivó el bullicio, convirtiendo las chanzas generales hácia el otro.

—¡Cuàntos pares de botas os hicisteis con la piel de la res muerta? preguntó uno.

—Señor de Camier, gritó otra vez el artista, buena fortuna es para vos que no estemos en Egipto en tiempo de los Faraones; os hubieran

achicharrado en holocausto del buey Apis.

—Señores, volviendo á lo que importa, dijo un jóven de faz acompasada, hasta ahora no podemos mas que formar conjeturas muy vagas sobre el camino que habrá llevado ese tuno de Lambernier. Permitidme que os diga que esto es mas importante que la liebre del notario ó el ternero del señor de Camier.

Al oir esta observacion Bergenheim, que hacia un rato no tomaba parte alguna en la conversacion, se incorporó en su silla:

—Un vaso de vino de Sauterne, dijo, ofreciendo de beber á sus convidados.

Gerfaut le miró al soslayo y bajó los ojos temiendo que este movimiento se notase.

El procurador del rey tiene ya conocimiento del delito, dijo el notario, y no hay que temer que se pierda la pista. Le teneis reservado para las procsimas juntas.

—Vaya con mil diablos el jurado, exclamó el señor de Camier, apuesto que me toca. Cosa divertida! Dejar mi casa y mis negocios en mitad del invierno para ir á juzgar á una cuadrilla de pillos que no conozco. Esta es otra de las ventajas de vuestro gobierno constitucional. U—

na cáfila de simplezas imitadas de los griegos que nos venden por descubrimientos sublimes. Y para que se pagan jueces, si nosotros tenemos que hacer su oficio? Los antiguos parlamentos, tan criticados, valian cien veces mas que todos esos remedos de tribunales.

Para contestar, Marillac, que se entretenia en dar el fá grande mondando una camuesa, interrumpió su cantinela, con gran consuelo de un lebrei acostado á sus pies.

—Señor de Camier, dijo, sois un propietario rico, elegible y realista, haceis colacion el viérnes, vais á misa diariamente y matais de vez en cuando terneros en lugar de gamos: os estimo y os respeto; pero me permitireis que os diga que acabais de hacernos una relacion antdiluviana. ¿Y Calás, señor mio? ¿y Sirvén? el caballero de Labarre?

El procurador del rey tomó la palabra y se emprendió una discusion jurídica, muy buena, muy divertida, muy sana, pero que ahorramos á nuestros lectores por evitarles que se duerman. Insensiblemente vino á parar la cuestion al delito de Lambernier y á su desaparicion, sobre lo cual decia el magistrado:

—La premeditacion está tan probada, que un minuto de refleccion bastará para que todos se convenzan. Me limitaré á dos medios que la prueben de una manera victoriosa. El primero se deduce de la presencia misma del acusado en el sitio en que el atentado se cometió, el segundo de la clase de arma de que se ha servido. Se le habia prohibido pisar los dominios del baron, y ha venido; naturalmente sus intenciones no serian muy benévolas. No se ha podido averiguar que clase de arma es la que hirió al cochero, Rousselet no dice mas sino que vió brillar una hoja en las manos de Lambernier; pero del ecsámen de la herida resulta haber sido hecha por medio de una hoja estrecha, aguda y triangular, lo cual hace sospechar que fuera un puñal, arma prohibida y que agrava el delito del reo.

Marillac miró á derecha é izquierda para llamar la atencion, desocupó su vaso y empezó en estos términos:

—Señores, yo me encargo de refutar las razones del funcionario público, porque habeis de saber, señores, que yo tambien conozco algo del derecho: estudié leyes... ¿no te acuerdas, Octavio?

qué tiempos aquellos! qué bromas y qué apuros! pero sobre todo qué mugeres! ¿Te acuerdas de Anastasia? la rubia, no. Aquella morenilla de la calle de la Paz: la que yo enseñé á fumar y me plantó dos solemnes bofetadas en mitad de un baile, porque hablaba con Enriqueta. ¿No te acuerdas de Anastasia, hombre?

—¿Debia ser una señora ó una señorita muy amable, dijo el notario llenando el vaso del artista, à su salud!

—A su salud! repitió este: pero, notario, continuó mirandole con ademan melancólico, si pensais beber á la salud de todas las hechiceras criaturas que han dorado con su amor la vida del hombre que os habla, mas vale que traigais un tonel lleno y os echeis vivo en él, porque he vivido mucho y aprisa. Vosotros los provinciales no podeis comprender esta ecsistencia espléndida, torrentosa, ecsuberante. Soy hombre cuadrado por la base: pero espío á veces la riqueza ecsagerada de mi organismo. Hay momentos en que me ahoga el peso de la vida y ahora es uno de ellos: me parece que tengo un velo en derredor de la frente y un peso insufrible sobre el pecho.

—Pardiez! dijo el señor de Camier, con cuatro ó cinco botellas que se ha bebido, no es extraño que tenga la vista turbia y la respiracion fatigosa. Pero por eso el vino no le quita la palabra.

—Una sensibilidad exquisita y devoradora es un azote terrible cuando toca á un hombre como yo, ámplio de cerebro, de corazon y de hombros. El destino de este hombre es el meteoro que tropieza con los serenos planetas en medio de sus órbitas regulares y los hace pedazos. Las eriaturas de amor con que tropieza las destroza, porque sus besos devoran, sus abrazos ahogan, sus caricias corroen. Yo pertenezco á esa raza de hombres ecsaltados, satánicos, y mi juventud ha deshecho innumerables ecsistencias de muger. Pero la hora de los remordimientos se aproxima: veo pasar, como don Juan, las sombras de mis víctimas: Paca, Anastasia, Elisa, Enriqueta, Carolina! Un batallon completo! muy completo! Anastasia va en los granaderos á causa de sus bigotillos!.. Pero... no, Marillac no se arrepiente: que se abran de par en par los infiernos, que un camino se me da.

Una carcajada general resonó por todas partes.

—Señor de Marillac, exclamó el procurador del rey dominando el tumulto, habiais anunciado la intencion de refutarme; me parece que el calor de la improvisacion os hace divagar un poco.

El artista se le quedó mirando.

—Pues acaso tenia yo algo que deciros? preguntó: en ese caso me ratifico en lo dicho. Pero hacedme el obsequio de decirme de que se trata.

—Del delito de Lambernier y de la cuestion de premeditacion, le apuntó el notario, echándole de beber: ánimo! improvisais mejor que Berryr: si os empeñais, el procurador del rey es hombre al agua.

Marillac hizo un movimiento de cabeza como quien dice: fiad en mí. Desocupó en seguida el vaso, y lo raro fué que esta libacion aclaró algun tanto sus ideas.

La acusacion del funcionario público empezó con el áplomo de un abogado antiguo, que se apoya en dos medios: primero, en la presencia motivada del reo en el sitio donde se cometiera el delito: segundo, la clase de arma de que se sirvió. Dos respuestas sencillas, pero perentorias,

van à echar por tierra el edificio que se ha pretendido levantar con esta doble presuncion. Primera, Lambernier tenia una cita en el sitio y à la hora que se consumó el atentado: este hecho se probará con testigos y aclarará en la sumaria de un modo incontestable. Segunda. El mismo acusador ha confesado que la circunstancia de llevar un arma no influia en el hecho de premeditacion. Pero hay que decir además que la tal arma no es una balloneta ni un puñal, ni nada de lo que puede suponer la fértil imaginacion del señor procurador del rey: es un sencilló instrumento de la profesion del acusado, cuya presencia en su bolsillo es tan natural como la de la caja del tabaco en el chaleco de mi amigo el notario, que toma veinte polvos por minuto. El arma, señores, es un compás de carpintero.

—Un compás! interrumpieron muchas voces en coro.

—Un compás de hierro, repitió el artista, de unas diez pulgadas de largo

—Esplicáos, esplicáos, exclamó el procurador del rey con vivo interés; habeis presenciado el crimen; en ese caso, sereis citado como testigo. Declarad, testigo, declarad, prosiguió el ma-

gistrado cuya embriaguez progresiva era tan solemne como estrepitosa la del artista.

—No tengo nada que declarar, por la sencilla razon de que no he visto nada.

El baron respiró con todas sus fuerzas, como si estas palabras restituyeran à sus pulmones todo el aire que les faltaba.

—Pues yo si he visto! dijo para si Gersaut, observando la ansiedad de Bergenheim.

—Raciocino por hipótesis y presuncion, prosiguió el artista. Hace dias que tuve un pequeño altercado con Lambernier, y á no ser por mi esquisita hoja de Gêneva, no le hubiera yo pasado bien.

Contó entonces su encuentro con Lambernier pero con tales reticencias por consideracion á la señorita de Gobillot, que su relacion apenas fué inteligible para los oyentes.

—Basta; dijo para concluir desplomándose sobre la silla. Ni una palabra mas por todo el imperio del Mogol. Vino! notario, vossolo sois quien me cuida. Lo que de todo esto se saca en limpio es que yo me gano diez luises con la aventura de ese pillo.

Estas palabras chocaron al baron y le recor-

daron las que le dijera el carpintero al entregarle la carta.

—Diez luises! repitió bruscamente mirando á Marillac como si intentára atravesarle con la vista.

—Doscientos francos, que da lo mismo. Era un trato loco. Pero bastante hemos hablado, *mio caro*. Soy yo mas trucha de lo que parece: mudo y silencioso como la tumba.

Bergenheim no insistió, pero se quedó meditando, abismados en sus pensamientos procurando enlazar las oscuras palabras que acababa de oír con las revelaciones de Lambernier. Excepto Gerfaut, á quien no se escapaba ninguno de los movimientos de su huésped, y que estudiaba cada variación de su fisonomía con el interés de un médico que asiste un moribundo, los convidados, mas ó menos absortos en sus propias sensaciones, no fijaron la atención en la extraña actitud del amo de la casa, ó como el señor de Camier, lo atribuyeron á la influencia soporífera del vino. Recobró la conversacion su marcha discordante, chillona, pendenciera, interrumpida á cada paso por las salidas ecsóticas de alguno mas animado; porque al final de un banquete

donde no ha reinado la sobriedad, cada cual está dispuesto á imponer á los demas el despotismo de su propia borrachera. Entre los mas charlatanes, Marillac no tardó en alcanzar el premio, gracias al vigor de sus pulmones de bajo, á la volubilidad infatigable de su palabra meridional y á su originalidad de conceptos. Quedóse al cabo por dueño del campo de batalla, lanzando despóticamente andanadas de elocuencia vinosa.

—Dá lástima, exclamó de repente con aire de triunfo, dá lástima, señores, oir vuestra conversacion. No es posible imaginar cosa mas mezquina, mas prosáica, mas vulgar. No podeis sostener una discusion mas elevada? Arriba, poetas: *sursum corda!* hablémos de artes y de poesía: tengo sed de una conversacion artística.

—Bebed si teneis sed, dijo el notario llenándole el vaso.

El artista le desocupó de un sorbo, y volvió á hacer uso de la palabra con voz lánguida y mirando con cierta ternura á su robusto vecino.

—Artes! divinas artes! Roma, el Coliseo, S. Pedro, el Tíber amarillo, los cardenales encarnados... Pero vamos á Constantinopla, tengo sed de sultanas, sed de huries, sed de...

—Mil bombas! bebed si teneis sed.

—Con mucho gusto, nunca digo que no. Tengo sed de deleites escorbitantes, porque soy hombre atroz. El peligro es mi vida; vengan peligros; quien me da peligros? A Constantinopla; sí, allí seré el sultan Marillac, ¿qué tal?

—Os ruego que no le deis mas de beber, dijo Gerfaut al notario.

El artista miró un rato á su amigo con cómica formalidad, y le dijo afectando interés.

—Haces bien de no querer beber, Octavio, te lo iba á aconsejar. Ya has hecho hoy demasiados escesos y temo que te pongas malo, por que eres débil de salud: no erés como yo, cuadrado por la base. Figuraos, señores, que ese jóven pálido, es el vizconde Gerfaut, calavera de profesion y estrella literaria de primer orden, sufre horrorosamente consu estómago: ya se ve, es un gran poeta, y los poetas necesitamos padecer del estómago.

—Está borracho como una cuba, dijo el señor de Camier.

Vos sois el borracho, viejo antropófago, dijo Marillac, *ubriaco*, qué dirian los italianos: y quién me lo dice? quién lo corrobora? una turba de hom-

bres bebidos como cocheros: á todos los desafío, á todos, quereis disputas de artes, de literatura, de política, de medicina, de música, de arqueología, de jurisprudencia, de magnetismo...

—De jurisprudencia, gritó el procurador del rey, á quien esta voz eléctrica despertó de su embotamiento: hablémos de jurisprudencia.

—Quereis, dijo Marillac sin hacer caso, que os improvise un discurso sobre la pena de muerte, ó sobre la templanza?

Quereis que os haga en cinco minutos el plan de un drama en cinco actos? Quereis que os cuente un cuento?

—Un cuento! dijo una voz.

—Un cuento! un cuento! repitieron casi todos.

—Corriente: preferis un cuento de la edad media? Un cuento del siglo XV? Un cuento fantástico, oriental, jocoso, fisiológico, íntimo? os advierto que lo menos vulgar es el cuento íntimo.

—Sea el cuento íntimo.

—Bien. Y ha de ser chino, árabe, español, judío, ó francés?

—Francés! gritó el procurador del rey.

—Yo soy francés, tu eres francés, el es francés, el cuento será francés.

Marillac se apoyó la frente en las manos y los codos en la mesa para recoger sus ideas. Despues de un rato de meditacion alzó la cabeza y miró sucesivamente, ¿quién quiere argumentar conmigo? dijo mirando á Bergenheim y á Gerfaut con una sonrisa singular.

—Será muy original, murmuró á media voz, escesivamente original. Es una idea digna de conservarse en espíritu de vino. Con tal que no esté tan parecido que se conozca, y empiecen á gritar como Cláudio: *Eights! lights!*

—El cuento! dijo uno de los convidados mas impaciente.

—Voy allá, respondió el artista. Ya sabeis, señores, que lo mas difícil es el título: pero yo elegiré uno ya conocido: así pues, mi cuento se llamará. *El marido, la muger y el amante*. Bien hubiera podido robar á Paul de Kock otro de sus títulos mas significativos y mas del caso, pero respeto la moral: no todos somos solteros, y dice un proverbio que no se hable de la sogá...

A pesar de la estraordinaria confusion de sus ideas se paró el artista sin acabar la cita.

Conoció que se escurria demasiado, y supo contenerse, gracias á una mirada fulminante de Octavio.

—No tengas cuidado, Octavio, hablaré alegóricamente: tan alegóricamente, que el mismo demonio no podria adivinar... Empiezo: *El marido, la muger y el amante*, cuento íntimo francés. La escena pasa en un ducado de Alemania.

—Nada de Alemania: habeis anunciado un cuento francés, observó el procurador del rey dispuesto á criticar al orador que le redujera al silencio.

—Y qué? es un cuento francés, cuya escena pasa en Alemania, la Alemania es una nacion muy socorrida para cualquier cosa que á uno se le antoja. Sin embargo, si preferis sea en Italia, me es absolutamente igual.

No obteniendo respuesta esta proposicion conciliadora, levantó Marillac los ojos, dejándoles en blanco, como si pretendiera leer en las bovedillas.

—Y caminaba, dijo al fin Marillac, lentamente bajo la misteriosa arboleda, al par del torrente espumoso, la princesa Borinska...

—Borinska! con que es una polaca?

—No me corteis la palabra, viejo... Caminaba pálida y eesalaba suspiros convulsivos, retorciéndose las delicadas manos, y una perla blanca rodaba entre las negras pestañas de sus ojos pardos... Y vióla él pasar á lo lejos, acongojada y triste, y dijo al príncipe... Borinski: O príncipe: una raiz de pino me ha herido, permitid que me retire al palacio. Y el príncipe Borinski, repuso: quereis que os lleven mis guardias en un palanquin? pero el bueno de Octavio replicó...

—Esa historia no tiene sentido comun, interrumpió Octavio. Señores, hemos de estarnos en la mesa toda la noche?

Se levantó, pero nadie imitó su ejemplo. Bergenheim, que habia empezado á entender el relato del artista, miraba alternativamente á los dos amigos con ojo escudriñador.

—Que hable, dijo el magistrado: á mí me gusta mucho el palanquin en una corte de Alemania: eso será sin duda lo que los señores románticos llaman color local.

Marillae, sin dejarse ya intimidar por las severas miradas de Gerfaut, prosiguió con la obstinacion de la embriaguez, y con voz cada vez mas cascajosa:

—Sí, te juro encubrir la alegoría: me estás cargando. No somos nosotros artistas? Cómo nos han de entender los campesinos? Pues señores, he sido un torpe en llamar Octavio al amante de mi cuento; se llama Boleslao... Boleslao Matalouski, del ducado de Varsovia, y tanto tiene que ver con él mi amigo Octavio, como mi otro amigo Bergenheim con el príncipe Kolinski, Boginski: cómo diantre se llama mi príncipe? señores, doy el hallazgo á quien me diga cómo se llama mi príncipe.

—Es un cargo de conciencia abusar de su estado y hacerle hablar mas, volvió á interrumpir Gerfaut lleno de inquietud. Por Dios, calla y vente conmigo, dijo asiéndole del brazo. Esta tentativa no hizo mas que irritar á Marillac en lugar de convencerle: se aferró al borde de la mesa y empezó á gritar como un desesperado.

—No! cuatrocientos mil millones de veces, no. Quiero acabar mi cuento. Presidente, reclamo el uso de la palabra. Hola! quieres impedirme que hable porque sabes que cuento mejor que tú, y que impresiono á mi auditorio. Envidioso! te conozco.

—Si me aprecias, óyeme, dijo al oído de su

amigo Octavio que observaba con espanto el interés concentrado del baron y la siniestra expresión de su faz.

—He dicho que no! ahulló otra vez el artista con voz estentórea: se levantó, empujó á Gerfaut y se apoyó en la mesa riendo á carcajadas.

—Poetas, dijo, regocijáos; tendreis el cuento à pesar de las serpientes de la envidia. Pero echadme de beber, que parece mi garganta una caja de fosforos. Vino no, que me da mas sed.

Gerfaut en la perseverancia desesperada de un hombre que se ve à punto de ahogarse, le agarró del brazo, pretendiendo fascinarle con su mirada poderosa; pero no obtuvo otra respuesta que una mirada irónica y estas palabras vagas:

—Dame de beber, Boleslao, Mariski, Graboski. Parece que Satanás ha encendidosus hornillos en mi pecho.

Las personas sentadas cerca de los dos amigos debieron percibir un silbido de furor que se escapó de los lábios de Octavio. De repente alargó el brazo hácia la mesa, eligió entre los jarros una pequeña garrafa de cristal y llenó hasta el borde el vaso que le alargaba Marillac.

—Gracias, dijo éste: eres un ángel: pero no

temas, tus amores no peligran: yo la taparé.

Desocupó el vaso, se sonrió y saludó como pudo á sus oyentes: pero su boca se quedó entreabierta como si se le hubieran petrificado sus lábios, se agrandaron sus ojos de un modo desmesurado y tambaleándose, cayó desplomado, acometido al parecer de un ataque fulminante de aplopegía.

Gerfaut, que no apartara de él los ojos desde que habia bebido, y que siguiera todos los síntomas con inesplicable ansiedad, le sostuvo en sus brazos; pero á pesar del interés que mostraba al prodigarle este pronto socorro, un suspiro de consuelo se le escapó al reparar en la muda inmovilidad de Marillac.

—Es raro, observó el notario, ese vaso de agua le ha hecho mas efecto que cuatro ó cinco botellas de vino.

Seguia Marillac sin sentido, desenchajado y cubierto de una mortal palidez.

En medio de una confusion general, se acercó Bergenheim y mojó un dedo en el agua que quedara, se lo llevó á los lábios. El notario fué el único que reparó este ademan y se acercó tambien y bebió algunas gotas del líquido.

—Fuego de Dios! dijo en voz baja á Bergenheim, ya no me estraña que le haya asfisiado el trago. Sabeis, señor baron, que si no fuera porque ese señor de Gerfaut no ha bebido mas que agua, diría que es el mas borracho de los dos; y que si fueran menos amigos, podria suponerse que ha querido envenenarle, para cortarle el pico? Habeis notado que no le agradaba mucho la historia.

—Vos tambien! con que lo ha de saber todo el mundo? exclamó Cristian poseido de furor.

—Dar Kirsch por agua clara! añadió el notario sin fijarse en la turbacion de su interlocutor: diablo! bueno seria emplear el emético: ese pobre mozo tiene en el estómago una dosis de ácido prúnico capaz de envenenar un buy.

—Quién habla de envenenamiento y de ácido prúnico? exclamó el procurador del rey, acudiendo con la posible prisa, ¿quién ha sido envenenado? yo soy procurador del rey y á mí me toca dirigir el negocio. Se ha hecho la autopsia del cadáver? ¿dónde le han encontrado? en el bosque, ó en el rio?

—Mentís, no hay cadáver en el rio, exclamó Bergenheim furioso, y asiéndole del pescuezo.

El magistrado, incapaz de oponer la menor resistencia á la vigorosa mano que le ahogaba, fué sacudido en distintas direcciones como una pelota. Pero de pronto soltó el baron diciendo:

—Estoy loco, desesperado: en realidad hemos bebido mucho. Perdonad, me retiro, necesito aire.

Y salió precipitadamente tropezando con todas las personas que conducian á Marillac.

—Ese baron, ese baron, dijo el señor de Camier; qué facha mas rara ha tenido toda la noche! Y no ha catado el vino en toda la comida. A mí nadie me quita de la cabeza que aquí hay gato encerrado, que hay misterio.

—Y sobre todo, borrachos, añadió el notario.



Cristian de Bergenheim.

CRISTIAN de Bergenheim era uno de esos hombres cuya raza estinguida siglos habia, resucitára gradualmente Napoleon: hombre de accion esclusivamente, que no gastaba en balde su imaginacion ó su sensibilidad, y que en las ocasiones capitales, jamás dejaba viajar su alma mas allá del alcance de su sable. Su alma carecia de alas para salir del mundo positivo; pero en cambio, era imposible aplicar brazo mas vigoroso que el suyo á todo lo que fuese resisten-

cia material. No vivia con ayer, ni con mañana, vivia hoy. Insignificante á antes ó despues, sabia desplegar en el momento requerido una energía tanto mas poderosa, cuanto que su accion no estaba debilitada por ningun desperdicio intempestivo de conmocion ó de pesar. Las escasas ideas que su cérebro contenia adquirieron por efecto de esta misma escasez, un desarrollo claro, duro, impenetrable, parecido al diamante. Alumbrado por estas estrellas fijas, caminaba de frente, con la cabeza erguida, dispuesto á destrozar los obstáculos que pudieran oponérsele ó hacerle desviar de su camino.

Mas, sin embargo de su fuerte temple, en esta ocasion faltó poco para que Bergenheim se doblegase bajo el duro golpe que recibiera. En vez de incorporarse con las personas que conducian á Marillac, bojóse á los jardines, porque aire era en efecto lo que necesitaba. Sentíase oprimido, medio ahogado por las sensaciones que le estaban agitando, y el disimulo que la prudencia y su propio honor ecsijian, habian agravado el tormento. El hombre, ay! el hombre no puede gemir en libertad: se consienten al niño los lamentos, el llanto á la muger, pero el hombre

tiene que beber su sangre como hizo Beaumarchais, para que nadie vea su herida, ni se ria de él porque está herido.

Largo rato paseó Cristian, esponiendo al frio ambiente de la noche su cabeza desnuda y abrasada, pretendiendo calmar aquel hervor interior, tempestad de sangre que se desencadena, y en medio de la cual flota la razon y lucha como un buque desmantelado.

Luchó Bergenheim con energía contra el vértigo en que su espíritu se revolvía: no pudiendo arrancarse enteramente del suplicio, al menos quiso libertar la cabeza. Empleó la poca fuerza que le quedaba en recobrar su presencia de ánimo, en dominar los peligros y los dolores que le cercaban, con mirada firme, ya que no indiferente; en reconquistar en fin el imperio sobre sí mismo y que algunas veces habia llegado á abandonarle. No fueron vanos sus esfuerzos. El vigor de su alma, sojuzgado un momento por la violencia de sus sensaciones, llegó á sobreponerse. Sin flaqueza, sin ecsageracion, sin arrebató, contempló su situacion como si se tratara de otro. Dos hechos, uno consumado; incierto el otro todavia, se levantaban á sus ojos con

todo el horror de una vision fúnebre: por una parte el asesinato, por la otra el adulterio: la tumba en el torrente, por apéndice al lecho nupcial ultrajado. Ninguna fuerza humana podia remediar la primera de estas desgracias ó impedir sus consecuencias: adoptóla, pues, como se alarga el cuello al hacha del verdugo, pero pidió una tregua al cadáver para ocuparse no mas que de la muger. Sometió al principio de honor, orgulloso é inflexible, primera religion de su alma, la conducta que respecto de ella debia observar. Hasta entonces solo existian presunciones, graves en verdad, si se añadian las revelaciones de Lambernier á las estrañas indiscreciones de Marillac. Conocer toda la verdad le pareció su primer deber: si era inocente, para no retardar su perdon: si culpable, para imponerla el castigo merecido.

—Es un abismo, dijo para sí, y puede que en el fondo halle tanto lodo como sangre. Pero no importa, bajaré á él.

Cuando volvió al castillo, su fisonomía habia recobrado la calma habitual. Una mirada perspicaz apenas hubiera descubierto la ligera alteracion de sus facciones. Estaba abandonado el

campo de batalla del comedor. Vencedores y vencidos se habian retirado ya á sus aposentos. Ante todo se dirigió al del artista, para no dar que pensar con su conducta. Los remedios prodigados á Marillac habian alejado el peligro á que pudiera dar lugar su imprudente embriaguez y la especie de envenenamiento con que la habia coronado. Tendido en mitad de la cama, en la misma postura en que le habian dejado, dormia con ese sueño pesado y fatigoso que sirve de espiacion á los escesos báquicos.

A poca distancia, estaba Gerfaut escribiendo, dispuesto, al parecer, á velar toda la noche á su indiscreto amigo.

Al ver al baron se levantó Octavio: tambien sus facciones, tan combatidas durante el banquete, se habian serenado del todo.

—Duerme? preguntó Cristian obedeciendo á la seña que su huésped le hacia para que no armase ruido.

—Desde hace pocos momentos contestó este, ya va bien y mañana se habrá pasado todo. Espero que esto os sirva de leccion para contener dentro de ciertos límites vuestra régia hospitalidad. Vuestra mesa es muy temible.

—No me echeis toda la culpa, replicó el baron con iguales apariencias de buen humor. Si de alguno debe quejarse vuestro amigo, es de vos que le disteis kirsch por agua.

—Realmente me parece que yo era quien estaba mas borracho, interrumpió Octavio con viveza para disimular cierta turbacion: hemos escandalizado altamente á el señor de Camier, quien ha formado la peor opinion de las cabezas y de los estómagos parisienses.

Despues de mirar un breve espacio al artista dormido, se acercó Cristian á la mesa donde estaba sentado Gerfaut y echó una ojeada á lo que este escribia.

—Siempre trabajando! dijo fijando los ojos sobre el papel.

—En este, hago el modesto oficio de copista. Son unos versos que la señorita de Corandeuil me ha pedido...

—Si quereis, yo voy ahora á su cuarto y puedo encargarme de entregárselos. Despues del lance con Constanca, está mortalmente enojada conmigo, y no me pesaria tener un auxiliar tan pederoso para renovar nuestra amistad.

Escribió Gerfaut las dos ó tres líneas que le

faltaban y entregó el papel á Bergenheim: miró-le éste con atencion, lo dobló en seguida con especial cuidado, y se lo guardó en el bolsillo.

—Mil gracias, dijo, os dejo con vuestros deberes de amistad.

El acento, estraordinariamente tranquilo con que fueron pronunciadas estas palabras, y el político saludo que las acompañó tenían tan marcada gravedad, que Gerfaut se quedó helado, por decirlo así, cuando salió el baron; pero la impresion que le produjo no rayó en inquietud; no habia comprendido nada.

Llegado á su aposento, desplegó Bergenheim por segunda vez el papel que le acababan de poner en la mano, y le comparó con el billete que de Lambernier tenia. Las sospechas que un ecsámen separado le hiciera concebir se confirmaban con esta confrontacion: no era posible ya dudar; la carta y la poesia estaban escritas por una misma mano.

Despues de reflexionar un breve rato, bajó Cristian al aposento de su esposa.

La muelle paz de la habitacion de la señora de Bergenheim, hacía con las bulliciosas escenas de que fuera teatro el comedor, el contraste que

se nota cuando de entre la confusion de una turba grosera escapa uno á respirar la perfumada atmósfera de un jardin. A los vapores de la orgia sustituia una atmósfera de indefinible dulzura, perfume sin nombre y tan peculiar de los aposentos de algunas damas, que puede creerse, no sin razon, que es su presencia quien lo produce.

En medio de los suaves aromas con que armonizaba la débil claridad de una lámpara de alabastro, estaba sentada Clemencia indolentemente en una butaca. En una mesilla que al lado tenia, una labor y algunos libros anunciaban intenciones de trabajo ó de lectura abandonadas por una de esas meditaciones seductoras que no saben resistir los caràcteres ardientes. Las mujeres en particular, esclavas por condicion y ávidas de libertad por naturaleza, son pensadoras insaciables. Porque el vuelo de la fantasía es la prision que se abre, el alma que bate las alas, y cuanto mas estrecha es la prision, mas desordenado es el ímpetu de esa misma alma.

La señora de Bergenheim estaba subyugada por este impulso irresistible de la imaginacion que rompe sus cadenas. Jamás habia avanzado

tanto en sentimiento, en osadía de reflexiones: aunque su amante no estaba allí, sufría aun la influencia de aquella pasión ardiente que satisfacía las necesidades de su alma, la delicadeza de su gusto, la actividad de su inteligencia. En aquel momento gozaba de la vida; no había pensamiento triste que no se borrara ante esta palabra mágica: me ama!

En materias de amor, las mugeres van aprisa, sobre todo, si van solas. En queriendo darlas un impulso demasiado rápido, su instinto natural las impele á la contradicción y á la resistencia; pero como nazca de ellas misma la afición, hacen en un solo paso mas camino que su amante hubiera conseguido en un mes. Desde que la baronesa se hubo convencido de que Octavio era un modelo de desinterés, se entregó á su pasión con tanto fervor como reserva desplegará antes.

Segun es costumbre de las mugeres que cuando no rompen su cadena procuran al menos alargarla todo lo posible, á fin de jugar con su esclavitud, acabó Clemencia por no ver el crimen sino en un solo hecho. Hasta llegar á él, le pareció posible la inocencia, y practicable la vir-

tud: insensiblemente, miró como pecados mínimos y perdonables esos delitos tan deliciosos de cometer. Con la reserva de una imaginacion casta, y la confianza de un corazón que se cree infalible, levantó una barrera ante el término adonde tienden todas las pasiones: la cubrió con un velo para evitar hasta el aspecto del peligro, y tendiendo la vista por el terreno cuyo goce se permitia, dijo: esto es mio. Creyó conciliables dos cosas que nuestras costumbres han separado casi siempre: la pasión y el deber; para unir las, quitó á entrambas todas las asperezas demasiado incompatibles; hizo á la pasión sòbria, al deber tolerante. Creciendo por momentos el arrojo de sus reflexiones, despojó poco á poco su enlace de todo prestigio de sentimiento, y acabó por no ver en él sino lo que habia sido, un contrato.

El ruido que hizo la puerta al abrirse interrumpió sus peligrosas meditaciones: la señora de Bergenheim volvió la cabeza amostazada, pero cuando en vez de su doncella que iba á reñir, reconoció á su marido, la impaciencia pintada en sus facciones se cambió en una espresion de terror. Se levantó involuntariamente como si entrara un extraño, y permaneció de pies, con-

fusa y turbada hasta el extremo.

Y sin embargo, no se justificaban estos temores con el aspecto exterior de Cristian. Se acercó con ademan tranquilo, con sonrisa obligada que le costaba una crispacion interior: especie de flor hipócrita, de hermosa corola, mas de raiz enconosa. La espresion risueña y cariñosa de aquella fisonomía, en vez de tranquilizar á Clemencia, no hizo mas que cambiar el origen de sus temores. Despertada á lo mejor de un sueño culpable, habia creido hallar en sus primeras miradas un esposo ultrajado y dispuesto á castigar; mas despues de mas serena se encontró con un esposo amante y dispuesto á reclamar el privilegio de sus derechos. En aquel momento, palpitante aun con la memoria de Octavio, hubiera preferido ver un puñal en manos de Cristian que un beso en sus lábios. Con la presencia de ánimo que en tales casos nunca abandona á una muger, volvió á sentarse y comenzó á hablar con cierta languidez y en tono de reconveccion.

—Me alegro veros un instante para reñiros, le dijo: esta noche he desconocido vuestras ordinarias atenciones. No habeis pensado en que lle-

gaba hasta aquí el estrépito del comedor?

—¿Te ha incomodado? dijo Cristian mirándola atentamente.

—A no tener cabeza de hierro... parece que los señores han abusado algo de la libertad permitida en el campo. Segun me ha dicho Justina, han sucedido cosas asaz groseras.

—Estás muy mala?

—Tengo una jaqueca terrible. Quisiera poder dormir un rato.

—Siento no haberlo previsto. Pero me perdonas, ¿no es verdad?

Bergenheim se inclinó, rodeó con su brazo las espaldas de su esposa, apoyando los lábios en su frente. Por la vez primera fingía y observaba con implacable atencion los menores movimientos, las mas furtivas revelaciones.

Se incorporó despues hallandola tan insensible, dió algunas vueltas por el aposento, evitando el mirarla, porque la aversion que anunciaban estos síntomas le pareció una prueba convincente, y temió no poderse contener.

—Que tienes? preguntó la jóven advirtiendole la agitacion de su marido.

Estas palabras restituyeron al baron la pru-

dencia que necesitaba: se acercó y dijo con indiferencia.

—Estoy incomodado con una ocurrencia harto frívola; es referente á tu tia.

—Ya se. Está furiosa con vos desde las desgracias ocurridas á Constancia y á su cochero. Por lo que toca á la primera bien podeis declararos culpable.

—No se limita á estar furiosa: me amenaza con un rompimiento completo; toma, lee.

Púsola en la mano una carta sellada con las armas de Corandeuil, y concebida en estos términos:

«Despues de los acontecimientos inauditos é incalificables de este dia, no debe sorprenderos el partido que mi deber me prescribe: no extrañareis que no pueda, ni quiera permanecer mas tiempo en una casa donde está espuesta á tantos percances la vida de mis criados ó de las criaturas que yo aprecio. Ya hace tiempo, que á pesar de que queria cerrar los ojos, notaba las maquinaciones tramadas diariamente contra todo lo que lleva la librea de los Corandeuil. Supuse que yo no debia mezclarme en tales tramas y que vos

os encargariais de evitarlas é impedir las; pero segun parece, no entra hoy en las ideas de noble y caballero las atenciones y el respeto á las señoras, Debo, pues, velar por mí misma, por la seguridad de los que me rodean, y para ello mañana marchó á Paris. Confio que el estado de Constan-
cia la permita soportar las fatigas del viaje, no así la herida de Bautista que es demasiado grave: me resuelvo por lo tanto á dejarle aquí hasta que se restablezca recomendándolo á la humanidad de mi sobrina.»

«Recibid, señor mio, con mi despedida las mas repetidas gracias por vuestra *cortés hospitalidad*—

YOLANDA DE CORANDEUIL.»

—Tu tia abusa algo del permiso de ser loca, dijo el baron, levanta el campo recomendándome los heridos como se hace despues de una batalla.

—Yo la he visto hace dos horas, y aunque muy enojada, ni una palabra me ha dicho de este viaje.

—Hace un momento que me dió esta carta Juan, de gran librea y con la importancia de un

embajador que pide sus pasaportes. Es menester, amiga mia, que la hables y emplees tu elocuencia para disuadirla de su proyecto.

—Voy al punto, respondió Clemencia levantándose.

—Sabes que tu cara tía es un poco tenaz en antojándosele una cosa. Si persiste en su capricho, dila para convencerla que mañana tengo que ausentarme para un negocio preciso, que acaso me detenga tres dias, y que no está bien que te quedes sola, teniendo huéspedes.

—Seguramente, no es posible.

—Por mí no habria inconveniente; pero las apariencias lo ecsigen. Es preciso que tu tia no se vaya hasta que yo vuelva.

—Para entonces, Constancia y Bautista estarán curados y olvidado el enojo. Pero nada me habiais dicho de ese viaje.

—Anda á ver á tu tia antes de que se recoja, respondió Bergenheim sin responder à esta observacion: aquí te aguardo. Nos vamos temprano, y quisiera saber su contestacion.

Asi que hubo salido la señora de Bergenheim, se precipitó Cristian hácia el sitio designado y buscó el boton secreto que le indicàra Lamber-

nier. Poco tardó en hallarle: á la primera presión, jugó el resorte y se desprendió el tablero. Allí estaba el cofrecito fatal, que cogió para examinar las cartas que en él habia guardadas. La mayor parte se asemejaban á la que ya poseia: algunas tenian el sobre para la señora de Bergeheim; pero la identidad de la letra era indudable; las dudas, si algunas restaban, debian desaparecer ante la evidencia. Despues de echar una ojeada rápida por las cartas, volvió á colocarlo todo conforme estaba. Cerró el armario secreto, y fué á sentarse al lado de la chimenea.

Cuando volvió Clemencia, halló á su marido empapado en la lectura, mientras que maquinalmente jugaba con una copíta de bronce, donde solia su esposa dejar los anillos y pendientes.

—Gané el pleito, dijo la baronesa alegremente, mi tia se ha hecho cargo de mis razones y ha diferido el viaje hasta que volvais.

Cristian no contestó.

—Lo que vale tanto como decir que no se irá, porque en tres dias ya se habrá disipado su cólera: en el fondo es muy buena. Calle! desde cuando sabeis inglés? continuó al ver la atencion con que su marido tenia los ojos fijos en un mag-

nífico tomo de Lord Byron.

Bergenheim tiró el libro sobre la mesa, levantó la cabeza é intentò mirar á su muger con ademan sereno. A pesar de sus esfuerzos su rostro estaba desencajado, pero ella no lo notó por que miraba á la copa que su marido retorcia entre los dedos.

—Válgame Dios, qué os ha hecho esa pobre copa? dijo un tanto asustada.

El baron se levantó dejando el juguete estropeado en la chimenea.

—No sé qué tengo esta noche, dijo esforzándose; me siento con los nérvios irritados. Voy á dejarte porque yo tambien necesito descansar. Mañana marchó y no volveré hasta el miércoles.

—Que no se alargue la ausencia mas de ese tiempo, dijo la baronesa con una dulzura de lenguaje y de acento que pocas veces abandonan las mugeres.

Salió Crístian sin contestar, porque temió no ser dueño de contenerse: la hipócrita caricia le habia despertado deseos de acabar de una vez y matarla sin piedad.

9.

Amor.—Sorpresa.

HAN pasado veinte y cuatro horas. De madrugada se había ausentado el baron, como igualmente sus huéspedes, escepto Gerfaut y el artista. El día se arrastraba lento, fastidioso, monótono; la frialdad general incitaba al aislamiento al corto número de personas que habían quedado en el castillo. Alina estaba picada con su cuñada desde la conversacion del gabinete: la señorita de Corandeuil, ocupadísima con cuidar á su dogo, apenas se había detenido en la mesa;

Marillac que se estaba atracando de té, no se habia atrevido á presentar su faz lívida con los escesos de la víspera, se fingia algo mas enfermo de lo que estaba en realidad, por retardar todo lo posible el momento de comparecer ante la señora de la casa, cuya severidad ecsigente y aristocrática temia con justo motivo.

Por último la señora de Bergenheim no se separaba de su tia y asi huia de quedarse sola con Octavio, á quien estas diferentes circunstancias favorecian. La ausencia de Cristian, léjos de ser para los amantes señal de libertad, los habia dividido algo, porque le parecia á Clemencia un rasgo de impudor usar mal de la mayor libertad que su marido la dejaba. Asi es que todo el dia estuvo mas sobre sí, por lo mismo que tenia mas frecuentes ocasiones; pero por la noche, cuando se retiró sola á su aposento, desapareció como el humo todo este rigor ficticio. Inflecsible se habia mostrado con él, mas su recuerdo la halló dulce y apasionada asi que se creyó resguardada de sus seducciones. Poniendo otra vez en práctica la capitulacion de conciencia que permitia á sus pensamientos, la línea oblicua, siempre que sus acciones permaneciesen fieles al camino derecho;

se recompensó por la honrada rigidez de su conducta con esas sabrosas faltas de imaginacion, sílfos pérfidos que coloran con las caricias de sus alas las frentes mas inocentes. Largo rato pasó pensando en Octavio, hablándole como si hubiera podido contestar, haciéndole mil confesiones á cual mas tiernas, obsequiando en fin en el mas rico santuario de su corazon al que desterraba de sus ojos.

Esta ecsaltacion fué luego desvaneciéndose. Desde por la mañana habia en la atmósfera esa pesadez eléctrica que causa una sensacion molesta á las organizaciones nerviosas. La tormenta, largo tiempo contenida, mujía entonces con violencia: retumbaba el trueno repetido por los infinitos ecos de las montañas; sacudia la lluvia sin descanso las ventanas: á cada instante, alguna ráfaga de viento, arrancaba lastimeros chirridos á las veletas de los tejados, á las persianas mal cerradas, à todo lo que ofrecia resistencia á su impulso aéreo. Otras veces, una bocanada mas penetrante se introducía en los corredores interiores recorriéndolos como una nota lúgubre en los tubos de un órgano gigantesco. El alma mas serena no hubiera podido escuchar

sin conmovirse aquellas voces extrañas que se lamentaban á mitad de la noche. La sensibilidad escesiva de la baronesa de Bergenheim mas aumentada por una lucha moral continúa, acabó de afectarse enteramente sin querer: tomaron sus pensamientos un giro melancólico en armonía con la tristeza de la tempestad, y se desvanecieron los dorados sueños de su mente reemplazándolos un abatimiento sombrío.

En estos accesos de desaliento que iban haciéndose frecuentes, una mirada desencantada la mostraba los abismos que en otras ocasiones no queria ver ó que por lo menos creia superables. Mientras que, luchando de buena fé, habia mirado á Octavio como á un adversario, le habia tenido delante de sí, dándole suficiente ocupacion para distraerla de que volviera sobre sí; pero desde que se fuera á él como quien se pasa al enemigo, y su alma habia tomado el partido del amante contra el marido, ya era este quien se la aparecia dando al traste con sus fuerzas, porque se juzgaba débil, culpable, vencida antes de combatir. Cuando pensaba en su esposo que podia repelerla con horror en la sociedad, que nunca perdona á la que el marido lanza su ana-

*

tema, un sudor frio circulaba por sus mórbidos miembros, porque ella solo por él conservaba su dignidad. Si á él le placia retirarle su brazo, caia de los honores de su posicion, sin que ningun poder humano fuera bastante á levantarla. El mundo cierra sus salones á la esposa proscrita y une á la sentencia del marido otra maldicion mas terrible tal vez porque no hay cielo sereno, ni brisa indulgente, ni manos protectoras para las pobres criminales. La mas humilde en su falta halla siempre mil pies obcecados que la pisoteen, mil gusanos impuros que la empapan con su veneno.

Una vez caida de la esfera de la ilusion á la de la realidad, la señora de Bergenheim se hería á cada paso. El mas amargo desaliento se apoderaba de ella al pensar en la imposibilidad de la dicha á que la condenaba una deplorable fatalidad. Su casamiento y su amor se disputaban su ecsistencia, impotentes ambos para conquistarla entera, hábiles no mas que para herirse mutuamente. El matrimonio hacia un crimen del amor: éste un tormento del matrimonio. Veíase arrastrada por su cadena, sin virtud para llevarla, sin audacia para romperla y no co-

lumbraba para su doloroso camino término honroso á la par que dulce. Su eleccion estaba entre dos abismos; la vergüenza en la ternura, en la virtud desesperacion.

En medio de sus ardientes meditaciones, habian pasado las horas velozmente, marcaba el reloj mas de media noche y la infeliz Clemencia creyó que ya era tiempo de buscar el sueño que se obstinaba en huir de ella. En vez de llamar á su doncella, cuya presencia importunaba esa necesidad de estar solos que el amor inspira, dirigióse á la biblioteca á buscar algun libro que hiciese de narcótico. Al abrir la puerta del gabinete vió relucir en el suelo un objeto brillante como una piedra preciosa y que se figuró seria alguno de sus anillos; pero con bajarse se convenció de su error; era un alfiler de rubies, montado en una chapita de oro esmaltado. A la primera ojeada recordó que pertenecia al señor de Gerfaut; se le habia visto muchas veces en la corbata, porque las mugeres escudriñan siempre cuanto tiene relacion con sus amantes. Cogió el alfiler y se retiró á su aposento con una precipitacion muy parecida á una fuga.

En un momento agotó su imaginacion mil conjeturas contradictorias para esplicar el hallazgo de aquel objeto y en aquel paraje. Sin duda habia entrado Octavio: ¿luego Octavio podia penetrar á su placer en aquel santuario, y lo que habia hecho una vez quien le quitaba el repetirlo? En este concepto estaba á su discrecion, ¿y si se le antojaba venir aprovechando la ausencia de Cristian? El terror de esta idea disipó como un baño de hielo la embriaguez de sus pensamientos; porque, como casi todas las mugeres, tenía algo mas de valor en sueños que en accion, y si el espíritu se complacia alguna vez animando su pasion con incidentes romancescos y peligrosos, llegada la crisis la encontraba trémula y enervada. Un momento antes evocaba la imagen de Octavie y la sentaba amorosamente á su lado, pero la realizacion de este deseo, la asustó luego que le creyó posible, y ya solo pensó en sustraerse á él.

La idea de la puerta del corredor secreto fué un rayo de luz: se acordó de que esta puerta no solia estar cerrada, por estarlo siempre la de la biblioteca: sabia que Octavio tenia una llave de esta, y ya no tuvo que dudar por donde habia

penetrado. Concentrando todo su valor, se encaminó á la escalera con paso mal seguro y echó el cerrojo á la puerta con desesperada resolucion. Consumado este acto de defensa, volvió á su habitacion y se dejó caer sobre el divan como si aquella espedicion hubiera agotado sus fuerzas.

Poco á poco se fué calmando su emocion ec-sagerada: Clemencia respiró con mas desahogo y le pareció una niñería su terror cuando se juzgó libre del peligro; se propuso echar un buen sermón á Octavio para quitarle las ganas de repetir su tentativa; mas renunciò al leve placer de esta riña, pensando que para gozarla, necesitaba confesar el descubrimiento del alfiler y restituirle por consiguiente: siendo así que estaba firmemente decidida á guardarle para sí. Hacía tiempo que profesaba al tal alfiler una pasion de niño: la parecia la alhaja mas linda del mundo y fué irresistible la tentacion de apropiársela. El mas vivo placer se apoderó de ella con la idea de esta mala accion: rodeándose al cuelllo una corbatita de raso negro, clavó en ella el precioso rubí, despues de haberle besado mas devotamente que á una reliquia, y corrió á juzgar en el espejo del efecto de su hallazgo.

—Qué bonito está! cuánto me gusta! dijo; pero cómo haré para usarle sin que lo vean?

Antes de que esta dificultad estuviese resuelta, sonó un ligero ruido y la petrificó delante del espejo.

—Es él! pensó.

Y después de permanecer como absorta, se dirigió de puntillas hacia la escalera, escuchando con atencion.

Al pronto no oyó mas que el precipitado latir de su corazon, pero en seguida el mismo ruido se hizo sentir mas distinto. Retorciase el boton de la puerta de abajo para abrirle: el obstáculo imprevisto del cerrojo irritaba sin duda grandemente à la persona que queria entrar, por que insistió al fin con estrema violencia, pugnando por romper los goznes ó el pestillo.

La primera idea de la señora de Bergenheim fué refugiarse en su alcoba y encerrarse: la segunda le mostró el peligro de la ecsasperacion de Octavio y la desgracia que podria resultar si de fuera se percibia el menor ruido. No habia un minuto que perder en contemplaciones, y movida por una de esas resoluciones súbitas que la necesidad inspira à los caracteres mas tímidos,

bajó la jóven tímidamente la escalera y descorrió el cerrojo.

La puerta se abrió y se volvió à cerrar con la mayor precaucion. La lámpara de alabastro daba luz á los últimos escalones, pero los inferiores estaban en completa oscuridad, y con el corazon mas que con los ojos reconoció á Octavio: él tampoco divisaba apenas á la señora de Bergenheim, apoyada en el pasamano y temblando. Habia creído sorprender á Clemencia y la hallaba alerta: la idea del papel un tanto desleal que en aquel momento representaba, le agolpó á las mejillas el carmin de la vergüenza, y por un instante le quitó su aplomo habitual. Buscando en vano una frase triunfante, capaz de justificarle desde luego y conquistarle como un derecho lo que intentaba como delito, recurrió á un medio que se emplea á falta de elocuencia: se inclinó para hincar la rodilla apoderándose de una mano de su bella, y parecia que la violencia de sus sensaciones le impedia esplicarse de otro modo que con una adoracion silenciosa.

Al sentir la mano que estrechaba la suya retrocedió Clemencia, y dijo con sordo acento:

—Me causais horror!

—Horror! repitió él incorporándose.

—Sí: y digo poco, añadió Clemencia con una voz que efectivamente respiraba indignacion, debiera decir desprecio en vez de horror. Me habeis engañado diciéndome que me amabais, engañado indignamente!

—Eso dices cuando sabes que te adoro? exclamó con vehemencia: qué pruebas quieres de mi amor?

—Salid, salid al punto. Una prueba decis? Esta no mas, que salgais, yo os lo mando.

En lugar de obedecer, la asió en sus brazos á pesar de su resistencia.

—Todo menos eso, la dijo, mándame que me mate á tus pies y lo haré gustoso, pero no saldré.

La infeliz muger luchó por desasirse pero en vano.

—Oh! sois implacable, le dijo débilmente; pero os aborrezco; matadme.

Conmovióse Gerfaut del acento de angustia con que estas palabras fueron pronunciadas: la dejó en libertad; pero al retirar sus brazos, sintió que vacilaba y tuvo que sostenerla.

—Por qué me haces tanto mal? murmuró

la desgraciada con voz desfallecida y cayendo desmayada sobre el pecho de su amante.

Sostúbola este en sus brazos, y subió, no sin dificultad, por la estrecha escalera, depositándola sobre los almohadones del divan. Habia perdido enteramente el sentido y aun por la extrema palidez del rostro, hubiérasela podido dar por muerta, á no ser por un ligero estremecimiento que de vez en cuando agitaba sus miembros y daba margen á presagiar una crisis de nervios. Prestóla Octavio los auxilios que su situacion reclamaba como hombre familiarizado con los desmayos mugeriles. La doncella mas esperta no hubiera quitado mas pronto los corchetes y la corbatita que dificultaba la respiracion. A pesar de su ansiedad, no pudo reprimir una sonrisa al conocer su alfiler, que no esperaba hallar en el cuello de Clemencia despues de los hostiles aprestos con que fuera recibido. Arrodillado á sus pies la bañó con agua fria manos y sienes, y la hizo respirar un frasquillo de vinagre, que por acaso habia en el tocador.

Estas atenciones produjeron su efecto; se calmaron las convulsiones nerviosas, los dientes apretados permitieron el paso á un hálito mas i-

gual, y un ligero color animó el semblante de la baronesa. Abrió lánguidamente los ojos y los volvió á cerrar, como si la luz la ofendiera; tendiendo un brazo, rodeó el cuello de Octavio y así permaneció un breve espacio, respirando dulcemente y durmiendo en la apariencia con el mas pacífico sueño.

—Me regalas tu alfiler, verdad que sí? dijo de pronto, dirigiéndose maquinalmente á su amante.

—No es tuyo cuanto tengo! respondió él muy quedo, en tanto que elevaba los mas fervientes ruegos porque no despertase de su alucinamiento.

—Mio? prosiguió con voz débil y amorosa, vuelve á decir que me perteneces, que eres mi bien, mi ecsistencia.

—Ya no me echas? quieres que esté á tu lado? preguntó con dulce ironia.

—Quédate; sí, muy cerca, siempre!

Y se estrechó mas la distancia: pero el ardor con que contestó á este movimiento involuntario de ternura, fué demasiado vivo para que pudiese resistir el sueño de Clemencia. Se incorporó en su asiento, abrió los ojos y miró un instante

en derredor con silencioso asombro.

—Qué ha sucedido? dijo por fin, cómo es que estais aquí? Oh! esto es horrible; cruelmente castigais mi flaqueza.

Esta severidad súbita, despues de tanto abandono, tornó en irritacion el éstasis de Octavio.

—Vos sí, la respondió, vos sí que sois refinada en vuestra crueldad. A qué dejarme columbrar la dicha, si en seguida quereis arrancármela? Ya que solo en sueños me amais, por Dios, dormios otra vez y no despertéis. Me quedaré á vuestro lado, custodiando vuestro sueño. Hace un momento eran tan dulces vuestras palabras! Y ahora las desmentis?

—Pues qué he dicho? preguntó titubeando con inquieto rubor.

Pero estos síntomas que él creyó de mal agüero, acrecentaron su despecho: se levantó y respondió amargamente:

—Nada temais; no abusaré de las palabras que se os han escapado, por muy lisonjeras que me sean; deciais que me amabais, pero no lo creo: estais conmovida, sí, mas es de miedo, no de amor.

Clemencia se separó algun tanto y cruzando

los brazos sobre el pecho, le miró en silencio.

—Tan incompatibles os parecen esos dos sentimientos? dijo: sois el único que me inspira miedo; y á fé, que otros no se quejarían de eso.

Tenia tan irresistible gracia su acento y su mirada, que el mal humor de Gerfaut hubo de desvanecerse como el hielo al sol. Tornóse á hincar de rodillas, asió las manos de Clemencia y quiso estrecharlas; pero ella en vez de prestarse, quiso hacerle que se levantara.

—Me hallo tan bien á vuestros pies! dijo resistiéndose dulcemente para conservar su posición. Todo el mundo puede sentarse á vuestro lado: pero yo solo, yo, tengo el derecho de estar de rodillas. No me priveis de este derecho.

La baronesa de Bergenheim desprendió una mano y la levantó, estendiendo un dedo con ademán amenazador.

—Acordáos algo menos de vuestros derechos. Aconsejoos que me obedezcais y aprovechéis mi indulgencia que os permite sentaros á mi lado. Podría ser mas severa; y si os tratára como mereceis...

No le dejó tiempo para concluir. La precipitación con que se levantó, motivó una leve son-

risa, que mudò pronto otra llena de tristeza, al paso que Octavio se envanecía con su triunfo. Sin embargo, al mirar à Clemencia, no dejó de chocarle el sentimiento de amargura que sus rasgados ojos revelaban.

—Mucho me despreciais, dijo ella gravemente, cuando os habeis propasado á este paso! Y quién sabe si pensais mal de mí por esta misma flaqueza que no puedo ocultaros. Oh! peor que la muerte fuera si me despreciaseis porque os amo?

Cuando una muger, ahogando las lágrimas, prorrumpe en una queja que brota del corazón, no hay respuesta posible. Las súplicas, los juramentos son de hielo, y entonces quisiera uno poder morir para probar que es digno de amor. Oidas las palabras de Clemencia, contestó Gerfaut abatido:

—Cómo, he podido incurrir en esa cruda reprension?

Esta tristeza produjo mas efecto en la baronesa, que las protestas mas apasionadas.

—Perdonad, dijo, os he causado mucha pena, perdonadme, repito. Pero vos tambien habeis sido tan cruel! Qué no os amo? Y no son las

únicas excusas de mi conducta, la verdad, el exceso de mi ternura? Excusas débiles, y yo sé que no me justifican! pero al fin se me figura que soy menos culpable en ceder á un sentimiento estremado.

—Conque me amais?

—Oh! Dios mio! bien sabeis que no es mi culpa porque hartó he luchado! No me juzgueis con mucha severidad, Octavio, necesito vuestra estimacion porque, qué me quedará si me juzgais como yo me juzgo á mí propia? Ay! es muy triste mi situacion: cada prueba de afecto que de mí recibís, os dá derecho para respetarme menos.

—Por qué os complaceis en atormentarme, exclamó Gerfaut? Quién os dá derecho para suponerme ingrato ó insensato? respetaros menos porque me amais mas? hacerme impío con mi divinidad cuando escucha mis votos? No, Clemencia, no sé dividir en dos partes mi alma y separar el ardor de mis deseos de la veneracion que necesito tributaros: no reduzcais á tan miserables proporciones el sentimiento que me habeis inspirado. Cuando os llamo ángel y reina, son palabras de mi corazon, no de la memoria,

y si no estuvieran á merced de las profanaciones del vulgo, las habria inventado para vos, por que ellas solas espresan una débil idea de lo que sois á mis ojos. Puedes estar segura de que te amo respetuosa, apasionadamente y no extraño que estés incrédula porque no tengo palabras con que esplicarte lo que siento. Temes comprometer tu imperio haciéndome dichoso? Esa es una de las mentiras que el vulgo propala y de que se indignan los que saben amar. Tranquilízate: no romperé tu cadena porque la hallas dorada: los reyes se arrodillan para su consagración y se levantan luego que están coronados; pero yo si tu mano me corona, me quedaré de rodillas... de rodillas ahora y siempre!

Ya no le hizo levantar Clemencia porque la agradaba á sus pies.

—Si os digo que salgais, me obedecereis? dijo despues de una breve pausa.

Titubeó Octavio y la miró con ojos suplicantes.

—Obedeceré, dijo, pero tendreis valor para mandar?

Las miradas de entrambos se confundieron. La inquietud que se pintaba en los ojos de Oc-

tavio, daba nuevo realce á su elocuencia ordinaria, al paso que la determinacion que animára un instante á los de Clemencia, se iba estinguendo en una mirada lánguida y desarmada.

—Os permito quedaros hasta las doce y media, dijo echando una mirada al reloj.

Gerfaut, siguiendo la direccion de esta mirada, vió que apenas le concedia un cuarto de hora: sin embargo, era demasiado hábil para hacer la menor observacion, y sabia que el segundo cuarto de hora es mucho menos difícil de conseguir que el primero. Clemencia por su parte se arrepintió de su concesion apenas hecha; pero en vez de manifestar su inquietud creyó deber hacer alarde de indiferencia.

—Estoy segura, dijo, que os he parecido hoy muy caprichosa: pero teneis que perdonarme porque es achaque de familia. Ya sabeis el refran: *Capricho de Corandeuil!*

—Pues yo quiero que se diga: *Amor de Gerfaut!*

—Haceis bien en ser amable y decirme palabras dulces, porque las necesito esta noche. Me siento triste, abatida y me acosan los mas negros pensamientos. Yo creo que es culpa de la

tempestad. Son tan lúgubres los truenos! parecen mensajeros de desgracias.

—Siempre es la misma vuestra imaginacion, dijo él: sedienta de sensaciones tristes. Si empleais el mismo afan en ser dichosa que en crearos penas, nuestra vida seria un vergel. Qué importa la tempestad? Aun cuando parezca emblema, es acaso tan terrible? La nube es un vapor, el trueno un sonido y entrambos igualmente efimeros: solo es eterno el azul del firmamento que por un momento pueden oscurecer. El cielo es el amor. No crees como yo en su soberana inmortalidad?

—No habeis oido nada? dijo la señora de Bergenheim estremeciéndose y escuchando con terror.

—Nada. Qué ha sido?

—Temo que Justina baje: es insoportable con sus atenciones...

Se levantó y fué á mirar á la alcoba, cuyas puertas cerró con llave por via de precaucion.

—Justina está durmiendo, dijo Octavio: no me he arriesgado á venir hasta que ví apagada la luz de su habitacion.

—Dios mio! cómo me late el corazon! Y vos

*

sois la causa de estas palpitaciones que ahora siento á cualquier cosa. Se que ningun peligro corremos, que á estas horas nadie entrará, y sin embargo, me domina un terror vago. Dicen que hay mugeres que se avezan á este tormento y que saben ser culpables y estar tranquilas; pues bien, á veces sufro tanto que concibo el indigno deseo de ser como ellas. Mas ay! yo no se acostumbarme á lo malo, habia nacido para ser virtuosa.

Volvió la cabeza para ocultar el llanto que de sus ojos brotaba.

—Lloras? dijo con pasion el amante: oh! no me desesperes diciendo que mi amor te hace desgraciada.

—Desgraciada; sí, mucho! Y con todo no cambiaria esta desgracia por las mas espléndidas felicidades de otras. Esta desgracia es mi tesoro, mi vida. Ser amada por vos! pensar que ha habido un tiempo en que esta delicia hubiera sido legítima... Oh! qué fatalidad nos persigue, Octavio? Por qué hemos tardado tanto en conocernos? A veces sueño una cosa divina; que soy libre y que vos... triste de mí!

—Libre eres todavia: si me amas... Es la

lluvia que golpea en la ventana, continuó viendo la inquietud con que aplicaba el oído como si algún ruido inesplicable despertara de nuevo sus temores.

Escucharon un instante sin notar mas que los monótonos silbidos de la tormenta.

—Ser amada por vos y no avergonzarse! repuso cuando se hubo tranquilizado, mirándole con ardor; confesar vuestra ternura como la gloria de mi vida; vivir juntos siempre, ah! esta sería una de esas felicidades celestes que solo en sueño se ven...

—Sí, sueño, cuando estoy lejos de tí, pero cuando me ves á tus pies, cuando nuestros corazones laten á compás, no recuerdes para distraernos de la dicha presente, la imagen de lo que no está en nuestro poder. Piensas que no ecsisten lazos que puedan unirnos mas estrechamente. No soy tuyo? Y tú, que me hablas del don de tu alma como de un voto que no puede realizarse, no me la has dado ya entera?

—Sí, toda entera! respondió; y con justicia. No comprendo la vida sino desde el dia que la recibí de tus ojos: desde entonces he vivido y ahora pueda morir. Tú me has creado, y te amo.

— Recibióla en sus brazos adonde se habia refugiado para ocultar el rostro: apoyada así, permaneció un instante, pero se incorporó de pronto, asió la mano de Octavio y la apretó convulsivamente.

—Estoy perdida! dijo con voz tan débil como si estuviera moribunda.

Instintivamente siguió Octavio la direccion los de ojos de Clemencia que estaban fijos en la puerta vidriera. Una ondulacion casi imperceptible de la muselina que formaba el cortinaje fue cuanto pudo distinguir. En este instante un ruido casi imperceptible de pisadas, de rocé, de un pestillo corriéndose con la mas esquisita precaucion, se dejó oir y se abrió la puerta silenciosamente como si una sombra la pusiera en movimiento.

Quiso levantarse la desgraciada baronesa, pero le faltaron las fuerzas, cayó de rodillas y quedó prosternada à los pies de su amante. Sin detenerse á sostenerla este, se lanzó del divan y salió al encuentro de la aparicion con su puñal en la mano.

10.

El marido y el amante.

ERA Cristian que permanecía inmóvil en el umbral de la puerta, y por un momento el silencio fué grave y terrible. No se oía mas que los mugidos de la tempestad, cuya violencia acrecia, y un rumor vago, causado por el estremecimiento nervioso de la sorprendida esposa. Agitábase en el suelo y con sus dedos rechina-
ba la seda de los almohadones; pero á poco el ruido cesó, porque acabó de desmayarse y quedó tendida con la inmovilidad de la muerte. Sola-

mente hablaban los ojos de los dos hombres: los del marido fijos, pesados, implacables; los del amante rebosando audacia desesperada. Al cabo de un rato de mútua fascinacion, hizo el baron un moviento para entrar.

—Si dais un paso mas, sois muerto! dijo Gerfaut con un ronco acento y apretando fuertemente su puñal.

Tendió Cristian la mano, y con una mirada no mas, contestó á esta amenaza; pero era una mirada tan desdeñosa, tan imperativo el gesto, que menos temible hubiera parecido al amante un acero cruzado con el suyo. Avergonzado de su zozobra en presencia de aquella calma, guardóse Octavio su arma é imitó la actitud altiva de su enemigo.

—Venid, dijo este á media voz volviéndose.

Pero en lugar de imitarle, fijó Gerfaut los ojos en Clemencia. Tan profundo era su desmayo, que apenas se apercibía la respiracion, y se inclinó hácia ella movido por un impulso irresistible de lástima y de amor: mas al tiempo de cogerla en sus brazos para colocarla mas cómodamente, le detuvo la mano de Bergenheim. Ahogó Octavio el dolor de su corazon; y obede-

ciendo à la señal que le habia detenido, se incorporó diciendo con voz grave y resignada:

—Estoy á vuestra disposicion, caballero.

Cristian le señaló la puerta, invitándole á que pasase el primero: Gerfaut miró otra vez á Clemencia, y dijo con un tono casi suplicante:

—Habeis de dejarla asi? Fuera demasiada crueldad abandonarla en ese estado.

—No será crueldad, sino conmisericordia, contestó friamente Bergenheim: harto pronto despertará.

Oprimiósele el corazon à Octavio; pero sus facciones no revelaron cuanto sufría. Salió sin vacilar, y el marido le siguió sin dirigir ni siquiera una mirada á la infeliz que acababa de condenar, y que se quedó sola, tendida en el gabinete como en una tumba.

Bajaron los dos hombres la escalera de caracol, y se hallaron á oscuras á la puerta de la biblioteca: pero Cristian con una linterna sorda proporcionó luz suficiente para guiar los pasos. Atravesaron en silencio la galería de cuadros, el zaguan y subieron la escalera principal. Quien hubiera visto pasar á mitad de la noche aquellas dos sombras vacilantes y amarillentas, habria

presagiado involuntariamente alguna escena lúgubre en que cada uno debia representar un papel. Dante, siguiendo á Virgilio por las abrasadas sendas de la ciudad doliente, no marchaba con la frente mas pálida, con paso mas silencioso que Gerfaut guiado por su huésped á traves de los largos corredores del castillo. El otro le precedia con no menores precauciones; temiendo que el mas ligero rumor despertase á algun criado, contenia la respiracion, y se deslizaba como una sombra, ecsaminando con inquietud los rincones que atravesaban.

Sin tropezar con nada, sin y que nadie los sorprendiese, llegaron por fin al aposento del baron. Con la misma sangre fria que caracterizára su conducta exterior, cerró Cristian las puertas cuidadosamente, encendió un candelabro y se volvió en seguida á su adversario, menos sereno que él.

En las circunstancias que piden una resolucion rápida, en medio de esas crisis raras pero solemnes de la vida en que la mas breve reflexion es retardo inoportuno, en quese hace necesidad imperiosa la espontaneidad de accion, los hombres de genio poético tienen una desventaja

singular; la imaginacion, tan enérgica para las meditaciones de la soledad, es una enemiga fatal á veces, porque hay en esta facultad una expansion que malgasta una gran suma de fuerza vital; y esta riqueza de comprension, esta dilatacion escesiva de los poros del alma, empobrece su vigor, causa una especie de sudor fértil para concebir, pero enervante para obrar.

Desde el principio de esta escena, sufria Gerfaut los mas atroces tormentos; su imaginacion, en vez de penetrar en lo vivo de esta escena tan urgente, habia abarcado los espacios inconmensurables de un drama completo: en un instante habia devorado el pasado y el porvenir de su pasion, hasta el punto de olvidarse casi de lo presente. Su primera entrevista con Clemencia, los diversos incidentes de aquel año, tan fértil en recuerdos, los adelantos progresivos de su ternura, las mil conquistas preliminares, y por último; aquel dia tan deleitoso trocado en noche horrible, aquella muger de su corazon perdida para él y por su causa, aquel hombre á quien debia una cuenta de sangre; todas estas imágenes cruzaban por delante de sus ojos como las hojas secas que un huracan levanta y arrebat

en furiosas espirales.

El remordimiento, una compasion desesperada, presagio de catástrofes inevitables, penetraron en su pecho. Vió entonces bajo los mas odiosos colores el egoismo de su amor, y sus exigencias le parecieron la mas villana cobardia. Tuvo horror de sí propio, porque recordaba la postrer mirada de Clemencia al desmayarse, mirada de perdon y de amor, que le atravesára el corazon como un puñal. ¡Habia perdido á la muger que amaba, al ángel de sus adoraciones! Esta idea era el infierno. Llegó un momento en que apenas podia dominar su turbacion; asáltóle un vértigo á vista del abismo que él abriera y en que habia precipitado á lo que mas queria. Fué un movimiento de embriaguez horrible; el remordimiento le destrozaba. El latir de sus arterias, la crispacion de sus nervios, un temblor involuntario trastornaron su imaginacion impresionable.

Al lado de esta figura pàlida y agitada, la frente de Bergenheim permanecia helada y sombría, cual el cielo del norte. Era el comendador enfrente de don Juan, y en aquel momento el poeta era inferior al soldado, la in-

teligencia elevada era vencida por el hombre vulgar, el alma entusiasta por el temperamento prosaico pero inalterable.

Cuando las miradas de Bergenheim se cruzaron con las de Octavio, espresaban tan implacable venganza, rebosaban tal veneno de ópio, que este se estremeció como si le picara una víbora. En presencia de aquel esposo ultrajado, tan altivo de fisonomia y continente, conoció el amante la inferioridad de su propia actitud: mas acudió á su auxilio una invencion punzante de despecho y vanidad. Dominando con un esfuerzo sobrenatural la irresistible turbacion que se apoderara de él, dijo á sus nervios: no tembleis, y sus nervios se hicieron de hierro: á su corazon: calma tus latidos, y se petrificó su corazon. Dejó para mas despacio los remordimientos y el pesar, porque en aquel momento no le eran permitidas estas tristes espiaciones: le llamaba otro deber. Para ciertos ultrajes, no hay reparacion posible: una vez abierto el camino, hay que llegar hasta el fin: el perdon de una ofensa solo se halla en la tumba.

Sometióse Octavio á esta necesidad. Ahogó en su alma toda idea de flaqueza, y adoptó el

continente desdeñoso que era habitual en él. Devolvieron sus ojos la mirada de desafío mortal y tomó la palabra como hombre acostumbrado á dominar los sucesos de la vida y á no dejarse sojuzgar en ninguna ocasion.

—Ante todo, dijo, debo declararos bajo palabra de honor, que aquí hay un solo culpable y ese soy yo. La sombra siquiera de una reconvenccion dirigida à la señora baronesa, fuera de vuestra parte el ultraje mas injusto, el horror mas deplorable. A su pesar, sin ser autorizado de manera alguna, me he introducido en su habitacion. Acababa de entrar cuando habeis llegado. La necesidad me obliga à confesaros una pasion que es un ultraje para vos; dispuesto estoy á repararle con todas las satisfacciones posibles; pero si me entrego á vuestra discrecion en este punto, debo disculpar á la señora baronesa de todo lo que pudiera ofender su reputacion y virtud.

—De su reputacion, respondió Cristian, yo cuidaré, de su virtud...

No concluyó: pero harto decia el sarcasmo impreso en su rostro.

—Os juro, prosiguió Octavio conmovido,

que es tan pura como el sol; que jamas ha alen-
tado mi pasion en lo mas mínimo; que está tan
inocente de mi locura como pueden estarlo los
ángeles en el cielo.

Cristian dió por respuesta un desdeñoso mo-
vimiento de cabeza.

—Os digo que es inocente, inocente! Me ha
estraviado una pasion insensata; quise aprove-
char vuestra ausencia, y pluguiese al cielo que
hubierais sido testigo de toda nuestra conversa-
cion! ninguna duda abrigárais! Puede impedirse
á un hombre que penetre á la fuerza en el apo-
sento de una muger? puede...

—Basta, caballero, contestó el baron con
frialdad. Estais haciendo lo que cualquiera ha-
ria en el lugar vuestro; pero es superflua esta
discusion: dejad á esa muger el cuidado de dis-
culpase. Ahora estamos solos vos y yo.

—Cuando os protesto con mi honor...

—Señor mio, en tales casos no deshonra un
juramento falso. Yo tambien he sido soltero y sé
que todo es lícito contra un marido. Ea, acabe-
mos. Me considero insultado por vos y debeis
darme satisfaccion de este insulto.

Octavio hizo en silencio una señal afirmativa.

—Uno de nosotros debe morir, prosiguió Bergenheim apoyándose negligentemente en la piedra de la chimenea.

El amante inclinó la cabeza por segunda vez.

—Os he ofendido, dijo, á vos toca arreglar la satisfaccion que ecsigis.

—Una sola hay posible: la sangre no mas puede lavar el lodo: me habeis deshonrado y por eso me debeis vuestra vida. Si os favorece la suerte, quedareis libre de mí; libre de estorbos. Hay que tratar algunos puntos que desde luego podemos ventilar, si os parece.

Ofreció un sitio á Gerfaut y tomó otro para sí; sentáronse frente á frente, y con iguales apariencias de serenidad se dispusieron á su mortífera cuestion.

—Escuso repetiros, dijo Octavio, que me avengo de antemano á cuanto digais: armas, sitio, padrinos...

—Oid, interrumpió Bergenheim: hace un momento me hablásteis en favor de esa muger, por lo que llegué á suponer que no queriais perderla á los ojos del mundo: espero, pues, que acepteis la proposicion que voy á haceros. Un duelo ordinario entre nosotros, suscitaria sos-

pechas, conduciendo infaliblemente al descubrimiento de la verdad: entre un joven recibido en una casa y un marido, hay un motivo de duelo que salta al punto á los ojos. De cualquier modo que el nuestro terminase, el honor de esa muger quedaba en duda, y eso es precisamente lo que yo quiero evitar, porque lleva mi nombre.

—Esplicáos, respondió Octavio, no sabiendo á donde iria á parar su adversario.

—Sabeis, prosiguió Bergenheim con la misma impasibilidad, que hay un artículo de una ley que me daba derecho para mataros hace un momento: no lo he hecho por dos razones: un caballero usa de la espada, no del puñal, y vuestro cadáver me estorbaria.

—No estaba ahí el rio? interrumpió Gerfaut con sarcástica sonrisa.

Miróle Cristian fijamente y prosiguió en seguida con voz ligeramente alterada.

—En vez de usar de mi derecho, voy á esponder mi vida contra la vuestra. Es el mismo el peligro para mí que no os he insultado jamás, que para vos que me habeis hecho el ultrage mas sangriento con que puede un hombre manchar á otro. La partida ya es desigual, pero no

desconoceis que si una sola persona pudiera sospechar la razon de nuestro duelo, lo seria mil veces mas. Vos no aventurariais nada, al paso que yo, vivo ó muerto, quedaba públicamente deshonrado. Pero yo quiero jugar mi sangre, no mi honor.

—Si deseais un duelo sin testigos, consiento, tengo plena confianza en vuestra lealtad, y espero que hagais el mismo favor á la mia.

Cristian hizo una ligera inclinacion de cabeza y continuó:

—Es mas que un desafio sin testigos, porque es menester que el resultado pueda aparecer como casual: es el único medio de impedir el escándalo que temo. Oid, pues, lo que tengo que proponeros: sabeis que mañana hay una cacería de javalíes; cuando se coloquen los puestos, nos colocaremos entrambos en un sitio que conozco, fuera del alcance de los otros cazadores. Cuando los javalíes aparezcan, haremos fuego uno sobre otro á una señal convenida. De este modo, cualquiera que sea el desenlace, pasará por una de esas desgracias que son tan frecuentes en la caza.

—Muerto soy, pensó Gerfaut al ver que era

la escopeta el arma elegida por su adversario y recordando la extraordinaria destreza de que le habia visto dar pruebas.

Pero lejos de manifestar el mas leve temor, su continente se hizo mas arrogante.

—Me parece bien calculado ese género de combate, dijo; acepto, porque deseo tanto como vos que un secreto eterno cubra este malhadado lance.

—Puesto que no tenemos padrinos, prosiguió Bergenheim, debemos arreglarlo todo nosotros mismos con el mayor cuidado, porque es inconcebible, como las circunstancias mas fútiles pueden hacerse pruebas irrecusables. Yo fuí ultimamente individuo del jurado, y sentenciamos á un hombre sin otro indicio que el de un taco de fusil. Precabámoslo todo. El sitio de que hablo es un sendero estrecho, pero raso y en línea recta. El terreno es sumamente llano: va de norte á medio dia; de forma que á las ocho de la mañana tenemos el sol de lado, y por aquí ya no hay cuidado alguno. A orillas de un bosque hay un olmo viejo, y á cuarenta pasos el tronco de una encina; estos serán los sitios donde nos coloquemos: os parece distancia suficiente?

—Poco importa, mas ó menos lejos. A quemaropa si quereis.

—Mas cerca fuera imprudente. En una carceria no se colocan á menor distancia; cincuenta pasos con fusil es menos que quince con pistola. Este primer punto queda convenido. Permanecerémos cubiertos, aunque no es la costumbre: puede herir una bala en la cabeza en el sitio de la gorra, y si esta no estuviera atravesada tambien, podrian originarse sospechas, porque en el campo no se està con la cabeza descubierta.

De este modo continuó Bergenheim, entrando en una multitud de pormenores que atestiguaban la prevision singular con que habia calculado los menores incidentes posibles, en un suceso de esta especie. Octavio no pudo reprimir un sentimiento de admiracion en aquella pasion impasible y lucida á fuerza de energíá, que jugaba con los preparativos de la muerte como una doncella con las flores que deben ornar su cabeza un dia de baile. Vió comprometido su amor propio á mantenerse á la altura de este despegue de la vida y se puso á disentir artículo por artículo las proposiciones de su antagonista con una calma igual á la sangre fria de éste.

—Falta saber, dijo Cristian, quién hará fuego antes.

—Vos seguramente; sois el ofendido.

—Eso está en cuestion porque no puedo ser á un tiempo juez y parte. Debemos sujetarnos á la suerte.

—Os declaro que no tiro el primero, dijo Gerfaut.

—Tened presente que es un duelo à muerte y que son pueriles esas delicadezas. Convengamos en que el que obtenga la ventaja del tiro, se coloque á la orilla de la senda y espere la señal que dará el otro cuando aparezcan las reses.

Sacó una moneda y la echó al alto.

—Cara! dijo el amante obligado á hacer la voluntad de su adversario.

—La suerte os favorece, dijo Cristian: pero acordaos de que si á la señal que yo dé no disparais ó lo haceis al aire, usaré de mi derecho haciendo fuego. Sabeis que rara vez yerro el golpe.

Terminados estos preliminares, sacó el baron dos escopetas de caza, las cargó con bala, haciendo observar que eran de la misma longitud y calibre. Las encerró en seguida en un arma-

rió y quitó la llave ofreciéndosela á Gerfaut.

—No os haré tal injuria, dijo este.

—Realmente es inútil esta precaucion; mañana habeis de escoger. Ya que todo está resuelto, continuó con gravedad, tengo que hacer os una peticion, y os creo demasiado caballero para desecharla. Juradme que cualquiera que sea el resultado, guardareis el secreto mas inviolable. Ahora teneis mi honor á vuestra discrecion; de caballero á caballero os pido le respeteis.

—Si tengo la triste ventaja de sobrevivir, respondió Gerfaut, os hago con todo mi corazón el juramento que pedís. Yo tambien tengo una pregunta que haceros: suponiendo el caso contrario, cuáles son vuestras intenciones respecto á la señora baronesa.

—Mis intenciones! dijo Cristian reflexionando y como sorprendido y descontento: me estraña la pregunta: no os creo con derecho para dirigírmela.

—Singular es mi derecho, replicó el amante sonriendo amargamente; pero no por eso dejaré de usar de él. He destruido para siempre la dicha de esa muger, y si no puedo rescatar mi

falta, debo al menos, en cuanto de mí dependa, atenuar sus efectos. Dignaos contestarme: si muero mañana, cual será su suerte?

Guardó silencio Bergenheim, y bajó los ojos con ademan sombrío y pensativo.

—Escuchadme, continuó Gerfaut sumamente conmovido: no me creéis cuando os digo que no es culpable, y desespero de persuadiros, por que comprendo vuestra desconfianza. Sin embargo, esta será la última palabra que mis labios ecsalen, y sabéis que pueden creerse las palabras de un moribundo. Si mañana quedais vengado de mí, os suplico que os contentéis con esta espiacion. Ya veis como no me avergüenzo de imploraros y os lo pediria de rodillas. Sed humano con ella, no la... No es su perdon lo que de vos invoco, es lástima á su inccencia. Tratadla con dulzura. No la hagais demasiado infeliz.

Se paró porque le faltaba la voz, sentia sus ojos arrasados de lágrimas.

—Sé lo que debo hacer, contestó el baron con un acento tan duro como fuera tierno el de Gerfaut, soy su marido y en nadie reconozco, en vos menos que en ninguno, el derecho de mediar entre ella y yo.

—Preveo la suerte que la espera, repuso el amante conteniendo la indignación: no derramareis su sangre, porque sería una imprudencia, qué se diría? Pero la asesinareis lentamente, la hareis morir todos los días con nuevos tormentos para satisfacer vuestra sed de ciega venganza. Sois muy capaz de meditar cada progreso del tormento con tanta calma como poco há los pormenores de nuestro combate.

En vez de contestar, encendió Bergenheim una bugia para poner término á la discusión.

—Hasta mañana, dijo con tono glasial.

—Un momento, exclamó Gerfaut levantándose, me rehusais toda promesa de no agravar el sufrimiento de esa muger?

—No tengo nada que prometeros.

—Pues bien, entonces á mí toca protegerla, y lo haré á pesar vuestro.

—Callad, callad, ó si no, interrumpió el baron fuera de sí.

Octavio se inclinó sobre la mesa que los separaba y le miró un instante con los ojos del águila que va á caer sobre su presa.

—Habeis asesinado á Lambernier! dijo con voz tonante.

El baron retrocedió lleno de espanto.

—He sido testigo del crimen, prosiguió Gerfaut lentamente y recalcando cada palabra; voy á escribir mi declaracion y á enviársela á una persona de quien confio como de mí propio. Si muero mañana, le encargaré una mision que todos vuestros esfuerzos no le impedirán cumplir: observará todas vuestras acciones con vigilancia incesorable: será el protector de la señora baronesa, si olvidais que vuestro primer deber es protegerla. El dia que ábuseis con ella de vuestra posicion, el dia que diga, amparadme! este dia va mi declaracion al tribunal real de Nancy, y estad seguro de que la darán crédito. Además, el rio es una tumba indiscreta: muy pronto devolverá el cadáver que le confiasteis. Seréis encarcelado, juzgado, y sabeis cual es la pena del asesinato? trabajos perpetuos.

Al escuchar esto, Bergenheim se lanzó á la chimenea y arrancó de la vaina un cuchillo de monte.

Viéndole pronto á caer encima, Octavio se cruzó de brazos, y se contentó con decirle:

—Mirad que mi cadáver os estorbará; basta con uno.

Tiró el baron su arma con tal furia, que la hizo dos pedazos.

—Vos sí, dijo con voz trémula! vos sí que sois el verdadero asesino de Lambernier. Sabia este secreto de infamia, y su muerte ha sido involuntaria por mi parte.

—Poco importa la intencion ó la culpabilidad primordial. Se trata del hecho. No hay un jurado que deje de condenaros, y esto es lo que voy buscando, porque la sentencia os separará de vuestra esposa, y de este modo conseguirá ella verse libre de vos.

—No hablais con formalidad, dijo Cristian palideciendo, me habeis de delatar? un caballero! Sabeis que solo hay un nombre al nivel del de un cobarde, y es el de delator? Mi sentencia no deshonoraria tambien à esa muger por quien tanto os interesais?

Bajó la voz para pronunciar estas palabras, porque en su interior se avergonzó de usar semejante argumento, y mezclar el nombre de su muger en un debate en que se veia á merced de su adversario.

—Lo se todo, respondió este: yo tambien aprecio el honor de mi nombre, y con todo le a-

venturo. Hartos enemigos tengo que se darán por muy contentos con ultrajar mi memoria. La opinion pública me condenará, porque no verá mas que la accion, y la accion es odiosa, pero nadie sabrá los motivos que me obligan. Mas sentimiento tengo al pensar que otra persona puede sufrir con el golpe destinado á defenderla: pero estas razones deben ceder ante otra que no tiene réplica. Hay una cosa mas preciosa, mas necesaria que la opinion del mundo, y es, la paz de cada dia, la inviolabilidad del dolor, el derecho de vivir en fin: esto es lo que á falta de ventura quiero legar á la que la suerte puso bajo vuestra autoridad.

—Soy su marido, dijo Bergenheim con reconcentrado furor.

—Sí, sois su marido: la ley os ampara. Todos los poderes de la sociedad contribuirán á ayudaros á pulverizar á una muger indefensa. Y yo que la amo, como jamás habeis sabido amarla, no puedo hacer nada por ella. Viviendo, debo callar y someterme ante los derechos que os asisten; pero una vez muerto, no ecsisten para mí vuestras absurdas leyes: muerto, puedo anteponerme entre ella y vos, y lo haré. Supuesto

que para ampararla no me queda la eleccion de armas, no desecharé la única que se ofrece. Sí, para salvarla de vuestra venganza, tendré que recurrir á la vergüenza de una delacion, y os juro, vive Dios, que seré delator. Mancharé mi nombre con esta nota, recogeré esta piedra en el lodo: el lodo será para mí; pero para vos la piedra que os destrozará la cabeza.

—Esa es la salida de un cobarde! exclamó Cristian cayendo sobre un sitial.

Gerfaut le miró con calma, con la dominacion de una voluntad superior.

—Pocos insultos! uno de nosotros habrá cesado de vivir mañana. Y no olvideis lo que voy á deciros: si sucumbo, contentaos con mi desaparicion. Me someto á la muerte con gusto, pero ecsijo para ella libertad, paz y respeto. Pensadlo bien: al primer ultraje saldrá mi sombra de la tumba para preservarla del segundo, para abrir entre ella y vos un foso que nadie salta: el presidio.

11.

El billete.

CUANDO volvió del desmayo, perm aneció la señora de Bergenheim largo espacio aletargada sin poder percibir sus sensaciones sino de una manera muy confusa. Poco á poco se fueron iluminando algunos pensamientos en las tinieblas de su mente. Medio despierta para su desgracia, abrió los ojos y advirtió que estaba echada sin desnudarse: al mismo tiempo se le figuró que habia en su estancia luz mas viva que la ordinaria y por entre las cortinas columbró una som-

bra gigantesca. Se incorporó y vió distintamente un hombre sentado á la chimenea. Cuando reconoció á su marido, volvió Clemencia á caer sobre la almohada, tiritando de terror. Entonces lo recordó todo, la escena del gabinete se renovó en su memoria con todos sus pormenores. A punto estuvo de desmayarse por segunda vez, oyendo el ruido de los pasos de Cristian que hacían rechinar el suelo; por un instinto pueril, siguió con los ojos cerrados, esperando que la creyese dormida, pero su respiración anhelosa revelaba agitación y terror.

El baron la miró un instante en silencio, y describió las cortinas.

—No podeis pasar la noche así, dijo: son cerca de las tres. Desnudaos.

Estas palabras hicieron estremecer á Clemencia, y eso que nada tenían de duras. Sin responder, obedeció con docilidad maquinal; pero al levantarse, fuerza le fue apoyarse, por que sus piernas se negaban á sostenerla.

—No tengais miedo, dijo Bergenheim alejándose algunas pasos: mi presencia aquí no tiene el objeto de asustaros. Quiero solamente que se sepa que he pasado la noche en vuestra habi-

tacion, porque mi regreso pudiera despertar algunas sospechas. Ya sabeis que nuestra ternura no es mas que una comedia para uso de los criados.

La ligereza afectada de estas espresiones encerraba un sarcasmo que destrozó el alma de la esposa. Esperaba una esplosion de furor, no este desprecio tranquilo, y su orgullo ofendido le infundió algun valor.

—No merezco que me trateis de esa suerte, dijo; no me condeneis sin oirme.

—Nada os pregunto, respondió Crístian sentándose; desnudaos y dormid, si es que podeis. No hay necesidad de que mañana haga Justina comentarios sobre el desórden de los vestidos, ó la alteracion de vuestras facciones.

Mas esta vez en lugar de obedecer, le siguió ella y quiso hablarle. No pudo, y su misma conmocion la obligó á sentarse.

—Me tratais demasiado mal, Cristian, dijo por fin. No soy culpable, no lo soy tanto como suponeis, prosiguió bajando la cabeza.

La miró el baron atentamente, y respondió en seguida sin que su voz anunciase la mas leve alteracion.

—Debeis conocer que mi mayor deseo fuera poder ser convencido. Sé que las apariencias suelen ser engañosas, y no dudo que acertariais á esplicarme lo sucedido esta noche: hallóme, pues, dispuesto á creer en vuestra palabra. Juradme que no amais al señor de Gersaut.

—Lo juro, dijo la infeliz con voz débil y sin alzar los ojos.

El marido fué á cojer un crucifijo de plata colgado á la cabecera de la cama.

—Jurádmelo sobre este Cristo.

Pero en vano quiso ella levantar la mano que tenia como pegada al brazo del sitial.

—Lo juro, murmuró otra vez, pálida como la muerte.

Una risa salvage, que mas que risa parecia un graznido, se escapó á Cristian, y sin añadir una palabra fue á abrir el armario secreto, sacó el cofrecillo y se lo puso delante á su mujer. Quiso ella hacer un movimiento para asirle, pero no tuvo valor y se volvió hácia atrás para no caer.

—Perjura á vuestro marido y á vuestro Dios! dijo lentamente Bergenheim. Qué casta de mujer sois?

Clemencia no pudo articular un sonido: era tan penosa su respiracion que se asemejaba al estertor del moribundo: su cabeza despues de girar sobre el respaldo del sillón, sin hallar una postura menos dolorosa, remató por caérsele sobre el pecho, como una espiga tronchada por la lluvia.

—Si habeis leído esas cartas, murmuró así que hubo recobrado fuerza para hablar, habreis visto que no soy tan indigna como decís. Soy muy culpable... pero aun puedo ser perdonada,

En este momento, si Cristian hubiera estado dotado de la inteligencia que comprende los misterios del corazón, habria podido volver á anudar un vínculo prósimo á romperse: no sin duda porque hubiera debido esperar pingüe cosecha de cariño legítimo en el campo donde floreciera la zizaña del amor adúltero; pero si en lo sucesivo le era imposible crear una pasión que nunca sigue al matrimonio cuando no le ha motivado, podia al menos detener á Clemencia en la peligrosa pendiente, y armándose con los terribles escarmientos de una semi-falta, salvarla de caídas irreparables. Mas era demasiado vulgar para percibir las diferencias que se-

paran la flaqueza del crimen, y la embriaguez de un alma amante del envilecimiento de un carácter corrompido. Estaba persuadido de la culpabilidad de su muger: esta opinion sirvió de base á su conducta, y á ella se aferró con una tenacidad sorda á toda refutacion. Por eso escuchaba con terrible impasibilidad las razones con que Clemencia intentaba justificarse.

—Sé que he incurrido en vuestro ódio pero si supiérais lo que padezco, me perdonariais. Me dejásteis en Paris, muy jóven, sin esperiencia... hubiera debido combatir mejor; mas no sabeis que he gastado todas mis fuerzas en la luchá... Dígalo mi rostro, dígalo mi salud de un año acá: he envejecido mucho; pero no soy eso que llaman... una muger perdida. El os lo habrá dicho.

—Por supuesto, respondió Cristian con ironia, oh! es un caballero muy leal!

—No me creéis! no me creéis! replicó desesperada: pues leed esas cartas... las últimas. Ved si se escribe de esa suerte á una muger enteramente culpable.

Quiso tomar el paquete que su marido tenia en la mano; pero en vez de dárselo, lo arriójó á una bujía, y encendiéndolo lo tiró á la chimenea.

nea. Clemencia lanzó un grito y se precipitó á salvarle, pero el brazo de hierro de Cristian la sujetó en su asiento.

—No extraño que apreciárais esa correspondencia, dijo menos sereno que hasta entonces estuviera: pero sois mas tierna que prudente. Dejádme destruir un testimonio que os acusa. Sabéis que estas cartas han costado ya la vida á un hombre?

—La vida! exclamó la señora de Bergenheim fuera de sí y no comprendiendo el sentido de la espresion que aplicaba á su amante: pues matadme á mi tambien, porque miento en decir que me arrepiento. No me arrepiento, no: soy culpable, os he engañado. Le amo y os aborrezco, le amo... matadme! matadme!

Habiase prosternado y se arrastraba por el suelo golpeándole con la cabeza. Cristinan la levantó é hizo sentar á pesar de su resistencia y de las atroces convulsiones que la agitaban mientras pronunciaba estas últimas palabras con voz breve y ahogada, con toda la monotonia de la demencia:

—Le amo! matadme! le amo! matadme!

Este dolor era tan horrible que al fin hubo

de inspirar lástima al mismo Bergenheim.

—Habeis entendido mal, dijo, no es él quien ha muerto.

Quedóse inmóvil, muda, la infeliz. Separóse de él algun trecho, y de este modo siguieron largo rato; él con la frente apoyada en el mármol de la chimenea: ella recogida en el sillón y con el rostro cubierto con las manos; mas aislados uno de otro en la estancia nupcial que si los separara un mundo entero: solamente la péndola interrumpia el silencio y arrullaba con sus monótonas vibraciones la siniestra pesadilla de los esposos.

Un grito misterioso alteró de repente aquella escena triste y muda. Clemencia alzóse sobre la silla como si experimentara una conmoción galvánica; sus ojos desencajados se clavaron en los de su marido arrancado también de sus lúgubres reflexiones por este incidente inesperado. Hízola con la mano una señal imperiosa encomendando el silencio y entrambos se pusieron á escuchar con atención y ansiedad.

El mismo ruido sonó por segunda vez acompañado del choque de un cuerpo duro en uno de los vidrios.

—Es una señal, dijo Cristian en voz baja mirando á su muger. No ignorais lo que significa.

—Os juro que lo ignoro, respondió Clemencia palpitante.

—Yo os lo diré: está ahí y tiene algo que deciros, Levantaos y abrid.

—Abrir! dijo sobresaltada.

—Haced lo que os digo. Quereis que pase la noche debajo de los balcones para que le vea algun criado?

Movida por esta órden severa, se levantó. Bergenheim mudó de sitio la bujia, para que no se proyectasen las dos sombras en las cortinas. Clemencia se dirigió lentamente al balcon y apenas le hubo abierto cayó una bolsa al suelo.

—Cerrad ahora, dijo el baron.

Mientras su muger obedecia con docilidad pasiva, recogió la bolsa y sacó el siguiente billete.

«Os he perdido cuando hubiera querido morir por vos. De qué sirven ahora mis remordimientos? Toda mi sangre no enjugaria una sola de vuestras lágrimas. Tan horrible es nuestra situacion que tiemblo de hablaros de ella. Debo

deciros sin embargo la verdad por muy horrible que sea. No me maldigais, Clemencia: no me imputeis esa fatalidad que ecsige que os atormente otra vez. Dentro de pocas horas habré espiado las faltas de mi amor, ó vos sereis libre. Libre! Perdonad: conozco lo odioso de esta espresion, pero estoy demasiado turbado para hallar otra. Suceda lo que suceda debo ofreceros los únicos recursos de que me es lícito disponer. Si no habeis de volverme á ver, vivir con él fuera insoportable suplicio, porque me amais. En el caso contrario, me faltan las palabras. No encuentro espresiones para mis pensamientos, ni me atrevo á dirigiros súplicas ni consejos. Unicamente sé que mi ecsistencia os pertenece, que soy vuestro hasta la muerte, pero apenas tengo valor para depositar á vuestros pies la ofrenda de un destino tan triste ya y pronto acaso sangriento. Una necesidad fatal impone á veces acciones que la opinion condena: pero que el corazon absuelve, por que él solo puede comprenderlas. Pronto experimentareis la necesidad de gemir en libertad, y quiero aseguraros este doloroso derecho; no os indigneis por lo que voy á proponeros; harto á mi pesar lo hago. Todo el

dia os estará esperando una silla de posta detrás de la colina de Montegnny: una hoguera encendida en la montaña os avisará de su presencia. En poco tiempo se os puede conducir á Munich, á una casa de toda responsabilidad y respeto. Allí al menos os será lícito llorar; ay! mi corazón solo se destroza al pensar en la impotencia de mi ternura. Estrujando el escorpion sobre la herida donde ha inoculado su veneno, la cura; pero yo, ni con mi muerte puedo reparar el daño que os he causado. No tengo fuerza para continuar. Adios, Clemencia! Por la última vez quisiera repetirte que te amo y no me atrevo. No soy yo quien te ha perdido? La única palabra que me es lícita aun, es la que el criminal se atreve á dirigir á Dios con las rodillas y la frente apoyadas en el mármol del templo: Perdóname!»

Asi que hubo leído, pasó el baron la carta á su muger, sin decir una palabra y tornó á su actitud sombría y meditabunda.

—Veis lo que os pide? dijo despues de un largo intervalo, observando el estupor con que los ojos de Clemencia vagaban por el papel.

—Tan trastornada tengo la cabeza, contestó,

que no sé si comprendo. Qué dice de muerte?

Los labios de Cristian se fruncieron desdeñosamente.

—No habla de vos: á las mugeres no se las mata.

—Mueren sin necesidad de eso, replicó Clemencia, y no supo continuar, por que la petrificaban las miradas de su marido.

—Conque os vais á batir? exclamó por fin con un acento que no hay espresiones que puedan reproducir.

—Hola! lo habeis adivinado! repuso sonriendo con ironia: asombra vuestra inteligencia. Asi es la verdad. Ya veis como todos estamos en nuestro papel. La muger engaña al marido, el marido se bate con el amante, y el amante para terminar dignamente el drama, propone un rapto à la muger, porque ese es, y no otro, el fin de su carta con todas sus oratorias precauciones.

—Batiros! repitió levantándose con la energia que infunde la desesperacion. Batiros! y yo, yo, miserable de mí, tengo la culpa? Oh! pues si soy yo la que debe morir... Qué habeis hecho vos? y él no era libre para amarme? Yo soy la única culpable, la única que os ha ofendido, la

única á quien se debe castigar. Haced de mí lo que querais, encerradme en un convento, en un calabozo: traedme veneno y lo tomaré gustosa.

El baron soltó una carcajada sardónica.

—Mucho miedo teneis de que os le mate, dijo mirándola fijamente y cruzando los brazos.

—Tiemblo por vos, por todos tiemblo. Creeis que pueda yo vivir despues de haber hecho der-ramar sangre? Si necesitais una víctima aquí estoy yo... ó al menos empezad por mí. Pero por Dios decidme que es falso, que no vais á batiros.

—No olvideis que correis el albur de quedar libre; ya os lo dice él.

—Por piedad! murmuró Clemencia estremeciéndose de horror.

—Es lástima que haya sangre, verdad? prosiguió Bergenheim con implacable zumba: à no ser por eso, el adulterio fuera cosa divina. Seguro estoy de que os pareceré brutal y grosero en tomar tan apecho vuestro honor, cuando á vos...

—Por Dios!

—Silencio: tambien yo tengo que pedir os una gracia. Mientras viva sabré proteger vuestra reputacion aun á pesar vuestro; pero si muero, haced por conservarla vos. Contentaos con ha-

berme engañado, y no ultrajeis mi memoria. Ahora me doy el parabien de que no tengamos hijos: sufrirían demasiado y me vería en la dura precision de privaros de su tutela. Pero como llevais mi nombre y no puedo quitárosle, ruegos que no le revolqueis por el lodo cuando yo no pueda estar para lavarle.

La pobre muger no pudo resistir á palabras tan crueles, y cayó rendida como si todas las fibras desu cuerpo se hubieran roto sucesivamente.

—Cómo me martirizais! dijo entre dientes.

—Os ecsasperais muy pronto, continuó el marido quien para su venganza no titubeaba en elegir los dardos mas acerados; sois jóven, es el primer paso, y aun no estais acostumbrada á este género de aventuras. Oh! no temais; á todo se acostumbra uno. Un amante tiene siempre de repuesto frases bellísimas para consolar á una viuda y vencer sus repugnancias. Ya ha dado principio en su cartíta. Si quedais libre, os hablará de Italia, de Inglaterra, de América... qué se yo! Os convencerá de que en todas partes se puede vivir: que si el crimen... oh! no, no dirá crimen, dirá pasion, amor oprimido... que si vuestra pasion está proscrita en Francia,

en cualquier otra parte puede llevar erguida la cabeza.

—Eso es matarme, murmuró la infeliz mujer cayendo medio desmayada.

Cristian se inclinó y la asió del brazo, atravesándola con los ojos.

—Tenedlo bien presente; si me mata mañana, y os insta para que le sigais, sereis una infame en obedecerle; porque él es muy hombre para hacer alarde de vos... oh! no hagais esos espavientos; se han visto ejemplares. Es muy capaz de llevaros en su comitiva como una cortesana!

—Aire... aire... yo fallezco.

Cerró Clemencia los ojos, débiles convulsiones agitaron sus lábios. Al verla escurrirse, sintióse por fin algo aplacada la crueldad vengativa que inspiraba al baron. Despues de torturar el alma sin piedad, un trastorno físico le hizo mella y casi le desarmó. Aquella muger inanimada, yerta por sus desprecios, suscitó una impresion parecida á un remordimiento, y la suministró algunos remedios casi con interés. Sin que ella hiciese el mas leve movimiento, la desnudó y la llevó á la cama. Conociendo el poco peligro

del ataque que no era mas que una atonia general causada por una serie de sensaciones estremas, la dejó asi que vió que volvía en sí y fué á ocupar su asiento de la chimenea. El resto de la noche pasó sin mas novedad. Viendo á aquel hombre sentado silencioso, con la frente reclinada en las manos y á pocos pasos aquella muger acostada, con toda la palidez y la inmovilidad de la muerte, antes se hubiera ocurrido la idea de una fúnebre velada que la de una entrevista conyugal. De vez en cuando el chasquido vago de la madera, alguna ráfaga lejana de la tormenta espirante ó un gemido ahogado procedente de la alcoba interrumpían el silencio débilmente. El compás de las horas repetido por el reloj del castillo tenía la misma espresion de tañido sepulcral. Las bujías despues de prender sus gargantillas de papel, acababan de consumirse despidiendo fulgores desiguales y vacilantes, como los de los cirios que cercan un ataúd, y sin que Cristian pensase en renovarlas. A poco rato dejaron de hacer falta, pues empezaron á penetrar por las persianas rayos blanquecinos y todo anunció la venida de la aurora.

12.

Disposiciones de Gersaut.

Los primeros destellos de la mañana alumbraban en aquel momento otra escena en el ala opuesta del castillo. Bajo las cortinas verdes de su alcoba dormía Marillac con el sueño mas pacífico que imaginarse puede: cuando sintió que le despertaba bruscamente una sacudida que por poco le echa fuera de la cama.

—Anda con mil demonios, dijo enojado cuando le fué posible distinguir á su amigo Gersaut.

—Levántate, repuso este tirándole del brazo para dar mas fuerza á la intimacion.

El artista se envolvió mas en las sábanas.

—Eres sonámbulo? te has vuelto loco... ó quieres hacerme escribir, añadió viendo que su amigo tenia papeles en la mano. Ya sabes que en ayunas no tengo talento; hasta medio dia soy un estúpido.

—Levántate al momento, replicó Gerfaut, tengo que hablarte.

Era tan grave, tanapremiante el acento conque estas palabras fueron pronunciadas, que Marillac, sin discutir mas, se levantó y empezó á vestirse à toda prisa.

—Qué ocurre? preguntó endosándose la bata: parece que va á representarse el quinto acto de un melodrama.

—Ponte una levita y botas, dijo Octavio: tienes que ir á la Halconeria. Nadie se estrañará de verte salir, porque lo haces todas las mañanas...

—A esa pastorcilla me envias? pues á la cama me vuelvo. Basta de bucólicas.

—Dentro de media hora me voy á batir con Bergenheim, dijo Gerfaut á media voz.

—Hombre! exclamó Marillac retrocediendo

dos pasos y quedándose inmóvil como una estatua.

Sin perder el tiempo en esplicaciones superfluas, su amigo le contó en breves palabras los sucesos de aquella noche.

—Ahora, dijo, necesito de tí: puedo confiar en tu amistad?

—En vida y en muerte! respondió Marillac, y le apretó la mano con esa conmoción que el mas valiente sufre en presencia del peligro que amenaza á una persona querida.

—Esto, prosiguió Gerfaut, entregándole uno de los papeles, es una nota para tí, donde encontrarás todas mis instrucciones; te servirá para obrar segun las circunstancias. Presentarás este pliego en el tribunal de Nancy en el caso previsto y explicado por la nota que te he dado. Por último, estotro es mi testamento: no tengo parientes muy inmediatos, y asi tú eres mi heredero universal.

—Académico quiero ser si acepto semejante herencia! interrumpió el artista contristado, y apartó la cabeza para ocultar un arranque de sensibilidad.

—Atiéndeme; como no conozco otro mas

hombre de bien que tú, á tí te he preferido. Además este legado no es otra cosa que un fideicomiso. Te estoy hablando en la suposición de sucesos que probablemente no se realizarán, pero que debo precaver. Ignoro las consecuencias que este lance puede tener sobre la suerte de Clemencia; su tia, que es muy austera, puede enojarse con ella y privarla de su herencia: no creo que su fortuna propia sea considerable y no conozco las cláusulas de su contrato de boda. Puede, pues, hallarse á merced de su marido, y esto es precisamente lo que yo quiero evitar. Mi fortuna es un depósito que tendrás siempre á su disposición, y confío en que me ama lo suficiente para no desechar un obsequio santificado con mi muerte.

—Enhorabuena! dijo Marillac: te confieso que la idea de heredarte me apretaba el pezcuzo como un nudo escurridizo.

—Ruégote no obstante, que aceptes mis derechos de autor. Y esto no lo puedes rehusar, porque este legado es cosa del arte. ¿Y á quien quieres que prefiera sino á tí, mi buen amigo, mi fiel colaborador?

El artista dió varias vueltas por al aposento

con ademanes muy agitados.

—Me alegraría, exclamó, que todos los dramas y todas las comedias presentes y futuras estuviesen sepultadas en lo mas hondo del Sena, y que este duelo no se llevase á cabo. En fin, en caso de desgracia acepto la oferta, y consagraré el producto á hacer una edicion completa y lujosa de todas tus obras.

Gerfaut le paró á la mitad de su paseo y le apretó la mano sonriéndose.

—Escelente amigo! dijo, todavia crees en la gloria. Maldito el caso que yo hacia de la mia; y sin embargo te agradezco la idea. Si realizas esa buena obra de hacer una edicion completa pon á la cabeza el retrato que me hizo Deveria. Los otros dos son horribles, y no quiero que la posteridad vaya á figurarse que yo era algun monstruo.

La ironia de estas palabras redobló la conmocion y tristeza de Marillac.

—Que yo le haya salvado la vida á ese vándalo de Bergenheim! Si te mata, no me lo perdonaré jamás. Bien te habia yo dicho, que esto acabaria de un modo trágico.

—Donde las dan las toman! No es verdad?

Qué quieres? corriamos en pos de un drama y ya lo hemos alcanzado. No lo siento por mí, sino por ella. Desdichada! las fuerzas me faltan. Pero el dia aclara y no hay un momento que perder. Baja à las cuadras, ensilla tú mismo un caballo sino hay algun criado: vas à la Halconeria, pides una silla de posta y la tienes todo el dia detras de la colina de Montigny: para lo demas me refiero à la nota. Toma mi bolsillo: yo no necesito dinero.

Guardó Marillac el bolsillo y los papeles; se abrochó la levita y se encasquetó una gorra de camino. Su continente conmovido al par que determinado, anunciaba un estado de ecsaltacion que desdeñaba por el pronto las pacíficas teorías que en otras ocasiones espusiera.

—Cuenta conmigo como si fueras tú propio, dijo con energia. Si esa contristada señora va à afrojarse en mis brazos, te prometo servirla fielmente de escudero. La conduciré à donde quiera, à la China si se le antoja. Y si Bergenheim te mata y corre tras ella, nos veremos las caras.

Al mismo tiempo cogió de encima de la chimenea su célebre puñalito y un par de pistolas guardándolos sucesivamente: despues de echa-

minar la punta del uno y los pistones de las otras.

—Adios! dijo Gerfaut.

—Adios! repitió el artista cuya agitacion estremada contrastaba con la calma de su amigo.

—Descuida, respondo de ella... y haré la edicion completa. Pero, hombre, haber admitido un duelo tan atroz!

—Despáchate: es preciso que salgas antes que los criados se levanten.

—Abrázame, querido amigo, prosiguió Marillac llorando: no es de hombres lo que estoy haciendo, pero no lo puedo remèdiar... oh! las mugeres! las mugeres! mucho las quiero, pero en este instante soy un Neron, y quisiera que todas ellas no tuviesen mas que una cabeza. Hacernos matar por esas muñecas!

—Puedes maldecirlas andando! repuso Octavio impaciente.

—Tienes razon. Pueden estar seguras de que ahora las aborrezco... Y nuestro drama? Un drama tan magnífico!

—No hagas ruido, dijo su amigo abriendo la puerta con precaucion.

Marillac tornó á apretarle la mano y salió: al extremo del corredor se detuvo y volvió atrás.

—Sobre todo, dijo asomando la cabeza, cuidado con andarse en tonterías. Ten presente que uno de los dos ha de quedar en la estacada, y que si le yerras, él no te perdonará. Apunta bien y fuego como si fuera una liebre!

Después de esta amonestación, se alejó, y diez minutos después le vió Gerfaut salir á escape, deshaciendo á espolazos los hijares de Berwerley.



43.

El duelo.

ILUMINABA el castillo el sol mas esplendente que puede dorar un hermoso dia de Setiembre. En derredor el valle, lavado por la tempestad, se ostentaba fresco y risueño como una vírgen que sale del baño. Parecian sus rocas una diadema de plata que ceñia su frente; los bosques, un manto verde tendido sobre sus hombros. Algunos bueyes de la especie vigorosa que pinta Brassat, animaban acá y acullá las praderas con sus grupos rumiadores; secaban las aves en las

cimas de los árboles sus alas empapadas por la lluvia; y los susurros del follage, se confundían con los graves mugidos que resonaban en la llanura.

Un movimiento extraordinario se notaba en los patios del castillo. Iban y venían con afán los criados, en tanto que los perros atraillados, ejecutaban un concierto de ladrídos desordenados y los caballos por presentimiento instintivo, pían con ardor y pugnaban por arrancar sus bridas de manos de los palafreneros. Mas allá, una cuadrilla de aldeanos, armados de largas estacas, bebía alegremente el trago de la madrugada á la salud del señor; en un rincón jugaban los muchachos preparándose para los placeres de la caza de javalíes. La señal de la partida puso en movimiento á toda aquella muchedumbre impaciente y bulliciosa. Los ojeadores tomaron por un lado; los perros se adelantaron por otro y una pequeña partida de cazadores, compuesta sobre poco mas ó menos de las mismas personas que ya hemos puesto en escena, apareció guiada por el dueño del castillo. Montaron unos los caballos que los esperaban, y el resto ocupó un carro descubierto, de muchos bancos. A este

tiempo la rosada faz de Alina asomó en un balcón y en otro piso el magestuoso semblante de la señorita de Corandeuil quien no se desdenó de desear á los cazadores feliz jornada. Despues de saludar galantemente á las dos señoras, salió la cavalgata del castillo al compás de los alegres sonos de la bocina.

Clavado el baron en su silla, con la actitud marcial que solia, la escopeta á la espalda y un cigarro en la boca, iba de unos á otros, hablando á todos con un tono chancero que ocultaba sus secretos pensamientos. Pero aunque habia podido vencerse para burlar la mirada mas perspicaz, no asi consiguiera disimular del todo las huellas que dejan en el rostro las pasiones violentas: estaba mucho mas pálido que de ordinario, y se veian las señales de dos noches de insomnio doloroso. Gerfaut no se descuidara tampoco en aparentar esa serenidad impasible que guarda los secretos del alma, pero no con tan buen écsito. Su afectado regocijo descubria una violencia continua: la sonrisa que fruncian sus lábios dejaba frio el resto de la cara y no desplegaba jamas una arruga profunda socavada entre las cejas.

Un incidente, tristemente deseado, pero inesperado, acrecentó esta espresion apesurada y melancólica. Al pasar la cavalgata por delante del jardin inglés que separaba el paseo de plátanos del ala del castillo habitada por la baronesa de Bergenheim, aflojó Octavio el paso de su cabalgadura y se quedó detrás de sus compañeros: interrogaron sus ojos, con miradas ávidas y sombrías, todos los balcones de la fachada; las persianas de la alcoba estaban no mas que entornadas: vió ondular las cortinas y separarse despues. Un rostro pálido asomó un momento como la cabeza de un ángel, Gerfaut se levantó sobre los estribos para contemplar mas tiempo aquella aparicion que comenzaba á ocultar un grupo de árboles, pero no se atrevió á dirigir la mas leve señal de despedida á la que acaso veia por la vez postrera. Aclarados los árboles, distinguió de nuevo la figura de Clemencia, inmóvil, apoyada la frente en el balcon y fijos en él los ojos: un nuevo obstáculo se la volvió á ocultar, y se disponia á retroceder para disfrutar aun de la dolorosa dicha de su última mirada, cuando halló á su lado al baron que le observaba.

—Haced mejor el papel, le dijo: estamos rodeados de espías; Camier ha dicho ya algo de vuestra tristeza.

—Teneis razon, respondió Octavio, y unís el ejemplo al consejo. Admiro vuestra calma, pero desespero de igualarla.

—Es menester alternar en la conversacion con ellos, prosiguió Cristian. Despues del lance, se comentarán nuestras acciones mas indiferentes, si se concibe alguna sospecha. Ved que el honor de esa muger pende de nuestra prudencia.

Partió al trote y le siguió Gerfaut ahogando un suspiro, y despues de lanzar la mirada postrera hácia el castillo. Poco tardaron en alcanzar el carro que conducia á una buena parte de los cazadores, y guiado por el señor de Camier.

—Gran noticia, señores! dijo Bergenheim acomodándose al paso del carruage. El vizconde se compromete á hacer una poesía en honor del que mate el primer javalí. No es verdad, Gerfaut?

—Seguramente, contestó éste en el mismo tono: y se me figura que habeis de ser vos el héroe.

—Capaz sois de ello, baron, dijo el hidalgo viejo levantándose el cuello de la blusa para res-

guardarse las orejas de un airecillo picante: ya apostaba yo que no resistiriais á la tentacion y que dejariais colgado el viaje del Epinal.

—Hoy estais muy poco galante, interrumpió el procurador del rey: no os acordais de que el baron tenia, para acelerar su regreso, razones mas poderosas que todos los javalíes de los Vosges.

—Vive Dios que jamás se me ocurriria el establecer sombra de comparacion entre la señora de Bergenheim y un javalí; repuso el señor de Camier mal dispuesto á recibir de su vecino una leccion de amabilidad: soy adorador demasiado conocido de mi señora la baronesa, y de esto no creo que se enoge el amigo Bergenheim. A mi edad ya no hay peligro. Pero en lo que no hay disputa, es en que teneis una muger bonitísima y amable.

—Encantadora! añadió el procurador del rey con énfasis.

—La señora baronesa es la perla de nuestras praderas, observó otro.

—Y podeis jactaros de ser un marido feliz.

—Creo lo mismo, respondió Cristian con la mayor naturalidad: soy absolutamente del mis-

mo modo de pensar, señores.

—Es un fenómeno! exclamó el señor de Camier: un marido satisfecho! Fortuna habeis tenido, porque al fin el matrimonio es una loteria donde los números gananciosos son algo raros; una muger buena es como acertar una cuaterna.

—Es una anguila en un saco de víboras, prosiguió otro con un tono de compasion capaz de hacer pensar que no le habia tocado á él la anguila.

—Señores, juzgais á las mugeres con demasiada severidad, observó Gerfaut haciendo un esfuerzo para tomar parte en la conversacion.

—Bravísimo, vizconde! dijo Bergenheim, me alegro, de veros animado de tan buenos sentimientos. Al fin hemos de casaros à ver si tropezais con alguna linda cuaterna.

El señor de Camier empujó con el codo al compañero inmediato.

—Apostára, dijo por lo bajo, que nuestro huesped anda tras el vizconde para su hermana Alina. Veis como le mima? No es saco de paja la muchacha.

—Creeis que él sea rico? respondió el magistrado en el mismo tono.

—Hum! hum! que se yo? Dicen que gana mucho dinero con sus obras... porque estos son los únicos que en el dia hacen negocios.

—Efectivamente están muy amigos; añadió el procurador del rey, quien, lo mismo que su amigo, no penetraba la comedia que aquellos dos hombres representaban un momento antes de batirse á muerte.

—Qué diablos tienen los perros? exclamó Camier de repente volviéndose al baron que se quedaba atrás. Se lanzan todos hácia el rio. Los habeis aficionado á la pesca?

Los perros en efecto se precipitaban en maza hácia el rio, á pesar de los esfuerzos que su conductor hacia para detenerlos. Desaparecieron todos entre los sauces, y oyóseles á poco ahullar á porfia.

—Habrán venteado algun ánade, observó el procurador del rey.

—No echarian esa voz, dijo el señor de Camier con la sagacidad de un cazador de profesion: ni por un lobo armarian ese estruendo. Si habrá ido el javalí á tomar un baño para recibirnos con mas ceremonia?

Sacudió un vigoroso latigazo y partieron á ga-

lope los caballos, y la partida avanzó rápidamente hacia el teatro de una escena que comenzaba á escitar la curiosidad general. Antes de que llegaran, el perrero que habia corrido tras de la trailla, salió del bosque de sauces agitando su sombrero y gritando asustado:

—Un cuerpo! un cuerpo!

Qué será? qué no será? en esta duda, los cazadores echaron á correr ansiosos de satisfacer su curiosidad.

—Un cuerpo! un cuerpo ahogado! gritó otra vez el criado.

Incontinenti se levantó el procurador del rey y saltó del carro con la ligereza de un gamo.

—Un hombre ahogado! dijo, que nadie le toque! en nombre de la ley... que recojan esos perros.

Y como una ecsalacion se precipitó hacia aquel sitio que le señalaba el criado, seguido de todos los demas. Octavio y Bergenheim se habian flechado una mirada singular y fué tan viva la conmocion de este, que estuvo á pique de caer del caballo al apearse, y tardó en poder desenredar el pié del estribo. Al fin haciendo un esfuerzo violento, consiguió dominar su turba-

cion y seguir á sus compañeros mas sereno.

En la punta inferior de una especie de media luna cavada por la corriente, un sauce de considerable grosor redondeaba en forma de un quitasol sus flecsibles ramas. Este sítio habianlo circulado los perros ladrando con furor: algunos habian llegado á tirarse al agua intentando otro genero de ataque, pero asi que uno de ellos tenia la osadia de avanzar hasta las ramas del sauce, tocaba en seguida retirada dando señales de un terror mayor que fuera su cólera. Al fin consiguieron apasiguarlos los latigazos del picador, y los cazadores pudieron acercarse y divisar el objeto que tanto los alborotaba. Era en efecto el cadáver de un hombre ahogado, arrojado por la corriente contra el tronco del sauce al que habia quedado prendido por la cabeza. Hundidos los hombros en la arena, quedaba descubierta toda la parte superior del cuerpo, al paso que las piernas flotando en mas agua, seguian cada ondulacion sumergiéndose y apareciendo alternativamente.

—Es el carpintero! exclamó el señor de Camier apartando el follage para enterarse mejor de las facciones. No es cierto, Bergenheim, que

es ese pobre de Lambernier?

—Sin duda, murmuró Cristian, y á pesar de su firmeza no pudo menos de volver los ojos.

—El carpintero!.. ahogado!.. qué horror!.. no le hubiera conocido!.. qué desfigurado está! fué el grito general de todos los espectadores amontonados.

—Triste modo de burlar á la justicia; observó el notario echándola de filósofo.

El baron, que en medio de sus violentos esfuerzos para dominarse, conservaba la estraña presencia de ánimo que suele inspirar el peligro, aprovechó con afan esta coyuntura.

—Queriendo pasar el rio para salvarse, dijo, no habrá acertado con el vado, y por eso se ha ahogado.

El procurador del rey meneó la cabeza.

—No es eso probable, conozco los parages. Si hubiera tratado pasar el rio mas arriba ó mas abajo del vado, la corriente le hubiera conducido á la especie de ensenada que hay mas arriba de la roca y no aquí. Es evidente que ha debido ahogarse ó ser ahogado mas abajo.

Y digo ser ahogado, porque no se os escapará la herida que tiene en una sien, resultado de

algun golpe ó del choque con un cuerpo duro. Si se hubiera ahogado casualmente no tendria esa herida.

Esta observacion hecha con la perspicacia que dá la práctica criminal, dejó mudo al baron, mientras que cada cual se deshacía en congeturas para esplicar el lance; él quedó inmóvil, clavados los nublados ojos en el rio y evitando mirar al cadáver que le horrorizaba. En el ínterin, el procurador del rey sacó plumas, papel y tintero, armas de su oficio que llevaba siempre por precaucion.

—Señores, dijo sentándose sobre una rama horizontal del sauce, dos de los presentes tendrán la bondad de servirme de testigos y declare cualquiera lo que sepa.

Nadie se movió, pero Gerfaut lanzó al baron tan penetrante mirada que le hizo bajar los ojos á su pesar.

—Pero, señores, prosiguió el magistrado, por eso no renunciéis á los placeres de la caza. Este espectáculo es poco atractivo, y os juro que si el deber no me detuviese, seria el primero en escapar. Baron, hacedme el obsequio de poner á mi disposicion dos hombres que conduzcan el

cadáver á alguna granja para no asustar á las señoras.

—Tiene razon el señor procurador del rey, dijo Cristian, este espectáculo es horrible: los jabalíes nos distraerán.

No necesitaron de muchas instancias los cazadores, echaron á andar, místios y silenciosos, hácia el punto de reunion, pero su mal talante desapareció al oir la noticia de que estaba enjaulado un jabalí.

Despues de una deliberacion precedida por el señor de Camier, marcharon en silencio los ojeadores y los perros á cercar el sitio en que se suponía á la res. Los cazadores tomaron por el lado opuesto y á medida que llegaban á la linea donde debian apostarse, se separaba uno del grupo quedando inmóvil y mudo, como un centinela de puesto avanzado. Esta maniobra redujo por fin á tres personas el grupo.

—Quedaos aquí, Camier, dijo el baron cuando se alejaron unos sesenta pasos del último cazador apostado.

El otro conocia el terreno y no le agradó gran cosa la proposicion.

—Ya que estais en vuestra casa, dijo, debié-

rais hacernos los honores, dejándonos elegir los puestos. Quereis colocaros en la entrada del bosque porque por allí suele desembocar la res: pero serémos dos porque me voy con vos.

Esta determinacion enojó á Cristian, porque estorbaba su plan tan prudentemente combinado.

—Destinaba ese puesto á nuestro amigo Gerfaut, dijo acercándose al oido del viejo: quisiera que tuviese ocasion de tirar. Un jabalí mas ó menos qué le importa á un cazador como vos?

—Enhorabuena, como gustéis, replicó Camier picado.

Cuando quedaron solo los adversarios, trocóse la espresion del rostro de Bergenheim: el aspecto risueño que aparentàra para convencer á su amigo, se convirtió en sombría gravedad.

—Ya os acordareis de lo pactado, dijo andando; se puede apostar á que el jabalí viene por nuestro lado. En tiempo oportuno gritaré; Fuera! eh! y esperaré que dispareis: si pasados veinte segundos, no lo habeis hecho, os prevengo que hago fuego.

—Está bien, respondió Gerfaut mirándole fijamente: tampoco habreis olvidado mis palabras; el descubrimiento de ese cadáver les dará

nueva fuerza. El procurador del rey está empezando el proceso: yo lo puedo concluir: mi declaración está en mano segura que hará uso de ella en caso de necesidad.

—Marillac, sin duda? repuso Cristian con acento siniestro: es vuestro confidente. Secreto fatal es el que le habeis confiado, señor mio. Si sobrevivo, tambien tendré que comprar su silencio. Caiga sobre vos toda la sangre presente y futura.

El amante inclinó la cabeza, abrumado en su interior por esta reconvencion.

—Este es mi puesto, dijo el baron parándose delante del tronco de encina; allí está el olmo donde vos debeis colocaros.

—Caballero, dijo Gerfaut conmovido; uno de nosotros no saldrá vivo de este bosque. A presencia de la muerte, se dice la verdad. Por vuestro reposo, por el mio, deseo que deis fé á mis palabras: os juro por mi honor y por lo mas sagrado que hay en el mundo que la señora baronesa de Bergenheim es inocente.

Saludó á Cristian y se alejó. Un momento despues estaba inmóvil delante del olmo que tenia designado. Algunos instantes reinó el silen-

cio mas profundo en toda la línea y en la espesura del bosque.

El débil susurro del viento, el canto de algunas alondras, y la caída de alguna rama seca, eran los únicos rumores que se percibían. Hay una sensacion viva, agradable en el espacio que precede al ataque de una caceria. Todos los cazadores registran el soto con ávidas miradas, los oídos escuchan con atencion codiciosa: no hay corazon que no acelere sus latidos á los primeros ahullidos de los perros: el hombre mas sereno aprieta el fusil, el mas apático siente deseos de que le caiga cerca la buena fortuna armada de colmillos que suelen desgarrar á los que favorece, pero tan gloriosa para el cazador victorioso. Esta vez la entrada de la caza produjo su efecto acostumbrado. Un estremecimiento eléctrico recorrió la línea de los tiradores al tiempo que comenzó á oirse el ahullido lejano de los perros. Cada cual dirigió una ojeada al mas inmediato, encomendando vigilante atencion y montó la escopeta para estar pronto á hacer fuego. Poco á poco fueron mas claros los ladridos y los ojeadores que removiendo el follage para levantar la res, armaban un estrépito mas horrísono todavia.

El cordon de exploradores se iba estrechando y aprisionando la res en menor recinto, para no dejarla otro camino de salvacion que una salida sobre la línea de tiradores donde reinaba el mas profundo silencio.

Fuera del alcance de los demas cazadores, estaban Bergenheim y Gerfaut de pie en sus puestos, mirándose uno á otro. A la distancia de cuarenta pasos que los separaba, cada cual veia á su adversario inmóvil como una estàtua. De repente sobresalió sobre el alboroto un tiro muy prócsimo; pocos segundos despues sonaron dos chasquidos, seguidos de una imprecacion del señor de Camier contra los pistones. El baron, que acababa de bajarse para distinguir mejor, se levantó haciendo una señal á Octavio para que estuviese preparado. Colocóse en seguida con el arma terciada en la mano derecha, perfilando y protegiendo con el doble cañon de la escopeta una línea perpendicular desde lo alto de la cabeza hasta la mitad del muslo.

Estremada indecision mostraba entonces la actitud de Gerfaut. Despues de montar la escopeta, la descansó con un ademan de abatimiento, como si le abandonára la resolucion de disparar.

La muerte no tiene una palidez mas horrible que la que cubrió su rostro. Resonaban con creciente energía los ahullidos de perros y de ojeadores á los cuales se unió á poco un rumor de otra naturaleza. Gruñidos sordos acompañados de fuertes chasquidos de ramage salieron del bosque frontero á los adversarios: el soto entero temblaba como si le agitara un huracan.

—Fuera! eh! gritó Bergenheim con voz firme.

En el momento mismo una cabeza enorme asomó entre la espesura y retumbó un tiro. Cuando miró Gerfaut á través del humo no vió mas que el follage mansamente agitado. El jabalí huía como una flecha, dejando en pos de sí un surco de ramas rotas, y Bergenheim estaba tendido al pie del tronco de la encina, salpicado ya por grandes gotas de sangre.

14.

Catástrofe.

AQUELLA misma mañana era teatro el salon de los retratos de una pacífica escena doméstica, bastante parecida á la que describimos al principio de esta historia. La señorita de Corandeuil sentada en un sitial inmenso, leia los periódicos recién llegados; Alina estudiaba una leccion de piano, y su cuñada bordaba cerca de su balcon. La actitud tranquila de aquellas tres mugeres, el interés conque cada una se dedicaba á su ocupacion, engañaba á primera vista. La baronesa

de Bergenheim estaba como siempre: contestaba á las preguntas que se le hacian y habia muy corta diferencia de su melancolia ordinaria. Participaba el semblante de la misteriosa discrecion de su continente y conducta: un carmin mas encendido realzaba su belleza: jamás sus ojos despidieron tan ardiente fulgor: pero su frente estaba empapada de sudor, efecto de los violentos esfuerzos que sobre sí propia hacia. La brillantez de su semblante no era animacion de vida ó frescura de juventud; era ese destello que acompaña siempre à la agonía de las mugeres bonitas; porque en medio del suntuoso salon, cerca de su familia, la señora de Bergenheim se estaba muriendo. Una fiebre activa como el veneno circulaba por sus venas, y disolvía uno tras otro todos los principios de la ecsistencia. Su cuerpo se aniquilaba en una atonia mortal, y su alma se estraviaba por los ásperos senderos del dolor.

Los tormentos se amontonaban en su corazon como las olas de arena que el viento levanta en el desierto; cada pensamiento era mas doloroso que el anterior, cada vision mas lúgubre, cada espanto mas horrible. Sabia que pendía sobre su

cabeza una desgracia inaudita, sin que fuera posible esfuerzo alguno para evitarla. La desesperacion la encadenaba al tajo del suplicio: esperaba el golpe con los ojos abiertos; veía la muerte antes de recibirla, y se ensangrentaba con el hacha que aun no le habia tocado.

En aquel momento el hombre á quien pertenecía, ó el que amaba, iban á morir: cualquiera que fuera su viudez adivinaba que no habia de durar mucho: jóven, bella, agasajada con todos los favores de la fortuna, la vida no la dejaba abierto mas camino que un lago de sangre; fuerza era bañarse los pies en ella para pasar adelante.

Toda muger que entrega su mano sin su corazon evoca sobre su porvenir esa fatalidad siempre amenazadora. Desdichada de ella entonces sino consuma el suicidio del corazon que se ha reservado! desdichada, si al entrar en el frio santuario, no estingue su alma como se apaga una lámpara. El manto en que se envuelve la virtud de la que no está protegida por el amor conyugal es combustible siempre: una chispa basta para el incendio, y el viento no falta nunca: cuando el fuego está prendido, no es es-

traño que devore la ecsistencia entera.

Meditar como se comete un asesinato en el silencio, en el aislamiento de la noche, ahogar los latidos del corazon para que nadie los oiga, temer la fiebre que enciende los ojos, y mas el llanto que hay que justificar, devorar en secreto los suspiros, los temores, los deseos, los remordimientos, esto es todo lo que Clemencia conociera del amor, y para esto la suerte la habia brindado con el cáliz mas horrible: con la sangre de su esposo ó de su amante.

Guardaban silencio las tres mugeres, no se oia mas que el piano, y aun este cesò pronto porque cansada de repetir un pasaje, se levantó A-lina y se dirigió al balcon donde estaba sentada su cuñada. Hacia dias que apenas se decian una palabra, y la muchacha, aflijida de ello, deseaba una reconciliacion; pero como Clemencia no parecia muy dispuesta à tomar la iniciativa, buscó un medio de entrar en conversacion. Apoyada en los cristales, miraba hácia el campo, y al fin tropezó con la ocasion que buscaba.

—Qué humo sale de la roca de Montigny! exclamó sorprendida: nadie diria sino que se ha incendiado el bosque.



La señora de Bergenheim alzó los ojos y se estremeció de pies á cabeza al reparar en la columna de humo que destacaba sobre el azul del cielo. Oidas las palabras de Alina, habia interrumpido su lectura la señorita de Corandeuil volviéndose gravemente hacia los balcones.

—Son los pastores, dijo: habrán hecho fuego en las zarzas, arriesgando el incendio del bosque. Yo no sé en que está pensando tu marido: se lleva todo el mundo á su cacería sin dejar un mal guarda que impida que devasten sus dominios.

Clemencia no respondió, y la cuñadíta, que esperaba á que digese algo para entablar la conversacion, volvió á sentarse al piano, amostazada.

—Basta por hoy! exclamó la vieja á los primeros compases, basta de rompernos la cabeza. Mejor hariais en iros á estudiar la leccion de historia.

Cerró Alina el piano, pero en vez de obedecer este último consejo, se quedó sentada en el taburete con la triste faz de un estudiante castigado. Hubo algunos instantes de silencio, en los que la señora de Bergenheim soltára la labor sin advertirlo. De vez en cuando se estremecía: al-

zaba los ojos para mirar vagamente la columna de humo y á cada instante crecía su desaliento.

—A la verdad, saltó de pronto la vieja dejando los periódicos, que desde la revolucion de Julio hacen progresos admirables las buenas costumbres. Ayer era una muchacha de veinte años que se dejó robar por su amante en París: hoy otra en Lyon que envenena á su marido y se asfixia en seguida. Si yo fuera supersticiosa diria que nos acercábamos al fin del mundo. Qué opinais de tales atrocidades?

Clemencia levantó la cabeza haciendo un esfuerzo.

—Debemos perdonarla, ya que ha muerto.

—Muy indulgente estás, repuso la tia: á esos monstruos se les deberia quemar vivos.

—Los periódicos citan mas á menudo maridos que matan á sus mugeres, que no mugeres que matan á sus maridos, observó Alina por el espíritu de comparacion que es natural en el bello sécso.

—No teneis que entrometeros en estos escándalos, señorita: ¡Qué siglo, Dios mio! qué siglo! Y qué educacion lleva la juventud!

—Por eso no teneis que temer, porque po-

deis estar segura de que yo no mataré á mi marido, dijo Alina.

Un gemido ahogado que no pudo enteramente comprimir la señora de Bergenheim, llamó la atención á sus parientas.

—Qué tienes? preguntó la vieja reparando entonces en el abatimiento de su sobrina y delirio de sus miradas.

—Nada, murmuró esta: es el calor del salón.

Alina corrió á abrir una vidriera y vino á estrechar las manos de su cuñada.

—Teneis calentura, dijo, abrasan vuestras manos y la frente tambien: aquellos colores tan bellos...

Un grito horrible que ecshaló la baronesa de Bergenheim hizo retroceder de espanto á la muchacha.

—Clemencia, sobrina, qué es eso, te has vuelto loca?

—No ois? dijo esta con un acento de terror imposible de describir.

Precipitose hácia la puerta del salón: pero en vez de abrirla se adhirió á ella con los brazos en cruz. Volvió en seguida corriendo sin saber á donde dirigirse, y al fin cayó de rodillas delante

del sofá escondiendo el rostro entre los almohadones.

Esta escena tenia estupefacta á las dos únicas espectadoras. Alina corrió á solicitar socorro, y una vez abierta la puerta penetró en el salon un rumor confuso, rumor que se iba acercando y que fue precedido por la jóven quien entró pálida como la muerte, y fué á prosternarse al lado de su cuñada, estrechándola en sus brazos con energía convulsiva.

Al sentirse oprimida de esta suerte levantó Clemencia la cabeza, apoyó las manos en los hombros de Alina para separarla, y mirándola como si quisiera devorarla.

—Cual? cual? dijo con voz sorda.

—Mi hermano... cubierto de sangre, murmuró Alina.

La señora de Bergenheim la empujó con violencia; su primer impulso fué un gozo horrible por no haber oido el nombre de Octavio, y luego quiso ahogarse apretando la cabeza contra el cojín que la envolvía.

Sonó en el portal rumor de pasos y voces confusas, y al fin entraron varios, precedidos por el señor de Camier.

—No hay que asustarse, señoras, dijo muy azorado, no hay que asustarse, no es cosa de cuidado. El señor de Bergenheim ha sido herido en la caza, y no se á donde trasladarle, dijo por lo bajo á la señorita de Corandeuil.

Antes de que la vieja respondiera, creció el ruido en la antesala y aparecieron muchos hombres á la puerta con una carga que aun no se descubria.

—Aquí no! aquí no! exclamó el señor de Camier precipitándose hacia ellos para impedirles que entrasen.

Hubo un momento de duda, pero al fin á pesar de la órden del anciano se abrió de par en par la puerta y entraron dos criados con el baron tendido en un colchon. Parecia desmayado, si no muerto; seguia su cabeza todos los movimientos de los conductores; tenia los ojos cerrados y la espresion de sus facciones era dura y dolorosa. Para facilitar la primera cura, le habian dejado en mangas de camisa, grandes gotas de sangre salpicaban ésta y pantalon; sobresalia un plaston mayor en el lado derecho del pecho que tenia ceñido de pañuelos hechos vendas; en este sitio el colchon estaba empapado.

Cuando los criados descansaron el cuerpo, arrojóse sobre él Alina ecsalando sollozos dolorosos. La baronesa no se movió: reclinada en el sofá, encerrados ojos y oídos entre los cojines, se hacia sorda y ciega á cuanto la rodeaba. Solamente la señorita de Corandeuil conservó una apariencia de firmeza y sangre fria, y haciendo un esfuerzo se aprocsimó hácia el baron para ecsaminarle.

—Está ya muerto? preguntó en voz baja al señor de Camier cruzando las manos.

—No, señorita, contestó éste con una voz que no daba grandes esperanzas.

—Han enviado á llamar médicos?

—A todas partes

En este instante dió Alina un grito de alegría. Bergenheim acababa de hacer un movimiento, reanimado sin duda por el desesperado abrazo de su hermana. Su rostro crispado manifestó el mas agudo dolor: entreabrió los ojos, y los volvió á cerrar: mas al cabo su energía pudo mas que el padecimiento, y se incorporó un poco para tender en su derredor una mirada débil.

—Mi muger! dijo.

Levantóse la señora de Bergenheim, atrave-

só el grupo, y fué en silencio á colocarse delante de su marido: tanto se habia descompuesto su faz en pocos instantes, que al verla un murmullo de lástima circuló entre los espectadores.

—Lleváos á mi hermana, dijo Cristian desasiendo su mano que la inocente jóven cubria de besos y de lágrimas.

—Hermano mio! yo no quiero separarme de mi hermano! gritó Alina siendo mas bien arrastrada que conducida á su habitacion.

—Dejadme un rato, prosiguió el baron: quiero hablar á mi muger.

La señorita de Corandeuil interrogó con la vista al señor de Camier.

—No se puede hacer nada hasta que lleguen los médicos, dijo el anciano por lo bajo: tal vez sea imprudencia disgustarle.

La señorita de Corandeuil, convencida, salió y tras ella todos los circunstantes. Entretanto, la baronesa de Bergenheim continuaba inmóvil, é insensible á todo. El ruido de cerrar la puerta la despertó de su estupor; miró, y sus ojos abiertos con la fijeza del sonambulismo, apenas trocaron de espresion al clavarse en el colchon donde yacía su marido.

—Acercaos, dijo este con voz mas débil: no tengo fuerzas para hablar alto.

Obedeció maquinalmente, y cuando vió de cerca la sangre, cerró los ojos, y todas sus facciones se contrajeron de horror.

—Singulares escrúpulos teneis las mugeres, dijo el baron que observó este movimiento: asesinais un alma por via de pasatiempo pero el mas leve arañazo os espanta. Pasaos al lado izquierdo... vereis menos sangre... y además, es el lado del corazon.

El tono de ironia que conservaba aun, tenia algo de espantoso en aquella situacion. Clemencia se dejó caer de rodillas á su lado, y le asió la mano exclamando:

—Perdon! perdon!

El moribundo retiró su mano, levantó la cabeza de su esposa y la miró un momento con atencion.

—Qué secos teneis los ojos! ni una lágrima! cómo! señora, ni una lágrima siquiera cuando me veis así?

—No puedo llorar, respondió ella, yo me muero!

—Qué humillacion para mí! no ser ni aun

llorado... y á vos tambien os hará poco honor... Buscad lágrimas, señora! Seria una irricion... una viuda sin saber llorar!

—Viuda! jamás, dijo la baronesa con sombría enerjía.

—Seria muy oportuno que se vendieran lágrimas como se vende el crespon, no es verdad? Ah! solo á vos os falta este talento... todas las mugeres saben llorar.

—No, no morireis, Cristian, no es posible.

—Vuestro amante me ha apuntado bien. Tengo en el pecho una bala de que respondo... la he fundido yo... Antes de una hora me habrá ahogado... Ya podeis observar con qué dificultad hablo.

En efecto, su voz iba siendo cada vez mas débil y penosa. A cada palabra le faltaba la respiracion; un ahoguído profundo anunciaba considerable lesion en el pecho y los progresos del derrame interior de sangre.

—Perdon! perdon! exclamó la desdichada golpeando el suelo con la frente.

—Aire! abrid todos estos balcones, dijo el baron y cayó otra vez aniquilado por los esfuerzos que hacia.

La infeliz baronesa ejecutó esta orden automáticamente. Penetró en el salon una brisa fresca y pura, torrente de luz iluminaron los cuadros, y reanimado Cristian tornó á incorporarse. Miró con ojos melancólicos el cielo radiante y la verdura de los bosques.

—En un dia como este perdí á mi padre: oh! nuestra familia busca la luz del sol para morir. Mas, estais viendo ese humo sobre la roca de Montigny?

Clemencia se habia quedado maquinalmente arrimada á un balcon, pero la exclamacion de su marido la volvió en sí y se acercó. Tenia Cristian los ojos inflamados: la indignacion y el furor se pintaban en su rostro.

—Mirais ese humo? dijo furibundo: es la señal de vuestro amante, está allí, os espera para robaros. Pero, yo, yo vuestro marido, os prohibo salir... no os separeis... vuestro lugar es aquí, á mi lado...

—A vuestro lado, repitió ella sin saber lo que decia.

—Aguardad siquiera á que yo espire, dejad enfriarse mi cadáver... Y cuando seais viuda, haced lo que os diere gana, seréis libre... pero

no, tambien entonces os lo prohibo... habeis de llevar mi luto... y sobre todo fingid que llorais; entendeis, señora?

—Matadme, matadme, dijo ella descubriendose el pecho.

Cristian la agarró del brazo aferrándose con todas sus fuerzas para incorporarse mas, y la dijo, no ya con dureza, sino con acento de súplica.

—Clemencia, no me deshonreis entregándoos á él cuando yo muera... Os maldeciria si creyera tal cosa.

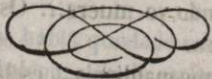
—Oh! no me maldigais... exclamóla desventurada, me volveis loca... No sabeis que me estoy muriendo?

—Es que hay mugeres que no ven la sangre de su marido en la mano de su amante. Ejemplos hay...

Soltó el brazo de Clemencia y tornó á caer: se cerraron sus ojos, y sus lábios arrojaron una esuma ansangrentada.

Clemencia se quedó inmóvil, fijos los ojos en el noribundo con estúpida curiosidad. Pasóse la mano por el rostro y la sintió mojada: era de sangre: se miró al espejo y en los vestidos, en los brazos, en los cabellos, en todas partes tenia señales

de sangre, de la sangre de su esposo, Un vértigo
se apoderó de ella: se lanzó hácia el balcon, y
Bergenheim, antes de espirar, pudo oir el ruido
de un cuerpo que caia en el rio.



CONCLUSION.

A los pocos dias, de la triste escena que acabamos de describir, publicaba un periódico el párrafo siguiente, escrito con la desolacion oficial de los anuncios mortuorios.

«Un acontecimiento doloroso ha difundido la consternacion en el departamento de Remiremont. El señor baron de B*** uno de los propietarios mas acaudalados de la provincia ha sido muerto en una caceria de jabalíes del modo mas deplorable por uno de sus mas íntimos amigos,

el señor de G*** tan conocido por sus notables escritos literarios. No hay palabras con que ponderar el dolor de éste, causa involuntaria de la catástrofe. Al saber tan trágico accidente la señora baronesa de B*** no pudiendo sobrevivir á la muerte de su esposo adorado, se ha arrojado al rio; de esta suerte, la misma tumba puede encerrar á los jóvenes esposos á quienes la ternura mas viva prometia el mas venturoso porvenir. etc., etc.»

Diez y ocho meses despues, todos los periódicos de Paris reproducian con ligeras variaciones el artículo siguiente:

«No es posible dar una idea del entusiasmo que ha escitado anoche la representacion del nuevo drama del señor de Gerfaut. Jamás se habia elevado á tanta altura este escritor, cuyo silencio tenia alarmados á todos. Se anuncia su marcha á Oriente, viaje que creemos redundará en provecho del arte y de nuestra diversion: las hermosas y ardientes regiones del Asia serán una mina de inspiraciones nuevas para el poeta célebre que tan alto puesto ocupa en los fastos de nuestra historia literaria.»

Se ha realizado el postrer deseo de Bergen-

heim: ha quedado sin tacha el honor de su nombre, y nadie ha ultrajado con una sonrisa incrédula el fin de Clemencia. Los esposos sufrieron la fatalidad de su condición particular: el uno ha muerto como gladiador de la preocupacion que liga el honor del hombre á la fragilidad de la muger: la otra, víctima de las costumbres que hacen de la soltera, una mercancía en que solo una cifra es omitida: el corazon! Los dos han consumado su destino!

Octavio de Gerfaut, prosigue el suyo por esa senda de la fama en que se marcha con la frente iluminada pero con los pies ensangrentados: porque la suerte impone siempre al talento una tortura que sea su espiacion. Generalmente el corazon es quien paga las coronas de la cabeza. El amor del génio no dá buenos frutos: es fatal casi siempre al objeto amado. Porque la aureola es de la naturaleza del rayo, quema con su llama al imprudente que se deslumbra; la dicha no aparece en el surco trazado por esos hombres que siguen cierta estrella: para ellos las mugeres son un sueño, un capricho, una pasión quizá, pero nunca un objeto. La gloria es su afán; caminan en pos de ella y no se cuidan de los demás seres

que hieren en su carrera y dejan por el camino moribundos y desesperados.

La muerte de Clemencia no ha destrozado la existencia del que la amó: ha dejado esa tumba en su camino y ha seguido marchando: pero el luto que lleva desde entonces es de esos que no se quitan nunca. Y como el alma del poeta se refleja siempre en sus obras, el mundo asiste á su duelo, sin estar iniciado en su misterio, donde reboza el cáliz amargo del recuerdo; imagina una vena nueva abierta en la mente del escritor. Todos los dias recibe Octavio felicitaciones por esa cuerda negra, riqueza reciente de su lira, cuya vibracion escede en tristeza mortal á los suspiros de René, á las melodías de Obernaun. Nadie sabe que las amargas páginas que le conmueven están escritas bajo la inspiracion de una vision fúnebre, y que el color melancólico y sombrío que suponen capricho de imaginacion, está desleído en sangre y pulverizado sobre el corazon.

FIN.

Los fanfarrones del rey.

Esta novela, original del célebre Paul Féval, autor de *Los amores de Paris*, *El hijo del diablo* y otras, es la que seguirá á la que acabámos de publicar.

La traduccion de ella está encomendada al jóven D. José Ignacio de Michelena.

El editor garantiza, como hasta aquí, la conclusion de la obra anunciada, la que se publicará por entregas semanales, con la misma puntualidad que tan buen nombre ha adquirido á la *Biblioteca económica popular*.

Los salarones del rey.

Esta novela original del cé-
lebre Paul Féval, autor de Los
uoluntarios de París; El hijo del dia-
blo y otras, es la que seguía a
la que acabamos de publicar.
La traducción de ella está en-
comendada al joven D. José Ig-
nacio de Michelena.
El editor garantiza como
hasta aquí, la conclusión de la
obra anunciada, la que se publi-
cará por entregas semanales, con
la misma puntualidad que tan
buen nombre ha adquirido a la
Biblioteca económica popular.



4.000
2 to e 4001

-AN

-LUI

-SXIX

